

1077  
E. Rodríguez Mendoza

---

(A. de Géry)



# Como si fuera ayer!...

---

---



CASA EDITORIAL «MINERVA»

M. Guzmán Maturana

SANTIAGO-CHILE-39, Ahumada, 43



10  
E. Rodríguez Mendoza

---

(A. de Géry).



# Como si fuera ayer!...

---

---



CASA EDITORIAL «MINERVA»

M. Guzmán Maturana

SANTIAGO-CHILE-39, Ahumada, 43

2490

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CONTROL

Como si fuera ayer!...



## A mi madre

Cuando yo trabajaba en este libro, escrito en los días en que empieza a pasarse con melancolía y luz de recuerdos de una a otra edad de la vida, mi madre vagaba aún entre las flores, que al irse para no volver su vieja cuidadora, la envolvieron con su perfume cálido y con su sombra amatista.

Sean, pues, para su santa memoria estas páginas ofrendadas como quien esparce flores sobre una tumba.

E. Rodríguez Mendoza.

Santiago, Diciembre de 1919.



Primera Parte

Hace no sé cuántos años...





## EL VIEJO ARBOL

Al volver al terruño, después de trajinar mucho más por la tierra que por el cielo, me siento con placer de remembranza bajo un viejo árbol que extiende sobre mí sus largos brazos sensibles, acostumbrados a palpar la brisa que adormece el caer de las hojas.

¡Gran árbol, cerca del cual me senté siendo niño, es decir, siendo moral y acaso hasta químicamente otro!..

Han pasado muchos años, y, sin embargo, vuelvo al punto de partida. Todo pasa y todo vuelve. Se vuelve de todo y se vuelve a todo. Los que afirman que ya están de vuelta o que no tornarán, éstos no han ido a parte alguna.

El árbol amigo a cuya sombra vuelvo a acogermé, eleva más y más, en demanda del cielo, sus retoños de seda impregnados de luz.

Las ramas que se extienden horizontalmente, para dar mayor armonía al conjunto, acercan hasta la estatua vecina el homenaje de las hojas a que el otoño da tonalidades de bronce fundido.

En cambio, los sueños o las fantasías de los que un cuarto de siglo,—más,—llegaban a sentarse bajo el árbol medianero con la estatua heroica, ya no vuelan tan alto...

Al cobijarnos bajo él, transparenta un largo pedazo de vida sobre el cual caen las hojas como en el final de *Cyrano de Bergerac*: «je me bats! je me bats!»

¡Como si fuera ayer!

Sin embargo, todo ha cambiado un poco: la vida, las cosas y las gentes y una buena parte de la ciudad pierde su aspecto de hace treinta años. Desaparecen los balcones corridos y los techos en que se destrenzaba matinalmente el velo de novia que en los tejados dejaba la última helada; los tipos tradicionalmente populares se apartan cada vez más hacia los barrios excéntricos y en lugar de los «carritos» que cobraban una ficha colorada abajo y una negra arriba, —tenían ambas valor de moneda,— zumban, esparciendo el santo temor a la masacre, gratis y a la minuta, los autos que sudan aceite y fuman bencina, y los tranvías, de los cuales dijo el «huaso» matrero al verlos por primera vez:

—A mí no me la pegan... los «rempujan» por debajo.

Qué lejanos hace la ausencia de todos estos detalles, los días en que, después de las clases de la mañana, que salían a las diez tres cuartos en punto, hacíamos una ruidosa paradilla con otros muchachos para ver pasar a los profesores, todos célebres, cargados de años y de historia.

Primero aparecía don Diego, «Palotes» como lo llamábamos con cariño.

Usaba zapatos de paño, gruesa chueca negra, un pedazo de cachimba de gringo pobre, paletó motudo en que parecía que habían dormido encima o debajo todos los gatos de la casa o todos los libros de la biblioteca, y antiparras de larguero que pone un paréntesis detrás de cada oreja más o menos tarda.

Volvía de sus clases de la mañana.

De tiempo en tiempo, se detenía, suspendía la cabeza arrugando la boca y los ojos al mirar hacia adelante, y después de encandilar la cachimba con el índice de sus largas manos, ya anatomizadas por los años, seguía avanzando hacia una de sus dos residencias: una era su hogar con sus libros, sus manuscritos y su pequeño jardín.— La otra, era el Instituto, donde los muchachos se ponían de pie al verlo pasar con la chueca a la espalda.

Encarnaba la historia nacional y, además, era el abuelo del Instituto, que tenía dos abuelos: el otro era don Miguel Luis, el mismo que, despojado en su estatua de la capa peculiar, que no alcanzaría a cubrir toda su obra monumental, parece decir a sus alumnos de historia:

—Vean, guainas, cómo carga O'Higgins en Rancagua.

Como digo, para los muchachos de aquel entonces, don Diego era la Historia.

No ignorábamos que legos, cleriguitos y damianos lo detestaban y que él, a su vez, no los quería mucho que digamos.

En la clase, — decía el más entrometido de nosotros, — don Diego habla de Voltaire.

Mentar a Voltaire — pronunciado con b de burro — y ver un viejo chiquito, vestido de general, a caballo, y con sombrero apuntado, era todo uno... Así me lo figuraba yo por lo menos. Palabra de honor!

Don Diego había comenzado ya su «Historia General de Chile»,—enorme acumulación de hechos, muchos de los cuales, aún cuando sean reconstruídos después, en nada alterarán la figura del maestro que primero les dió cuerpo y fisonomía y que en materia de educación, imprimió a varias generaciones el sello profundo de un doctrinarismo irrevocable.

—¿Tú sabes bien cuándo vivió Voltaire? — le pregunté un día al que hacía gala de mentarlo a cada instante.

Se llamaba Castro el así interrogado. ¡Como si lo estuviera viendo! Decía que alguna vez sería bombero y diputado. A este brillante programa cívico-político, agregaba la cualidad de mentir sin tasa ni medida.

—Voltaire—me contestó—vivió en tiempos de don Manuel Montt, y tuvo una gran pelea con don Antonio Varas...

—Es cierto—contesté, para no demostrar tanta ignorancia histórica.

Se repetía a diario aquel desfile matinal cuyo recuerdo ha persistido afectuosamente a la acción de los años, y volvían a pasar, aplastando hojas y «cuncunas»—entonces había álamos en la Alameda,

—don Diego, don Miguel Luis y don Gregorio Víctor, venían, como digo, del Instituto, en cuyas cátedras alcanzaron a modelar no sé cuántas generaciones.

El primero, tomaba la avenida central; los segundos, la norte, y el apacible don Diego Antonio Torres, profesor de Química y Física—como quien dice astrología y quiromancia en aquel entonces,—seguía por la acera que llamaremos de la Universidad.

En cuanto a don Baldomero Pizarro, que era una fiel *reprise* fisionómica de Benito Suárez, el mejicano que le ajustó sus cuentas sin dejar una sola por cobrar, a aquel archiduque auténtico y emperador de pega, seguía Ahumada arriba, mirando al suelo, vestido con paletó-sobretudo, de una abotonadura.

Era hombre docto y opaco, como bien se ve.

Sabido en letras y clásicos, tenía la gracia—alguna, además de su saber, había de tener,—de que lo años, a fuer de discreto y manso de costumbres, no le hicieran mella.

Don Diego lo llamaba «Baldomero», y el aludido parecía sonreirse contrayendo la caparazón de laca de su cara de Budda tallado en madera de luna.

Uno de los más deslenguados del curso, un tal Vega, si mis recuerdos no me engañan, aseguraba que una Noche Buena habían salido en son de niños diablos don Diego, don Miguel Luis y don Baldomero, y que al día siguiente encargaban a este último que sacara las cuentas y las consecuen-

cias galantes de la aventura, sensaciones agradables y resultados funestos...

Monsieur Ballacey, el viejo profesor de francés—el del tema aquel: «Un avare parlait beaucoup et fort mal...»—seguía también Ahumada arriba y todos los años, al acercarse el 14 de Julio, recitaba la «Marsellesa».

También lo veo con su pelo blanco, sus ojos azules y su voz melancólica que fué, seguramente, la primera impresión honda que de lo francés había de llegar hasta mí, penetrando más y más con los años.

¿Quién era aquel viejecito ya encorvado que llegaba andando apresuradamente, vestido de negro y con la lista de los alumnos bajo el brazo?

—Amunátegui Manuel; Videla Lastra Francisco; Rodríguez Javier; Mendoza Wenceslao—decía de corrido.

—Presente... presente... presente!...

Monsieur Ballacey era un modesto profesor de francés. ¿De dónde venía? Tal vez de alguna de esas viejas ciudades que cubre la nieve en invierno y que en estío se iluminan con el sol que dora las torres y los castillos.

¿No había en él una larga historia ya cubierta con la blancura apaciguante con que marcan los años todo lo que pasa, sea pasión o tormenta?

El hecho es que en vísperas del 14 de Julio, cercano el fin de la clase, M. Ballacey se ponía de pie en medio de un silencio profundo, y que, al recordarlo, me evoca vagamente uno de los relatos más conmovedores de Alfonso Daudet.

Más pálido que de costumbre, conteniendo la emoción que se transmitía a todos los muchachos, hacía una pausa, concentrándose en sí mismo, porque en ese instante no quedaba en la clase más que su cuerpo y su traje: lo demás volvía fugazmente al pueblito cubierto de nieve o de sol.

Los muchachos, tomados hasta el extremo de que hubieran abrazado al viejecito bondadoso que así evocaba su tierra lejana y gloriosa, sufrían ante aquella escena tan sencilla, que, por mi parte, no contaría si no estuviera cierto de que aún no falta quien la recuerde.

Cerraba los ojos para ocultar su emoción y ya repuesto un poco, su voz, que se hacía más penetrante al ascender, resonaba lenta y profundamente:

Allons, enfants de la Patrie,  
Le jour de gloire est arrivé,  
.....

Al terminar cada estrofa, la cabeza blanca caía sobre el pecho, agitado por una respiración que empezaba a ser cardíaca y los párpados volvían a cerrarse sobre las pupilas medio ciegas, pero inflamadas por la pasión.

Espiritualmente todos éramos franceses en aquel instante que pasó; pero que al cerrar los ojos como M. Ballacey, tras sus lentes azules, hace resurgir de nuevo el cuadro inolvidable, iniciación de afinidades espirituales que sólo pueden irse con la vida.

La última estrofa era casi un sollozo y más de una vez golpearon las lágrimas la vieja carpeta de hule de la mesa.

M. Ballacey se sentaba, por fin, medio desfallecido:

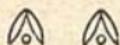
«Voyons, voyons...»

Y su voz debilitada por el esfuerzo, se fundía en las heladas semi-sombras de aquella pieza del «patio chico».

Sin embargo, no fué con M. Ballacey con quien aprendí el poco francés que atrapé después, y recuerdo perfectamente que otro muchacho, uno de los platudos del curso, decía que aprendería más adelante; pero con profesora: algo, como se ve, barruntaba ya el maldito de París, el cual, andando los años, le había de parecer—¡como si lo estuviera oyendo!—«buenón»...

Como decía hace un momento, a la hora de la salida de profesores y alumnos, tomaban unos Alameda abajo, Alameda arriba otros y no pocos por Ahumada, Estado o San Diego.

Nada de eso era del todo igual a hoy; ha variado, se rejuvenece, al paso que no hay esperanza de que nos acontezca igual fenómeno a los que ayer hallábamos chatos los edificios y polvorienta la ciudad.





## LOS VENCEDORES

Cuatro o cinco años antes, una tarde magnífica, había avanzado triunfalmente por la Alameda el Ejército que, anticuado y todo, no creo que lo fuera para su época—el hecho es que hizo una guerra de tipo napoleónico: batalla tras batalla campal, y, finalmente, entrada con la vista al frente a la capital secularmente enemiga.

Tenía yo entonces seis años, si no me engañan mis cuentas parroquiales, y recuerdo perfectamente cómo vi pasar, desde el palco de la familia Robinson, la columna gloriosa encabezada por Baquedano, que contestaba tranquilamente a la ovación: la victoria había dado a su impasibilidad, acaso excesiva, cierta majestad ecuestre.

Después de llegar a la Plaza y la Catedral, donde se cantó el infaltable Te-Deum, siguieron los cuerpos a sus cuarteles y el General vencedor a su caserón de la Alameda, cercano a la calle de Santa Rosa.

¡Qué transformación, señores, diría yo, si en vez de una relación estuviera haciendo un discurso!...

¡Qué transformación moral y material! En efecto, la entrada triunfal de los vencedores, marcó el comienzo de un cambio que puso fin al Chile viejo y aquellos soldados, curtidos por el sol, que volvían de la ciudad de los virreyes, inauguraban, sin saberlo, un nuevo país, rico, victorioso, lleno de recursos y señor del Pacífico meridional, hasta el cual los Estados Unidos no mandaban sino muy de tarde en tarde una que otra fragata de madera: la victoria iniciaba la evolución que estalló con furia diez años después, en 1891, y de la cual fueron sólo etapas lógicas y sucesivas la Revolución y el desgobierno posteriores.

Tocando himnos que eran el grito triunfal de la raza, con esos soldados curtidos por el sol del desierto, se iba el Chile de otros tiempos, patriota, campesino, materialmente atrasado; pero moral, austero, tenaz, sano y ordenado.

Plan, más o menos metódico, tuvo la guerra; pero no lo tuvo, por desgracia, la victoria y diez años después de la apoteosis conmovedora del regreso de los que en 1879 y 1880 partían de la playa, la cumbre, el campo o la mina con las bayonetas y las banderas en alto, se destruía el gobierno en el preciso momento en que la administración de la riqueza recién adquirida lo hacía más imperiosamente necesario. ¿Es más fácil la victoria que la organización?

Junto con entrar a la ciudad el Ejército que traía tras de sí los millones del salitre, empezó, pues,

una transformación que ha sido lenta en lo que más se necesitaba, lo material, y rápida en lo que bien pudo durar más: lo moral, es decir aquellas virtudes esenciales de las cuales el esfuerzo de 1879 no fué sino una consecuencia.







## LA CIUDAD COLONIAL... SIN COLONIA

Materialmente, la ciudad de entonces era colonial... sin Colonia. La Moneda no había sido mutilada o afrentada con los puentes de fábrica de bicicletas con que ha sido exornada después de 1891, y había en el primer patio una fuente en cuyo centro se empeñaban un angelito y un ganso, más o menos capitolino, en un mach muy ceñido: el primero tenía aferrado al segundo por el pescuezo, y el ganso, además de aletear en seco, lanzaba por el pico abierto como tijera, un chorro de agua que caía desgranándose en la regocijada cabeza del bambino.

En Estado y Ahumada, eran muy raros aún los edificios modernos y mirando desde la Alameda hacia el río, no se divisaban sino casas de dos pisos con balcones corridos en el segundo, desde los cuales se salía a mirar las procesiones y a arrojarles flores al «Señor de Mayo», severo y amulataado, que todos los años y ya con el tiempo frío y el cielo bajo y gris, salía a darse una vuelta de comisario de las buenas costumbres por el barrio

más frecuentado por toda la clase de viandantes, inclusive por pecadoras al trote o al paso.

¿No vería más el «Señor de Mayo», si saliera de noche y a deshoras a hacer un balance moral entre la Colonia, hipocritona y rezadora, y los desorbitados tiempos de hoy?

¿No tiene influencia suficiente para levantar de improviso a la hora del pecado y las camisas de dormir, para levantar los techos, como quien levanta por curiosar la tapa de una cajuela tallada o de un vargueño con caladas cerraduras de hierro batido a martillo?

Trate de hacerlo,—todo es cuestión de empeños, —y verá.

Lo demás es perder el tiempo, porque su aparición anual, haciéndolo objeto de la interesada curiosidad de los coleccionistas de antigüedades, es ineficaz, falla porque todos se muestran muy serios y cariacontecidos al verlo pasar levantando la cabeza como si sintiera mal olor en la tierra... Hamlet crucificado!

Por lo demás, a pesar de los balcones volados, ni existió ni existe entre nosotros la costumbre española de colgar tapices, brocados de Granada y hasta encajes «al paso del Señor».

¿No eran para eso los balcones floridos?

Pasaba la anda y, al desprenderse las flores, parecía que caían abiertos los mantones.

Pero vamos por parte en este trasiego inesperado a la ciudad de entonces.

En la Alameda, esquina de la antigua calle nueva de San Diego,—bautizada después con el nombre

del héroe—había una pequeña iglesia comprada por el Fisco allá en 1883 o 1884, para edificar en ella la Biblioteca del Instituto, que, en efecto, fué construída años después, siendo Ministro de Instrucción Julio Bañados, que era más amigo—amigo expansivo y francote, como lo fué de todo y de todos,—de los libros que de los conventos.

Artísticamente, es decir, como evocación del pasado, no estaba mal donde estaba aquella iglesita, perteneciente a la órden seráfica: era un apollado pedazo de Colonia y en su portón sembrado de grandes clavos labrados a golpes—¡si ahora se pudiera hacer lo mismo con algunas cabezas!—se sentaba con las rodillas en alto un ciego que mostraba una mano limpia, pulcra, mano de santo de buena familia, en una palabra. Además, tenía la curiosa particularidad de no guardar las monedas de vellón con que lo favorecía la caridad sino cuando la mano no hacía más. Parecía muerto en pena, escapado hasta el pequeño atrio sin permiso del padre guardián, que a la sazón lo era el padre Bula, buen nombre para hacer rabiar a Lutero y su distinguida señora, la «monja endemoniada», según mi primer y único profesor de Catecismo y Fundamentos de la Fe, el padre Bustos, «el cabrito», como yo le decía, nombre agreste que lo sacaba de tino.

Cuando empezó la demolición de la iglesita y se sintieron desconsideradamente desalojados de sus departamentos, tan cómodos y bien situados, murciélagos y nictálopes—como los llamaría después Rubén Darío—un suceso realmente extraño produjo gran revuelo de «institutos» y diarios he-

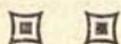
réticos. Véanse, para más señas, los periódicos de aquel entonces a fin de que no pueda creerse que falto a la verdad.

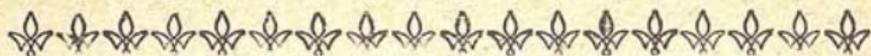
Por lo demás, no han de escasear, Dios mediante, coetáneos más creyentes que yo, a los cuales consultar. Han muerto muchos de ellos, pero todavía quedan algunos que aún no la largan, convencidos de que les espera una felicidad de año nuevo o de tarjeta postal...

Ya muy avanzada la demolición interior de la iglesita, se descubrieron, aplastados debajo de los altares, restos humanos que dieron mucho que hablar y más que inventar.

Era de ver—y yo los vi—lo bien conservaditos que estaban: al tocarlos, sonaban a cosa hueca, acaso porque ya habían dejado de llenar hueco, convirtiéndose en huacos... Los había de todos tamaños y tipos y como por mi parte no acepto sin beneficio de inventario lo del subterráneo de los jesuítas, me inclino a barruntar que sólo se trataba de restos trasportados con premura de caso in-extremis del pudridero grande, cómodo y general, a las iglesias y su tierra consagrada, cuando Santa María y Balmaceda iban a hacer votar la ley de cementerios laicos.

Eran tiempos de lucha aquéllos. Ya vendrían después otros de «luchas» más amenas y regocijadas!





## EL PRESIDENTE SANTA MARIA Y LA DAMA DE ANTAÑO.

Corrían o simplemente transcurrían días de enterevo tan doctrinario, que en cierta ocasión llegó en «coche de trompa» a la Moneda una dama de manteleta, moño de tortilla, mitones de seda calada, pollera de merino y zapatos de satín oscuro con borlitas en la parte alta de la caña. Pura Colonia.

¿De dónde venía?

De un caserón con rejas terminadas en forma de lanza de ángel de la guarda; patio cuadrangular, pavimentado con piedra de río no más grande que el cuesco de un níspero; altar y via-crucis en la sala y noria asediada de nardos y azucenas en el huerto lleno de silencio y yerbas de olor. Además, y según he sabido después por un compatriota que ahora reside en Buenos Aires, poseía la noble dama que llegaba enfurruñada a la Moneda en busca de «don Domingo», un inestimable Nacimiento tallado en un cuesco de guinda por un lego, ya difunto, de los recoletos...

¿Qué quería?

Ver al Presidente para «cantarle la Biblia».

Y lo vió no más, porque no podía cerrársele la puerta en la nariz un poco ganchuda en la punta, a una dama tan vieja y empingorotada.

En efecto, cuando estuvo en presencia de «don Domingo», que se reía abriéndole los brazos, le dijo, haciendo la señal de la cruz:

—Mira, pícaro, he venido yo misma a decirte que por no decir Santa María no rezo el rosario desde que estáis en la presidencia... Con eso te lo digo todo.

Ahora bien, no sería esa noble dama u otra parecida la que al imponerse con espanto de que en adelante se iban a encerrar juntos heréticos y creyentes, gringos de la crisma dura y frailes de cerquillo afeitado; fieles e infieles, acreedores y deudores, «montinos y copuletos» como decía un enemigo mortal del «decenio», empezó a instalar sus muertos debajo de los altares?

¡Quién sabe!





## UNA IGLESIA CONTEMPORANEA DE LA CONQUISTA.

Dejando constancia de que el hallazgo metió— y con razón,—mucho alboroto, sigamos nuestro arcaico paseo.

¿Ven esa esquina donde ahora se levanta una casa de tres pisos y de muy buen gusto, construída por Víctor Echaurren?

Ahí murió don Federico Errázuriz Zañartu y cuando por ahí pasaba para asistir al jubileo de Porciúncula o la fiesta del santo Patrono, el avinagrado beaterío de los alrededores, hacía la señal de la cruz, encomendándose a Dios y tapándose las narices para no sentir olor a azufre.

Con bastantes restauraciones menos, el convento de San Francisco era el mismo de hoy con su torre que no tiene nada de español y su color de casa de huéspedes, pintada de rosado para el Dieciocho.

Sus muros de piedra de un metro de espesor, habían sido cuidadosamente tapados y estucados para que no se descubriera ni a cañón lo más no-

ble de la iglesia: sus siglos y sus años, que empezaron allá en tiempos de entonces, junto con la Conquista, y que ya habían corrido un buen trecho cuando el terremoto aquél de mil setecientos y tantos, desconsiderado trastorno sísmico, como se dice ahora, que asustó de tal manera a un español, que empezó a correr, sin dejar de invocar familiarmente sus relaciones celestiales:

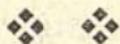
—Acuérdate, seráfico padre,—decía a toda boca —que somos buenos amigos y de que no soy de los sinvergüenzas que después no cumplen lo que prometen (\*).

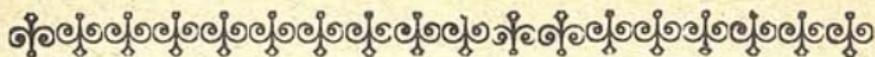
El alarmado súbdito de su Majestad aludía, naturalmente, a San Francisco, quien debía estar impuesto de que sólo en trances muy apurados lo mentaba el valenciano en cuestión—o más bien dicho en apuros,—prometiendo ponerse en contacto personal con un rebenque trenzado a mano que en tiempos normales manejaba prudentemente alejado para que su presencia no le recordara el objeto con que había sido hecho.

Prosigo: de San Francisco se lo han levantado todo, dejando, al paso, algo que no es ni viejo ni joven; algo caricaturado y pintarrajeado como vejete con peluca mal ajustada o damisela en estado de merecer.

---

(\*) Entiendo que ya contó esta anécdota, lo que no tengo desgraciadamente tiempo para comprobar, el inimitable Vicuña Mackenna.





## CHOCOLATE FRANCISCANO

Por aquel entonces, llegó a nosotros—¿de dónde? el deseo hecho carne o chocolate?—la fausta nueva de que el día del santo, los padres eran más obsequiosos que de costumbre con las personas que tenían a bien distinguirlos con su visita. Esta información tendenciosa, impulsó al que esto escribe y a Ciro Valderrama—el pobre se fué hace tiempo—a penetrar al convento en un abrir y cerrar de ojos del hermano portero.

En efecto, serían las diez o diez y media de aquel día de tan brillantes expectativas, cuando logramos deslizarnos con la Gramática de Bello metida debajo de la chaqueta, precaución tomada a fin de que no nos miraran como infieles del Instituto: por sus señales los reconoceréis, dice el Evangelio.

—Ya verás—le dije a mi colega que no demostraba la tranquilidad suficiente y que, dicho sea en honor de su previsión extratéctica, propuso oportunamente que abandonáramos el campo.

—Ya verás.

El eco del órgano orante, suspendió nuestros pasos, sumiéndonos en momentánea meditación.

Del coro y el facistol llegaban, ya amainados, los agudos de un tenor muy atiplado.

No se divisaba a nadie en el claustro y la palmera centenaria hasta cuya copa dorada solía escaparse en las noches, según la leyenda colonial, el niño Dios de la novena anual, como de costumbre seguía rememorando añoranzas seculares.

Se abrió la portería y seguido de un perrito negro apareció un religioso que, evidentemente, iba a invitarnos a pasar al refectorio.

—¿Por dónde han entrado? nos preguntó junto con fondear frente a nosotros.

El perrito, que de cerca se veía bastante más grande que de lejos, se mantenía neutral por el momento; pero, sin embargo, me pareció percibir que tenía la costumbre, que podía prestarse a diversas interpretaciones, de mostrar toda la dentadura, como si bostezara.

—Y qué se les ofrece, caballeros—agregó nuestro interlocutor, haciendo sonar los dedos, como para mantener sobre aviso al animalito. Como se ve, no era muy evidente que fuéramos personas gratas.

Creyendo hacerla mejor, opté por reirme con cierto estrépito, lo que precipitó los acontecimientos, porque oí en seguida que el fraile le decía al perro:

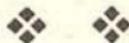
—Agárralos, «guatita»...

No creyendo que a esas alturas fuera deshonrosa la retirada, penetré a gran *vitesse* por lo que encontré más cerca y lo cual resultó ser la sacristía.

De súbito, me encontré ante el altar mayor, hice una reverencia para no infundir sospechas y seguí ansioso de espacio y libertad: fué una retirada de los diez mil, es decir, de los diez mil pisotones dados al avanzar, sin dar ni pedir cuartel, por entre la apretada concurrencia de mujeres.

Valderrama, por su parte, creyó encontrar su salvación dando su nombre y domicilio; pero «guatita», cumpliendo sus instrucciones, le picó la retaguardia, amagando las alegorías posteriores, hasta dejarlo más allá de la portería.

No regresamos, como puede colegirse, en busca de chocolate franciscano; pero, andando los años, volví de nuevo a San Francisco en busca de un trozo de pergamino en que hacer encuadrar el libro en que intenté simbolizar la Colonia: variado el protocolo monástico, «guatita» reencarnó esta vez en el distinguido crítico literario de la colección franciscana.







## EL RIO QUIERE VOLVER A LA CAÑADA...

Después de aquel percance, varió la orientación de nuestros trotes urbanos, calificados de deserciones por «Don David», el Inspector General, y sin las cuales, al pasearme tantos años después tras la pequeña reja en que las rosas al irse el verano, dejan al desnudo el dolor de sus espinas doradas, no podría evocar sin cierto relativo regocijo la ciudad y las cosas de hace treinta años. ¡Largo trecho y larga cuenta!

Si era invierno y venía de malas el Mapocho, es decir de crecida, nos íbamos a verlo, contáramos o no con el visto bueno del horario escolar.

Sus aguas y sus intenciones bordeaban la naciente norte de la calle de San Antonio en los días en que el río movilizaba toda su corriente de invernada.

El riacho con ruido de alcantarilla, se mostraba entonces muy ancho y lleno de pretensiones fluviales: hacía temblar los puentes con aspecto de gallinero que lo cruzaban con piernas y tramos tan

enclenques, que en más de una ocasión optaron por asociarse a la corriente, siguiendo con ella...

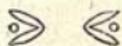
Conste, pues, que el Mapocho se sentía a veces, como cierta gente, con ganas de meter miedo: amenazaba salirse de madre, si es que la tenía, y llegar hasta la Cañada en que otrora estuvo su pobre lecho, que no debe haber sido el de Cleopatra porque en él, en vez de arenas auríferas, sólo se ha hallado piedra de bolón, es decir, piedra redonda, dura, áspera como ciertas cabezas.

Modesto y hacendoso en verano, estación durante la cual se le encomendaban acarreos infamantes, en invierno y ganando en ancho lo que no tenía de hondura, se extendía cuadras de cuadras, partiendo en dos barrios la ciudad, que resultaba así espontáneamente peinada al medio... a un lado «el centro», el comercio, la administración, la política, los diarios, el mentidero; al otro, la Chimba y el Cementerio, lleno de tumbas, algunas de las cuales parecen chalets más higiénicos que los de la ciudad. Una tumba es el reflejo de lo que en vida fué su propietario: loco, tonto o vanidoso, alguna de las tres cosas, porque la variedad mental del género humano, que es el peor de los géneros, es menos grande de lo que parece.

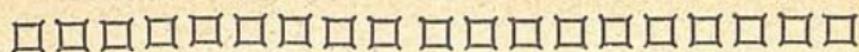
A la orilla del brasero de cobre, ennegrecido por las brasas y la ceniza, y hasta cuyas orejas con algo de campana casera, solía estirar el gato su garra forrada de seda negra, se contaban cosas remotas que parecían salir de debajo de las tejas, que convierten en un cuchicheo de duendes y aparecidos el ruido de la lluvia: allá por los años en

que yo era chiquilla, decía la abuela, con el trisajio de palo santo entre las manos, cayeron muchos rayos, llovió una semana sin escampar y se salió el río... Y si en esos mismos instantes sonaba un trueno y arreciaban el agua y el viento de travesía, la viejecita peinada de cortina, echaba al fuego palma bendita y mandaba que todós se *persinaran*, haciendo la señal de la cruz y la misericordia.

El Mapocho ya no se salía tan a menudo de madre en los días en que nos encaramábamos en el puente de cal y canto con otros muchachos; pero al pensar de noche cómo iría «de lado a lado», en medio de las sombras y de la soledad, uno se encogía en su cama de niño, tapándose la cabeza, ya que no era posible levantarse a quemar palma bendita en el rescoldo sembrado de castañas y velado hasta deshoras por el gato que en lo más crudo del invierno se hace casero, morijerando temporalmente sus costumbres de noctámbulo o destemplado trovador de tejados, mojinetes y chimeneas.







## EL PUENTE DE CAL Y CANTO

Hacía honor a la ciudad, al río y al pasado de cuya evocación majestuosa estaba encargado en estos tiempos de pacotilla: representaba la Metrópoli y era el capítulo más alto y representativo de la Colonia.

Acaso pudo quedar ennobleciendo la ciudad con su silueta de cosa grande y monárquica, sellada con la piedra en que se indica el nombre del que reinaba en la Metrópoli, y del que gobernaba o no gobernaba «este Reino» cuando el puente elevó sus recios parapetos en los cuales habrían estado en su sitio alabarderos y gente de armas... tomar.

Cuando yo lo visitaba en días que van quedando muy atrás, saturándome en él de cosas que me encantaban—y eso que no las comprendía ni a medias,—ya no había en las a modo de hornacinas que coronaban sus machones, más que tenduchos de comestibles y pintorescas vestimentas populares.

En forma de perfume nada aristocráticos, pero vigorosamente apetitosos, los primeros, traspasa-

ban los parapetos, flotando sobre el abismo y el magro hilo de agua veraniega. Los segundos, acaso para no ser menos, sacudidos por la fresca o el relente, extendían fuera de los tenduchos los aditamentos de una indumentaria que se va, vistiéndose al pueblo, no ya con sus arreos de otra época—poncho flecado o chamanto multicolor; guarapón de pita, chaqueta a medio espinazo, pantalón bombacho y taco para espuela de rodaja con música,—sino con los restos o la caricatura de trajes y vestidos que nunca fueron los suyos.

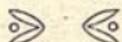
Un día—día de invierno,—y viniendo el río hecho un Fierabrás de Alejandría, uno de los arcos del puente se vino abajo, abriendo, al caer al agua, una especie de solución de continuidad entre el pasado—pura Colonia en cuanto a costumbres, creencias, procesiones, nacimientos, trisajios y oficios de Semana Santa,—y el presente,—que es fanático en ciertas clases; pero no fanático con espiritualidad de creyente o fe de carbonero, sino por pasarla de cosa rancia, emparentada con edades lejanas.

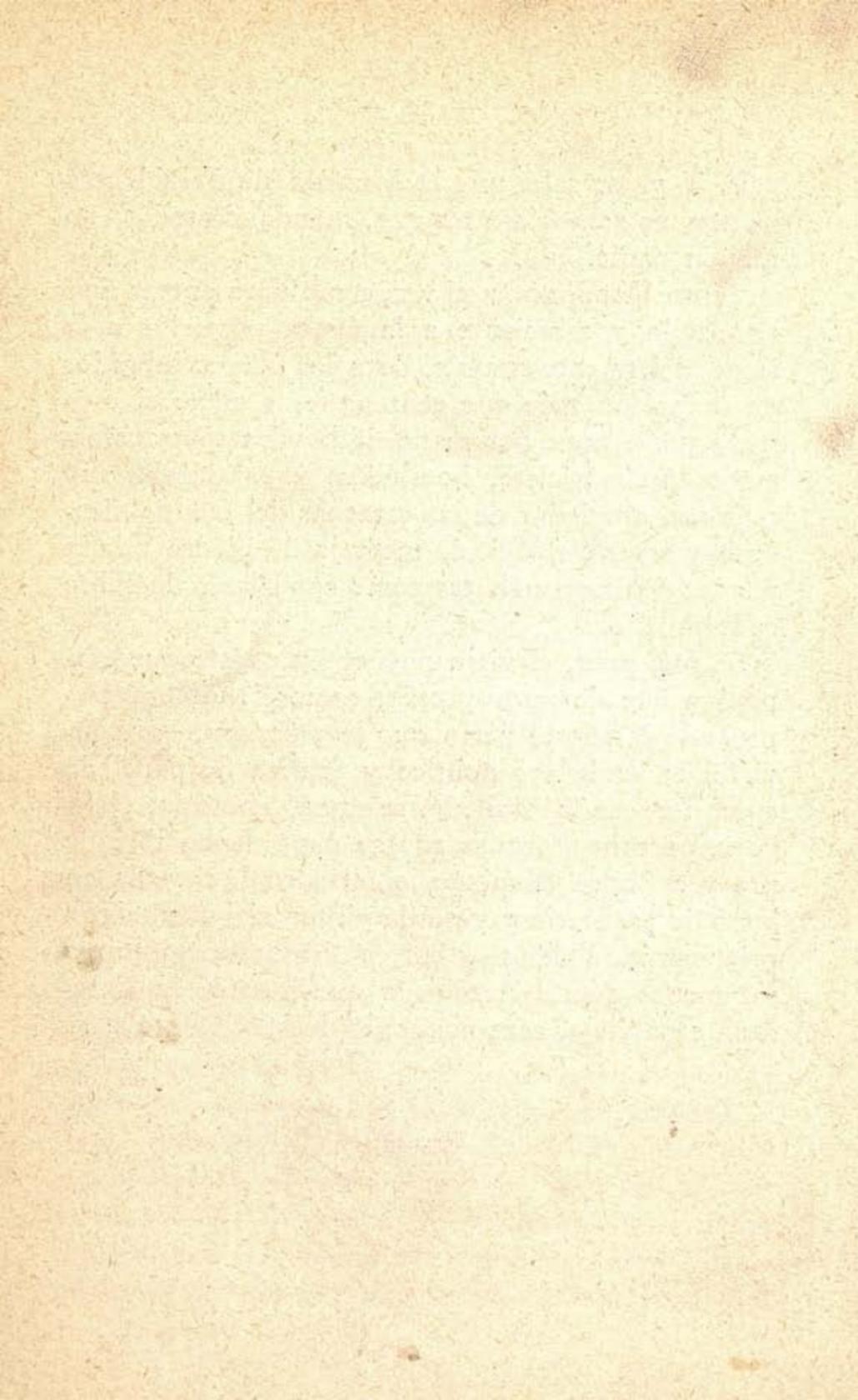
Al sumerjirse en el agua turbia de una crecida de padre y señor mío, uno de los arcos de aquel puente que en cierto modo eslabonaba el presente con el pasado, daba comienzo gráfico a otra época: quedaban, es cierto, de la primera la Moneda y Santo Domingo; pero tan exacto es también que con el puente derruido empezaba otra época, que ya muy luego iba a ser la primera motivo de rudos asaltos para despojar a los Presidentes de las atribuciones que permitieron la organización civil del

país. Y ya se sabe que la Moneda sin Presidentes dentro, es como casa en que, mandando todos, no manda nadie.

Santo Domingo, a su vez, como para entrar más remozado y reluciente a la época posterior a la caída del puente grande, dora los clavos labrados de su portón más que centenario, y como si esto fuera poco, pone por mano de hojalatero transformado en electricista, bombillos y zarandajas luminosas alrededor de las estatuas del frontis, desnudo y severo, especie de mortaja de piedra velada por las dos torres chatas como candeleros de cobre coquimbano.

Se fué, pues, el viejo puente—y conste que empezó a irse de motu-propio, como si hubiera sospechado la suerte perra que le esperaba;—se convirtió en embeleco político y fábrica de papel de curso forzoso la Moneda, se quedó como un testigo importuno Portales con su capa de hombre de pro y a Santo Domingo lo forra cualquier día en latas de gasfitería y yeso de pintar viejañas, algún prior gordo, diligente y «progresista» que no quiera ser menos que el Arzobispo que hizo de la Catedral, casa vieja, casa nueva, es decir, Casa-nova...







## TRANSFORMACION E INICIACION LITERARIA.

Conservo de aquel tiempo otro recuerdo patente que, aunque de índole diversa a la caída del puente grande, también significó el comienzo de una transformación literaria que aquí sintió nacer las alas en punta: Rubén Darío.

Trasegando en una labor literaria que la vida ha hecho forzosamente desordenada, no tardo mucho en descubrir las influencias del medio colonial en que iban tomando cuerpo mis primeras impresiones, y, simultáneamente, las vislumbres de un mundo nuevo que sobre el puente derruido y la ciudad llena de procesiones, mantos y campanarios, vino a esparcir Darío y su parisismo, unas veces intuitivo y otras de puro calco.

Dos aspiraciones opuestas e igualmente poderosas: hé ahí un libro que he presentado vagamente, sin tener tiempo para concretar y escribir, dos tareas que requieren sosiego y reposo, es decir, lo mismo que no tendrán nunca los que van lle-

vando por todas partes la anarquía inestinguible de su inquietud.

Había—lo que he comprendido después—cierto encanto de evocación candorosa en las transplataciones de Darío, que venía a cambiar por agenjo el alcohol de las copas; que venía a dar apariencias de modernidad novísima a la antigua bohemia de las imprentas; que venía, en fin, a equivocarse con las tuberculosas heroínas de Mürger a las muchachas que a él se le antojaban deslumbrantes anticipaciones de Montmartre y el «Moulin Rouge».

¡Un indio de exhibición exótica preconizando la religión de una belleza finisecular recién cantada, pintada o desnudada—para modelo—en París!

¿Traía por lo menos algo de eso en su equipaje de personaje trashumante?

¡Qué iba a traer nada el pobre Rubén!

Las hadas y las reinas rubias que iban a volar sobre las torres y las campanas que sólo daban el toque de ánimas o el de queda, lo esperaban aquí en los libros de Pedrito Balmaceda, que fué el primero—allá en 1885 y 1886—que habló de Baudelaire, Gautier, Silvestre, Catulle Mendès, y de Manuel Rodríguez Mendoza que, a su vez, era el primero que discurría en la prensa de pintores y artistas franceses.

¡Pobre Pedro y pobre Manuel!

Le dieron cada uno un brazo a Rubén, que aquí había caído con cartas de un poeta y general de su tierra, y lo entraron de zopetón a la antigua «Epoca»,—el diario redactado y dirigido por las

testas coronadas del montinismo de aquel entonces.

Por todo lo alto, la dirigía don Pedro Montt; hacía de Director efectivo Mac-Clure, don Eduardo, y sub-dirigía, Manuel, mi hermano.

Ahí tenían su aduar o campamento, Tondreau, hoy Rector de Liceo lejano, Pedro Balmaceda, Alfredo Irarrázaval, Luis Orrego Luco, Manuel del Campo Yávar, Alberto Blest, que había vivido mucho en la vida y en París, y que aquí seguía viviendo en verso, hasta que murió en plena juventud y en pleno talento; pero en pura prosa.

Están en «La Epoca» todas las iniciativas periodísticas que otras empresas han desarrollado y sostenido después y le deben por esto los que han venido posteriormente, un homenaje conmovido.

Los días Domingo daba ese diario un gran número ilustrado y en sus páginas colaboraron Gladstone, Julio Simón, Campoamor, Castelar, Henry Houssaye.

Todos los que en ella acamparon, eran aves de paso que, camino de otros cielos, otros rumbos y hasta otra vida, hicieron su nido momentáneo o primaveral en aquel casuchón de dos pisos, oscuro por fuera y lleno de luz e irradiaciones por dentro.

Los juntó la vida, el talento y la caja de un millonario artista. Empezaban el camino que no tardaría en bifurcarse, apartando o borrando para siempre entre el polvo la alegre caravana.

Unos—como Pedro Balmaceda,—empezaban apenas el sendero simbólico y que por muy áspero que sea, nunca deja de tener un momento radiante en

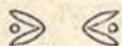
que muestra las perspectivas infinitas, que después van desvaneciéndose.

El primero en caer, cubierto con violetas perfumadas con el éter de los enfermos del corazón, fué «A. de Gilbert»: el destino quiso apartarlo a tiempo de las desgarraduras de la catástrofe próxima: la Revolución.

Qué sabía yo lo que decían los artículos en que «A. de Gilbert» hablaba de las excentricidades de «la gran Sarah» de Albertito Blest («Ito») y de la gran ciudad! Sin embargo, cómo me sugestionaban los nombres de aquella generación!

Conste, pues, que, como la Teología, suele tener un prestigio impenetrable lo que no se entiende. . .

«La Época» y su grupo memorable eran para mí un Olimpo lleno de cosas prestigiosas: soñaba con él y su obsesión llegó a constituir un adelanto infantil a las neurastenias o sicastenias posteriores.





## ME TRASLADO DONDE EL PADRE SOTO EN BUSCA DE CONOCIMIENTOS HUMANA- NISTAS.

Corrido por las ofensivas con que me amenazaba tarde y mañana «Don David», el Inspector General, yo había ido a parar al Colegio de los Agustinos, arrancando del Instituto, donde pasaba una parte del tiempo que para otros transcurría al aire libre, enjaulado bajo cerrojo.

Entre los discípulos del hijo muy amado de Santa Mónica, había gramáticos, como el padre González, frailote con algo de gaucho malo y con manos que parecían estribos tallados en Peñaflores; tenores abaritonados, como Polanco; geógrafos, como el padre Bravo—y lo era;—dispenseros vigilantes como el padre Soto, quien se gastaba en invierno unos envidiables sobretodos de Castilla, y literatos como el padre Maturana, retórico y pedante con voz de gato nuevo.

Este último hablaba un día de cosas del mundo—era muy coloradito, y salutífero—en medio de un grupo en que, si mis recuerdos no me engañan,

—y son engañosos los recuerdos—porque equivalen a la historia o la vida convirtiéndose en leyenda,—campeaba con gran prestigio oratorio Misael Correa, en cuyos diarios se me enviste con la frecuencia de la impunidad, y cuya prosa, dicho sea en honor de la verdad, suele recordarme la de don Juan Valera.

Me acerqué al grupo—también lo recuerdo o lo presumo—con timidez de lego curioso y al oír que el padre Víctor preguntaba con su voz característica «qué era eso de Rubén Darío» palidecí como si se me hubiera ofendido de una manera inequívocamente personal...

¡Pobres padres! ¡Qué buenos y que gordos eran! Me decían «pescuezo de rabel» y uno de ellos—«Mollanito»—me llamó, sin diplomacia ni consideración, bruto como la pata de la mesa para las matemáticas, que nunca, en efecto, me han entrado a la cabeza y, sobre todo, donde deben entrar para quedarse: a los bolsillos.

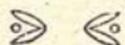
Conservo de los padres, como sigue llamándolos mi perdurable fidelidad, el mejor recuerdo; pero reconozco que no debe haber sido mucho su poder de convicción, ya que mientras ellos desplumaban a Voltaire, para echarlo entero a la olla de agua hirviendo, yo estaba a punto de ingresar a una academia de libre pensadores—más libres que pensadores, naturalmente.

Nunca supe que hubiera jacintos — es decir, «hermanos jacinto»,— entre ellos, entre los padres.

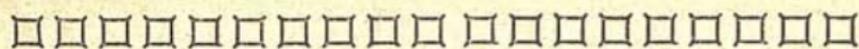
No. Su entretención predilecta era, por lo menos a la sazón, comer bien y pegar, para amenizar

las digestiones, muy criollas o muy laboriosas, guantes y coscachos.

Mientras el bueno del padre Víctor, de quien se me ha dicho después que es un connotado historiador de la orden, preguntaba «qué era eso de Rubén Darío» éste se presentaba como cosa extraordinariamente exótica en nuestra vida literaria.







## RUBEN DARIO Y SU PRIMER LEVITON SANTIAGUINO.

Darío se instaló en la mansarda de «La Epoca», donde dejó colgada en un clavo de gancho la imponente levita de una abotonadura con que llegó a Santiago.

Mr. Pinaud—aquél en cuyas cuentas solía poner Alfredo Irarrázaval: «si tú la hiciste, págala tú»—acababa de confeccionarle un largo y elegante levitón forrado en seda y el «gabachito» Dumas, por su parte, coronaba este conjunto impresionante, con un esplendoroso sombrero de pelo.

Así lo vi llegar por primera vez a nuestra casa de la calle de Nataniel—donde hay ahora una imprenta que cualquier día hace una edición barata de «Azul...» o de «Prosas Profanas».

Ahí se reunía noche a noche una tertulia literaria, la cual, ya camino de su cercano domicilio, traía la última nota política del día o de la noche, Vicente Grez,—autor del «Combate Homérico y «Murmuraciones».

Yo era entonces un peneca que no podía tener

sino un acceso furtivo al prestigioso cenáculo que, a pesar de alejarme de sus charlas y cónclaves, había de decidir, puerta o pared de por medio, de mi futura vocación.

Ahí divisé, entre otros muchos, a Amunátegui, el eruditísimo Rector actual de la Universidad; a Alcibíades Roldán, a Pedro Balmaceda, al doctor Puga Borne, que empezaba su carrera política; a Tondreau, a Samuel Ossa, a Manuel del Campo, al señor Hunneus (don Jorge) con quien, años después, había de simpatizar hasta la efusión en la Legación en Bruselas, donde lamento en el alma haberle amargado un poco su existencia protocolar.

La alta novedad de aquellas reuniones, la constituía Darío.

La primera vez que cayó en mi casa, tomé una colocación de gato que aguaita la laucha para observarlo de mampuesto.

Manuel, mi hermano, no estaba, o estaba durmiendo, lo que, histórica y racionalmente, me parece más factible y humano.

Entró, se sentó, juntó las manos y cerró los ojos.

Tiene sueño, pensé... Nada: estaba inspirándose.

Inferí después que ese día no había sido muy abundante la congrua sustentación del poeta exótico del «Rey burgués» y la «Canción del oro».

Se golpeaba una contra otras las puntas de sus largos dedos y abriendo los ojos entregó al vacío y al silencio esta pregunta sin respuesta y que se perdió entre los libros y los cuadros:

—¿Manuel, no llega aún?...

Volvió a tomar su actitud de fakir que se mira la barriga y en ésta, el ombligo.

Abriendo suavemente la puerta, lo contemplé más a mis anchas y ya que estamos haciendo verdadera historia—como decía don Marcial—debo dejar constancia sumaria de que la primera impresión no fué halagüeña: el poeta tenía ese día una amarillez de crisantemo nipón; pero de crisantemo viejo y sin agua... La nariz, muy fina en el sitio en que nacía entre dos ojos pequeñitos y vagos, se iba ensanchando hasta plantear sobre un bigote de mandarín el arduo problema estético de dos fosas nasales ampliamente dotadas para las respiración y el resoplido.

En síntesis, las pasiones que Rubén inspiró en vida, no deben haber sido ni muy fulminantes ni muy poéticas, ni muy modernistas ni aún muy duraderas.

Aburrido de la espera, se erguió, cogió el sombrero—entregado a los créditos futuros por la munificencia de Mr. Dumas—y salió meneando sólo las piernas, como si la cabeza siguiera un camino y otro los pies, largos, finos, gorillescos.

Era alto y engarabatado.

Quedé absorto y no tardé en correr en busca de alguien a quien transmitir mis impresiones fisiológicas sobre el que nueve años después había de prologar paternalmente mi primer libraco—un librito,—influenciado por él y por lo que del decadentismo francés empezaba, más que a asimilar, a olfatear.

Rubén era ya más o menos célebre por aquel en-

tonces y ahora, al hojear este voluminoso libro abierto—lo que no impide que se cierre o descuaderne cualquier día—de lo que ha penetrado en el recuerdo, marcando los años, me pregunto con irónica insistencia, si en todas las etapas de la carrera de gloria y de dolor de Darío, no influyó apreciablemente, su nombre, arrancado de algún tapiz o de alguna turquesa oriental, y su cabeza de ídolo malayo tallado en un pedazo de bambú y puesto sobre el elegante levitón de Mr. Pinaud... ¡Qué pinta aquélla!

Fué recibido por Balmaceda, entonces Presidente, y como la imprenta en que Darío escribía quedaba a un paso del Municipal y a otro de «Papá Gage», pensaban los incautos que el autor de los «Abrojos» vivía entre las bailarinas del Fausto y el «champagne» de las cenas... sin protocolo.

¡Desgraciado, por lo demás, el ser mustio que no ha conocido esos instantes de juventud!

Darío hacía la vida de un grupo que no aspiraba a obtener pos-mortem la canonización papal; pero sus emolumentos eran tan modestos, que junto con recibirlos, divididos en las fracciones anticipadas que sobre el mesón le contaban Cartajena o el gordo Maqueira, se trasladaba, sin pérdida de tiempo con ellos—costumbre que conservó religiosamente hasta sus últimas boqueadas,—con ellos y su improvisado séquito femenino, donde Gage, cuya fachada de caserón de mediados del siglo pasado, le parecía una anticipación halagadora del «Moulin Rouge» y sus aspas luminosas, símbolo del París de la noche, del placer y de la celebridad.

Al descender ante la ancha puerta, contemporánea de don Diego Portales, y las conspiraciones de aquel entonces, la improvisada comitiva se dirigía a los comedores reservados donde el pobre Rubén se creía durante unas cuantas horas Lúculo, don Juan, Nabab, estirando así en una forma tan fantástica como precedera, los anticipos del «guarapalo» de Cartajena.

Sólo el licor lo sacaba de su perpetuo Nirvana, encendiendo la piedra de amuleto indígena de sus ojillos, en que nunca se supo si había ira, dolor o amargura, porque andaban siempre muy lejos: parecían llenos de timidez y de sueños—tras ellos aleteaba o cantaba ya el «pájaro azul»—y, pestañeando, miraban con temor que solía parecer bondad.

Estoy cierto que nunca se sirvió de ellos la maldad, como que siempre que se reservara para él el primer lugar en la poesía castellana, en la cual fué un innovador que más que de nuestro país parecía venir de Francia, era el más benévolo de los hombres.

Seguro, y no sin razón, del puesto a que parecía aspirar muy en secreto, dejaba a los demás el dinero, los uniformes, las mujeres, todo: era un cerebral y le bastaban los homeopáticos anticipos de Cartajena para que las sobrexitaciones gigantescas de la fantasía, oportunamente estimuladas por las botellas con abdomen de Embajador, lo hicieran viajar en el curso de una cena, que nunca fué la de Leonardo de Vinci, por Grecia, con Friné; por Egipto, con Cleopatra; por Roma, con las em-

peratrices de prostíbulo; por el Renacimiento, con alguna Gioconda, empecatada y sibarita; y por Versalles con aquella primorosa Du Barri de cabeza caída de un abanico en la paleta de Watteau.

Bastaba la más módica de las pecadoras santiaquinas para que Rubén se creyera ante María de Mágdala, si por Palestina y sus cielos violeta peregrinaba esa noche su miravolante fantasía, o ante la «Dame aux Camelias», si por el París de sus ideológicas tentaciones trotaba in mente su buen deseo.

Supe después, cuando los años y la carne me pusieron en situación jurídica de imponerme de cosas tan trascendentales para las letras y la historia moral de aquella época, deliciosamente bohemia, que más de una vez y cuando ya se daba a Darío por definitivamente descarriado, por lo menos, extraviado, se le encontraba redimiendo flaquezas en alguna calleja del Santiago negro, rodeado de un auditorio mixto y nada tranquilizador al cual recitaba, cerrando los ojos al armonioso son de alguna arpa más babilínica que bíblica, el «Cantar de los cantares», o algunas de las estrofas destinadas a quedar retenidas entre las espinas de «Abrojos»—su primer libro, es decir, la primera aparición de una gloria desnuda y sollozante.





## DARIO, SU CALABAZA Y SUS INNOVACIONES.

Ortiz, *concierge* criollo de «La Epoca», después cartero y repartidor de cartas multadas, era gran «vaqueano» en materia de pesquizas destinadas a descubrir la arriesgada madriguera de ciertos impenitentes, y más de una vez regresó triunfante trayendo al poeta como trofeo, metido a regañadientes dentro de un coche de posta, que parecía venir del diluvio, vía Recoleta.

Quién diría que así fecundaba su evolución el transformador providencial de aquella poesía que, descontando a Becquer, Bartrina y Campoamor, sólo evocaba con la imponente escenografía de sus estrofas, atalayas, castillos feudales, torres del homenaje y señores de horca y cuchillo?

Ya en «La Epoca» y su mansarda, ante la cual las golondrinas posadas en los alambres telefónicos simulaban un pentágrama escrito con tinta china sobre el cielo de invierno, sobrevénia, si no la penitencia, una morijeración que duraba hasta

el momento de enfrentarse de nuevo a la fortaleza, es decir, a la caja guardada por Cartajena, áspero como un palo en la cabeza, y por Maqueira, que era ancho y espeso como una puerta llena... de clavos distribuídos por el personal, siempre en apuros, como es de regla.

Para los tiempos de meditación y clausura, tenía Rubén una calabaza, no siempre llena, y destinada al ron, traída del trópico entre un Diccionario de la lengua, una Gramática de la idem, un retrato de mujer y una carta de recomendación.

La guardaba su dueño con un sigilo lleno de cuidados y acatamientos, como que dicha calabaza era el duende de la mansarda «rubeniana».

Ni Ortiz, el de las pesquisas galantes, lograba dar con ella cuando para ponerla en salvo de «mediaciones» extrañas, la ocultaba Rubén como por arte de encantamiento: estando llena, en efecto, no había «detective» capaz de dar con ella, y mientras la vaciaba su dueño, parecía que se la hubiera tragado la tierra... Se volatilizaba—ron al fin—entre rimas o volaba, hecha espíritu o poesía. Si: ron y calabazas, se elevaban hasta los más encumbrados endecasílabos; pero una vez vacía y sonando a cosa hueca y percedera, como las estrofas de Quintana o Núñez de Arce, reaparecía en cualquier parte, rodando entre los enseres íntimos que pueblan la parte baja y forzosamente discreta de todos los lechos.

Un buen día la calabaza, supongo que a deshoras y disfrazada con algún ejemplar del «Ferrocarriil» o el «Independiente», descendió de la man-

sarda: su dueño dejaba «La Epoca» y ambos, presidiendo de consuno el trasteo del equipaje, se dirigían a la calle de Nataniel afuera, a una casa de pensión en cuyo primer patio, lleno de chiquillos y perritos de lana, verdeaba un naranjo agrio entre cuyas hojas solían asomar los azahares como una promesa irónica a la dueña de la casa, persona santamente solterona, aunque no excenta del todo de cierta humana experiencia, que se transformaba en fugaz coquetería a la llegada de algún nuevo pensionista.

Instalado en su nuevo alcázar, Rubén menudeó a toda hora sus visitas a mi casa, que para él era camino hacia el centro de la ciudad. Llegaba, entraba, se instalaba a esperar a Manuel y se sumergía en una butaca color bronce, apreciablemente cómoda, que le permitía echar atrás la cabeza, cerrar los ojos y juntar las manos, estrechándose suavemente las puntas de sus dedos de violoncellista. Al abrir de nuevo los párpados de vuelta de las visitas lejanas en que el espíritu presiente vagamente lo que ha de venir, sus ojillos de escarabajo sagrado se daban un encontronazo con aquella estampa—copia de un retrato de León Bonnat,—en que el «Dios Hugo» aparece sumiendo intencionalmente la mano en la nube de cabellos blancos que enmarcan su fisonomía de cualquier cosa, burguesa y de hoy, menos de colega de Dante o Shakespeare—palabras mayores...

La pidiera o no—y Rubén tenía bastante confianza para hacerlo—se le ponía al frente una taza

de té con galletas de agua, a la cual no era aficionado ni en forma de galletas.

Estas intimidaciones dibujan al hombre—y por ese lado—acentuando el rasgo indeleble de su distanciamiento, tanto de una actividad cotidiana y de fines económicos, como de ciertos convencionalismos que su portentoso talento iba abrogando sin parar mientes en ellos: son estos hombres los que, integralmente dueños de un «yo» incapaz, aunque lo quisieran, de entrar en transacciones con las ideas artísticas o morales de los demás, avanzan despreocupados y sin fuerzas otras que las de su fe, hacia la innovación total, que si no siempre es el genio, es lo que más se le parece, a pesar de sus apariencias de locura.

Vislumbró Rubén, que aquí empezó a asomarse a lo francés contemporáneo, que el español, medio agotado en materia de variedad, continuaba siendo oratorio, limitado y moldeado en materia poética, y procediendo en gran parte por intuición, innovó audazmente, tratando de traducir sensaciones, castizas en cuanto a la forma y nuevas en cuanto al fondo, al tema y a la manera francesa de interpretarlas.

Esa innovación sorprendía poco después a las letras españolas, las cuales bien puede decirse que prolongaron hasta la definitiva y total disgregación colonial una buena parte del clasicismo que floreció pomposamente en los días en que la gloriosa península en que descansa por un lado el mapa de la Europa, aspiró a la hegemonía política y religiosa del mundo.

Tal era el real alcance de la obra empezada ya entonces por el personaje soñador y soñoliento, que al abrir los ojos, encontraba frente a él un plato chino con galletas de agua y, más arriba, colgada en la pared, una cabeza de Víctor Hugo, llena de nubes de procedencia olímpica.

Hubo un pequeño grupo que lo alentó—el de «La Epoca»—al cual agregó después su autoridad de retórico y hombre muy sabio, don Eduardo de la Barra, pequeñito, valiente, cabeza de poeta y de guerrero, Goethe a medio crecer en un ambiente inadecuado, y sobre cuyas pasiones se elevó siempre la luz penetrante de un gran valor moral: don Eduardo pudo y debió morir de punta en blanco, en alto la lanza y al estrépito de su lanza, como los justadores de la época de que no van quedando más que los castillos y catedrales, escapados a Dios y misericordia de los cañones prusianos.

Para ser innovador, Darío no tenía más elementos materiales que los pájaros: alas, es decir plumas... de escribir, lo que es un bagaje muy liviano en estos tiempos... más pesados que el aire.

Empero, a pesar de ser nuestro ambiente más propicio para el volantín que para dar alazos de cóndor, el hecho es que aquí ensayó Rubén por primera vez el vuelo infinito del pájaro azul.

Paradoja curiosa, que dedico a los economistas: desde Cristo hasta don Quijote, constituyen los más grandes ejemplos de libertad individual, los que nunca pensaron en la «independencia económica», tan pregonada por esta época en que la igualdad, achicándose, agachándose y renunciando

a todo lo individual, se contenta sólo con el bienestar.

Sin duda, es bien sugestivo el hecho de que los que llegan más alto en materia de ideas, sean los que no levantan su propio peso, como diría un «yanque».

Económicamente, Darío era un pobre diablo, lo que no impidió que fuera un innovador que no habría tenido, ni aún vendiendo su levitón y su sombrero alto, con qué costear la cruz de palo en bruto a que más de una vez lo condenó la incompreensión.

No era un valiente como el paladín de la quimera, y, sin creerse desmedrado, huía reiteradamente ante la realidad o ante los jayanes. No, no era un valiente ni mucho menos... Era algo más: un indiferente de los que para ir lejos, cierran los ojos, hasta el momento de abrirlos en plena gloria o al sentir el fierro candente de la vida o el martirio.

Por el momento, tomaba té con galletas de agua...

Así lo vi, siendo yo niño y así me lo represento ahora, al buscar lo gráfico de los recuerdos con que quisiera—siempre el amor a los disfraces y los emblecos, como las mujeres—enflorar mis cuarenta y tantos años.





## DARIO Y LAS ANIMAS DEL PURGATORIO

Una noche, después de visitar en la tarde—diablura de Manuel que conocía a su hombre—el cementerio, donde llegaron hasta las fosas que guardan una cosecha de cráneos albísimos que por una órbita suelen mostrar una flor de cardo y por la otra un hocico de ratón, filosófico y mal oliente, Rubén se sintió seriamente mal: tenía fiebre y frío. Temblaba.

—Es necesario que te vayas a dormir—le dijo mi hermano. Te iré a dejar.

Rubén dijo entonces, tomando las manos de Manuel y dejando caer la cabeza:

—No puedo marcharme solo y tú, que eres bueno, tendrás que alojarme, porque me siento aterrado... Los muertos, los cráneos... Hamlet... Yorik... las sombras... el más allá... el más allá!.. Soñar, dormir acaso... ¿Oyes cómo suenan esas palabras? Me muero de terror y no tengo vergüenza de confesarlo a mi amigo, a mi hermano... Dame *cognac!*..

Se persignó, pidiendo por Dios que no se le abandonara a los riesgos de su solitaria vivienda, y esa noche durmió en un sofá de la sala, bajo la omnipotente advocación de Víctor Hugo y su cabeza llena de alas, es decir, de nubes.





## EL EQUIPAJE DE DARÍO

Poco después, me impuse de sopetón, aunque sin detalles de que mis años y mi inexperiencia no eran aun bastante acreedores, de la noticia pavorosa—sin saber por qué le tenía a Rubén un gran cariño—de que se marchaba al «puerto».

Me sentí entristecido ante la idea de no volver a ver a aquel personaje, adherido con tanta fuerza sentimental a mis recuerdos.

¡Pobre trovador! Ya no proyectaría más de una acera a otra, su silueta de noctámbulo, que al recibir el resonante espaldarazo que poco después había de darle don Juan Valera en sus «Cartas Americanas», iba a seguir rodando tierras, como en los cuentos en que aparece Pulgarcillo tranqueando a través de los ensueños infantiles!

Renovador potentísimo; pero escaso y magro hasta la pobreza, aquí y en todas partes, fué un poco la cenicienta en género masculino.

Del antiguo grupo de «La Epoca» había desertado Manuel, nombrado junto con Daniel Riquel-

me jefe de sección de un Ministerio; Alfredo Irrázaval, que seguía guitarreando entre el chisporroteo de su admirable *sprit*, Luis Orrego y no sé cuántos más de aquella banda inolvidable...

La Venus sin brazos, como para no poder abrazar en son de supremo adiós a todos los que habían formado ronda juvenil ante sus senos siempre erectos, se quedaba sola en los salones de «La Epoca», que iba perdiendo apresuradamente su carácter artístico y literario y en la cual había parecido la política algo accidental.

No sé lo que pasaba; pero lo cierto era que después de tomársela, literariamente, Rubén desertaba la capital en que sabe Dios mediante qué clase de agentes patológicamente confidenciales, había empezado a dar su célula gris la desconcertante floración modernista que al fin apuntó total y ruidosamente en el «Azul»...

A pesar de los juicios de Valera, las innovaciones de Darío no habrían ido más allá de nuestros tajamares, chatos y resistentes como todo el colonialismo pertinaz que representan; pero el poeta sintió que bajo un nuevo levitón de Mr. Pinaud emplumaba algo—las alas que empezaron a apuntar y crecer en la mansarda de «La Epoca»,—y poniéndolas primero de punta, las ensayó luego horizontal y poderosamente en el éter dorado de una celebridad nacida entre pobreza y perrerías, como todas las glorias.

Como si comprendiera ya que el que se iba y el grupo que se disolvía para siempre dejaban en mí una afinidad que después no tendría fuerzas ni

valor para dejar, sentía una desgarradura extraña con la partida del poeta: era la vocación que empezaba produciendo un primer dolor intenso.

—Se va Darío— repetía en silencio para que no se rieran de mí o me hicieran callar.

Una tarde, un cargador de poncho dejó caer, sin miramientos, en el pasadizo de mi casa un pequeño cajón de vino, ya sin botellas naturalmente:

—«Ei manda el pueta de más abajo...»

En el momento en que Rubén iba a ser el poeta de más arriba, continuaba siendo «el pueta de más abajo» para el «roto» que cargaba con su mísero equipaje de peregrino sin más letras al portador que sus alas de Icaro y de Proteo.

Liviano como una pluma... de la cola, el cajón fué a dar a mi pieza y al pardear el día y devorado por la curiosidad de lo incógnito, que ha hecho perderse a tantos Faustos y tantas Margaritas, levanté una tabla y los clavos dejaron al descubierto una brillante dentadura de alambre...

Temblé como la noche en que Darío hablaba de calaveras convertidas en gabinete de ratones entregados a la tarea de explorar cráneos vacíos.

Con los ojos inmóviles y las manos frías—era invierno y hacía una noche de lobos con apetito—me parecía estar levantando la tapa de un ataúd o de un tesoro.

El equipaje de un poeta!.. Todo y nada.

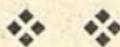
Sijilosamente, encendí una de esas luces que tiemblan o se inmovilizan al paso de lo impalpable. Miré mi sombra, agrandada en la pared; sentí un escalofrío; pero proseguí valerosamente mi tarea:

se veía un pequeño bulto dentro del cajón sin botellas y sin equipaje: estiré la mano con resolución de raptor y saqué algo que sacudí con ademán de hombre resuelto a apresurar su tarea clandestina: era un chaleco a cuadros, digno de conocer las lágrimas de Alfredo de Musset y George Sand...

Decididamente, con tan poco equipaje, cualquier hombre levanta su propio peso, como dicen los norte-americanos, empleando un característico lenguaje de «romana» pesadora.

Había algo más en el cajón—convertido por Rubén en *necessaire* de viaje muy largo—algo que pasó a mi conciencia, sitio de donde lo extraigo ahora con retardo, es cierto; pero con intenciones de pública contricción: un pequeño ejemplar del «Enano» de Walter Scott, que ingresó sin más trámite y en calidad de reliquia bibliográfica, a mi diminuta biblioteca estudiantil.

Meses después supe que Darío, como buen empleado de aduanas, se paseaba por el malecón y pesando fardos, más allá de los cuales se veían el mar, las gaviotas, las velas curtidas y mordidas por el viento y la sal; las olas coronadas de espumas y resplandores de ocaso; los barcos, veteranos de la tormenta, que van y vienen por el mundo oscilando con sonoridad de augurio sobre un infinito a que el arco iris suele poner un inmenso marco de esperanza...





## BALMACEDA Y LA TRANSFORMACION QUE EMPEZABA

Después del período presidencial de Santa María, y cuando la renta del salitre empezaba a subírse nos a la cabeza transformando en rico al pueblo, de poncho y «guarapón» en el campo y «tarro» y levita abrochada, cadena de oro, guardapelo y bastón de barba de ballena en la ciudad, llegó al poder un hombre que llenó por completo la Moneda: pisaba fuerte y se sentía lejos el eco de sus pasos.

Llegaba a la presidencia después de haber prestado al país servicios eminentes.

Procedía de la cepa dura y tenaz salida de la Colonia y templada en la soledad del campo, poblado de rumores y voces que vienen del infinito o de lo más hondo de la naturaleza.

Siendo niño, fué seminarista; cursó después sagradas letras y frecuentó la grave compañía del presbítero Ruiz de Balmaceda, especie de Tolstoy de sotana que «iba entregando a sus inquilinos su rico patrimonio».

El país, que antaño vivía cobre a cobre, y peso a peso, transformaba en rumbosidad olor a salitre los hábitos del buen tiempo viejo, cuando cada chileno era minero que se echaba con alma y peculio cerro adentro, o cateador de caliches y nitratos, o campesino que de tarde en tarde y seguido de «un huaso» de manta, montura de pellejos y cabeza de mata de espino, remataba su bestia ante alguna de las casas de puerta ancha y recia que no se abría a dos tirones de aldabón; pero que cuando se abría era de par en par.

El país que en tiempos de Prieto había hecho la campaña de 1838 con un presupuesto de tres millones de morlacos, oro,—presupuesto que en 1879 aún podía llevar «escrito en el puño de la camisa» don Aníbal Pinto—iba a ser rico; ya lo era y Balmaceda con ese fervor grandilocuente, un poco castelariano, que ilumina como una llama encendida en la montaña, todos los actos de su vida pública, dijo—no es otra la conclusión que se desprende del conjunto de sus proyectos e iniciativas—señores: la victoria ha dado de sobra con que hacer un gran país; hagámoslo.

Balmaceda es el Chile viejo en cuanto a hábitos, queriendo encarrilar y gobernar al Chile nuevo en cuanto a recursos, y sus recias sacudidas al pasado delataban a cada instante su propósito, tenaz hasta la muerte, de agrandar la estructura moral y material del país, convirtiendo en gran organismo la republiquita paupérica, sin puertos ni escuelas, ni ferrocarriles, en que todo era poquito, menos la moral que era grande y sólida... Quiso agigantarse

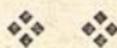
él mismo agigantando al país y se sintió tomado por esta idea que sigue iluminando su memoria y sus despojos.

Más conocedor de los clásicos que de los hombres de hoy, marcaron los primeros profundamente su mentalidad y hasta su figura: había, en efecto, en su gesto y en su firmeza algo de los romanos que preferían arrojar sobre sus espadas antes que claudicar.

En efecto, el día de la revista militar en el Parque, me aposté a verlo pasar afirmado en una acacia, ubicada en la Alameda esquina de Dieciocho, donde tenía entonces su farmacia el finado don Carlos Gac, casi pared de por medio con el modesto cuanto famoso establecimiento de los helados, la «aloja» y los alfajores de Antonina Tapia,—a diez centavos la copa de los primeros y a veinte la docena justa de los segundos.

Mientras veía el Presidente y previo un arqueo del presupuesto—operación que no demandaba mucha expedición para sumar centésimos—penetré a la dulcería resuelto a embucharme una copa de helados de vainilla y hasta media docena de alfajores oleados.

Así fué, y tanta era la concurrencia, que aún hoy sigo creyendo que bien pude salir dejando la cuenta abierta...







## LA ANTONINA... ANCHA, BAJA Y RECIA COMO PUERTA CON GOLPEADOR DE BOTITA

Opté por dar muestras de una honradez a prueba de tentaciones infantiles y como inmediata recompensa, disfruté largamente, tanto del espectáculo del local como de la presencia, sentada tras del mostrador verde, de una de las predecesoras de la sabrosa y pintoresca industria del dulce criollo en que hoy descuellan damas muy distinguidas, dando el hermoso ejemplo de que basta un poco de ánimo y buen humor para hacerle cara a la vida.

La Antonina de cuya desinteresada contemplación estética pude disfrutar de mampuesto en esta ocasión, mientras el nuevo Presidente regresaba del Parque, era ancha y baja como una puerta de aldabón, clavos de cobre con herrumbe y golpeador en forma de botita... No le fué fácil la operación de fondear en el sillón de brazos y petate, sometido aquel día a tan dura prueba de resistencia, y si no parecía precisamente una figura de

Goya, es lo cierto que bajo el techo de tocuyo y las vidrieras nevadas de dulces, era la viviente alegoría de una época muy... dulce que se va en medio de otra... muy amarga.

Era, eso sí, la finada una alegoría muy ancha, con chapes de cola de rata caídos a la espalda; cuello que queda mejor definido calificándolo, con perdón de sus congéneres, de cogote; chaqueta corta de percal salpicoteado con ramitas de rosado mutiflor y un torso que pudo ser el de Diana cazadora; pero que ya no era el de ninguna de las Venus: se había aplastado como fuelle sin viento.

Tenía los ojos medio cerrados por su sudorosa gordura y la apacibilidad casera de su existencia, celebrada tarde y mañana por el gorgoreo de las pailas que cantaban solas al revolverlas el afortunado cucharón de palo de naranjo.

Contaba, según supe por mi abuela materna, doña Carmen Valenzuela Silva, con hechos dignos de ser historiados en su larga y sabrosa existencia, que ha debido pasar a la leyenda—que es la mejor manera de entrar, con la aquiescencia de todos y no por fuerza, en la posteridad:—hizo ella misma la torta que el día del gran ágape patriótico se colocó en la mesa del triunfador de Yungay; le puso un mote que decía «al bensedor» y se cuenta—*si non é vero...*—que Prieto le dijo al General Bulnes, que tenía buen diente porque tenía buen sable:—Coma de esa torta, que no está nada mala, don Manuel...

—De partirla con la uña, habría respondido

el vencedor, pasándola a cuchillo, es decir, dándole una carga.

No paran ahí las glorias criollas de esta Antonina, que nunca tuvo nada de Antonieta; llenó de almíbar la boca de muchas generaciones de gente aficionada a lo bueno, fuera en forma de tortas o de otra cosa.

Sus triunfos seguían acompañándola a través de los años y al entrar Baquedano, sable en mano, de vuelta de la ciudad de los virreyes, también fabricó la Antonina y con gran alarde por cierto de pailas casi centenarias y cucharones tallados en palo de buen olor, otra tortita de vencedor, que hizo exclamar a este otro don Manuel, el de la guerra de 1879:

—¡De la Antonina!. . . Ponga usted.

Se le atribuyen además, lo que quiere decir que no era extraña a cierta filosofía popular, dichos profundos que algo la emparentan con Sancho, que en nombre del buen sentido andaba dando a cada instante coscorriones de palurdo en la fantástica armadura de don Quijote: se quejaba de vejez, declarándose inofensivo, cierto cliente que había sido el león de su parroquia.

—Sólo el cucharón sabe lo que hay en el fondo de la olla—reflexionó la Antonina, guiñando un ojo.

---

Sonaron clarines en ese instante y como si fuera Bulnes el que volvía a caballo de la parada y de empujar el «potrillo» que todos los años le pasaba el pueblo, la Antonina se desprendió, no sin esfuerzos de su sillón de petate, llenando y hasta rebalsando la puerta de la dulcería con su figura de dulce de membrillo: era la tradición saliendo a ver, no sin cierto resentimiento, al nuevo Presidente para cuya exaltación no le habían encargado torta de hojaldre, lo que, según ella, no era de buen agüero...



## LA VUELTA DEL PARQUE...

—Don Balmaceda—dijo echándose al medio de la calle un cliente con cadena con borlitas de plata; faja roja con flecos largos en la cintura; botines con taco alto y punteras caladas; chaleco desabotonado; pantalones bombachos doblados en el talón y dos medallas de la guerra, prendidas a la izquierda, sobre el corazón y al habla con éste.

Era Balmaceda, en efecto.

Se descubría, saludando al pueblo.

A su derecha, en el carruaje de los escudos de plata, desbordando su alegría sonora y vigorosa, Lillo; don Eusebio, saludaba llenando la calle con lo que nunca perdió su figura: el gesto de revolucionario, de poeta y luchador.

Yo estaba deslumbrado y me repetía a cada instante: míralos bien porque nunca lograrás verlos más cerca... Son demasiado grandes para ti. Por qué no decirlo, ahora que ya estoy curado de espantos: me parecía una apoteosis aquel cuadro.

Al dirigir la vista al sitio en que yo estaba, me pareció que Balmaceda y Lillo, autor del Himno,

me habían mirado y me sentí presa de una de esas emociones infantiles que ya no se van más porque se graban en algo todavía en blanco, sin exceso de memorias y con los márgenes muy anchos y desocupados...

Mi vecino, el veterano de las dos medallas, que no sólo había tomado helados de canela con vainilla aquel día, se sentía satisfecho seguramente de estar mandado por los que pasaban saludando. Se bajó de la vereda, se acercó al carruaje de los escudos de plata y sacándose su sombrero con cinta tricolor, asegurada con botoncitos de concheperla, gritó con voz de artillería de campaña:

—¡Viva Balmaceda!

El Presidente se inclinó sobre su admirador desconocido y Lillo levantó la mano entusiasmado al divisar las medallas de la guerra.

Resonaba el Himno, estremeciendo las banderas, la ciudad, la multitud que regresaba del Parque, levantando nubes de polvo dorado que parecía emerger de las armas que sólo cinco años antes habían entrado en silencio y sin más ruido que el de la marcha y las cureñas a la ciudad llena de tradiciones y de mujeres que habrían entusiasmado a Goya, el de las majas, las tiranas y las corridas.

Transcurrían los años en que estando aún muy cerca de la última guerra exterior, campeaban por todas partes en medio de la multitud las medallas de la reciente campaña.

Al pasar, pues, los granaderos de *dolmán* azul, bota hasta la rodilla, morrión y charreteras rojas, el chapeado veterano que acababa de contagiar a

don Eusebio con su ruidoso entusiasmo, avanzó de nuevo hacia el medio de la calle, se descubrió exhibiendo de una manera palpable su prolongado divorcio con la peineta y gritó con voz militar:

—¡Viva Bulnes!..

Se refería al Coronel; pero ese nombre que sonaba a cargas—Yungay—enlazó de súbito al pasado con el presente en aquella tarde dorada y llena de armas en que estaban frescas las glorias de la última guerra.

El Coronel contestó con su sable, sin desviar la vista ni rectificar su postura a caballo.

Era chiquito y gordo; hábil, guapo, y en las filas como en la vida, siempre miró al frente, es decir, lejos.

Marchaba a la cabeza del Regimiento con que había cargado en Chorrillos.







## 1890.—TORMENTA Y TRAGEDIA PROXIMAS

Ni todo merece ser contado ni todo se conserva fresco en la memoria, porque ésta borra a veces lo banal, dando al conjunto los tonos suaves de lo que va perdiéndose en la lejanía.

Así, de 1890, año en que la tormenta política se preparaba a sacudir la estructura constitucional del país, recuerdo una que otra escena culminante, llena de personajes agitados o impasibles; pero preocupados todos por la proximidad del gran drama.

Con los libros bajo el brazo, yo no dejaba a la sazón cosa por ver ni discurso por escuchar ni carga policial por capear.

La parte escénica de aquellos sucesos, que sólo dejaron indiferente a la masa popular, empezó con la formación, el 30 de Mayo de 1890, del Ministerio Sanfuentes.

Era la víspera de la inauguración del Congreso.

El señor Ibáñez, don Adolfo, volvió en silencio—después, eso sí, de la batalla de los pitos con que lo recibiera en Valparaíso la oposición—a su tranquilidad y a sus paseos de tranco muy menudo

con que medía cotidianamente la Alameda, de arriba a abajo.

El Presidente contó sus fuerzas, eligió a sus hombres y se rodeó de seis luchadores—descontando el señor Gandarillas, funcionario ejemplar y quitado de alborotos parlamentarios, que llevaba al Gobierno, el prestigio, la tradición y hasta la tranquilidad burocrática de los grandes tiempos administrativos del país. Encabezaba aquel célebre Ministerio, el señor Sanfuentes, don Enrique Salvador. D. Enrique era un luchador que no llegaría al combate, quedando al margen del verdadero drama.

Había algo silencioso y tenaz bajo la tranquilidad arrogante con que el señor Sanfuentes se erguía ante la tormenta. ¿Qué era?.. La resolución de que un golpe de Estado aplastara conjuntamente al Congreso y al conflicto antes de que estallara la guerra civil?

Es sensible que los que han hecho historia, por lo menos no la anoten y subrayen con el valioso testimonio de sus recuerdos personales.

Ocupaba la Cartera de Relaciones Exteriores de este gabinete don Juan Mackenna, valiente y perspicaz.

En Justicia e Instrucción Pública, desbordaba Bañados Espinosa los torrentes de su calidez tribunicia, mechada con citas copiosas de la Constitución y los tratadistas.

Lo veo, como cuando me hacía clase de Jeografía.

Su familia, oriunda de Limache, pueblo del cual

fué mi padre hace más de setenta años, el primer Gobernador, vivió en días de calma lejana cerca de la mía y mi madre, que ya pasó tan campante de los ochenta, todavía recuerda a «su comadre Virginia», la virtuosa pregenitora de Julio Bañados.

Lo veo y sigo queriéndolo porque era todo corazón y no corazón de níquel, cemento o aluminio, sino de oro a la par, es decir, de la mejor ley.

Al escribir estos recuerdos, entresacados de los años que empiezan a echarse encima de uno, lo tengo muy cerca, en un grupo fotográfico hecho en 1883 y en el cual aparecen (los nombro como en las listas de clase, lo que talvez halague a los que quedan vivos): Amunátegui Solar, Domingo; Pinto Cruz, Francisco Antonio; Bañados Espinosa, Julio; Del Río, Agustín; Roldán, Alcibíades y Rodríguez Mendoza, Manuel.

Formaban un pelotón del cual sólo quedan en pie dos: Amunátegui, el de los «*Mayorazgos y Títulos de Castilla*», y Roldán, cultísimo y sin ambiciones, cuando todos se creen con derecho a tenerlas.

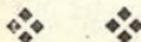
Sentado al centro, docto, grave y benévolo con grandes bigotes y ojos perdidos en el vasto campo de la investigación retrospectiva, aparece don Domingo, decano, rector e historiador, que por haberme visto chiquito y feo, como siempre, me ha distinguido siempre con una serie de obsequios bibliográficos.

Resueltamente sentado, con el pelo dispuesto en forma de trinchera clavada en la frente; levita abierta, pantalón listado y mano empuñada sobre

la rodilla, don Julio aparece en ese grupo en una actitud combativa y militante que parece una anticipación de 1890 y el Ministerio de Mayo.

Campeaban otras figuras importantes en ese gabinete: don José Miguel Valdés, elegante, activo, resuelto y en el cual se agitaba la bizarría tormentosa de los Carreras de que era descendiente inmediato.

Escoltaba el Ministerio de Mayo, cerrando un ojo como para apuntar un cañón de campaña, el General Velázquez, Ministro de Guerra y Marina en vísperas de que ésta levantara anclas...





## «NUBES DE TORMENTA» AL ALCANCE DE LA MANO

En la primera de las sesiones ordinarias del Senado, el Ministerio se presentó en masa a esponder el programa en que su jefe iba a eliminar solemnemente su persona de toda expectativa a la Presidencia de la República.

Próximas las tres de la tarde, hora desde la Pasión, de crucifixiones y agonías, el Ministerio salió de la Moneda, dirigiéndose al Senado por el camino más corto y pudo en su trayecto formarse una idea bastante aproximada del estado de los ánimos: había olor a tempestad y las nubes de que hablan las gacetillas de la época, podían tocarse con ambas manos y sentirse con todos los nervios.

El gabinete con su mariscal a la cabeza, es decir con el señor Sanfuentes, avanzaba con tranquilidad en medio de la multitud cada vez más compacta a medida que se aproximaba el Congreso, en cuyos alrededores vivaqueaba tumultuosamente la juventud capitaneada por estudiantes de leyes, de medicina y de ingeniería.

Al llegar cerca del Senado, cuyas galerías estaban llenas de una multitud clamorosa desde mucho antes de empezar la sesión, resonó el primer grito de la revuelta que ya impregnaba la atmósfera y que un momento después iba a quedar planteada en los hechos:

—¡Abajo el Ministerio!..

El Gabinete siguió impassible, sin desviar la vista.

Pórticos y columnas, todo parecía caldeado por aquel clamor que junto con aparecer, ya mostraba un encono que sólo podría terminar marcando con sangre todo el largo territorio desde Tarapacá, cuyas riquezas habían empezado a transformar el modo de ser social y político de las clases más elevadas, hasta los campos llenos de tierra y cardos del Chile viejo.

Olía a pólvora la atmósfera fría, pero luminosa, de aquel día de Junio, que incitaba a trabajar, a gozar de la paz y de la vida, más fecundas que la contienda en que las pasiones buscaban apresuradamente la vestidura teatral de las doctrinas, que sólo son honradas y eficaces cuando corresponden a un estado social, claro y sentido. Por desgracia, nacen más fácilmente de las pasiones que de las necesidades.

¿Qué congestionaba en esos instantes en forma tan violenta la monótona ciudad de aquel entonces?

Uno de los bandos en lucha, sin acordarse de la forma hiriente en que se había olvidado la vida, la educación y el bienestar de las clases populares,

pedía para éstas la libertad del sufragio, es decir, y así lo han probado los hechos posteriores, se iba a terminar «por el hierro y por el fuego» con la antigua intervención, suplantándola desvergonzadamente con el cohecho y la venalidad.

Como consecuencia, se iba a debilitar el Gobierno en forma de hacerlo punto menos que imposible, dando, en cambio, plena libertad a un ciudadano que no tenía una vida mental apreciable y que vivía dentro de recursos y costumbres en nada superiores a la ruca plantada por el aborígen bajo los pinos.

El otro de los bandos en lucha, se hizo de súbito o más bien dicho lo hicieron los hechos ya planteados, partidario enardecido del gobierno representativo.

Se alzaba, pues, airadamente, lo inconciliable entre dos teorías opuestas, que olvidaban que acaso lo único científico habría sido apresurar la transformación moral y material de una raza nacida en un medio físico que es una mezcla estupenda de vigor, pero que aun muestra por todas partes y en carne viva lo indígena o lo colonial en materia de ideas y organización.

Aparecía lo ásperamente personal que precipita y encona con lucha política.

En cambio, el pueblo permanecía indiferente, como si no supiera en realidad de qué se trataba y sólo la juventud encendía con sus aclamaciones tumultuosas las líneas clásicas del palacio del Parlamento, cuyos días más fecundos fueron aquéllos en que se asoció a la obra gubernamental.





## SESIONES MEMORABLES

No sé cómo, pero el hecho es que fuí uno de los primeros en trepar a las galerías del Senado, planteando así de hecho el peligro de ser aplastado contra la empingorotada baranda de las tribunas.

Indiferente a este riesgo inminente, me volvía todo ojos y hasta me metí en más de un momento a gato bravo cuando los «rempujones»—especialidad nacional—se hacían sentir en una forma poco parlamentaria.

En una tribuna cercana había damas deslumbrantes de elegancia y desenfado: se sentían felices con la novedad picante del espectáculo inicial de la gran conmoción por venir y que antes de mucho iba a enlutar las flores con que esas damas asistían a la tribuna diplomática de una Cámara agitada y caldeada, como si todas las cabezas blancas o calvas que llenaban la sala, volvieran de repente, a otras épocas de la vida y los sucesos.

En medio de aquel palco frondista y perfumado, que evocaba un entreacto de Fausto, Hugonotes u otro drama lírico, un señor bajito, listo, sonriente,

protocolar, mezclaba, seguramente en forma grata a las mujeres bonitas que lo oían y celebraban, la política y la galantería porque todas charlaban o se reían mientras el señor de cabeza lustrada y alisada con primor no exento de tenacidad, diseñaba la silueta de cada padre, conscripto o no... Era Robinet,—que entonces parecía un dibujo hecho con tinta china sobre un menu de gran banquete.

Yo compartía equitativamente mi ilimitada curiosidad entre las damas del palco encantado y las cabezas de los senadores en cuyo marfil, muy sobado y reluciente, se reflejaban en pequeño los vidrios multicolores de la claraboya.

Con todo, si mis recuerdos se conservan frescos y sin muchas arrugas, estoy casi seguro que miré más hácia el palco lleno de mujeres bonitas que hacia la sala llena de odios y pasiones.

Lejos, como en el infinito, sonó una campanilla de ayudar a misa—a misa mayor en este caso.

Eran la tres y media de la tarde y la ceremonia, es decir, la censura, iba a empezar, administrada y propuesta por la oratoria solemne de Altamirano.

—Se abre la sesión—dijo una voz lenta, armoniosa, tranquila.

Era don Vicente Reyes, dando comienzo al primer acto de la tormenta (1).

Los años han respetado las líneas de su figura y

---

(1) Vivía aún el señor Reyes cuando el autor escribía estos recuerdos.

el don Vicente venerable de hoy, es el mismo Reyes sereno y ecuánime de ayer, más un poco de nieve esparcida sobre el bronce patinado de los ochenta años.

A su lado, con el paletó sobre los hombros, chiquito y arrugado, pestañeaba don Waldo Silva: Vicepresidente del Senado, montino de pura cepa, había crecido en silencio a la sombra de Montt y Varas.

Tenía el señor Silva, a pesar de su cara afeitada, pequeña y tan estrujada, la dureza disciplinaria del molde político en que se había formado: mezcladas y recompuestas las figuras de Montt y Varas, habrían dado la del señor Silva en miniatura y ya que no en bronce, en carne, hueso y pasión irascible.

No había asistido yo a un espectáculo gratis que me interesara más y al echar los hombros y la cabeza fuera de la baranda, celebraba con alborozo a los que habían tenido la buena idea de promover una agitación política que daba una ocupación emocionante a mis escapatorias de la retórica, el latín y la galiparla...

Sólo un sobresalto amargaba el interés creciente de aquellas horas memorables: no fuera cosa, Dios mío, que esos señores, aceptando sin más ni más lo que iba a decir el Ministerio y Bañados Espinoza, su ponderado lenguaraz, restituyeran la paz a los alterados príncipes cristianos...

Para un estudiante resuelto a cambiar la Química por los discursos y la Física por la combustión política, no podía haber nada más al pelo o

al palo que los preámbulos de una bronca como la que se preparaba.

Gozaba, pues, en toda su amplitud del espectáculo y mientras el Secretario de entonces, Carvallo Elizalde, leía el acta, echándose con anteojos y todo sobre ella, yo proseguía mi revista individual sin más incidencia que las reiteradas preguntas de un vecino que apelaba a cada instante a mis conocimientos para imponerse del nombre de los honorables senadores... De paso por Santiago y tomado por los acontecimientos, había ido a dar, no se sabe cómo—él mismo no lo sabía—a lo más alto de las tribunas.

Hablaba con estrépito que molestaba al guardián, ancho y negro,—debía llamarse Tapia, a pesar de que poseía orejas anchas, espesas, pobladas y en buen uso—que llenaba holgadamente el espacio comprendido entre dos columnas.

El forastero, muy comunicativo, sentía deseos de reírse en grande y, en efecto, al divisar a un senador muy viejo y amurrado que entraba con la capa a la rastra, soltó el trapo y sacando todo el brazo y apuntando con el dedo, me dijo en alta voz:

—¿Quién es aquel viejo que viene entrando?..

«A la otra morisqueta, te saco pa fuera»—dijo con severidad tribunicia el guardián de doble ancho.

Empero, el provinciano, sin poder aguantar la risa, seguía solucionando su curiosidad por medio de picotones cautelosos en mis costillas:

—El de la capa a la rastra—dije con seriedad de

persona que habla por última vez,—es don Clemente Fabres...

Pegué la boca en la baranda y proseguí mi interrumpida revista.

En este instante se incorporaba a la sala un señor como de cincuenta años, finito, nervioso y con bastón con puño de oro. Corrió por la galería un rumor circular:

—Don Agustín, don Cucho...

Y el provinciano, muy serio, se puso de pie para mirar mejor, hasta que Tapia le dió un golpe en el hombro:

—«O se sienta o se va pa juera»...

A la izquierda de la mesa presidencial, Altamirano, impassible con su cabellera gris y su cara constelada de lunares, miraba hacia arriba, imprimiendo a su bastón un movimiento insistente-mente circular.

Sentí algo imperceptible que rumoreaba a mi oído:

—¿Y aquel otro viejo con gorrita?

Decidí guardar silencio para no correr los riesgos de la expulsión con que amenazaba Tapia, el guardián.

El provinciano se refería a don Manuel José Irarrázaval, marqués de la Pica.

Era una hermosa figura de viejo y de hidalgo y si alguien hubiera dicho que venía saliendo de una casona de piedra, flanqueada de escudos, no habría habido por qué ponerlo en duda.

Era el centro de todas las miradas y la verdad es que en cualquier sitio y en cualquier parlamento,

habría llamado poderosamente la atención por la belleza varonil de su cabeza, armoniosamente plantada sobre los hombros sólidos y bien compartidos.

De pura ascendencia española, parecía sin embargo un inglés; pero no uno de éstos que con los pantalones doblados y fumando una pipa transatlántica atraviesan el mundo y sus mares, sino un inglés de castillo asaltado por la yedra—de castillo un poco a la Walter Scott.

La misma peculiaridad de sus arreos, extraños a la moda—levita de una sola abotonadura y gorrita de paño partida al medio—lo marcaba de una manera especial, diciendo a voces que aquel señor alto, recio, de ojos azules y grandes bigotes nevados, llevaba algo interno que lo enardecía, la idea, errada o no, pero sincera.

—Viva el marqués—gritó alguien.

El marqués y su partido tradicionalista y pelucón, iban a alistarse ese día en las filas de la revolución en marcha.

Las galerías, como si ya no existieran ni el guardián fornido ni la autoridad, gritaron, estremeciendo el edificio:

—¡Viva Irarrázaval!.. Abajo el Ministerio, abajo Sanfuentes!..

El provinciano, que no conocía ningún nombre, ni sabía de lo que se trataba, lució en esta ocasión una voz digna en todo y por todo de las circunstancias y gritó, anticipándose a la censura, y en forma que acreditaba de modo indiscutible la potenciabilidad de su órgano vocal:

—¡Abajo el Ministerio!

Como de costumbre, don Adolfo Valderrama, doctor, político y poeta, lucía su corbata nítidamente blanca; se encorbaba don José Besa, el gran sacerdote de la revolución, como si no oyera ni comprendiera lo que pasaba, y ostentaba Recabarren su vigorosa figura de mariscal del primer imperio.

Lleno de pieles y recién llegado de Europa, don Melchor Concha y Toro se secreteaba activamente con el marqués.

En ese momento, no se trataba ya de bandos opuestos sino de bandos en son de combate y la lucha empezaba desde ese instante a ser pelea: la revolución, que se sentía en la atmósfera y se delataba en los gestos rígidos, estaba planteada y decidida.

El país, es decir las clases que lo habían gobernado con austeridad y libertad dentro del orden, ya no eran las mismas y al sentir el crecimiento económico y general que Balmaceda quiso dirigir hacia el progreso educacional y material, la mayoría del Congreso se encaminó airadamente hacia la transformación constitucional en el sentido de someter por completo al Parlamento la acción ejecutiva, hasta entonces preponderante.

Bastó un detalle el día a que se remontan estos recuerdos, para que apareciera lo irreparable en los acontecimientos en marcha; corresponde a la mayoría del Senado la responsabilidad de ese detalle, que cambió por completo el rumbo y hasta la forma de los acontecimientos.

Abierta la sesión y antes que el Ministerio deja-

ra oír su voz y su programa, el señor Altamirano propuso la censura apresuradamente, que venía a abrogar una práctica que en todas partes tiene la consagración de la ley en materia de prácticas parlamentarias.

Todo cambió desde ese momento y el Ministerio, cuyo jefe había hecho el más grande de los sacrificios cívicos renunciando a expectativas a que todo ciudadano tiene derecho, habló con la aspereza propia de la sorpresa que le producía la censura propuesta, antes de ser escuchado. Por lo demás, el lenguaje del Ministro del Interior ahondó rápidamente el abismo recién abierto: «nos mantendremos en nuestros puestos, dijo, mientras tengamos la confianza del Presidente de la República».

Estaba en esta frase toda la teoría, opuesta al Congreso, que iba a traer la revolución.

Los gestos eran de sonrisa altanera en la oposición y de altivez y desafío en el gobierno: la Moneda quedaba enfrentándose al Parlamento y uno u otro debía ser vencido.

El edificio entero parecía vibrar al sentir dentro de sí el choque violento de los sucesos.

Los ecos de la multitud llegaban a mezclarse con las palabras irritadas o sonoras de la bregatoria y las galerías, a su turno, lo estremecían todo con sus aclamaciones tumultuosas y contra las cuales se sentía impotente la acción de Reyes, Presidente del Senado: actores y público ya no eran los mismos de un momento antes.

Estaban definitivamente deslindados los cam-

pos y el forastero que no sabía de lo que se trataba después de afirmar que el culpable de todo era el Presidente, gritó:

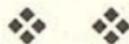
—¡Abajo Balmaceda!

Don Vicente Reyes llamaba insistentemente al orden, pero el forastero—muestra de la pobre masa inconsciente que antes de mucho había de quedar formando un montón de carne y huesos destrozados sobre la sangre que no tarda en secar la brisa y en borrar el polvo—seguía gritando:

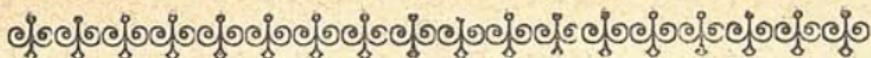
—¡Abajo Balmaceda! Abajo el Ministerio!

—¿Qué pasa?—me preguntó en seguida, cansado de gritar y cuando disfrutaba ya de cierta reputación de hombre valiente y dotado de especialísimas condiciones acústicas.

—¿Qué pasa?... La pelotera que empieza.







## EL AMBIENTE

A la salida, la multitud cercó al Ministerio que regresaba a la Moneda, escoltado por fuerzas montadas y de a pie, que, por lo demás, poco servían a su popularidad o a su seguridad.

Cerca de la persona de los ministros y tratando de defenderlos con su autoridad, marchaba el Prefecto de policía, comandante Carvallo Orrego, y cuando el más audaz de la avalancha juvenil, se encaró con el Gabinete, cerrándole el paso con sus gritos y sus ademanes, el Prefecto ordenó a la tropa que marchaba cerca:

—Amárrenlo!

El aludido por esta medida violenta era Miguel Angel Padilla, que había de recibir después cinco o más balazos en las batallas de la Revolución.

Fino de cuerpo y agresivo de espíritu, echaba ascuas por los ojos; pero impotente para defenderse con el número, fué atado codo con codo y ya de esta guisa, como diría Nercaseaux y Morán, echó

a correr seguido de sus amigos, que antes de mucho lograron desatarlo.

Al verse libre, esperó a pie firme, blandiendo un cuchillo. El policial que marchaba adelante en su persecución, tuvo a bien detenerse en espera de refuerzos, pudiendo proseguir libremente Padilla su retirada estratégica...

Esa escena pinta con exactitud, ajena a dialécticas y a descripciones minuciosos, el estado de los ánimos.

No anduvo con igual suerte el provinciano y cuando atendí a mirar, pude imponerme que era la primera víctima real de la contienda: al avanzar, como Padilla, recibió una trompada de doble detonación y un instante después era alejado de la lucha sin sombrero, inconocible y llevado de la mano... pero por un policial que para llegar más ligero a San Pablo, había puesto su animal al trote.

Mientras el Ministerio se replegaba a la Moneda, como a una fortaleza secular, la agitación continuaba en la plaza, donde cargaba contra la juventud liberal el mayor Stephan, que empezó ese día una celebridad que la oposición se empeñaba en asimilar a la de los cosacos del Don... De aspecto agradable y de ojos de desertor de vapor inglés, Stephan parecía más bien gringo pobre, vestido de militar.

Cargó ese día una y otra vez, sin más propósito evidentemente, que el de asustar o dar de plano con los chafarotes de entonces.

Algunos jinetes enardecidos, penetraron a los

portales, lo que fué el comienzo de un sálvese quien pueda, del cual quisieron participar las uvas doradas y las manzanas de Puchacay que llenaban los espacios entre casucha y casucha.

No creo que en ningún momento pudiera evocar aquello las cargas con que el general Trapoff decoraba de sangre, en tiempos del czarismo, la nieve moscovita; pero no faltaron, para enardecer los ánimos y la prensa—totalmente hostil al Gobierno, menos «La Nación» en que escribían fogosa y copiosamente Bañados, Blanlot, el coronel Villagrán y otros—cabezas rotas ni rodadas de a caballo.

Presenciaba yo la escaramuza con los brazos cruzados como Napoleón desde el Kremlin, cuando acerté a ver a un policial monumental por sus proporciones, que enderezaba hacia mí su pingo rosillo.

Me parapeté de un salto en una de las viejas puertas de entrada al templo metropolitano y el policial ecuestre pasó con el sable en alto diciendo: «Aguárdate, futre».

No he visto después ni un hombre, ni un sable, ni un animal más grande, y al verlo encima de mí y aunque me preciaba de libre pensador, murmuré para mi capote o para algo aún más íntimo:

—Señor, en tus manos encomiendo mi alma y, sobre todo, mi cuerpo.

Libre de aquel ser apocalíptico, toqué retirada; pasé, aun intranquilo, frente a Santo Domingo, y fuí a dar a los restos del antiguo puente, represen-

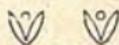
tante de otra época, otro siglo, otra política, otros hombres y... otras cargas de caballería.

Me pareció que el río a medio acanalizar secretaba de paso algo como queja, augurio o amenaza: mal... mal... esto va mal...

Al regresar al centro, la plaza estaba desierta y la ciudad «envuelta»—si hemos de creer a una figura anterior a Homero—en sombras que algo presagiaban.

De tiempo en tiempo, interrumpía el silencio el paso de una patrulla montada que avanzaba, perfilando al enfrentar algún farol de luz asustada—más que con el tiempo que era bonancible o con la noche que era estrellada, con los sucesos—los grandes capotes de esclavina que entonces usaba la caballería.

La campana de la Catedral a cuyos pies, por la calle de la Bandera, tiritaban las luces mortecinas del Cristo de la Colonia, extendió sobre la ciudad su voz de armonio tocado entre las sombras y las torres domínicas, flanqueadas de santos de piedra cenicienta, contestaron con sus campanitas de carillón nocturno, ensayado por el lego viejo y encapuchado que se santigua antes de dar las ocho e irse a dormir como un bendito.





## EL «GIL BLAS», MATURANA Y LA TARJETA VERDE CATA

Habían pasado y seguían pasando muchas cosas: tronaban la prensa y la tribuna—¡y con qué tribunos y con qué porta-voces!—y en la Cámara continuaban erguidos frente al Ministerio y al Ejecutivo, Isidoro Errázuriz, los dos Walker; Zegers, Mac-Iver, Montt, Blanco Viel, Gandarillas, Matte.

Desvanecida la silueta del gigantón de comisaría que una tarde al anochecer había pasado sable en mano junto a mí, yo seguía frecuentando las tribunas, mediante la milagrosa adquisición de una tarjeta color verde—de que me proveyó un amigo de colegio, llamado Maturana, hombre de grandes bríos literarios y musculares que solía conducirme al Parque o a los bancos de piedra de la Alameda para leerme con emoción alguna escena culminante de sus producciones novelescas, apasionadas de Pérez Escrich.

¡Maturana!...

¡Qué habrán hecho de él los años, la vida y... las escenas emocionantes!

Era buenísimo, pero temible cuando montaba en cólera y erguía husmeando el aire su nariz corta con un mordizco lateral — contraseña pertinaz de alguna refriega lejana.

Un día que tuve la mala idea de manifestarle cierta irreverencia por el susodicho Pérez Escrich, estuve a punto de perder el usufructo de la entrada verde...

—Devuélveme la tarjeta junto con el «Gil Blas de Santillana»—me dijo a raíz de una discusión en que yo había manoteado, imitando a Bañados Espinoza, quien me tenía interesadísimo.

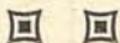
—Te lo traeré mañana, cuando nuestra amistad haya terminado para siempre...

—Vas a ser literato, como tu hermano Manuel (por quien tenía gran respeto)—me dijo. Conserva la tarjeta—agregó—pero devuélveme el «Gil Blas».

Se alejó bajo los álamos de la Alameda que dejaban caer a la sazón hojas y cuncunas.

Me escapé con el «Gil Blas», que no tardó mucho en ir a parar donde el gordo Miranda, padre del que ahora reúne en Compañía esquina de Bandera una tertulia literaria que me recuerda bastante la de Fernando Fé en la coronada villa del oso y del madroño.

También, es claro, me quedé con la tarjeta verde cata, que me proporcionaba el placer de disfrutar a mi antojo de los acontecimientos y del espectáculo de aquellos días.





### «CONDORITO».

«Señor Presidente»—decía Isidoro Errázuriz en una de aquellas sesiones saturadas de electricidad y de olor a buenos cigarros puros—«asistimos a un momento en que se siente temblar el suelo que pisamos»...

Y qué voz de tenor en la plenitud de los años; qué ademán y qué figura tenía aquel gallo, ya viejo, pero que conservaba intactas las estacas corvas, duras, relucientes.

Desde la galería más alta, me sentía deslumbrado ante aquel tipo, espléndido de talento y de *sans façon*, al cual no era fácil que le pasaran los años su implacable goma de borrar.

El polvo mismo que a todos nos ha de cubrir y devorar, aún hoy no se adhiere—resbala—al marfil de tallar santos de aquella calva perfectamente esférica, que a la hojarasca crujiente de los laureles de papel dorado prefirió, sonriéndose complacido, la corona tibia y rosada que forman las manos

de mujer al estrechar, para besarla o dejarla caer, una cabeza, fatigada sin saciarse, por la cual han pasado y repasado, abriendo surcos y dejando heridas, la vida, las pasiones, el talento y la fortuna.

Se sentaba a la izquierda de la mesa presidencial, cerca de los conservadores, encarándose con los bancos desiertos del Ministerio, que no había vuelto a la Cámara por creer que no se le habían guardado en ella los fueros y respetos a que tenía derecho constitucional y reglamentario.

Errázuriz, «Condorito», era el Petronio de nuestra vida política y como periodista subrayaba superiormente las resonancias solemnes del idioma con ironías de aticismo latino y rasgos de intencionado humorismo inglés.

Un día, siendo Ministro de Instrucción Pública, deseó ofrecer asado de ciervo a los invitados a los almuerzos dominicales de su residencia, llena de árboles propicios a rondas estivales de ninfas perseguidas por centauros y silvanos...

Pero cómo salir del paso, si no había en plaza ciervos destinados a la parrilla y al mantel largo del señor Ministro!

—¿No hay?—preguntó

—Sólo los del jardín zoológico y si su señoría ordena...

—Sí... que manden el más atocinado.

En las proximidades de la revolución, «Condorito» se alzaba impávidamente sobre su medio siglo de años vividos y estirados, arriba, abajo, en todas partes: venía a defender las libertades pú-

blicas que él sentía «temblar sobre el suelo estremecido». Se preparaba para nuevos asados de ciervos, como se ve!

«¡Condorito!»!

—¿Cuál es?—pregunté la primera vez que, mediante la tarjeta verde del novelista Maturana, me vi encaramado en la tribuna de la honorable Cámara.

¡Cuál había de ser!

Magnífico de arrogancia y de individualidad, llegaba a ocupar su banca en ese instante. Iba a hablar. Tenía pedida la palabra, que en él era un don superior, y le habían puesto delante una copa con un líquido dorado que desde lo alto parecía un topacio o algo ritual. Conste, de paso, que no habría sido mal Cardenal renacentista don Isidoro.

Usaba pera ya blanca, pera de veterano, como que algo había de militar en esa fisonomía de coronel fogueado que se presentaba de nuevo a pasar lista ante las armas y las banderas preparadas para la lucha. Cabeza, nariz y carrillos, todo era redondo en aquella figura de pelea en que algo había de aquel Sumo Pontífice pintado por Velázquez.

Los ojos penetrantes, sin rastros de fatiga; disimulados por unos párpados capotudos eran demasiado pequeños para la frente que se desplegaba sobre ellos, insinuando con los pocos cabellos blancos que se adherían lateralmente a aquel crá-

neo calcinado, la suprema ironía de una corona beatífica.

Tanta blancura—los cabellos, la pera, los mostachos—intentaban—¡qué audacia!—dar aspecto patriarcal a esa cabeza, que era de las hechas a grandes rasgos,—únicas que, al decir de Miguel Angel, pueden rodar monte abajo sin deteriorarse.

«Condorito» aspiraba con delicia el humo de su enorme cigarro.

Al inclinarse levemente para pedir la palabra, se desmoronó la ceniza, como si sobre la brillante nutria del abrigo se hubiera desprendido un poco de la nieve que flanqueaba aquella soberbia cabeza de *condottiero* en la cual había más conjunto que detalles.

Caida la ceniza, la brasa marcó con un rubí encendido esa figura singularísima sobre la cual, reanimada por la vieja pasión del escenario, brilló fugazmente un lampazo mefistofélico.

Una voz fulgurante rasgó el silencio y la calidez de los aplausos no tardó en dar tensión máxima a aquella extraña silueta de actor, de soldado, de tribuno y hasta de Pontífice, pintada por Velázquez... Tras ella parecía levantarse ya la mancha roja y humeante de la guerra civil.

Volvía a ser el león de otros días y tuvo en esa ocasión sonoridades y apasionamientos de gran tenor lírico en *serata* de beneficio o en la mejor función de la temporada que comienza.

El pecador impenitente agregaba en ese instante al brillo de su estirpe y de su talento, un barniz de

regeneración que parecía flor de tardía santidad ofrendada al tabernáculo purísimo de sus cofrades de ocasión, los conservadores.

A qué arpegios llegó ese día con su voz en que las *fiorituras* de tenor que reaparece con el *Trovatore*, fueron reemplazadas por las notas emocionadas y profundas de una insospechable sinceridad...

«Condorito», siempre impávido y audaz, iba de nuevo a juego grande y, fuera o no cierto, el hecho es que por todas partes se decía en aquellos días que había respondido al Presidente, que deseaba atraerlo o neutralizarlo:

—Excelencia, estoy viejo para traidor...

Y saliendo del Capitolio y el Foro, «Condorito» se había encaminado con dignidad de ciudadano consular, a campear por los fueros constitucionales, porque necesitaba ruido y brillo de armas para remozar de nuevo su figura tradicional de gran *condottiero* de la política: necesitaba una revolución y si ésta resultaba cruentísima guerra civil, mejor para sus planes.

Por desgracia para él, también estaba viejo para regenerador, aunque continuara siendo apto para desplegar las galas arcaicas de una oratoria un poco prehistórica.

En efecto, el rol de regenerador nunca ha sido papel de última hora en la vida.







## LOS GRANDES ASES.

El cuadrilátero, como dió en llamarse a la agrupación de partidos heterogéneos que asediaban la Moneda, estaba lleno de las figuras de más bulto que ha tenido el Parlamento de nuestro país.

Tan poderosas como representación de un estado social dado, eran esas figuras, que es indudable que sólo una convicción capaz de absorber y transformar de súbito la personalidad entera, podía llevar al Presidente a enfrentar y resistir con la doctrina representativa a las agrupaciones que se le oponían tempestuosamente y en las cuales estaba representada toda la organización política chilena. ¿Sigue perdurando el coloniaje moral en dicha organización y en diez, veinte o más familias, que se mezclan y se extienden, sin cambiar apreciablemente de ideas, entre otros motivos, porque son poco poderosos como reactivos los contingentes humanos que nos vienen del exterior y porque continúa siendo la propiedad de un pedazo de campo el molde social y económico de toda una clase y

de lo que a ella van asimilándose, sin recibir nada renaciente o renovable, como que casi constantemente sucede que lo más nuevo en materia de hábitos, en vez de transformar, es transformado?

Sólo una figura valerosa y arrogante se enfrentaba parlamentariamente, a los grandes ases con que mostraba la oposición sus fuerzas religiosas, sociales, económicas y políticas: era hijo de sus propios esfuerzos y de su propia tenacidad: Blanlot Holley. La otra figura juvenil, ansiosa de llenar de golpe y porrazo una página de gran formato de la historia nacional, era Bañados Espinoza: inutilizado en la Moneda en los mismos instantes en que el Ministerio había abandonado con desdén su rol parlamentario, faltaba, en cambio, en el Congreso, que era donde se estaba haciendo carne y carne palpitante la idea de la revolución.

El cuadrilátero, a su turno, tallaba a diario con todos sus grandes ases: Montt, los dos Walker, Zegers, Mac-Iver, Matte.

Don Pedro, aún joven, enigmático para los que no lo conocían, era la supervivencia política del decenio de su padre, cuyas rigideces reaparecían en el hijo estudioso, tenaz, austero y cuyos lentes de oro relampagueaban, mirando la Moneda y la Presidencia como solar propio, hondamente marcado por la acción del progenitor ilustre.

Conocía toda la administración: había vivido en medio de ella, viéndola cómo se hacía en tiempos en que un puesto cualquiera significaba, cuando menos, una gran austeridad porque la República

era pobre y no tenía más que su carne sana y dura bajo la túnica, demasiado transparente para ocultar ningún mal.

La fuerza del señor Montt no venía tanto del brillo como de su austeridad y de sus conocimientos, netos y precisos, como los fundadores del partido en que don Pedro tenía los derechos, bien merecidos, de la primogenitura.

Su exterior, era un reflejo fiel y total de su psicología, clara y sin más complicaciones que las de la tenacidad: supo siempre en forma inequívoca lo que pensaba y lo que quería.

Agréguese a eso, que pensaba bien lo que quería y que quería con pasión calcinante lo que perseguía.

Sus rasgos exteriores se armonizaban, completando ese modo de ser que era más bien el de un organizador minucioso que el de un político criollo: correctamente vestido de negro y usando casi a diario sombrero de copa, se diría que quería imponer un traje civil, opaco y grave, a la política. ¡Qué dirían de esto las polainas grises del doctor Orrego, que entonces era mocetón! Y qué pensaría después en Londres el señor Montt, del monóculo y las orquídeas de Chamberlain, el del espléndido aislamiento inglés!

Era oscuro de color hasta su bastón con puño de oro, al cual imprimía un movimiento especial.

Empezaban a blanquear por aquel entonces sus sienes de estudioso en las cuales se tendían horizontalmente los hilos de oro de sus gafas, que solía

echar sobre la frente al acercarse a los ojos el «Boletín de Sesiones» o la «Cuenta de Inversión».

Hablaba con extraordinaria rapidez, dando igual valor eufónico a todos los períodos y frases, sin observar aquello de que en materia de oratoria y discurso, es conveniente esperar la palabra: él no la esperaba porque sabía muy bien lo que decía, buscando en todo, el fondo y desdeñando la parte exterior, opaca y correcta como su traje habitual.

Prefería los hechos, más que el arte; renunciaba a emocionar a trueque de convencer, o abrumar al adversario: sabía, sin duda, que la emoción pasa muy luego cuando no constituye el reflejo sentimental de un profundo conocimiento.

Agréguese a todo eso una sinceridad de fanático respecto de todas sus ideas y opiniones.

Temido por sus adversarios, los suyos lo escuchaban con respeto afectuoso porque aquel hombre neto y sin ambages, conocido íntimamente, despertaba esa fidelidad a prueba de veleidades que sólo el carácter servido por la sinceridad puede inspirar.

Es que, dígase lo que se diga en contrario, la línea recta y clara continúa siendo el camino más corto para llegar a obtener el afecto de los propios y el respeto de los extraños.

En diverso campo y bajo diversa bandera, mostraban igual sinceridad desafiante los dos Walker.

En nada pensó mucha gente de la misma manera que esos dos luchadores y, sin embargo, mientras aquí haya Parlamento, el que ahora o en lo futuro entre a la Cámara de Diputados,

dirá: Ahí combatieron los Walker con pasión y con furia que habría llegado a constituir una amenaza, si los rumbos del poder no hubieran sido rectos y claros.

Treinta años después de aquellos tiempos—tiempos duros—y de aquellos días—días de choque diario—aparecen patentes, llenando todo un sector de la Cámara con sus siluetas, tan poderosamente individuales: el primero, don Carlos, era pintoresco en el vestir y original como figura. Tenía una cara toda bigotes—grandes mostachos horizontales que habrían hecho la felicidad de alguno de los coraceros que después de cargar con el Mariscal Ney a la cabeza, formaron el cuadro magnífico que enmarcó por última vez en Waterloo la figura gris de «L'empereur»...

Tenía esta tura de rey de bastos; usaba sombrero plomo; su voz de agitador era bronca aunque clara y al hablar, accionaba en grande con la izquierda, mientras empuñaba, a modo de mecha encendida, con la derecha el cigarro humeante.

—Estoy hecho, señor presidente—decía un día de gran revuelo parlamentario—a ver cómicos en la escena y farsantes en los bancos ministeriales.

Había en sus discursos gran acopio de guardarrropía histórica y, frecuentemente, resaltaban en ellos las pomposas vestiduras escarlata de Bossuet o las capas elegantes de Richelieu o Mazzarino.

Más que un leader, para lo cual era máximamente impetuoso, era un caudillo que fanatizaba a los suyos, porque el rudo luchador del Parlamento

sabía ser en privado y al decir de sus íntimos, el más expansivo y afectuoso de los hombres.

Años después, tuve que verlo, para no sé qué preguntas que interesaban a «La Tarde», sobre los preparativos de guerra con la Argentina.

No lo conocía personalmente, pero sabía yo que había leído más de uno de mis artículos.

Lo encontré en su gabinete de Ministro, sentado cerca del retrato de Portales vestido de impecable coronel de guardias nacionales.

Levantó la cabeza y sus enormes bigotes llenaron la sala...

—Adelante... ¿Y Galo Irarrázaval?... Y Alfredo?..

—Me encargan saludarlo muy atentamente, señor Ministro.

Me miraba con insistencia y al notarme que, según la moda, llevaba los pantalones doblados, me preguntó si estaba lloviendo en Londres...

Aún más recio que don Carlos para el ataque, era don Joaquín.

Nacido para la lucha, dentro o fuera del Congreso, se necesitaba talla para resistir sus ataques clamorosos, que, empezando por incidentes, terminaban siempre en interpelaciones: era un tribuno capaz de convertir en una montaña un grano de arena y tomado del Reglamento y de lo que él llamaba «los derechos de las minorías», se alzaba abriendo los brazos ante todos los ministerios, máxime ante el de Mayo de 1890, ya parapetado a sangre y fuego en la Moneda.

Al otro extremo de aquella célebre sala, sobre la cual iba a pasar el fuego de una revolución y luego el de un incendio, se destacaba una figura movediza, de ojos azules y barba y cabellera blanca.

Se cubría las piernas, coquetería de elegante, con una piel que acariciaba con voluptuosidad mientras hablaba, y su voz intencionada y penetrante, aunque sin gran volumen, llegaba fácilmente a las notas candentes de la ira concentrada, porque el temperamento del señor Zegers—de él se trata,—no sabía luchar en frío o de una manera monótona: también había nacido para la lucha, pero no para una lucha jadeante, a la criolla, con las vestiduras desgarradas, el rostro congestionado y el pelo revuelto, sino para un duelo a muerte, pero con aceros bruñidos como los espadones de los elegantes mosqueteros dumasianos.

Entre el Zegers de lucha y el atildado y protocolar de los días de pleno crepúsculo, mis recuerdos prefieren al primero.

No lejos de don Julio y al centro de los bancos radicales, ocupados, entre otros, por König y Letailier, escuchaba impasible Mac-Iver con sus gafas y su aspecto vagamente eclesiástico.

Al señor Mac-Iver corresponde en este reparto retrospectivo—y que si no es la justicia histórica, que con tanta facilidad se atribuyen los hombres, algo, por lo menos se le parece—la representación genuina de la oratoria parlamentaria. No se erguía con gestos de Convención francesa ante los bancos ministeriales; no batía los brazos con pasión o

comicidad poderosa; no desplegaba frases de una belleza algo pre-histórica, ni en busca de indumentaria y arreos de otra época, incursionaba en los tiempos románticos del daguerreotipo.

Era una *reprise* del parlamentario inglés de hoy: aparentemente impasible, en medio de la atmósfera inflamada, exponía con elegante nitidez y a los ademanes de tribuna al aire libre, prefería la emoción armoniosa de su frase en que nunca dejaba de aparecer un símil encontrado con arte o una figura que hacía el efecto de una pincelada de color sobre el período a veces lapidario.





## POSTRIMERIAS DE 1890.

A fines de aquel año que la oposición había dedicado a levantar presión, el transtorno constitucional y general estaba a la vista por más que algunos, dando muestras de esa desconfianza escéptica que a todo aplica el chileno, no creyeran en la inminencia de la revolución que iba a degenerar en guerra civil.

Clausurado el Congreso, la Comisión Conservadora que reunía en su seno a todos los representantes hostiles al Gobierno, se había convertido en un foco de violenta incitación a la revuelta.

En efecto, la revolución saldría de ahí en demanda de los buques que poco después iban a declarar extinguida la autoridad constitucional del Presidente de la República.

La guerra civil estaba ya en el aire y aparecían en todas partes, sin excluir los hogares, divisiones profundas que han tardado muchos años en desaparecer.

Al aproximarse la reelección de mesa del Senado, el señor Reyes, comprendiendo que ya estaba muy

cerca el estallido, visitó al señor Montt, en su domicilio de la Galería de San Carlos para pedirle que, aprovechando dicha reelección de mesa, se le relevara de la presidencia del Senado.

Reyes, que durante las sesiones de la Comisión Conservadora había rechazado con entereza las violencias de lenguaje contra la persona del Presidente de la República, era contrario a toda revolución. Y como se hablaba ya desembarazadamente de un transtorno que él no aceptaba ni por principios ni por carácter, sin desconocer que el Congreso debía defender sus fueros, encareció al señor Montt la oportunidad de ser reemplazado por una persona que representara mejor las ideas de resistencia armada que se extendían con rapidez en la mayoría parlamentaria hostil al Presidente.

Montt, sin rechazar la idea de la lucha armada, opinó que el señor Reyes debía permanecer en la Presidencia del Senado, demostrando con su presencia en ese puesto que no toda esperanza de avenimiento decoroso para ambos poderes públicos estaba perdida.

A esa altura, sin embargo, la revolución debe haber estado irrevocablemente decidida, si el gobierno no reabría las Cámaras para discutir la ley de presupuestos y la que permite la residencia del Ejército en el lugar en que sesiona el Congreso.

Según las Memorias póstumas del señor Velasco, (1) Godoy, Ministro de Relaciones Exteriores

---

(1) Fanor Velasco.—«La revolución de 1891, Memorias».

del Ministerio presidido por don Claudio Vicuña, planteó en consejo de gabinete si era o no conveniente abrir el Parlamento.

Godoy, que era un hombre buscado por su talento, temido por su carácter y esquivado por su franqueza irónica y sin ambages,—lo que siempre lo hizo vivir en un círculo inferior a él, pero donde no encontraba, en cambio, contradictores—opinaba que debía abrirse el Congreso, el cual sería clausurado de nuevo si intentaban acusar al Ministerio.

En caso de limitarse a impedir el despacho de las leyes constitucionales, el Gobierno, sin interrumpir la marcha administrativa del país, «dejaría obrar».

Ese plan podía tener inconvenientes de varias clases, inclusive los de precipitar los acontecimientos, agitando aún más a la capital; pero era un plan en todo caso que relevaba al Gobierno del cargo de quitar, a ambas Cámaras, la oportunidad de negar el presupuesto—que era lo seguro—o de darlo—que era lo improbable.

Aprobado el plan de Godoy, se habría contribuído sin objeto práctico a la agitación; pero, en cambio, habría quedado demostrado que el Parlamento negaba al Gobierno, por razones políticas o de interpretación constitucional, los recursos de la subsistencia legal.

Las ideas de Godoy, antiguo juez del crimen, fueron rechazadas y los acontecimientos siguieron su curso precipitado hacia el choque armado.

A mediados de Diciembre, el Presidente se dirige en un buque de guerra a inaugurar el dique

y las defensas de Talcahuano. Tras él y sobre todo en la capital, que es la que hizo la revolución, siguen tronando la prensa y el meeting; se hacían cada vez más enconados el insulto y la diatriba y más implacables la caricatura y el dicterio.

Los clubs se habían convertido en focos en que la juventud se inflamaba escuchando peroratas de campo de batalla y los choques, las cargas y las manifestaciones tumultuosas habían llegado a ser espectáculo cotidiano, echado de menos por las multitudes que suelen inclinarse del lado de los que despliegan mayor audacia y bizarría en las horas de asonada y conmoción.

Por primera vez en aquellos días, ya agitados por la emocionante proximidad del choque, suena el nombre de la escuadra, mezclado y barajado en medio de las divergencias irreconciliables de los fanáticos del Parlamento y de los devotos del Ejecutivo: con motivo del viaje al sur del Presidente, los marinos habrían puesto una cara respetuosa, pero sin sonrisas ni halagos, al que, acaso por última vez iba a desplegar el lenguaje grandilocuente de sus grandes anhelos patrióticos.

En efecto, nunca han oído después ni esas aguas —cercanas al punto en que sale al mar el rumor de las araucarias que en la selva destilan la sangre coagulada de los copihues— ni el resto del país, un programa más vasto e inspirado acerca de la transformación nacional, que el que Balmaceda formuló con emoción peculiar al inaugurar aquella obra patriótica que proveía a la armada de un gran taller que la salvara de una vez por todas de los riesgos e in-

quietudes—1879—de los días en que, para limpiar los fondos de los blindados, era necesario tumbarlos primero de un lado y después del otro...

«En esas mismas aguas se haría una gran dársena para reparar y construir, si era posible, naves mercantes y de guerra y malecones suficientes para que se acercaran fácilmente a la playa los vapores de mayor calado; en Mejillones, una de las pocas bahías desde el Istmo de Panamá hasta el cabo de Hornos, se formaría el puerto militar del norte y en cuanto a la bahía artificial del lago de Llico, que con el ferrocarril longitudinal era su más hermoso sueño, anunciaba que en pocos días más se pedirían propuestas públicas para construirla a fin de formar en el corazón del país, un recinto militar capaz de resistir por sí sólo a todas las armadas».

La tormenta que antes de mucho iba a dar cuenta sangrienta de sus proyectos y de su misma persona, coreaba enfurecida ese programa grandioso y el día del regreso a Santiago, una tarde dorada de fines de Diciembre, la oposición, cada vez más iracunda, llenaba la Alameda, esperando la llegada del Presidente.

Ocupaban el centro del paseo las tropas de infantería y en las calzadas formaba el regimiento de Cazadores a caballo.

Había tensión de rabia en la atmósfera y a las seis más o menos, un rumor de ira y de protesta llenó la vía triunfal por donde habían desfilado en días de gloriosa concordia los vencedores de una guerra cuyos triunfos, al enriquecer al país, em-

pezaron a transformarlo: durante muchos años, los partidos, ligados a la organización nacional, se asociaron complacidos a las tareas de un Ejecutivo, poderosamente centralizado; pero cuando ese Ejecutivo agregó a su omnipotencia, ejercida con alta noción del futuro, la abundancia de recursos, empezó a verse en el jefe supremo del Estado a un soberano al cual se creyó necesario arrancar violentamente un poder que había tardado medio siglo en consolidarse y extenderse: no era, sin embargo, obra de un día desarmar y reducir a la impotencia la matriz vigorosa y potentísima en que el país se había desarrollado.

El carruaje presidencial avanzaba por la calzada norte y a través de los gruesos vidrios podía verse a Balmaceda, examinando con fría atención la muchedumbre enorme que se revolvía a su paso.

A causa del insomnio o la fatiga, el hecho es que era bien visible la intensa palidez de su fisonomía.

El Presidente debe haber sentido en esos instantes en que todo corría desenfrenadamente tras la catástrofe de la guerra civil, la amargura de una incomprensión general: venía de ver rostros enigmáticos en la Armada y de escuchar asonadas tumultuosas en el sur y al volver a la capital conmovida, era necesario para resguardar su persona y su autoridad amagada, llenar de soldados con bala en boca la ancha Avenida, ya próxima a llenarse con la alegría y las flores tradicionales de la noche de Navidad...

El ruido de las armas que sólo nueve años antes

habían regresado de una capital virreynal, no alcanzaba a apagar la tempestad de muéras que se inflaba y crecía, llenando de extremo a extremo el vasto paseo, y los veteranos de levita azul oscuro y pantalón rojo aparecían hoscos y amenazantes ante aquella manifestación que era un anticipo inequívoco de la revuelta.

Frente a la calle de San Martín, había un grupo en que se oía la voz apasionada del señor Errázuriz, don Ladislao, y en el cual campeaba con su gracia de constumbre la elegante agilidad nerviosa de Zegers, todavía joven y arrogante como en día de desafío a florete y en campo abierto.

El prestigio de aquellos hombres de tradición y de lucha, reunía un numeroso grupo de circunstantes, poseídos de una curiosidad en todo digna de un futuro anotador marginal de escenas y cosas que pasaron. ¡Cómo se interesaba muchos años después el señor Zegers, cuando yo le contaba a la hora del té y no lejos de su mata de camelias, profusamente ornamentada de flores albísimas, esa escena cuyo recuerdo conservo intacto!

—¡De las cosas de que se acuerda usted!—me decía, como volviendo sin comentarios de algo muy lejano en su vida y en la historia del país.

Al pasar el carruaje presidencial frente a ese grupo, los adversarios se observaron fugazmente de frente: no se volverían a ver más; pero deben haberse reconocido íntegramente en esa última mirada rápida, penetrante, fría: el Presidente, en cuyos nervios de acero había mucha electricidad,

pasaba fatigado y pálido y el señor Zegers se mostraba alterado, febril, como el ambiente.

Casi en ese momento, descendía de uno de los carruajes que seguía al Presidente, un militar hercúleo y que en todo el Ejército tenía fama de ser un atleta. Estaba cubierto con un saco de viaje.

Era uno de los edecanes de mayor confianza del señor Balmaceda: el Comandante Campos, veterano y jinete de vanguardia en las cargas y entrevos de la última guerra.

¿Qué lo irritó hasta la impulsividad más ciega, siendo—como se supo después—que era partidario de la oposición?

Dejando su carruaje, avanzó hasta encararse airadamente con los señores Zegers y Errázuriz.

Yo estaba con otros muchachos de mi curso muy cerca de ese grupo y me atrevería a jurar, si la cosa valiera la pena, que el señor Campos no alcanzó a entablar diálogo alguno con los diputados opositores, cuya actitud le había llamado la atención hasta impulsarlo a abandonar en son de guerra criolla la comitiva de que formaba parte oficial.

Cayeron con furia opositora sobre el Comandante todos los bastones y todos los puños y el Hércules de las cargas legendarias se desplomó como un roble araucano.

Al levantarse, sacó su espada buscando a quien investir; pero lo cegaba la sangre y la multitud sin darse cuenta de la escena rapidísima que acaba de pasar, le formó un vasto círculo de caras curiosas, sorprendidas y hasta irónicas.

Un mayor de Cazadores, joven, ágil, con perilla de mosquetero y cuyo fusilamiento relataré después, remató briosamente el galope tendido de su caballo junto al señor Campos:

—¿Qué pasa, mi Comandante?—preguntó aquel hermoso tipo de valiente y de jinete.

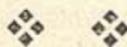
Era el mayor Garín.

Siendo niño, había paseado su desplante y su bizarría por las calles, llenas de leyendas de amor y de sangre, de la ciudad de los virreyes.

Atravesó la Alameda sable en mano, seguido de una partida de «Cazadores»; pero el señor Zegers y sus acompañantes de mayor marca, ocupaban ya los balcones de la antigua casa de don Juan Francisco Rivas.

El crepúsculo empezaba a cubrir con sangre de atardecer la cordillera lejana... ¿Evocación?... ¿Augurio?

El tumulto se disolvía poco a poco y algo vago parecían rumorear los árboles de esa vía tradicional que sólo palpita y se congestiona en los días de tormenta o de regocijo.







## UNA VISITA Y UNA RESPUESTA.

El primero de Enero de 1891, el señor Altamirano visita al señor Reyes, Presidente del Senado.

Los instantes son solemnes. Sin embargo, hay una expresión irónica en los actores de uno y otro bando.

Al llegar el año nuevo, tiempo de buenos augurios y aguinaldos perfumados, se siente una tregua silenciosa, breve preámbulo de la lucha próxima.

¿Pensó alguien que esa calma aparente podía ser señal de paz?.. ¿Pero siguiendo qué camino de milagrosa navidad podría haber venido?

¡Ah! No traerían esta vez la dulzura y la concordia las campanas de Año nuevo!

Ese silencio de tregua tenía algo de misterioso y de oscuro: era el que precede a los últimos aprestos, cuando late más aceleradamente el corazón sobresaltado de los actores... El telón rojo del drama empezaba a levantarse, descubriendo un escenario en que aún hoy continúan desarrollándose las consecuencias del transtorno de las instituciones, que culminaron como fuerza impulsora cuando la última guerra exterior.

Sí, el telón rojo y negro empezaba a alzarse con sigilo, clausurando por muchos años el período vigoroso durante el cual la República hizo las dos guerras victoriosas con que se abrió camino hacia un desarrollo superior, interrumpido por el desgobierno y su consecuencia fatal: la desorientación general.

Estarían, es claro, los actores en el secreto de la comedia—tragedia esta vez;—pero aún el 1.º de Enero de 1891, la masa no creía en aquella Revolución esencialmente política, es decir, desprovista de toda orientación hacia un avance social uniforme.

¡Revolución!... ¿Y por qué?... Para dar una libertad electoral que iba a ser adjudicada periódicamente en las ferias del cohecho, al que diera más por esa deidad que no es sino una vieja prostituta en los países donde no ha sido precedida por el bienestar, por la honradez, por la preparación.

No, la masa, el conjunto, ese gran conglomerado nacional sumido, de la Colonia a hoy, en un remedo de la vida moderna, no sabía bien por qué se iban a llenar de sangre los campos y el camino polvoriento en que el pueblo hacía tambaleándose, a fuerza de mal alcohol, su lento camino de raza olvidada.

No desecha, por otra parte, así no más, un organismo colectivo aquello en que ha vivido casi toda su existencia, mezcla de Colonia temerosa y creyente y de inquilinaje que bebe en la misma ruca de barro del aborigen.

En Sud-América, Chile representaba el orden,

la severidad, la economía. Llegado el caso de una amenaza exterior, todos los brazos se yerguen clamorosamente sobre el territorio montuoso, habitado por una raza mezcla de astucia y de bondad, de inteligencia, de pasión y de una lentitud en que hay algo del que trepa cuesta arriba...

Durante muchos años, las clases superiores habían vivido sugestionadas con la grandeza futura del país y no pocos de aquellos hombres de tipo grave, circunspecto y a veces arcaico, que parecían llevar bajo la capa la llave batida a martillo de sus portones conventuales, asilo silencioso de costumbres monótonamente inflexibles, eran dignos de Plutarco como austeridad y del Alcalde de Zalamea como moral rectísima en que fincaban su orgullo.

¿Por qué empezaba a cambiar tan de súbito todo eso? Porque después de la última guerra se había iniciado en la estructura misma del país una transformación profunda que no podía dejar de reflejarse en las ideas, en las costumbres, en el conjunto sociológico.

Además, no deben olvidar estas divagaciones—limitadas, como el espacio de que dispongo al pasearme en el modesto solar que ha engendrado en mí la afición melancólica a la filosofía peripatética—...que la Revolución había sabido infundir a sus adeptos la idea, bien calculada, para producir un fanatismo momentáneo, de que se luchaba por completar de una vez las libertades públicas, haciendo del país una de las primeras democracias del mundo. La oposición había encontrado, pues,

un postulado capaz de hacer vibrar intensamente la pasión cívica.

Olvidaba, eso sí, que no hay libertades sólidas o bien practicadas sin la base de una preparación educacional encargada de transformar al elector en un ser consciente y actual.

Sobre todo la juventud que luego iba a batirse con elegante buen humor, peleó por dotar al país de una libertad que, a poco andar, empezó a convertirse, víctima fatal de sus propias deficiencias, en feria del cohecho. ¡Vamos!.. De un cohecho monstruosamente libre.

La masa popular no creía, pues, ni aún el mismo 1.º de Enero de 1891 en la Revolución ya tan próxima y exteriorizando la incredulidad desconfiada e irónica que caracteriza la psicología nacional, se reía, soplando con aquel verano abrasador y leyendo el «Poncio Pilatos»... Conservaba cierta neutralidad indiferente:

—«Los futres se han puesto a pelear entre ellos mismos»; pero como los galleros no pelean nunca a las de veras, no han de tardar en amistarse de nuevo»...

¡Qué iba a creer en revoluciones ni peloterías en grande la parte popular de la opinión, si en los últimos días de Diciembre o aquel mismo 1.º de Enero, se había visto al señor Barros Luco, Presidente de la Cámara de Diputados, durmiendo plácidamente la siesta, con las manos cruzadas sobre el abdomen—adornado con cadena de guardapelo—sentado en un banco de la plaza a la sombra voluptuosa de una de aquellas matas de flo-

ripondio que no sé qué alcalde cursi y sin olfato mandó arrancar de raíz!

Qué vísperas de Revolución representaba así el señor Barros, cuya calma le ha permitido ir a todo y volver de todo como si no hubiera ido a parte alguna!

—No ven—decía un extranjero que visitaba a Santiago en aquellos días.

Y como le respondieran que ése era el Presidente de una de las ramas del Congreso, próximo a alzarse contra el Gobierno, el incrédulo forastero se rió, parándose a mirar al señor Barros, que respiraba con ruido de soplador de totora bajo el amoroso floripondio que tendía sobre él las campanas, asediadas de abejas, de sus grandes flores oscilantes.

—¡No ven!...

Sin embargo, a esa misma hora, más o menos, el señor Altamirano, que tampoco perdía fácilmente su tranco característico, entraba al gabinete en que el señor Reyes, su dueño, pasaba rodeado de libros y bustos: uno de O'Higgins, otro de Washington y otro de don Miguel Luis Amunátegui, pariente muy cercano de don Vicente.

—Vengo a invitarlo—le dijo el señor Altamirano—en mi nombre y en el de la oposición, a firmar la deposición del Presidente de la República.

El señor Reyes, a pesar de ser el Presidente del Senado hasta ese momento, no tenía noticia, digamos oficial, sobre dicha acta. Se le invitaba, pues, a suscribir un documento trascendental, que era la Revolución, en cuya discusión no había tenido parte alguna...

—Como por el momento hay que mantener estrictamente reservada dicha acta, no es posible sacarla de la casa del señor Irrarrázaval, que es donde hay que ir a suscribirla—agregó don Eulogio.

El señor Reyes no quiso recalcar que en ningún momento había sido invitado a discutir la medida que se tomaba en dicho documento, (1) y se limitó a preguntar con qué elementos contaba el Congreso.

—El Ejército—contestó el señor Altamirano—pide dinero; pero la Marina anda bien.

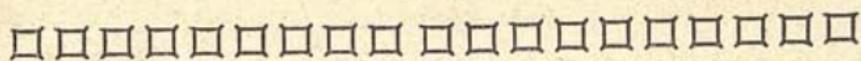
—El hecho de que el Ejército piense de un modo y la Marina de otro,—replicó el señor Reyes—significa la guerra civil, de la cual se alejan mis principios, sin desconocer que el Congreso tiene derecho a hacer respetar por otros medios sus prerrogativas constitucionales.

La entrevista había terminado y ambos personajes se separaron: uno seguía hacia la lucha armada; el otro, fiel a sus principios, continuaba creyendo más en la evolución que en la Revolución.

---

(1) Acta del Congreso Nacional. Está fechada el 1.º de Enero de 1891.





## EL 1.º DE ENERO EN LA MONEDA.

Como de costumbre, tocan las campanas sobre la ciudad que parece abrir un paréntesis monótono a la agitación en que ha vivido durante los últimos meses.

¡Quién diría que ya anda por todas partes el fantasma de la Revolución!

El centro, en el cual no existía ninguna de las transformaciones modernas que lo van asemejando más y más a lo europeo, mostraba los portales encopetados de claveles, rosas, brevas y melones— ¡Qué mezcla!... Como en la vida!

En las calles, voceaban los muchachos «La Epoca»—y qué época!—«El Ferrocarril», «El Independiente» y «La Nación»—único diario de Gobierno.

Circundaba la plaza en que de trecho en trecho desparramaban los floripondios su follaje de crinolina y sus perfumes de otro tiempo más tranquilo y familiar, una fila de coches de posta con aurigas de sombrero de «pita», y chaqueta más o menos abierta y pintoresca.

Devotas o no devotas, afluía a las iglesias un sin-número de mujeres de manto con el cual—dicho sea de paso—sólo gana lo feo o lo sucio, porque al mismo tiempo que oculta el dibujo y la línea, disfraza o disimula lo deforme.

También campeaba, muy de mañana, un concurrido cortejo de levitas y sombreros de pelo, atributos obligados de la prudencia y la gravedad que la Revolución iba a dejar u olvidar. Total del paisaje ciudadano de aquel día luminoso, que tentaba a las excursiones galantes y los guitarreos en las quintas con higueras y emparrados: un sol espléndido que hacía arder la sangre, los colores, las pasiones, el apetito...

El Club de la «juventud independiente», sede de la intensa agitación en que se había mantenido durante días y meses a la capital, permanecía tranquilo y silencioso, como si hasta muy tarde hubiera velado... las armas la noche antes.

En las iglesias — para que nada falte en esta descripción sumaria—misa «de tres padres», como decía yo cuando peneca con ganas de repicar y ayudar al santo sacrificio.

En las torres, campanas aladas, es decir, a todo vuelo... Campanas que pedían junto con los oficiantes de los altares, gloria a Dios en las alturas, tranquilidad a los hombres en la tierra y paz y armonía entre los príncipes cristianos.

En la Catedral, sentado en su trono episcopal, elegante y suntuoso como un personaje vaticanesco, Monseñor Casanova se extasiaba—era muy artista su señoría ilustrísima—báculo en mano, con

la música gregoriana y el vibrante «pax multa» que se escapaba del órgano y el coro, llenando el templo de santas resonancias... Mas, es muy probable que Monseñor—y que Dios me perdone el mal pensamiento—entre latín y latín del docto y venerable Cabildo, compuesto de canónigos muy sabios en letras divinas y humanas, pensara en los amarillos aprietos en que muy luego tendría que verse si doctrinas y partidos, desentendiéndose del «pax multa» cantado por los monaguillos vestidos de rojo y blanco, se iban de una vez a las manos... o a la mar.

A las doce del día, el cañón del Cerro, mostrando una vez más su acostumbrada puntualidad, daba la señal simpática de sentarse alrededor de la mesa con flores y golosinas, de aquéllas en que los chicos de la casa sumen verticalmente un dedo, no muy limpio, y hasta dos.

A pesar de esa paz,—en todo igual a la de tantos primeros de año, sin más novedad demográfica que el pavo sacrificado oportunamente por la sirvienta vieja para que al día siguiente éste pudiera presentarse, con la rabadilla en alto, al aire los muslos dorados en el horno y reposando sobre un prado, circunscrito de discos de limón o naranja agria,—a pesar de todo eso, los diarios registraban, como quien no dice nada, un «Manifiesto» en que el Presidente declaraba arrogantemente que a pesar de no haber despachado el Congreso la ley de presupuestos, el Ejecutivo continuaría manteniendo todos los servicios públicos.

La oposición esperaba ese primer acto concreto

del Presidente y es evidente que se le dió a ésta en el gusto magnificando esa declaración, definida con un manifiesto que fué franco; pero que tal vez no era oportuno publicar donde la gran mayoría de los ciudadanos andaba muy de a pie en materia de interpretación constitucional.

En la tarde, recepción de funcionarios y amigos políticos en los salones de la Moneda: ya no se veían cerca del Presidente sino aquéllos con los cuales «se llegaría hasta el fin».

El grupo de diputados y senadores en que destacaban su bizarría combativa Bañados y Blanlot, es el mismo que acababa de soportar todos los rigores oratorios de la mayoría. Concurren, además, los jefes de las diversas reparticiones administrativas—en su mayoría empleados nacidos en las oficinas entre el «Regístrese» y el «Tómese razón».

Revelan cierta inquietud de empleados legalistas—copia lejana de los lentos y acuciosos funcionarios españoles—con motivo de los acontecimientos; pero como trajinan en la Moneda desde los tiempos en que ya tranqueaban Bulnes, Montt y Varas en el viejo palacio, creen a macha martillo que «al gobierno nadie lo mueve».

Abundan los militares de parada en esta reunión en que se ve a don Claudio Vicuña de guante gris perla, alegre e irrefragable.

El General Gana se mueve pesadamente de un sitio a otro, como acorazado viejo, obligado a salir del plácido fondeadero de su retiro.

Barbosa, seguido de sus ayudantes, llega después de las tres, tirándose con una mano la gran

pera, blanca al centro, y apuntalándose con la otra en su bastón negro con puño de oro: por lo que pueda acontecer tiene lista a toda la guarnición de Santiago y con los caballos ensillados y la brida en la mano a los «Cazadores» del Coronel Marsán.

—Sin novedad, Presidente—dice el General al acercarse al Jefe del Estado, quien da un paso adelante para recibir a aquel valiente en cuya figura parecían mezclarse los rasgos del aborigen con los del conquistador.

Aquel «sin novedad», suena a frase de campamento y los concurrentes se agrupan con curiosidad al lado de los que en esos momentos representaban la voluntad y la fuerza: el Presidente y el General.

—¿Nada de nuevo?—preguntan al célebre Comandante de Armas.

—Sin novedad—repite el veterano, tomándose los riñones con la mano izquierda: no andaba bien ni cosa parecida su salud.

Hace un aparte con el General Velázquez.

El Presidente los observa desde lejos: tenía en ambos la confianza más absoluta.

La concurrencia se repite sonriendo: no hay novedad...

Sin embargo, durante las últimas noches mudean los trajines a deshoras del Comité ejecutivo de la oposición: Besa, Irarrázaval, Montt, Zegers y Blanco.

De tiempo en tiempo, el concurso que rodea al Presidente, se queda inmóvil y en silencio, tomado tal vez por algún presentimiento.

Todos se animan rivalizando en decisión en aquel día de parada palaciega.

Se suceden los diálogos reveladores:

—¿Y qué hará la oposición ahora que ha leído el Manifiesto del Presidente?

—Seguir estrellándose en la lealtad del Ejército... ¡Qué más le queda! Y que se dé por bien servida!

Nadie creía en la Revolución; pero todos la sentían.

Ningún signo teosófico había indicado la proximidad fatal de los idus de Marzo y si Bruto tendió en esta ocasión hacia el Capitolio la mirada torva de sus sangrientas reivindicaciones, el hecho es que decidió no mostrarse ante César quien, seguramente, en vez de cubrirse la cara con su toga consular, habría tratado de arrebatarse el puñal, dando comienzo a una lucha a muerte y cuerpo a cuerpo.

Por las ventanas abiertas sobre la vieja plazuela, en cuyo suelo soleado se alargaba, atravesándose en el ancho portón, la sombra maciza de Portales, llegaba uno que otro eco dominical de la ciudad en calma, aletargada por el calor.

El Presidente, andando paso a paso con el General Barbosa, llega hasta su despacho.

Brillaban los bordados del segundo y la silueta del primero se destacó de lleno con el acta de la Independencia al fondo. El Presidente, según lo que me contaba años después Guillermo Pinto Agüero,—¡el pobre era una mina de recuerdos!—abriendo un cajón, mostró a su interlocutor un legajo de papeles:

—Son cartas en que se me anuncia que voy a ser asesinado.

—Bravatas—dijo el general, que creía que todo permanecía tranquilo: era de aquellos valientes que tienen la temeridad de despreciar al enemigo. Moriría insultándolo y no diría en la hora suprema, como Ney en Waterloo «venid a ver cómo muere un Mariscal de Francia», sino algo más neto y emparentado con el indomable aborigen: «mátenme, perros»...

—Que Bruto apriete bien el pomo de su puñal—habría dicho el Presidente.

Al volver al salón, la concurrencia tenía la vista fija en ambos personajes y como para recalcar que la confianza no alcanza a borrar por completo la inquietud, había en todas las fisonomías algún músculo rígido que se resistía a la espontaneidad de la sonrisa.

Al oirse la campana de la catedral, cuya voz difundía en ese instante una sensación de misterio y sobresalto, reinó de nuevo el silencio, destacando la silueta del Presidente, que bastaba para llenar el viejo palacio.

A esa misma hora se paseaba sólo en su biblioteca de soñador, otro personaje que también debe haberse detenido con las manos a la espalda al oír la voz, impregnada de pasado, de la campana metropolitana: es el gran importador de reformas, arrancadas de cuajo de los valles, cubiertos con nieve de alturas, en que hace su ordenada vida cívica el admirable ciudadano suizo, producto superior de una serie de circunstancias físicas, políticas

y económicas que inevitablemente refluyen sobre toda la vida moral.

Ese día, a fin de no llamar la atención, el leader conservador no fué visitado sino por uno que otro íntimo.

Al llegar al extremo más lejano de su biblioteca, desaparece momentáneamente, absorbido por una penumbra intensa en que se atenúa la nota escarlata de las encuadernaciones.

Es el marqués Irarrázaval...

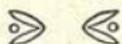
Se detiene, medita, monologa y prosigue sus paseos: quiere transformar de súbito en la comuna suiza los restos de Colonia que la independencia política y la labor educacional han dejado hondamente incrustados en la vida de hoy... Se detiene ante el libro entre cuyas páginas está doblada el acta de la deposición, la cual firmada por unos desde el primer momento sólo fué suscrita por otros después del triunfo de Agosto de 1891.

Desde muy lejos y por la parte posterior de un carruaje de alquiler, atisba el palacio del marqués un personaje en cuya silueta equívoca hay algo del alguacil y algo del sepulturero y el cual había de adquirir después, al extralimitar furiosamente sus funciones de corchete, una deplorable celebridad. Estaba rigurosamente vestido de negro: es Valdés Calderón: un repórter del «Ferrocarril» salido de sus casillas.

Se da un tirón en el párpado y se encapota un ojo; se empuja el labio superior y esconde la boca

debajo de la nariz que aparece aplastando los bigotes con mueca de máscara china.

Denigrando su gremio, alegre y travieso, se había convertido en corchete: viejo para repórter, se encontraba maduro para espía.







## 7 DE ENERO DE 1891.

El Presidente tiró los dados con su Manifiesto del 1.º de año y la oposición tiró los suyos el día en que se conoció la noticia de que la Escuadra, al mando del Capitán de navío, señor Montt, desconocía la autoridad constitucional del Ejecutivo.

Como se ve, el señor Altamirano estaba bien informado al visitar al señor Reyes.

Lo mismo que el primero de aquel año, un sol cegador envolvía la ciudad, en la cual lo único que se atreve a empinarse ante la majestad de la cordillera—despojada en verano de la nieve que al caer el día se impregna de sangre,—son las torres, que también iban a seguir, con campanas y todo, tras la Revolución.

A las doce—hora del cañón—todo Santiago conocía ya la noticia; se clausuraban sin piedad los diarios de oposición y quedaba listo el decreto, firmado colectivamente por los seis ministros, en que el Presidente asumía toda la suma del poder público.

Empezaba la partida: por un lado Balmaceda, que desde ese instante se echa sobre sí la responsabilidad total de la contienda; del otro la Escuadra, que antes de mucho cubriría con sus cañones la caja de fondos, es decir, la zona salitrera, la cual daría sobradamente para constituir un Gobierno, Ejército y representación exterior.

Al partir a inaugurar el dique de Talcahuano, el Presidente desea hacerse acompañar por sus hijas, Elisa y María.

—No—le dice su señora—te van a molestar...

Ya a bordo, el Presidente, la tarde del primer día de viaje se sienta a mirar el mar, cerca de la torre de mando del barco de guerra que lo conduce. Está solo. Se aproxima un oficial de guardia:

—Es prohibido estar ahí—dice.

El Presidente lo mira en silencio, obedece a la disciplina y se aleja, sin querer comprender todo el alcance de aquella advertencia audaz y destemplada.

De Talcahuano, regresa por tierra a Santiago; llama al Comandante General de Marina y le cuenta lo ocurrido... El señor Williams Rebolledo se mete una mano al bolsillo de su levita de almirante y «papá» de la escuadra, saca una carta y lee: es una epístola, muy poco anterior a la partida a Talcahuano, en que se le dice que aproveche la ocasión, que haga un gran servicio al país y que tome preso al Presidente...

S. E. llama entonces al Sub-Secretario de Marina a fin de tomar las medidas necesarias para desarmar la Armada.

—Respondo de la Marina—dice el señor Salas Lavaqui, hombre laborioso, preparado y muy inteligente, pero que hacía muchísimo tiempo que no iba a Valparaíso, donde trabajaba con la actividad febril de su temperamento irascible y combativo Enrique Valdés Vergara.

El señor Salas Lavaqui ofrecía, como es de regla, cuando hay que ofrecer algo muy valioso; pero eminentemente personal, ofrecía su cabeza:

—La escuadra no se mueve... respondo con mi cabeza, Excelencia.

Al saber la noticia de la sublevación, don Manuel se dirije donde el Presidente a ofrecer lealmente su vida en aras de la contienda que empezaba.

—Bien, ahora a trabajar sin tregua—le dice con bondad tranquila Balmaceda.

En la tarde de ese día, entre dos y tres, se siente un murmullo extraño en la sala del Ministro de Guerra.

El señor Bello Codesido, jefe de sección del Ministerio de Marina, Departamento de Estado que entonces funcionaba contiguo al de guerra, entreabre su puerta y observa: es el general Velázquez haciendo jurar fidelidad al Presidente a todos los generales, coroneles y comandantes de la guarnición de Santiago.

En ese momento, entra a la Moneda erguido, con su pera blanca, su levita antigua y sus medallas saturadas de pólvora, el viejito Amengual: va a ofrecer su espada: de 1851 y 1879.

Después del juramento en la sala del Ministro

de Guerra, Velázquez se dirige donde el señor Balmaceda a quien dice que el Gobierno puede disponer del Ejército. Momentos después, el decreto, asumiendo toda la suma del poder público, queda firmado.

Las cosas pasan de una manera bien diversa en la Marina, lo que prueba que razón y sobrada había tenido el señor Altamirano para decir que «la Escuadra andaba bien».

Razón había tenido a su vez el señor Reyes para asegurar que la oposición entre la flota y el Ejército significaba la guerra civil que, en efecto, empezó junto con plantearse en el terreno militar la dualidad entre una y otra fuerza.

En el barrio central, se comentaban acaloradamente los sucesos y no faltaba quien creyera que el Ejército procedería a sublevarse de un momento a otro. Iba a ser más prolongada la lucha y más hondas y generales sus derivaciones. ¡Qué pensador es capaz de adivinar en el momento en que empieza una conmoción institucional, hasta dónde pueden llegar sus consecuencias!

Cuentan que dijo Dantón, al erguir su cabeza de león sobre la charrette salpicada de sangre que conducía hasta el pie de la guillotina la partida cotidiana:

—¡Que no cuenten conmigo las revoluciones del otro mundo!

¡Filosofía de agitador, *sprit* de francés y arrepentimiento de cadalso!

Balmaceda pensaba entre tanto que la Escuadra sublevada intentaría caer sobre la región del sali-

tre y quiso reforzar sin tardanza las guarniciones del norte.

¿Y barcos rápidos?... Tomaría los de la Sud-Americana, que entregaría al grupo de marinos, jóvenes y valientes, que no habían querido tomar parte en la revuelta.

No faltaba, sin embargo, quien, desconociendo que los actos colectivos tienden casi constantemente a agrandarse hacia lo imprevisto, creyera que la escuadra, sin eco militar o civil en tierra, no tardaría en abandonar la partida, dejando los buques en el puerto neutral más cercano.

Balmaceda, en cambio, pensó sin tardanza en el norte, y el mismo día siete, dirigió un telegrama al Intendente de Tacna, diciéndole: «Asegúreme al pájaro de Canto».

El Coronel, que había sido enviado como peligroso al norte, al llegar meses antes al lugar de su destino, procedió a cultivar las relaciones más afectuosas con el telegrafista de la localidad, quien, sintiéndose muy honrado, correspondía cariñosamente al valeroso soldado.

En efecto, el 7 de Enero su amigo el telegrafista, le mandó decir confidencialmente que si no tenía otra cosa mejor que hacer, se diera un salto por la oficina del telégrafo... No se lo dijeron a un sordo y el antiguo Comandante del segundo de línea se encaminó con presteza y con ademán modesto, como decía el finado Sanhueza Lizardi, en busca de su amigazo:

—Lea como que no quiere la cosa, don Estanislao... «Asegúreme al pájaro de Canto»—deletreó

el Coronel, echándole mano a su pera de veterano y hombre listo. Muy bien, mi amigo... Dios se lo pague, con tal que guarde un momentito más el telegrama ése.

Al llegar la noche, el futuro jefe del Ejército revolucionario, las emplumó para Pisagua donde era más fácil hacerse humo en espera del... idem de la Escuadra que no podría tardar mucho en llegar al norte.

---

Vuelvo a la Moneda.

Después de un día de emociones, se afloja la tensión nerviosa, distendiendo los músculos.

Yo era entonces oficial supernumerario del Ministerio de la Guerra, y al salir, ya oscuro del viejo palacio y entrar al silencio de una ciudad al parecer abandonada, sentí miedo y del peor: del que suele detener los pasos del viandante nocturno, dejándolo con los ojos fijos en la obscuridad: el miedo a lo desconocido...

Una campana asustada,—y si yo fuera Papa, fraile o por lo menos sacristán, sólo las tocaría de noche para meterle susto a la gente—extremeciendo la seda manchada de sangre del cielo crepuscular, llamaba a las monjas cercanas—las agustinas— a la oración.

El silencio no tardó en hacerse de nuevo, tomando por completo a la ciudad, dividida ya en dos ban-

dos que ocultaban entre las sombras sus gestos y sus armas.

Apreté el paso; pero al llegar a Morandé esquina con Alameda, una voz potente me heló la sangre:

—¿Quién vive?..

—¡Chile!—contesté con voz más de estudiante que de «dictatorial»... Ya lo era y continuó siéndolo, porque creo que sólo un Gobierno fuerte puede lograr organizar y modernizar el país.

—¿Qué regimiento?—volvió a preguntar aquel maldito «roto» armado con bayoneta del tamaño de un sable.

—¿Qué regimiento?.. Ministerio de la Guerra—contesté con forzada arrogancia.

El soldado del Buin se acercó, me olfateó, me dejó seguir y pasé tratando de hacerme el indiferente.

En la Alameda, desierta, sólo se oía el ruido acompañado de las patrullas a caballo.

Apreté de nuevo el paso, después de mirar para atrás, vagamente halagado con la idea de que pudieran hallarme algo de conspirador. Con todo, quería llegar, contar las escenas que había visto y en seguida, después de la merienda, encender mi dorada luz de estudiante y echarme a leer «Los Miserables», los cuales tan obsesionado me tenían, que me inclinaba, aunque a nadie se lo dijera, a encontrar cierto parecido entre Cosette y cierta damisela de los alrededores.

¡Cosas que cobran vida a la luz ya tan lejana de las veladas de estudiante!

Contado, tal como yo lo recuerdo, aquel primer día de la Revolución, permítaseme saltar a pies juntos sobre la sucesión ordenada y cronológica de los hechos, relatando sólo uno que otro cuadro del gran drama.





## LA MONEDA EN LA NOCHE.

El Presidente comprendió sin tardanza que iba a ser prolongado y rudo el entrevero y entró en una actividad que no se debilitó durante toda la Revolución.

Necesitaba cincuenta o sesenta mil soldados y se puso febrilmente a la tarea de organizarlos.

Empezó a armar en la misma Moneda la complicada máquina de la guerra e instaló a unos cuantos pasos de su despacho el cuartel general, del cual era Secretario Bañados Espinoza, y la Intendencia del Ejército, que formando el núcleo central de la resistencia del Ejecutivo, comenzaron a funcionar hasta altas horas de la noche.

Saliendo de su despacho, el Presidente entraba al telégrafo, a cargo entonces de un estimable señor Pérez, que años después se convirtió no sé cómo—ni él tampoco—en profesor de declamación... ¿Arrancó su inspiración dramática el apuesto señor Pérez, de aquellos momentos tan intensos?

Lo ignoro, pero sé, en cambio, que si algo tenían de teatrales aquellas horas memorables, era de

un teatro—el trágico—que no estaba al alcance de los aficionados.

Un paso más allá del telégrafo, se hallaba el Ministerio de Marina... ya sin marina y en el cual, como para reemplazar a los barcos sublevados, se había instalado el Cuartel general, el cual resonaba de día y de noche con la voz tribunicia de Bañados.

Seguían el Ministerio de la Guerra y la Intendencia del Ejército y cualquiera que hubiera visto seguido de sus ayudantes al general Gana, habría creído en todo menos en que el «Blanco Encalada» acababa de recibir en Valparaíso un cañonazo de a trescientas que por poco no da buena cuenta de la mesa de la Cámara de Diputados en la persona de su Presidente, don Ramón Barros, quien, como se ve, ya no dormía la siesta en la plaza, al amor embriagador de los floripondios en cuyas hojas de seda continuaban librando caballeresco combate al arma blanca los tábanos y las abejas.

Por disposición superior, emanada del mismo Presidente, desde el 7 de Enero, se trabajaba hasta horas avanzadas de la noche en el Ministerio de Guerra.

Cuando recibí la orden del caso, me pareció que, entrando al período de vida que permite traficar después de la media noche—hora de duendes y otras cosas—tomaba una parte activa en los acontecimientos... Y hasta me envalentonaba a mí mismo avanzando confidencialmente a otro colega de igual categoría ministerial, que si la suerte me to-

paba con algún miembro del Comité revolucionario, palabra que procedería a remitirlo a la policía. . .

Se repartieron tarjetas que permitían transitar después de las doce y como si esto fuera poco trascendental para quien acostumbraba echarse noche a noche de punta sobre un ejemplar de los «Miserables»,—pasta negra y letra chica, como si lo estuviera viendo!—se me dió un revólver con cacha de palo que parecía hueso.

El cambio de la hora, digamos «de recogida», para no desechar aun el horario estudiantil, no produjo al principio ningún cambio apreciable en la moralidad de mis costumbres, que se asombraban escuchando las aventuras galantes del «Fósforo Concha»; pero, en cambio, al revólver de otro colega, se le salió un tiro, encima de mí y en pleno Ministerio de Guerra, que por poco me coloca el primer punto aparte de mi futura profesión de periodista. . .

Se conmovió la Moneda entera al escuchar esa detonación; se formó la guardia, corrieron los ayudantes de pantalón colorado, preguntó el mismo Presidente qué ocurría y cuando el propio Ministro de Guerra, saliendo sin kepi de su despacho, apareció en el teatro del suceso—la antesala—estoy cierto que el hechor habría preferido que se lo tragara la tierra.

Se nos desarmó, como a reclutas, inclusive a mí que no tenía responsabilidad alguna en el incendio de la única pólvora que durante la Revolución se quemó en la Moneda, y se nos envió a esperar

órdenes al archivo, a cargo entonces de Enrique Villegas, a quien le decíamos «mamón».

Poco después de aquel incidente y constatada mi inocencia y mi derecho para usar trabuco con cacha de palo disfrazado de hueso, se me instaló a trabajar en la Sub-Secretaría de Guerra, desempeñada a la sazón por el señor Prieto Zenteno, el mismo que hoy ataja bondadosamente microbios y pirigüines en el servicio de agua potable.

Era una colocación de confianza y sospecho que las pocas dotes de observador de que haya podido dotarme la Providencia—¿no habría sido mejor que me hubiera dado más plata y menos ojo?—empezaron a aguzarse desde ese día, al disponer de un observatorio tan propicio para las circunstancias: había llegado al nervio más activo del Gobierno y los actores aparecían de cerca y con detalles y todo.

Aun me parece contemplar al señor Prieto Zenteno con sus ojos entre cerrados de funcionario minucioso; con su levita de Pinaud y su prendedor, un coral napolitanamente atravesado por un puñalito de oro.

Después de cada visita a la presidencia, ordenaba la expedición de centenares de telegramas encabezados algunos con la palabra «reservado», escrita al empezar. Pero dicho sea en honor de la verdad, ninguno de aquellos despachos me dejaba la impresión, ni mucho menos, de que se marchaba con rapidez al desenlace: ya en plena guerra civil, la administración no perdía su lentitud de persona grave y parsimoniosa que no así no más y de un

día para otro se desprende de sus hábitos y costumbres tradicionales.

Después de medio día, llegaba el general Barbosa con la mano izquierda sobre los riñones y en la diestra el bastón negro con puño dorado: iba a preguntar por las propuestas que para oficiales de guardia nacional enviaba por centenares.

Un día que junto con llegar pasó al salón contiguo a hablar con el Ministro, al encontrarme sólo, dejé cautelosamente mi pluma y mi asiento, llegué hasta el escritorio del señor Prieto, pasé la mano por el kepi bordado y en seguida me lo puse un instante, sin atreverme a llegar hasta los vidrios de la ventana para mirarme en mi *pose* de jefe de la primera división...

Sentí ruido de colgaduras en ese instante y volví con presteza estudiantil a mi asiento.

¡Si sería ese kepi, he pensado después, el mismo que el valeroso general llevaba la tarde de la tragedia!

Regresó hablando recio: se quejaba amargamente de que todo iba con lentitud de cucalones y de que sus propuestas se eternizaban en las oficinas:

—Hablaré con el Presidente.

Militar de nacimiento, no tenía una simpatía muy marcada por el elemento civil, al cual acusaba de la tendencia filarmónica de irse a escuchar la retreta de la plazuela en vez de despachar sus propuestas.

Para él lo peor que podía haber era un empleado civil:

—Yo quisiera ver dónde se meterían todos estos caballeritos si por aquí llegara la Revolución...

Y salía de nuevo, mesándose la pera, un poco doblada y con una mano sobre el hipogastrio, que parecía ser el flanco vulnerable de su viejo organismo que desde Arauco venía haciendo en forma recia y sin cuartel todas las guerras de la República; era la disciplina, ruda, valerosa e inflexible de hace medio siglo alejándose paso a paso. Se dirigía, acompañado de unos grandes bigotes grises—el Comandante Porras—a sus oficinas de la primera división donde velaba día y noche como león recostado cerca del palacio de muros de piedra y rejas de cobre que para él era el símbolo de la autoridad.

No volvía hasta el día siguiente al Ministerio, donde continuaba un papeleo tan activo, que me hacía pensar si se querría combatir a fuerza de notas y telegramas la Revolución, encendida en el norte y enconada y latente en todo el país.

Estudiaban muy acuciosamente las diversas cuestiones administrativas los jefes de sección—Carrasco y Medina Meza;—se formaban legajos y expedientes y salía día a día una multitud de cuestiones en demanda del informe jurídico de fiscales y letrados.

Entre tanto, la Escuadra bloqueaba y cañoneaba a más y mejor la región del salitre, cuyos caliches sedientos iban a absorber muy luego toda la sangre del Coronel Robles—león con charreteras.

En las noches, pasadas las diez, el amplio despacho del Ministerio de Guerra en una de cuyas

paredes estaba encerrado en marco de oro y plata—regalo de Mr. North—el cabrestante de la «Esmeralda» del 21 de Mayo, se llenaba de personajes de bulto, que hablaban con calor y buen humor: Godoy, irónico y resuelto; Bañados, desbordante y entusiasta; Pérez Montt, discreto y sentencioso; Silva Vergara, Comandante General de Artillería, chiquito y gordo; Carvallo Orrego, elegante, locuaz, resuelto.

De cuando en cuando, los mozos,—Maldonado, que caminaba como sacristán, y Montero que parecía gigante y caminaba dando talonazos—pasaban llevando en alto cognac, «del bueno» y agua mineral, también de la buena, como que ésta y aquél eran para gente de misa.

Desde mi mesa, divisaba noche a noche aquella interesante reunión, a la cual, pasadas las once, solía llegar Alcérreca, Coronel con bigotes de mariscal joven, que desempeñaba a la sazón las funciones de Intendente de Santiago.

Se pedían mapas; se sumaban las tropas ya listas para marchar de a puñaditos al norte y se comentaban con entusiasmo las correteadas del «Imperial», vapor mandado por Garín que, burlando la vigilancia de la Escuadra, seguía acarrearando al norte pelotones de soldados poco más numerosos que los que hacía un tranvía de los de entonces...

Más de una vez, al quedar solo en la Sub-Secretaría, me acerqué en puntillas, desapareciendo como Alfredo de Vigny, entre las colgaduras rojas:

—Ocupado Tarapacá—decía Carvallo Orrego,

poniéndose de pie como para lucir mejor sus pantalones blancos y su levita negra,—la Revolución avanzará sobre Coquimbo donde es necesario extrangular de un golpe...

—Es lógico, es evidente—asentía Bañados, poniéndose los brazos en jarra, como si todavía estuviera en el Congreso encarándose con la oposición.

Carvallo Orrego acababa de ser designado jefe de la división Coquimbo.

—¿Conque después de Tarapacá, Ramón Barros y Waldo Silva se vendrán a comer camotes a La Serena?—preguntaba Godoy, que tenía condiciones esenciales para hacer o combatir revoluciones: talento y carácter.

—Y aquí entre tanto, termina el período constitucional y empieza el de don Claudio, cuyo primer Ministerio será formado por Marcial Martínez... Bien—decía llenándose la copa de cognac y agua Apollinaris.—Muy bien.

—Son famosos los camotes de La Serena—agregaba Valdés Carrera.

Aquello empezaba a oler a política y entre copa y copa, se adivinaban dos tendencias: una a prolongar los acontecimientos más allá del fin del quinquenio Balmaceda, y la otra a terminarlos procediendo sin contemplaciones y apuntando al corazón.

¿Cuál de esas dos tendencias tenía la razón? Tal vez la segunda, porque si es verdad que no se arreglan a tiros las cuestiones sociales, no es me-

nos cierto que las revoluciones no se hacen o no se sofocan sino a bala.

Yo escuchaba conteniendo el resuello cuando divisé muy cerca de la cortina a Carvalho Orrego, abrazando a Bañados Espinoza:

—Si me matan, muero contento por los compañeros...

—Respondo de los acontecimientos—replicaba Bañados, corazón de oro que además de sentir una gran confianza, trataba de infundirla con su verbosidad penetrante que era un reflejo de su bondad.

Aquellas reuniones se prolongaban más y más; se repetían al día siguiente las ocurrencias que la noche antes había tenido Godoy y no sé yo, ni nadie, lo que pasó; pero el hecho es que dichas veladas terminaron de súbito con la orden del Presidente de cerrar la puerta de la Moneda a las doce en punto de la noche.

Había algo de tradicionalmente severo en esa puerta centenaria tras la cual, segura de su resistencia, se había albergado para organizarse la República naciente.

¡Qué de cosas sugería una vez cerrada, dando al edificio, a oscuras y en silencio, aspecto de fortaleza!

Encerraba la historia entera del país, desde los días opacos y monótonos de la dominación española, cuando el Gobernador y su séquito de oidores y cabildantes de casacón de seda y zapatones con hebillas de plata, llegaban de tarde en tarde a inspeccionar los trabajos, tan lentos como sólidos.

Al salir una de aquellas noches, se acercó un centinela a interrumpir mis divagaciones de futuro soñador de nuestra historia. Le mostré mi tarjeta de empleado del Ministerio de Guerra y proseguí mis reminiscencias, evocando a Portales, encarnación lejana de esa astucia criolla, mezcla originalísima de constancia y de sagacidad, de cautela y de atrevimiento, de simplicidad y de llaneza, calculada para inspirar confianza.

Hace muchos años, esa misma plazuela se llenó de pueblo cabizbajo que venía a imponerse con espanto del fin trágico del «gran Ministro», a quien sería de haber visto con su afortunada mescolanza de tretas y carácter en estos tiempos de parlamentarismo y de ministerios a quincena en materia de tiempo.

Hoy, Portales—autor de esta frase profunda: no creo en Dios; pero creo en los curas—no estaría bueno ni para Gobernador; lo asediarían a empeños e interpelaciones y en vez de dedicarse a la política, habría puesto entre ésta y él, el mesón olor a tabaco zaña del estanco.

Poniendo por delante la casaca bordada del general Prieto, apretaba el puño, miraba hacia el futuro y cuando el «gran Ministro» no podía ya salir a asomarse a los balcones de cobre batido a martillo, esa misma plazoleta se llenó de himnos y soldados, encabezados por Bulnes, gordo y ginetazo, que saludaba con el sable de las cargas «chivateadas» que hicieron temblar el Pan de Azúcar.

Después de Prieto, Bulnes, quien, siendo Presi-

dente, iba con los Ministros—y lo eran—a caballo y de frac a revistar las tropas, el 19 de Septiembre.

¡Qué tiempos!

Cuando el vencedor de Yungay se aleja del poder, lo reemplaza su Ministro de Instrucción—dato significativo—y vienen los días, al mismo tiempo sombríos y fecundos de la represión armada: se necesitaba paz para que el país pudiera vestirse de República, crecer, organizarse, porque hasta entonces era sólo un araucanito joven e indómito que correteaba a los pies de la cordillera.

Sobre el suelo montañoso, hasta el cual parecen llegar junto con las brumas y la lluvia, los ecos del mar embravecido, no había más que lo que dejó la Colonia: una iglesia de piedra en que pedirle a Dios que nos librara de las tentaciones de la carne; un puente, alto y real; un palacio para sellar oro, palacio que andando el tiempo iba a convertirse en oficina de timbrar papel moneda y unas cuantas casas agrupadas alrededor del cerrito indígena que con tanto perifollo va pareciendo cualquier cosa menos cerro.

Pues bien, aquel hombre de ceño duro, levita abrochada y corbatón negro, trabaja sin descanso; piensa en todo y construye y codifica: es el primer Montt.

De cuando en cuando, se acerca a escuchar los alborotos y motines de la ciudad: aprieta el puño y como conoció la mano de Portales, dice frunciendo las cejas: «fuerte y feo don Antonio»...

Aludía a Varas, su Richelieu.

Hay algo recio y original en esas dos figuras de

cuño antiguo: no tienen nada de criollo; corresponden en absoluto al tipo del estadista europeo y leen a Guizot y se solazan con la «Revue des deux mondes».

Cuántas siluetas y cuántas cosas más evocaba la Moneda la noche en que antes de dejarme seguir, me atajó el centinela, mocetón, vestido con uniforme militar que recordaba de golpe a sus antepasados de la Araucana!

Llegué a imaginarme, exaltado por una repentina crisis imaginativa, que empezaban a llegar algunas sombras a imponerse de lo que venía pasando desde que don Waldo y don Ramón cabalgaban en la escuadra encabritada.

Aquel balcón cercano a la calle de Morandé ¿no era el mismo en que apareció Pinto con sus Ministros, teniendo entre las manos temblorosas el parte que daba cuenta del hundimiento de la «Esmeralda»?

Nada más a propósito para exaltar la fantasía que la hora, la Revolución y... el cognac con agua mineral, concesión desconocida que esa noche me había hecho el gigantesco Montero, quien dijo protectoramente al pasar ante mi mesa de amanuense al «aguaite» de lo que pasaba en el cercano salón del Ministro:

—«¿Y usted, patrón, no toma na?»

Aquel embozado, como si fuera invierno, sería O'Higgins desmontado, o, simplemente, uno de los centinelas que rodeaban el palacio?

Y aquél con las manos a la espalda que observaba

desde la calle de Teatinos ¿no era don Antonio Varas en pinta?

Resonó a la distancia el ruido de una patrulla montada. Era hora de seguir caminando; pero me pareció sentir que crujía la gran puerta principal de la Moneda... ¿Tan a deshoras? Miré mi reloj de níquel, el cual a poco de ser adquirido ya tenía la costumbre perjudicial en la vida y en la relojería de marchar con adelanto en vez de marchar con atraso: la una y media de la mañana... Jamás me había visto yo a tales horas en la calle y en compañía de algo femenino y por consiguiente amablemente peligroso: la fantasía.

¿Eran las sombras las que empujaban la gran puerta o se abría ésta por obra de llave y mano humana, para dar paso a algún misterio? Se entreabrió, en efecto, una de sus hojas y salió un bulto que se detuvo un instante como si estuviera desorientado.

Me acerqué dispuesto a llamarlo «correligionario» y como la plazuela permanecía alumbrada con buenos focos eléctricos, lo vi o me pareció verlo tan minuciosamente, que aún conservo los detalles: llevaba levita corta y ajustada, pantalón a cuadros, ceñidos sobre el botín de punta cuadrada. Se afirmaba en un bastón de carey; sobre el plastón de seda floreada, lucía un camafeo y sobre su cabeza se elevaba en forma de sombrero un venerable y abultado monumento de fieltro: un Bolívar, como se decía hace más de medio siglo.

¿Quién era esa especie de daguerreotipo para salir a esa hora y tan campante de la Moneda? ¿Ten-

dría tarjeta para traficar de noche? ¿sería la tradición, el pasado o algún sobreviviente de Loncomilla que huía a ocultarse con tiempo antes que llegara el fin de la Revolución y el comienzo de una nueva época?

Tal vez.



## EL «BLANCO» A PIQUE.

A fines de Abril, estalló una bomba luminosa en el horizonte balmacedista: el «Blanco» a pique...

Hay que pensar en lo que era ese buque en la imaginación del pueblo y de quien había dado poco antes examen de «Historia de América y de Chile»: me parecía algo enorme que llenaba el mar, el cual, para saludar su paso glorioso y sereno, suspendía hasta la borda del viejo barco sus oriflamas de espuma.

El «Blanco» era un pedazo del país, artillado y empavezado, patrullando el Océano que desde hace un siglo habla de lejanías y tormentas a un pueblo que todavía no comprende que es mitad marino y mitad montañés, es decir, exportador y comerciante, a todo lo largo del Pacífico latinoamericano, y minero y explotador a todo el ancho y alto de la cordillera, cargada de metales y orlada de caídas de agua.

Cuando Grau, saltando de su cámara la mañana diáfana de Punta Angamos, tomó sus anteojos y miró a un lado, al reconocer al «Cochrane»,

dijo: «es Latorre»... Al mirar hacia otro punto del horizonte, y reconocer al «Blanco», dijo: «es Riveros»...

En ambos barcos resonaba el himno en medio de una decoración heroica: humo de cañones y vuelo de banderas.

«El Blanco» y «El Cochrane», eran gemelos y acostumbraban andar y combatir juntos.

—«*Ai* están»—decía el pueblo, mirando hacia el mar. Al separarlos, la Revolución mandaba a la muerte a uno de estos Cástor y Polux.

La noticia se esparció rápidamente y en la Moneda, de capitán a paje, se creyó que la Revolución quedaba aplastada y reventada por los torpedos de Moraga y Fuentes.

Se había constituido o estaba por constituirse una junta de gobierno en Iquique y se sabía que Körner militarizaba a los «rotos» de pelo en pecho que del sur llegaban a la Pampa con el cuchillo escondido en la pretina del pantalón. ¿Pero quién sería el gallo que expedicionaría al sur, teniendo que atravesar el mar en que merodeaban la «Lynch» y la «Condell»?

Era sensible la pérdida del barco legendario, desgarrado al amanecer de una madrugada que hizo tambalearse de arriba a abajo todos los planes de la Revolución; pero, como la guerra es la guerra, los partidarios del Gobierno se frotaban las manos.

Después del 7 de Enero y del período de actividad oficinesca a que tenía que dar lugar la organización de un ejército considerable, era ése el primer

día de augurios triunfales para el Gobierno, es decir, para Balmaceda que era la figura central del gran drama.

Hacía un día espléndido y la naturaleza entera, iluminada con los reflejos de bronce con que la decora el otoño, tenía vibraciones metálicas: corrían los días en que toda la zona central, después de la floración cegadora del verano, cubre con hojas de oro la tierra, entregada durante un período de inercia al proceso de su próxima fecundación. Pero el rumor del Océano, que en comienzos de invierno empieza a llegar hasta el interior del territorio, traía ecos de ira y de dolor: el «Blanco», amodorrado una noche, cerca de un puerto a oscuras, había sido herido en el corazón y después de estremecerse, sin poder lanzar al morir el lampazo sanguinolento de sus baterías, se tumbaba para siempre sobre el fondo del mar.

Se había perdido un barco; ¿pero acaso la Revolución entera no era una herida abierta en el flanco del país?

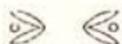
Entre los partidarios del Gobierno creció sin medida el optimismo: el «gabacho» Lalanne, edecán presidencial, pide la venia de S. E. para mandar tocar la banda de Cazadores:

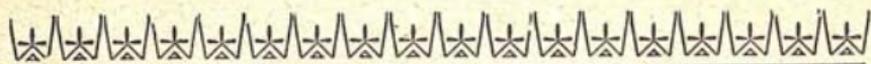
—No—dice Balmaceda: se trata de una lucha entre chilenos.

Entre los partidarios de la Revolución crece, a su vez, la irritación.

Hay, pues, en toda lucha ciertos golpes que si no derriban, no hacen sino aumentar la furia y la intensidad de la pelea.

En efecto, la tarde del hundimiento del «Blanco», Bañados Espinoza fué torpedeado en pleno centro: comentaba el suceso del día cuando, sin tener tiempo para defenderse, fué agredido a puño limpio por un «constitucional» que se hizo humo después de su arremetida contra el leader balmacedista.





## LA FIRMA DEL PRESIDENTE.

Yo no había divisado a S. E. sino de frac, banda y seguido de su escolta sable en mano.

Al verlo, se sentía al jefe supremo del Estado, denominación que correspondía a su concepto de las funciones constitucionales del Presidente de la República.

Se diría que comprendía que con él iban a terminar los gobiernos de Ejecutivo y la serenidad confiada y altiva que lo había caracterizado, empezó a trocarse poco a poco en la gravedad fría, vagamente melancólica de las resoluciones supremas.

Los acontecimientos habían acentuado la firmeza serena de su fisonomía y bastaba mirarlo, destacando las líneas elegantes y vigorosas de su figura, para comprender que era el personaje central del drama.

Su voz era armoniosamente poderosa; sus líneas, altas con noble flexibilidad de hombre de mundo; su ademán oratorio, neto i enérgico, sin lirismo; su frente audazmente amplia, delataba el absoluto predominio cerebral; su discurso, cálido en la intimidad,

tenía en público vuelos imaginativos; vistas atrevidas hacia el futuro y vagas reminiscencias clásicas que tal vez disonaban con la sequedad a que se ha acogido el estilo oficial de nuestro país—estilo descarnado y sin pasión que no llega hasta las multitudes, como a veces debe llegar, y que está saturado de influencias forenses; pero que infundían la idea fecunda y palpitante de hacer de la República un gran país.

Así había comprendido yo al Presidente en los grandes días de su período constitucional.

Me faltaba verlo de cerca y cuando por ausencia momentánea de Martín Bombal, fuí designado de improviso para llevarle el despacho, sentí la emoción inconfundible de quien va a observar de cerca una figura de paso hacia la historia y lo permanente.

Armado de un montón de decretos listos para la firma, que acababa de pasarme Julio Prado, Oficial de partes, llegué anhelante hasta la antesala del despacho presidencial, donde se paseaba como dueño y señor tradicional, Ramón Miranda, que más que portero parecía Ministro de Estado—tan negra era su levita y tan solemnes o desenvueltos, según quien fuera el interlocutor, eran sus ademanes.

Con una mano a la espalda y otra metida a la fuerza entre la doble abotonadura, se paseaba napoleónicamente de un extremo a otro de su concurrido despacho en el cual solían hacer largas y soñolientas esperas los que iban a ver al Presidente.

Se decía que Ramón Miranda, que había empezado desde muy joven a prestar a la República

servicios de confianza, trataba de imitar el modo y hasta los ademanes de cada Presidente que llegaba a la Moneda, donde había ingresado, como quien dice nada, en tiempos de don Manuel Montt...

¡Cómo se habría visto para imitar a don Ramón Barros, si al triunfar no hubiera puesto la Junta de Gobierno fin definitivo a sus funciones, intermedio cómico entre la portería y el protocolo!

—¿Está el Presidente?—pregunté.

Ramón Miranda interrumpió sus pasos, colocó delante de mí su cara y su silueta, ambas pronunciadamente cuadrangulares; midió la importancia probable de mis funciones administrativas y me dijo con énfasis de funcionario de confianza encargado de preguntarlo todo:

—¿De dónde viene?..

—Vengo—contesté a mi vez con un tonito de persona que sabe con quien trata,—vengo con el despacho del Ministerio.

—¡Ah!..

Y Ramón Miranda, desarmado, partió en dirección al despacho presidencial de donde regresó al instante.

—Sírvase pasar—me dijo ya más en su rol; pero sin dejar de echar una última mirada a mi indumentaria en la cual descollaba a justo precio, y a justo título protocolar, un imponente chaquet negro que constituía una parte esencial de mi satisfacción juvenil.

—Avance—dijo el Presidente.

Era la misma voz, escuchada de cerca esta vez,

que yo había oído desde las galerías del Congreso dando lectura a un Mensaje de apertura.

Cuando llegué hasta él, estaba sentado ante la mesa de trabajo, en la penumbra sugerente de su gabinete, en medio de la misteriosa indecisión de los acontecimientos en marcha: nada más impresionante que llegar hasta los que están haciendo la historia viva: cada una de sus palabras, sonando a cosa honda, tiene un interés especial y denotan con su sonoridad peculiar la preocupación absorbente y total.

No es el mismo el acento ni es la misma la expresión de los grandes actores que llegan a ese momento de los acontecimientos y en ambas manifestaciones externas de lo anímico, aparecen alternativamente la sombra de la duda, la luz de la esperanza o el gesto cerrado de la resolución.

—¿Y Bombal?—preguntó.

—Bombal no ha podido venir hoy y se me ha mandado a mí donde S. E.

Me pareció—estoy casi seguro de ello—que mi discursito no le había parecido mal por lo conciso.

—¿Cómo se llama?

—.....

—¿Es hermano de Manuel?

—Sí, Excelencia.

—Diga a su madre que Manuel ha sido llamado a la Sub-Secretaría de Industria y Obras Públicas en reemplazo de Luis Vergara que pasa a la Caja Hipotecaria.

Había empezado a firmar con tal rapidez, que ante mi impotencia material para pasar los decre-

tos y luego echar y recoger la arenilla, estuve por pedir auxilio: firmaba Balmaceda con un solo rasgo amplio y enérgico que marcaba y hasta desgarraba al papel con trazo violento e inconfundible.

Por fortuna, el susto pasó luego y tras unos cuantos minutos de silencio, cinco o seis, ya podía pensar en escapar, cargado de decretos y con la retina dominada por aquella figura que llenaba no sólo el gabinete en cuya penumbra destacaba su color apergaminado el Acta de la Independencia, sino todo el viejo palacio.

Me incliné, olvidando que siempre es más difícil salir que entrar y, en efecto, por poco hago un formidable desparramo de papeles en los cuales hacía un ruido de cosa fúnebre la arenilla.

—Adiós—me dijo el Presidente, y tanto me llamó la atención esa manera de despedirme, que aun hoy suelo repetírmela al recordar aquellos días y aquellos sucesos.

---





## LA TRAGEDIA SE ACERCA.—«LO CAÑAS».

A mediados de Agosto y cuando la naturaleza empezaba a renacer, con opulencia espléndida para que la sangre encontrara un campo verde y florido en que caer, comenzaron a correr rumores siniestros: la Revolución había embarcado su ejército para marchar al sur, sin preocuparse ni poco ni mucho de los torpederos del gobierno.

El país empezaba a cubrirse de montoneras, organizadas desde su escondite por el Comité revolucionario, del cual también se decía una multitud de cosas que con razón o sin ella, lo acercaban a la tradición dejada por Manuel Rodríguez y sus guerrillas en el alma nacional: Walker Martínez, con los bigotes cortados y vestido de «lego», «huaso» o policial, recorría a su antojo la ciudad, riéndose del gobierno.

Su sombra llegaba a toda partes y más de alguien pensó que pudiera ocultarse, para más seguridad, en la misma Moneda.

Una mañana, allá el 10 o el 15 de Agosto, varias casas de Santiago aparecieron marcadas con una

enorme cruz roja y la gente bien informada, aseguraba que la señal de la San Bartolomé sería dada por la campana de la Catedral, tocada a deshoras por el mismo Walker o su sombra, traviesa y fugitiva.

El General Barbosa parecía muy grave y preocupado a la sazón y, lo que es peor, se tambaleaba su salud, próximo a abandonarlo. Moriría a caballo y sable en mano en medio del polvo y el vocerío de la carga final... Estaba escrito!

A la sombra de Walker, envuelta en la poderosa seducción de todos los conspiradores, se enfrentaba Barbosa, tenaz e inflexible, con su pera teñida de gris por la pólvora de los combates: era la Ordenanza de los tiempos de Portales, Bulnes y Montt pasando revista a caballo y con espuelas de plata a las tropas con que Balmaceda iba a encararse a la Revolución.

¡Cuidado con él!

No lo estimó tan temible el Comité revolucionario, el cual se puso a organizar y esparcir montoneras por todas partes a fin de impedir en el momento supremo de la decisión la concentración de las tropas del Gobierno.

Consecuencia de esa confianza injustificada, fué el trágico fin de la montonera de «Lo Cañas», sorprendida por las tropas del Gobierno en la madrugada del 18 de Agosto.

Es ese un capítulo, breve y desgarrador, en que no falta nada para la verdadera tragedia: el sitio, la hora, los caídos, que acaso creyeron dar comienzo a un capítulo emocionante que contar después

a sus novias, a sus padres, a sus amigos, admirados de tanta audacia.

El escenario, hosco y lleno de presagios, es bien conocido y se hallaba no muy lejos de la montaña que a cada hora del día tiene una expresión opuesta: deslumbrante en la mañana; luego, grande y real como una fisonomía monstruosa vista de cerca; sangrienta como una cabeza de crucificado en la tarde.

No muy lejos de ese fundo siniestro, las casas chatas protegidas por tejados en forma de ángulo muy abierto y, por consiguiente, sin altura ni expresión.

Todas las viejas casonas del fundo rústico son semejantes y en sus corredores enladrillados, que en este caso iban a ser el secante de la sangre juvenil, ladran en las noches de tiniebla y aullan en las claras, mastines de ojos fosforescentes.

Tal era el sitio en que acampaba alegremente, aun libre de empresas arriesgadas, la bulliciosa y confiada montonera: era un puñado de muchachos que creían tomar parte en una aventura breve y fácil.

Estaban resueltos a todo: eran jóvenes, eran valientes y, enamorada de alguno o de todos ellos, era seguro que los seguía la fortuna.

No muy lejos de las casas y como puntos más retintos en medio de la obscuridad, se divisaban algunas sombras: eran las descubiertas.

Creyendo que nadie los observa, fuman a hurtadillas, como colegiales, escondiendo el cigarro bajo la manta: ignoran hasta lo más elemental

del arte militar y de ese otro arte, aún más elemental y espontáneo: el de saber conservar la pelleja...

Posesionados de su papel, sintiendo las alucinaciones de la obscuridad y el misterio, observan y escuchan con la carabina bajo el poncho de montoneros que pronto quedarán hechos montón y que han ido a acampar seguidos, no por la fortuna, sino por la muerte.

¿Se siente algún ruido?... ¡Qué! Será la arboleda cercana, estremecida por la savia que asciende por los troncos para convertirse en color y perfume al llegar a la rama en que ya palpitan los brotes de Agosto!

La tropa de Santiago, infantería del Mulchén y del Chillán, montada a la grupa de cincuenta granaderos ya muy próximo el amanecer, cerca las casas del fundo. En ese momento, iba a partir a Santiago a hablar con el Comité y a traer unas cuantas carabinas más en el doble fondo de un carretón hipócrita, Ernesto Bianchi Tupper, quien hace apresuradamente todos los preparativos para el viaje. Está tan cerca la capital que da no se qué no ir de un galope en busca de lo olvidado con el apuro de la reciente partida! Pero al ponerse en marcha y asomándose por encima de las tapias cercanas a las casas, divisa algo negro que se mueve de allá para acá...

¿Estará viendo visiones? Camina en puntillas a observar a otro lado; pero se topa con el mismo espectáculo de los bultos negros que parecen kepíes enfilados tras los tapias: toda la siniestra

realidad aparece de improviso ante la vista inteligente del señor Bianchi: la tropa balmacedista ha rodeado por completo las casas de «Lo Cañas».

Es necesario obrar con prudencia y celeridad—dos cosas que no es fácil juntar en medio de la noche, en un campo desconocido y con la muerte apostada rifle en mano tras las tapias de adobón coronado de yerbajos secos.

El señor Bianchi avisa a sus compañeros más próximos y avanza con el señor Undurraga, jefe de la montonera, hacia el fondo del huerto; pero la tropa del Chillán ha saltado ya los cercos y al ver a corta distancia a los fugitivos (1) un soldado levanta a la altura de los ojos su pesado rifle Comblain...

Tomado por la impresionante relación del señor Bianchi, lo interrumpo gritando:

—¡Echarse al suelo!

—¿Para morir boca abajo?

¡Nada! A lo que había que echar mano, era a la cartera... El soldado, que resultó del Mulchén, bajó el rifle y nos acercamos, pasándole un billete de a cincuenta pesos—hijo único de madre viuda... Se lo acercó a los ojos para verlo bien... Es poco—dijo después de reconocerlo y guardárselo, lo que quiere decir que pensaba *despacharnos* sin devolver nada... Se le había despertado el apetito y como estaba próximo el amanecer tal vez quería desayunarse con nosotros... Aquí hay más—dijo Undurraga, sacando de la cartera un billete de propor-

---

(1) Relación del señor Bianchi al autor.

ciones que empezaban a ser respetables... Es de a cien... Pasen de una vez,—dijo el soldado, embolsicándose.

El señor Bianchi y su acompañante, sin cuyos cien pesos sabe Dios qué hace con ambos aquel «niño», como decía Inocencio Conchalí, aquel «niño» del Mulchén.

En ese instante suenan los primeros disparos y los fugitivos no alcanzan, ni mucho menos, a ganar los cerros cercanos: a corta distancia de ellos, hay un hoyo providencial y en él se dejan caer: no tiene ningún parecido con un divan oriental; pero no pudo haber aparecido más a tiempo.

Sus ocupantes estiran las manos, exploran los bordes, y, casualmente,—andan con una suerte estupenda—dan con unas ramas muy adecuadas para taparse con ellas...

Arrecia el fuego y se sienten gritos y carreras: son de los que salen de las casas para combatir o escapar, ya que era inútil la resistencia contra la tropa de línea.

Los edificios, silenciosos y ocultos un momento antes, toman en ese momento otra expresión: el sol naciente que empieza a dorarlas de flanco, les da aspecto de hoguera...

Se escuchan gemidos y voces de mando; los jinetes de pantalón rojo galopan blandiendo sus sables—los de Chorrillos y Miraflores;—suena descarga tras descarga y el sol que ya se asoma en la montaña, parece que quisiera apagar con su luz gloriosa el destello de los fogonazos.

El caserón olor a campo, a trigo, a viña, a fruta

de guarda, «trascordado» por los disparos y los gemidos, despierta salpicado de sangre al pie de la montaña luminosa, mezcla de blancura y diaphanidad de amanecer.

Dormía el caserón, creyendo que el rumor que lo agitaba de improviso era el desasosiego de los campesinos que se desvelan pensando que no vayan las heladas de Agosto a malograr las cosechas, que al amor de la primavera empiezan a apuntar a flor de tierra. Despierta en medio de una refriega tan breve que no alcanza a parecer combate y tan sangrienta, que parece un castigo fulminante y total.

En los campos que circundan las casas, los muertos que han quedado boca arriba, reflejan un pedazo de infinito en sus pupilas vidriosas y se arrastran los heridos dejando trazos de sangre tibia sobre la yerba emblanquecida por la escarcha.

La tropa ha tomado las casas y junta los prisioneros—que no son muchos en comparación de los caídos,—mientras la caballería se dispersa en grupos resonantes a caza de los que huyen hacia la montaña sorprendida.

Se recogen los cadáveres que van apilándose donde antes se amontonaba la cosecha. Producen un ruido peculiar de cosa inerte, que se pega a la tierra, y en los momentos en que vuelve a imperar brevemente el silencio solemne del campo, se escucha a lo lejos el galope tendido de la caballería que bate toda la comarca buscando fugitivos... Son muy pocos: algunos, como un antiguo compinche del colegio agustino, escapan hacia la cor-

dillera, sin detenerse—de más está decirlo—a mirar para atrás...

Muchos años después el señor Undurraga, llevado a Bogotá por la curiosa idea de construir, siguiendo el curso del Atrato, un canal inter-oceánico, rival del de Panamá, charla agradablemente en la Legación a cargo «del infrascrito», como dicen las notas... que ni dicen ni notan nada.

A la distancia—y a qué distancia!—los recuerdos se encaminan siempre hácia la Patria. Cada cual hojea entonces el libracó, lleno o vacío, de sus memorias y en la historia relatada se alternan la relación de los buenos y de los malos ratos: los primeros, como decía un amigo español, son la salsa de los segundos.

El Encargado de Negocios—es decir el autor de estas anotaciones que tienen la ambición acaso pueril, de ser un brevísimo retrospecto de su vida de observador y preguntón—no ignoraba que Undurraga había andado con su humanidad, que gana en ímpetus lo que perdió en materia de tamaño, haciendo de caporal de montoneras mal organizadas.

¡Cómo fué que en 1891 no le aportillaron esa noble pelleja! Cuento!

—Ah!... «Lo Cañas»!

Le bailaron en redonda sus ojitos inquietos; se tiró la punta de unos guantes que le quedaban grandotes; tomó por todo lo ancho la dorada copita de sobre-mesa; aporreó verticalmente en el cenicero—fumaba con guantes puestos—su puro

de Ambalema (Colombia) y cabeceó para adelante, echándose al medio de los sucesos y los recuerdos:

—¡«Lo Cañas»!... No tuvimos más tiempo aquella madrugada—y de otro modo nos madrugan—que para meternos dentro de un hoyo y taparnos con una ramas secas, como si ya nos hubieran pegado diez y seis tiros: ocho para cada uno. Permanecimos sin movernos y divisando una parte de lo que pasaba...

Ud. encontraría oportuno encomendarse a los santos de su devoción...

—Esperamos...

—De barriga...

—Y con el revólver amartillado.

—Santo Cristo!

—Se oían tiros por todas partes y más de uno pasó silbando como pájaro cerca de nosotros. Comprendimos que la tropa empezaba a beber y adivinamos que se esperaban órdenes de Santiago para proceder a juzgar sumariamente a los prisioneros... ¡Saque la cuenta!...

—¡Y sume!

—No muy lejos, escuchábamos los quejidos de un herido y, francamente, cada minuto parecía un siglo... XIX. Serían las dos de la tarde. Oscurece temprano—le dije a Bianchi, mi compañero.—Así es, pero no se mueva, me contestó.

No muy lejos, se divisaban unas tapias de adobón que habría que saltar sin hacer ruido junto con llegar la noche, si hasta la noche alcanzábamos con vida... Como a las tres—no serían más—me levanté un poco y divisé a veinte o treinta pasos

a un militar alto, rubio, flaco, de ojos azules y grandes bigotes... Era Alejo San Martín, jefe de las fuerzas del Gobierno... Bajé la cabeza. Hablaba con otro oficial de Granaderos al cual le dije que no debían tardar mucho los miembros del Consejo de guerra encargado de juzgar a todos los prisioneros. Miró el reloj. Se paseaba—le oíamos los trancos—mirando para todas partes y luego agregó que lo único que sentía era que se le hubiera escapado el jefe de la montonera, un chiquito Undurraga, que sabía bien que era ayudante del Comité revolucionario... Ya verá el chico ese, si logramos atraparlo—agregó San Martín.

—¿Ud. lo oyó bien?

—Perfectamente.

—Sírvase—le dije al narrador, llenando su copa.

Sin respeto alguno por sus guantes, cabeceó en la uña su cigarro de Ambalema (Colombia).

—Debe ser curioso, amigo Undurraga—le dije—la impresión sentida por el que corre riesgo inmediato de encontrarse amarrado con una soga de manear pollos a una mata de durazno en flor o atracado a una tapia de adobón y frente a ocho tiradores de aquéllos con rifle Comblain, pantalón rojo y kepi de fuelle...

—Estaba resuelto a no dejarme tomar vivo...

—¿De veras?...

—Por lo demás, San Martín no tardó en alejarse, lo que no fué para mejor sino para peor, porque estaba visto que todo aquel día tendríamos el alma en un hilo: apareció un soldado a caballo persiguiendo una gallina que corría para uno y otro

lado, tratando, como nosotros, de escapar de los sablazos que le tiraba el granadero que le decía: «aguardáte, gallinita negra»... Se detuvo un momento, se aseguró el barbiquejo y las emprendió con nueva energía...

Hubó un momento en que, a juzgar por la dirección del granadero, la «gallinita» corría a delatarnos o a participar de nuestro escondite... Por fortuna y pocos metros antes de llegar hasta nosotros, debió hacer un quite, variando de rumbo, porque el jinete, tendido sobre el pescuezo de su animal, oblicuó de flanco, pasando a cuatro o cinco metros del hoyo. Vimos perfectamente el ruido de los chafarotazos al caer sobre la yerba. Por fin, el granadero se alejó dando término afortunado, seguramente, a su improvisada partida de caza... Quedamos otra vez en calma; pero no habría transcurrido una hora cuando sentimos rumor de pasos: era un oficial que avanzaba abriéndose el dolmán...

—¡Qué cerca del drama anda a veces lo cómico!

—Así es—decía Undurraga sobando a dos manos un puro de la misma procedencia geográfica que el anterior;—así es, pero oiga esto que es lo mejor del relato: el oficial llegó inconscientemente hasta nosotros y al vernos de improviso arrollados en el hoyo medio cubierto de yerbas, echó mano al sable, que también era grandazo.

—¡Sálvenos!—le dijimos (1).

Nos reconoció y lo reconocimos: se llamaba

---

(1) Relación de Undurraga al autor.

O’Ryan y estaba de novio con una muchacha pariente de uno de nosotros...

—Si eso no se llama encontrar la virgen en un trapito, no sé cómo se llame...

—Ni más ni menos—prosiguió el narrador, sentado cada vez más al borde del sofá y con el puro de Ambalema hecho una tea revolucionaria.

—¿Y qué hizo el novio, es decir, el oficial con la casaca desabrochada?

—No puedo salvarlos—dijo—pero tampoco los delataré.

—Por consiguiente, había que continuar agarrándose con las propias uñas...

Justo, pero muy luego empezó a oscurecer, nos arrastramos hasta unas tapias y las saltamos...

—¿También salta usted?...

—Nos deslizamos aparragados al suelo, conteniendo el resuello, y ya bien de noche, nos perdimos entre las sombras.





**«QUE ALCERRECA ESPERE INSTRUCCIONES.—BALMACEDA».**

En las primeras horas del 20 de Agosto, un telegrama del Almirante Viel puso en conocimiento del Presidente que la Escuadra empezaba a desembarcar al Ejército revolucionario en la desembocadura del Aconcagua.

Segundos después, Balmaceda entra al telégrafo y dice al Almirante:

«Que Alcérreca espere instrucciones. Debemos conocer inmediatamente número enemigos».

En seguida, hace llamar a Barbosa y ambos personajes celebran su postrera conferencia, espiada de cerca por la muerte que ya seguía como una sombra cada vez más oscura al caudillo y al valeroso general, encarnación de la raza y su pasado militar.

Se abrazaron en silencio, muy emocionado el primero y confiado el segundo: lo rejuvenecía la proximidad de la batalla y tan seguro estaba de regresar rápidamente a la capital, después de haber dado cuenta de la Revolución y su ejército, que prefirió no despedirse de la familia del Presidente.

—Adiós, adiós, su general estará aquí victorioso en dos días más...

Era la despedida eterna.

Momentos después, la ciudad, aletargada durante ocho meses, se reanimaba con la emocionante proximidad del desenlace.

Barbosa enviaba a escape a todos los cuarteles de su división la orden de marcha en son de guerra y él mismo partía a las dos de la tarde con sus ayudantes.

A las doce de aquel día, me encaminaba tranquilamente a mi oficina y al llegar a la calle del Dieciocho, me encontré con la sorpresa de que pasaba casi al galope toda la artillería de Fuentes.

Desde la vereda de su casa observaba socarronamente el desfile el señor Roger, redactor de «El Ferrocarril».

Apreté el paso y di caza a otro empleado de la Moneda que se encaminaba con tranco de patriarca y digestión burocrática a su oficina de timbrar papel: se llamaba Quevedo, como el autor del «Caballero de la tenaza», el «Gran tacaño» y las «Zahurdas de Plutón», y tenía los dientes de abajo avanzados en orden disperso: disponía, pues, mi amigo el finado, de una dentadura en todo de acuerdo con las circunstancias.

—¿Habrá algo de nuevo, señor Quevedo?

—Ríase—me dijo con su voz apretada, como si no pudiera abrir sino a medias la boca—ríase no más porque al Gobierno no le pega nadie.

Y al hablar así, mostraba en toda su imponente

desnudez la mandíbula tan considerablemente armada.

—Estoy en la administración—continuó tomando un balanceo ligeramente naval—«desde que estaba así»... desde los tiempos de don José Joaquín Pérez.

A pesar del optimismo del señor Quevedo, seguimos en silencio.

En la Moneda ya no era un misterio la noticia del desembarco y un grupo de empleados asediaba a preguntas a don Manuel Arístides Zañartu.

—¿Y qué haremos después del triunfo?

—La amnistía—contestó sonriéndose el señor Zañartu, quien poco después y aún en medio del desastre, iba a empezar secretamente a organizar el partido, ya tan próximo a ser vencido y despedazado.

En la antesala presidencial, se elevaba la voz de don Acario, animado aún de un optimismo resonante y criollo:

—Vamos a ver y luego—decía acomodándose los anteojos, como si todavía estuviera en la Cámara diciéndole, encaramado en su sillón, al leader de la oposición conservadora: «muere aquí».

Se hizo el silencio: era Balmaceda. Agigantado por la inminencia del drama de que era la figura central, se encaminaba tranquilo hasta la frialdad al telégrafo.

El personaje no sería esta vez inferior a la tragedia.

Vestía su acostumbrado levitón negro y la barba, algo crecida, marchitaba su fisonomía vigorosa.

En su voz, grave y sonora a la vez, había algo del mármol herido por el cincel.

Momentos después, se procedía a organizar la guardia del orden a fin de vigilar la capital mientras tuviera que quedar sin las fuerzas suficientes para la seguridad de tirios y troyanos.

A la una, el Presidente impartía instrucciones a Alcérrea para que avanzara hasta las márgenes del Aconcagua.

—No hay cuidado si no me fallan mis militares —decía poco después a los suyos en uno de los breves instantes que les podía dedicar. Agregó que estaba decidido a ir a ponerse al frente de las tropas.

Minutos después de la una, y tras un breve consejo de Ministros, el señor Vicuña, Presidente electo, marchaba al campo de batalla, alegre y elegante, como el caballero sin miedo y sin tacha.

El Presidente le reiteró las instrucciones a los generales: esperar la concentración para dar la batalla.

A fin de montar la guardia a la puerta del telégrafo de la Moneda, y defender las ventanas del palacio que dan a la calle de Morandé, se había armado apresuradamente a los empleados del Ministerio de Guerra y Marina.

En la noche del 20, en efecto, ya estaba yo rifle al hombro a la entrada de la oficina telegráfica de cuyos aparatos de juguete se desprendía la cinta temblorosa en que se iban escribiendo apresuradamente los acontecimientos.

—Alerta, que el Presidente está adentro—me dijeron al colocarme de guardia.

Y en efecto, un instante después, sereno y grave como de ordinario, pasó camino de su despacho. Pasó como una sombra a la cual apenas alcancé a presentar emocionado mi rifle de recluta.

Hondamente concentrado, pareció no tomar nota del homenaje de mis armas virginales.

Relevado a media noche, me instalé con mi «escuadra»—menos eficaz, por desgracia, que la que acababa de desembarcar en Quintero al Ejército revolucionario—en una de las salas del Ministerio de Guerra; coloqué el rifle al lado, cojí una carpeta, estiré un capote y empecé a hacer prodigios por conciliar el sueño: inútil... Veía a Canto y a Körner pasando el Aconcagua a caballo, sable en mano y con el agua hasta el pecho del animal.

Cualquiera duerme.

Sonó un tiro no muy lejos y toda la «escuadra» sacó la cabeza de debajo del capote azul.

—Será algún bruto que no ha oído el ¡quién vive!—dije echándomelas de tranquilo: me tenían por guapo, lo que no obsta para que estuviera medio muerto de miedo... A fin de asentar sobre echos evidentes mi reputación de valiente, empecé a roncar por las narices. Sugestionados con mi tranquilidad en medio de ese ambiente de inquietud, se durmieron los demás, mientras yo seguía viendo cada vez más cerca y más patentes a Canto y Körner.

.....

Con el nuevo día fué renaciendo poco a poco la actividad y al volver de guardia al telégrafo, supe que el Presidente había pasado en vela toda la noche.

Desconociendo las obligaciones y deberes de un centinela, me decidí a abordar al primer telegrafista que saliera a desayunar:

—¿Y cómo va eso?

Yo ignoraba en absoluto que respondía con su propio pescuezo el que revelara el secreto de las operaciones militares.

Me miró despectivamente el telegrafista trasnochado; se subió el cuello de terciopelo gastado,— hacía un frío de los diablos, dado que los diablos sientan frío, y se iba ya sin contestarme ni chus ni mus, cuando se volvió y me dijo, poniendo la mano en forma de corneta: «pregúntale al Presidente»...

Como puede verse, no tenían gran respeto por los centinelas los telegrafistas de aquel entonces.

Y como si yo estuviera muy enterado de los acontecimientos, no tardó a su vez en venir a preguntarme «qué hay» uno de los soldados de «mi escuadra»...

—¿Qué hay?.. Que vamos a dar una gran batalla—contesté, echándome el rifle al hombro como para dar comienzo a las operaciones bélicas.

Poco después—y conste que lo supe entonces por uno de los ayudantes del Ministerio de la Guerra—el Presidente recibía el siguiente telegrama, fechado frente a Colmo a las 9.22 A. M.

«El enemigo, desembarcado en Quintero sólo

puede avanzar sobre Quillota y no sobre Valparaíso, porque yo le tengo cortado el paso; pero no puedo atacarlo en Quintero porque las fuerzas de la Escuadra me lo impiden. Juzgo indispensable para obligarlos a dar combate dejar las posiciones que tengo al sur del río Aconcagua y ponerme en las alturas del camino de Viña del Mar donde con estas posiciones tendríamos la mayor probabilidad de dejarle al enemigo el paso franco del Aconcagua. En consecuencia, ya quedaría sin la protección de la Escuadra. Otra consecuencia de más importancia es que, colocados en la altura de Viña del Mar, tendría la línea férrea a mi disposición, lo que no pasa hoy porque estoy a larga distancia.

En la situación en que estamos, la batalla es imposible, porque el río sólo tiene dos pasos y están guardados por la tropa nuestra. En Quintero está el enemigo sin poder avanzar. En Reñaca y Concón sin novedad y las probabilidades de desembarcar en Reñaca fueron falsas.—ALZÉRRECA».

Engañado estaba el pobre general al creer que el enemigo se encontraba sin poder avanzar! (1).

---

(1) Bañados Espinoza, que no conocía, seguramente, los telegramas transcritos, dice en su obra «Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891»:

«Mientras tanto no había aún plan acordado en el ejército legal.

No se creía que esos disparos eran los preludios de una batalla definitiva». (Tomo II, pág. 485).

Por su parte el Coronel Zelaya, citado por Bañados, dice: «La batalla había comenzado por parte del ejército leal, sin plan, sin preparación y sin orden alguno. Habíanse precipitado los acontecimientos de manera que sólo habían formado en la línea 6.382 combatiente y cuando el General Barbosa proyectaba para el día siguiente vadear el río e ir a atacar al enemigo en sus posiciones».

Con todo, su telegrama contiene indicaciones de algún valor militar, como la de ponerse fuera del alcance de la Escuadra y retirarse a las alturas de Viña del Mar, donde habría sido más fácil la concentración con las fuerzas de Santiago y algunas del sur.

Minutos después de su telegrama de las 9.22 A. M., a las 9.50 el general dirigió este otro, rectificación total del anterior y cuya redacción deja adivinar la alarma:

«De Río Aconcagua. 9.50 A. M. Al Presidente. El ejército revolucionario está ya a mi vista, queriendo forzar el paso del Aconcagua frente a Colmo. Ya no hay duda que todo el ejército revolucionario lo tengo a la vista con su artillería y caballería. En este momento dan fuego con todas las fuerzas de artillería que traen.—ALZÉRRECA».

Era la batalla que empezaba instantes después de haber dicho el general al Presidente, a las 9.22 de la mañana, que el enemigo «estaba en Quintero sin poder avanzar».

Balmaceda no salía del telégrafo y es indudable que al recibir el último de los telegramas transcritos, temió la imposibilidad de evitar la batalla antes de efectuar la concentración.

A las dos de la tarde empezó a esparcirse la noticia de que ambos ejércitos se batían desde la una... No así no más me había parecido ver a Canto y a Körner hechos unos baciliscos en medio del río!

—¿Qué hay de nuevo?—se preguntaban todos. Y la respuesta era la misma:

—Están batiéndose...

Las horas avanzaban rápidamente y la animación bulliciosa del día se refundía a toda prisa en las sombras que empezaban a empozarse en el palacio.

Llegaba de nuevo la noche que hace todo más intenso y enigmático y en las calles cercanas en cuyas veredas vivaqueaban la tropa al lado de sus rifles armados en pabellones, resonaban ásperos e irritados el «quién vive»! y el «santo y seña»!

Eran más de las siete y media y en ese momento un telegrafista va escribiendo al lado del Presidente lo que le dicta la cinta azul, llena de signos misteriosos: era la noticia del primer desastre, preámbulo seguro del que muy pocos días después tumbaría definitivamente, y sabe Dios hasta cuándo, los gobiernos de Ejecutivo.

Con todo, Balmaceda, no se desconcierta: entabla un detallado diálogo telegráfico con el general Alzérreca y se comunica con Bañados para darse cuenta completa de la situación.

En vez de decaer, su actividad se redobla en medio del desastre.

A las 12.20, es decir, el día 22, recibe el siguiente telegrama, al cual le falta, por desgracia, el final; pero que, indudablemente, es de Bañados Espinoza, quien conserva toda su bizarría parlamentaria en medio de esos momentos irremediables (1).

«Quillota, 12.30 P. M.—Señor Presidente: Al llegar a Quilpué, fuí rodeado por casi todos los

---

(1) De los papeles inéditos de don Luis Antonio Vergara.

jefes que comenzaban a replegarse de Concón. Conferencí largamente con ellos y de todo he deducido lo siguiente:

1.º Causa del desastre, apresuramiento para empeñar batalla sin esperar concentración fuerzas. Me basta decirle que no han concurrido al combate el octavo, el Limache, el Andes, Cazadores y Artillería de Fuentes, fuera de varios piquetes; 2.º Falta de estudio de posiciones enemigas; 3.º Falta de reservas; 4.º Confusión que se produjo por el ataque a retarguardia; 5.º Pánico en tropa por disparos del «Huáscar» y «Esmeralda» o sea, error de presentar batalla estando enemigo apoyado por su escuadra; 6.º Falta de unidad en la dirección del combate, debido a que los generales casi obraban por cuerda separada; 7.º Mal servicio en el parque, al extremo que artillería, que se batió espléndidamente, agotó desde temprano las municiones. No deseo recordar otras causas de menor entidad y que las hablaremos. De este combate deduzco, de parte del enemigo, lo que sigue:

1.º Tenían a los menos diez mil hombres; 2.º Su artillería mal manejada, como que no hizo ningún efecto; 3.º Escasa caballería por cuya razón tuvo poco uso durante y después del combate; 4.º Sólo una parte de la infantería tiene Manlicher. En presencia de estos antecedentes, desde un principio formé las siguientes resoluciones: 1.º Objetivo actual del enemigo, Viña del Mar, primero y Valparaíso después; 2.º Plan nuestro debe ser una doble concentración: sobre Viña del Mar los restos de las divisiones que han combatido y

las tropas existentes en Valparaíso y Viña del Mar que no tomaron parte en el combate. Concentración esta misma noche de todas las fuerzas que traje de Concepción, sobre Quillota para operar mañana al amanecer sobre Viña del Mar. Dos son los peligros en perspectiva: 1.º Avance diagonal del enemigo desde Concón sobre Quillota para aislar a las tropas de Valparaíso y obligarlas a rendirse o a experimentar un doble sitio por mar y por tierra. Para impedir refuerzos de Santiago, les bastaría cortar línea férrea en una vasta extensión y hacer volar unos cuantos socavones; 2.º Avance inmediato sobre Valparaíso esta misma noche para adueñarse de fortificaciones y aprovechar recursos de esta gran ciudad con sus astilleros, buques y hombres. Para evitar lo primero, me trasladaré en el acto a Quillota con el Regimiento Arauco y acabo de dar órdenes a Llay-Llay para que prosigan los convoyes de tropas sobre Quillota. Aquí ya hay preparado alojamiento y rancho para cuatro mil hombres. Para evitar lo segundo, he enviado una serie de telegramas a Alzérreca y Barbosa insinuándoles la conveniencia de que se repleguen sobre las alturas de Viña del Mar que son casi inaccesibles y que por uno de sus flancos están protegidas por el fuerte Callao. Las fuerzas que ocuparán estas alturas, apoyadas por los cañones de Fuentes y por cuerpos que no han combatido, como son el octavo, el Limache, el Andes, Cazadores y cuatrocientos hombres disponibles que tiene la Artillería de Costa, fuera servicio que hace en los fuertes, tendrán una

misión defensiva, mientras nosotros avanzaríamos con tropas de refresco a atacar combinadamente el enemigo. Por estas razones no me atrevo a enviar al Regimiento Arauco a Valparaíso. Quedaría esta plaza muy expuesta y la tropa puede contaminarse con un desfallecimiento exagerado. Mi impresión sobre el resultado del combate es relativamente favorable. No ha salido herido ni ha muerto ningún primer jefe. Estimo las bajas nuestras en menor número de lo que se creyó», etc.

El 22, empezó a decirse que los revolucionarios de Santiago, aprovechando el hecho de que la capital estaba desguarnecida, sólo esperaban la noche para dejarse caer sobre la Moneda.

En efecto, la ciudad se hallaba sin tropas y a las tres o cuatro de la tarde y para imponer ordenó no sé quién que armada, amunicionada y mandada por un oficial del segundo de línea—el mayor Gacitúa—hiciera su pomposa aparición en las calles centrales la «Brigada del Ministerio de la Guerra»—quince o veinte reclutas entre los cuales figuraban Julio Prado, Oficial de partes, Enrique Villegas, Archivero, Maturana, el que un año antes me proporcionaba tarjeta de abono a las galerías del Congreso; el que esto escribe, o más bien dicho, el que esto recuerda; Luis Viel, que apenas podía con el rifle y el paquete con una docena de tiros... La verdad es que pudimos quedar todos boca arriba o boca abajo; pero sospecho que sólo se apreció en forma festiva nuestra aparición armada. Regresamos, pues, alegremente, marchando como unos veteranos de la Vieja Guardia.

Al volver a la Moneda, nos encontramos con la noticia de que el día anterior, es decir el 21, se había combatido de sol a sol y que ambos ejércitos se habían retirado después de una acción indecisa... Para hacer honor a mis tragaderas juveniles, debo dejar constancia de que no di crédito a esa versión y antes de cubrir de nuevo la guardia del telégrafo, me retiré a conferenciar con uno de mis camaradas de la reciente expedición:

—Ten por visto que nos han zurrado—le dije— con tono de respeto en cuestiones militares.

—No creas—respondió el otro, quien, evidentemente, no prometía ser un Bonaparte. No creas y aunque así hubiera sido, los revolucionarios no podrán rehacerse y nosotros sí...

Había vuelto a apostarme rifle en mano en la puerta del telégrafo y según colijo, el Presidente recibió poco después este otro telegrama, que prueba que Bañados Espinoza se había convertido en general y, lo que es más sorprendente, veía más que los militares.

«Quillota, Agosto 22, 10 A. M.—Señor Presidente.—No olvide que vamos a jugar la última carta a contar desde el río Aconcagua al sur. Deseo, como es natural, tener noventa probabilidades de éxito. Estimo indispensable que mande el Regimiento Santiago, en tren especial muy rápido. Apure cuanto sea posible la artillería, el parque y la caballería Concepción. Acuérdesse que la caballada de Fuentes ha quedado extenuada. Si enemigo me da tres horas más de plazo, la si-

tuación se hará a cada momento más sólida. La concentración de todas nuestras fuerzas es el acierto de nuestra victoria. En este momento parten al campo de operaciones el Concepción, el Tomé y el segundo de línea. Toda la noche he estado de pie en la estación del ferrocarril organizando la movilización. He enviado muchos telegramas e instrucciones a Alzérreca. Pienso organizar la unidad de mando porque una de las causas fundamentales del último fracaso, ha sido la falta de unidad directiva. Haré todo cuanto esté de mi parte por que el combate se aplace hasta mañana. Nos batiremos sólo en último caso. Parto en este momento al campo de operaciones y espero en Dios que no se eclipse la estrella que me ha alumbrado durante treinta y tres años. Reciba un abrazo de su muy amigo de corazón y partidario político.—  
JULIO BAÑADOS ESPINOZA (1).

¡Noble actividad de un noble!

Era realmente admirable esa actividad; pero el Presidente, que ya el 20 había querido ponerse al frente de sus tropas, decidió partir al campo de operaciones y el 22 en la tarde sale acompañado de una pequeña comitiva: el Ministro de Justicia, Víctor Echaurren, Jorge Figueroa, etc.; cien hombres de infantería, dos ametralladoras y cincuenta Cazadores.

Era tarde: los acontecimientos marchaban a lo irreparable y la caída del régimen palpitaba ya

---

(1) Papeles de don Luis Antonio Vergara.

en la atmósfera helada de Agosto. Balmaceda partió después de las tres. Se había afeitado y si no hubiera sido por el traje,—capote con esclavina, botas y sombrero redondo,—se podría haber pensado que iba al Congreso a dar lectura a algún mensaje importante.

Abrazó al señor Zañartu, don Manuel Arístides, y ocupó con su comitiva el único carro de primera de aquel convoy en que había algo de tardío y fúnebre.

En vez del Himno y las aclamaciones de otros días, al partir sonó un disparo que más que un peligro, era un presagio.

El Presidente se hospedó en Quillota en una pieza con una cama, estera de petate y palmatoria de bronce: el aposento del jefe de estación.

Al lado afuera había un soldado con bala en boca; al lado adentro, la sombra agrandaba hasta lo fantástico la figura del «dictador», según el calificativo tan de moda como injusto, porque para todo, menos para tirano, había nacido aquella última gran figura del régimen gubernamental que hizo de Chile la primera de las Repúblicas latino-americanas.

Temblaba la pequeña luz dorada de la vela, dilatando la sombra como una anticipación del infinito.

La voz armoniosa, pero imperativa del Presidente, interrumpía a cada instante el silencio con alguna orden clara y neta.

Escribía en un velador los telegramas, los cuales traspasaba corriendo, Víctor Echaurren a la tele-

grafista, «china» que no carecía de los atractivos necesarios para dejar encantado al mensajero, a pesar de las circunstancias y de la lobreguez de la noche.

En la mañana del 23 de Agosto, el Presidente siguió a Quilpué donde pudo observar de cerca el cuadro pavoroso del desastre y la guerra civil: heridos, armas rotas o abandonadas; gritos de rabia y de dolor, pupilas dilatadas por el insomnio y hundidas por la fatiga... Y viniendo de lejos del río y mezclándose con el olor a las yerbas, al sol y a la montaña, las emanaciones de los muertos que todavía permanecían de bruces o con los brazos abiertos, como si hasta en el momento de caer despedazados debiera recordar el hombre que sólo es una cruz ambulante.

A poco de llegar el Presidente a Quilpué e imponerse de que el telégrafo estaba interceptado por las avanzadas revolucionarias, entra el comandante Moraga, sin poder dominar del todo su... emoción:

Los revolucionarios están a veinte cuadras!

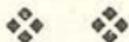
—¿Dónde?—pregunta Balmaceda sin inmutarse.

—Cerca del Puente de las Cucharas.

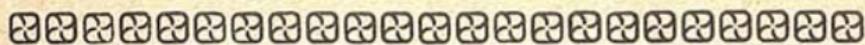
Comprobada la presencia del enemigo, se retrogradó a Llay-Llay, donde se pernoctó.

Se siguió luego a Montenegro, lugarejo en el cual se pasó la noche, recibiendo noticias de Santiago, de Bañados y de los generales. Eran más optimistas las de éstos; pero en cambio Zañartu anunciaba esfervescencia creciente en la capital

adonde el Presidente regresó el 25 en la tarde: no había podido ir a morir con sus tropas y, tocado por la mano inapelable del destino, aparecía grave y macilento mirando cara a cara el misterio de la sombra que ya llegaba hasta él.







## LA CATÁSTROFE.

Marchaba vestido de soldado.

El tiempo hosco y el espíritu ensombrecido, coincidían, dándose cita en medio de una noche en que la neblina arrastrada hacía más profunda y helada la obscuridad.

Iba a la estación a presenciar la llegada de un convoy de heridos que debía arribar a la una de la madrugada.

Es decir, iba a ver la guerra con su sangre y su palidez, cuando el hombre, para entrar como un fantasma en el infinito,—última comedia!—disfrazaba de blanco sus facciones desencajadas.

Sentía rabia, tristeza, certidumbre de mi impotencia. Mi pequeñez empezaba a saturarme de pasión y de dolor, preparándose inconscientemente para la labor posterior, que habría sido enorme—como volumen—a no haber tenido que desmenuzarse en artículos, viajes, cosas al día y fragmentos aislados, resultado de la lucha sin fin, antagónica con la prosecución de un solo rumbo.

Caminaba crispado entre la niebla, subido el cuello del áspero capote militar...

¿No habría sido mejor ir a las batallas, empezando efectivamente la vida con algún gran cuadro gris, rojo y negro?

Me crucé con un conocido, soldado caricatural como yo.

—Vamos juntos...

—Gracias... Tengo que ir solo—contesté con la brutalidad agresiva con que suele defenderse la soledad del espíritu.

Ante las siniestras expectativas de la contienda próxima a desenlazarse, me parecía que empezaba de improviso a vivir dolorosamente.

—¡Quién vive!—gritó un centinela.

Y como si hubieran bastado unos cuantos días para convertirme de niño en hombre, de manso en altanero, contesté con arrogancia:

—¡Chile!

—¿Qué regimiento?

—¡Ministerio de Guerra!

—¡Alto!

—¡Firme!

Avanzó el centinela, me miró y nos miramos a través de la neblina arrastrada: ambos éramos muchachos y como si nos reconociéramos caminando al borde de un mismo abismo, me dijo con voz de camarada:

—Pase.

Seguí y a poco de llegar a los andenes, que olían a ácido fénico y que estaban llenos de camillas blancas, un convoy que arribaba jadeante y asustado, destacó en las sombras las fosforescencias

de sus pupilas rojas: era un lampazo de sangre venido del campo de batalla.

Se oían gritos de un dolor que parecía agujoneado por la rabia y como si el cuadro de la guerra siguiera fulgurando ante los ojos extraviados de los heridos, un oficial cuyas manos caían fuera de la camilla gritaba: ¡fuego! haciendo un esfuerzo para incorporarse y levantar la cabeza vendada.

Era un capitán de artillería y deliraba en alta voz, simulando el ruido de las descargas.

Volvía a gritar: ¡fuego de batería! y se sonreía enardecido, mordiéndose los labios, quemados por la fiebre.

Hé ahí la guerra civil...

Me oprimían la garganta y el frío o el terror, empezaron a tocar con mis dientes de comedor de peras verdes, una larga marcha fúnebre...

Un camillero con una cruz roja en el brazo,—cruz que acaso habría estado mejor pintada en una bandera saturada de ácido fénico y hondeando sobre el país desgarrado—acercó una linterna a la cara del herido, el cual estiró las manos cubiertas de sangre reseca para tomarla y bebérsela: creía que era algún líquido con que calmar su sed de agonizante.

—Agua... agua por favor!..

—¿No hay?..

—¡Fuego de batería!

Empezó a llorar, pidiendo que lo mataran de una vez.

Aquello era más fuerte que mis nervios de hilo de volantín y me alejé; pero antes de dar muchos

pasos, me topé con otra camilla ocupada por un soldado del sur, de la región donde gotean los copihues sangre de toquis.

Era un muchacho con la boca y las mandíbulas convertidas en un pelotón de carne de la cual brotaba haciendo ruido de hervor un espumarajo sanguinolento en que se mezclaban las hilas encostradas con aquella masa tumefacta... Quería hablar, prorrumpiendo en un murmullo ininteligible.

A la mañana siguiente, la Moneda se llenó de nuevo con el mismo rumor siniestro de siete días antes:

—Se baten...

¿Tendría de nuevo tal rumor la misma significación del que lo había precedido?

Me abstraía a cada instante y como si me impulsara la tragedia a intentar mis primeros y asustados ensayos de escritor, me senté cerca de una mesa, puse a un lado el kepi y el yatagán y empecé a anotar impresiones, que después extravió la catástrofe; pero que todavía duran, renovándose a través de más de veinticinco años, la emoción de aquellas horas.

Salí con tres o cuatro pliegos grandes escritos por ambos lados, los doblé cuidadosamente y desde ese instante me pareció que llevaba conmigo algo muy importante: la constatación de mi primera temeridad literaria y en la cual—lo recuerdo bien—trataba de dibujar la escena del capitán herido que quería beberse la linterna del camillero y del

soldado venido de Arauco en cuya boca se coagulaban la carne deshecha y la sangre reseca.

Salí más alegre, como si fuera alguien después de aquella intempestiva incursión a los complicados dominios del descripcionismo y la pintura literaria.

El día había corrido ya buen trecho y en la parte alta de los muros de la Moneda se alargaba una franja de oro, más ancha; pero del mismo color que la que llevaba Barbosa el día que mandaba en Santiago el último desfile de su división.

—Se baten—volvieron a decirme y como si desde ese momento quisiera orientarlo todo hacia mis impresiones literarias, saqué un lápiz y anoté irónicamente:

«¿Todavía?»

En los patios sombreados en que ya no quedaba más que un rastro evanescente de la orla dorada que en lo alto de los muros arrastraba la luz, hay grupos aislados que hablan en voz baja.

Casanova Zenteno repite que ya no son necesarios los servicios de nuestra brigada juvenil.

El Presidente se ha alejado del telégrafo y, según se dice, éste no funciona.

Qué batalla tan larga—pensaba yo, a quien empezaba a tentar la malignidad de la ironía, aplicada hasta en la propia pelleja...

Momentos después, Balmaceda se sienta a la mesa: es el día de su esposa.

A la derecha, tiene a su Ministro de Instrucción; a su izquierda, a Víctor Echaurren.

Está sereno, como de costumbre; de buen humor,

según la relación que me hacía años después uno de los comensales.

Tras un momento de silencio, el Presidente dice que el próximo año, él, los suyos y sus amigos tendrían el placer inmenso de celebrar lejos del poder ese mismo día de íntimas congratulaciones. . .

Nuevo silencio después de esa frase que era un supremo anhelo de luchador fatigado o un alivio fugaz para calmar las inquietudes inocultables de los presentes.

A las siete y media, el jefe del telégrafo pasa un despacho que el Presidente lee sin inmutarse: (1)

«Quillota, 28 de Agosto, 7 P. M.—Acaba de llegar un teniente de artillería que viene de Valparaíso pidiendo tren para varios jefes que vienen de esa huyendo por haber sido derrotado nuestro ejército completamente.—Generales Barbosa y Alzérrecas muertos. El señor Vicuña y Bañados Espinoza quedaban encerrados en la Intendencia. El teniente vió a su salida que entraba ejército de oposición a la plaza de Valparaíso. Dice el mismo oficial que nuestro ejército con muy poca voluntad para pelear al principio y en lo más serio del com-

---

(1) Papeles de don Luis Antonio Vergara. Este telegrama cuyo original, escrito con tinta y en papel de la oficina telegráfica de la Moneda, aunque semejante en el fondo, es diverso en la forma al que Bañados Espinoza inserta en el tomo II, pág. 587 de su obra «Balmaceda, su gobierno», etc., y el cual dice:

«Acaban de llegar a ésta varios jefes de los nuestros derrotados. Me comunican que la derrota es completa; que los nuestros pelearon sin valor ni entusiasmo; que en lo más reñido del combate botaron sus armas y pasaron a engrosar las filas del enemigo. Generales Barbosa y Alzérrecas muertos. Don Claudio Vicuña y Bañados encerrados en la Intendencia de Valparaíso, y esta plaza en poder de la oposición. No quedándome más papel que desempeñar en ésta, me marché a esa con mi tropa.—Vargas.»

bate principió a pasarse la mayor parte y botar sus armas los restantes. Viendo que ya no nos queda papel que desempeñar aquí, nos retiramos a ésa.— VARGAS».

Balmaceda permaneció imperturbable y se habría limitado a decir: «ninguna noticia».

Sin embargo, todo estaba terminado. Un paso más, y el grande hombre, saliendo para siempre de la Moneda, avanzaría serenamente hacia la muerte.

Se puso de pie y salió con Jorge Figueroa: era necesario alejarse, primero del poder y después de la vida.

Sin quejas ni reproches para nadie, se detiene a meditar brevemente: lo torturaba la suerte que esperaba a sus amigos; pero, comunicarles a todos la noticia del desastre habría equivalido a encender con la propia mano la hoguera de la anarquía en medio de la negrura de aquella noche infausta.

Era preferible que velara por ellos y la ciudad el soldado glorioso que al entrar triunfante, diez años antes, a la capital de la República, había dado comienzo al período de opulencia fiscal de la cual la tragedia que llegaba a su final en esos instantes, no era más que un episodio, solemne y digno por fortuna del país y su historia.

El Presidente volvió al comedor por breves momentos; pero, evidente, los circunstantes sintieron que todo había terminado y que la muerte y el dolor pasaban cerca de ellos.

Guillermo Pinto Agüero, que era uno de los comensales, llegaba a pedir asilo a Mr. Egan,

Ministro Norte-americano, quién a su vez comunicaba la noticia del desastre del Gobierno a don Eduardo Matte.

La gente menuda, en cambio, ignoraba lo que pasaba, teniendo que desarrollar prodigiosamente sus dotes de adivinación de los acontecimientos.

Bajó las escaleras Jorge Figueroa, andando muy ligero con sus largas piernas de mapa nacional... Era leal a carta cabal y conservaba aún la sonrisa de una valerosa impavidez.

—Don Jorge...

Volvió la cabeza.

—¿Hay algo de nuevo?

Hizo un gesto de oficiante al decir «dominus vobiscum»...

Continué paseándome por la parte baja del patio que da al despacho presidencial.

Más o menos a las nueve, se detiene un coche a la puerta de la Moneda: es el Intendente Cerda y Ossa y don Eusebio Lillo, el mismo, ni más ni menos, a quien había visto saludando con la mano, al volver de la revista militar, una tarde de 1886 que, al declinar, doraba por entero a la ciudad y a la muchedumbre que aclamaban al nuevo mandatario.

Años después, y en medio de sus obras de arte y del silencio perfumado de recuerdos a que se había retirado a envejecer y morir, me contaba él mismo la célebre entrevista de aquella noche: el Presidente le estrechó ambas manos y un breve silencio veló la emoción profunda de aquel instante:

—«Ya sabe usted lo que ha pasado—dijo Bal

maceda.—Es necesario evitar un desastre a la ciudad. Lo he llamado para que busque a Baquedano. Necesitamos a un militar... No respetarían a un civil».

—Está bien,—replicó Lillo.—Conviene, eso sí, que nadie se imponga de la llegada del general a la Moneda.

Se convino, en consecuencia, que la entrevista tuviera lugar en casa de Velázquez; pero Baquedano no aparecía ni vivo ni muerto y a todo esto, avanzaba la noche y crecía la gravedad del momento. El general se había hecho humo... ¿Humo de pólvora?

Perseguido y perseguidor se encontraron por fin y éste dijo al primero:

—Compadre, Balmaceda quiere conferenciar con usted para concertar la mejor manera de entregarle el mando... Mañana usted debe reprimir con mano firme. No hay que olvidarlo—insistió.—Mañana es día de reprimir.

Mientras Lillo rastrea por cielo y tierra al general, Balmaceda dialoga con tranquilidad socrática con sus últimos amigos: los nobles y los valerosos que no piensan en huir y que se niegan a abandonarlo: Zañartu, Vergara, Figueroa, Ugalde, Bello Codesido, Rivera, Echaurren.

En la hora undécima, el Presidente conserva la misma serenidad altiva de toda su vida.

Habla de la futura marcha política del país y de las doctrinas sustentadas por la Revolución.

—¿Por qué no se fija S. E. en don Francisco

Echaurren para entregarle el mando?—pregunta uno de los presentes.

—Necesitamos un general. A Echaurren no lo respetarían.

—Y en materia de amparo, señor, ¿por qué no escoge la Legación Norteamericana?

—Porque ése es el asilo que he escogido para mi familia.

Momentos después, don Luis Vergara lleva él mismo a la Legación argentina la ropa con que el caído había de abrigarse en el refugio que para él había solicitado don Manuel Arístides Zañartu.

En seguida, el Presidente dicta a Jorge Figueroa, Sub-Secretario del Ministerio del Interior, el decreto de la dimisión, cuyo original conservó después el Presidente Errázuriz Echaurren.

—Permítame la pluma con que acaba de firmar—dice gravemente el señor Vergara.

El Presidente se sonríe con gentileza:

—Consérvela como recuerdo de nuestra amistad y de este momento.

Un instante después, sale por la puerta principal de la Moneda. Lo acompañan, Ugalde, Ministro de la Guerra, Figueroa y Prieto Zenteno.

El Presidente lleva enrollado en la mano izquierda el decreto de la dimisión.

Baquedano y Lillo esperaban ya en la pieza en que Velázquez permanece en silencio, tendido en su lecho de herido.

—Ya tendrá usted conocimiento del objeto de mi llamado... Lo que se necesita—agrega el Pre-

sidente—es un hombre de energía, como usted, general.

—Bien, bien; bueno, bueno—responde Baquedano.

Balmaceda da lectura en voz alta a la dimisión. Sus palabras resuenan con sonoridad tribunicia en medio del silencio, mientras los ojos del veterano herido en el cuerpo y en el alma, brillaban inflamados por la emoción.

El Presidente lee:

«Santiago, Agosto 29 de 1891.—Considerando que al resistir a la Revolución en armas iniciada por la Escuadra el 7 de Enero último, he cumplido el deber elemental de mantener el principio de autoridad sin el cual no hay gobierno posible; que mi patriotismo y deberes de chileno han puesto límite a mis esfuerzos, pues no cumple a un gobernante honrado prolongar una lucha que no puede mantenerse con expectativas razonables de éxito; que no habiendo sido favorable a la causa que sostengo la suerte de las armas en la última batalla de Valparaíso, he resuelto por mi parte poner término a una contienda que tanto menoscaba el crédito de la República y el bienestar común, decreto: Que el ciudadano, general de división, señor don Manuel Baquedano, quede a la cabeza del Gobierno, encargando, en consecuencia, a todos los jefes, oficiales y soldados y a los Intendentes y gobernadores y demás funcionarios que le presten el debido acatamiento y obediencia. Publíquese y comuníquese por telégrafo.—BALMACEDA.—Manuel A. Zañartu».

La dimisión ratificaba una doctrina y el último decreto era también la última manifestación de una autoridad que se extinguía ordenando, inclusive al que aceptaba temporalmente el poder: «decreto que el ciudadano general de división, señor don Manuel Bquedano», etc.

Terminaba en ese instante el largo y glorioso período de los gobiernos de autoridad.

Leído el decreto de la dimisión, se comunicó minuciosamente al nuevo depositario del poder, la tropa de que podía disponer desde ese momento—cuatro mil hombres, que algunos hacen subir a más de cinco mil—y quedó acordado que el bando sería leído al día siguiente muy temprano.

Antes de salir, el Presidente pidió una protección especial para los hogares de todos sus amigos políticos...

—Palabra de militar y caballero—interrumpió Baquedano.

El ex-Presidente se despidió de los presentes, abrazando a Velázquez.

Se disolvió la escena y sus personajes principales, se alejaron para siempre: uno, haciendo resonar en la vida y el poder sus últimos pasos; el otro, próximo a afrontar responsabilidades que afectarán siempre su memoria porque no supo cumplir con la misión cristiana y simpática de proteger el hogar de los caídos.

A esa hora y a esa altura de los acontecimientos, el Presidente caminaba como una sombra, rumbo a la muerte y el infinito.

A su vez, el que recogía el poder ¿abrigaba la esperanza pueril de conservarlo?

Lillo siguió con Baquedano, quien desde el momento en que llegó a la casona apacible en que vivía, parece evidente que ya no permaneció extraño a las influencias del Comité revolucionario de Santiago.

—Mañana, compadre, es día de reprimir y de reprimir con energía—insistió Lillo.—¿En quién se ha fijado para Intendente?—Agregó.

—Lira, Lira.

—Lira—replicó don Eusebio—creyendo que se trataba del orador y periodista,—muy bueno para redactar; pero no para un día como el próximo.

—Lira, Lira—insistió a su vez con viveza característica el general: se refería a uno de los miembros del Comité revolucionario...

Momentos después, el señor Lillo se retira acompañado de Cerda y Ossa.

El Presidente, a su vez, va a despedirse de los suyos para alejarse en seguida de la Moneda, a la cual daba la luz de la luna una apariencia de cosa de otra época.

Balmaceda regresa en silencio de la casa del veterano Velázquez; los soldados le presentan armas al entrar de nuevo a palacio y sobre el gran patio cuadrangular se alarga la sombra de la calada cruz de hierro que corona uno de los muros.

Da orden de comunicar, por lo menos a algunos de sus amigos, los acontecimientos que lo han obligado a dimitir el mando.

Quedo tranquilo; no tengo nada que temer—dice el señor Eastman, al saber la noticia. . .

Estoy enfermo; pero iré a la Moneda a despedirme del Presidente—dice don Eulogio Allendes; no le he hecho mal a nadie—dice a su vez el señor Valdés Carrera.

Echaurren Valero, vuela a pedir a Mr. Egan asilo para la familia del Presidente.

—Muy bien; pero aquí poca comodidad—responde el generoso diplomático.

El regreso de Echaurren a la Moneda, indicó que llegaba el momento de separarse para siempre y muy rápidamente, porque en ese instante la campana de la Catedral empezaba a llenar la ciudad y las sombras con su voz, mezcla pavorosa de dolor y de amenaza.

Los circunstantes se quedaron en silencio, contando sus sonos solemnes. . . Uno, dos, tres. . . ¿Sería la señal de una hecatombe?

No había, pues, tiempo que perder y la angustia empezó a contraer las fisonomías de los que todavía vagaban en aquel escenario medio desierto.

—¡Santo y seña!—gritan aún los centinelas escalonados alrededor del palacio, iluminado por la luna como para delatar a los que se preparaban a salir, espantados por el corte antiguo de aquella larga tragedia.

—¡Santo y seña!—repetía la voz irritada de los centinelas, y contestaba entre las sombras la campana, empeñada al parecer en llenar de sangre la oscuridad de aquella noche en que cada vencido se

creía un condenado a muerte por el delito de haber seguido sus sentimientos y sus convicciones.

Balmaceda, empero, continuaba empeñado en que su salida de la Moneda no pareciera una fuga, recurso que siempre chocó, tanto a su orgullo como a su conciencia de haber cumplido con su deber.

Entra al departamento de su esposa, a la cual da un abrazo mudo y supremo.

En seguida, la tragedia separa para siempre esas dos vidas, estrechamente unidas en los buenos como en los malos tiempos.

El Presidente conserva su tranquilidad, capaz de permanecer impasible ante todos los desgarramientos.

Su orgullo y su voluntad—rasgos dominantes—acallan la emoción y aún vencido no parece dispuesto a dejarse derribar ciegamente por los acontecimientos.

—Por lo menos—le decía yo algunos años después a uno de los testigos de aquella escena—el Presidente tendría algún desfallecimiento en esos instantes.

—Nó; pidió un abrigo para el cuello. . . Su señora le pasó un fular, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ocultar el llanto.

Se encaminó en seguida a su despacho, seguido de su esposa.

—Víctor—le dijo a Echaurren—dé el brazo a Emilia y acompáñela hasta la Legación.

Salieron todos juntos: la señora y sus hijas en-

traron a un carruaje; el Presidente, Zañartu, Cerda y Ossa y Vergara ocuparon otro (1).

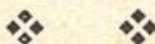
La campana metropolitana seguía tocando y atrás, iluminada por la luna, quedaba la Moneda abandonada.

—¡Santo y seña!—gritaban a la distancia los centinelas que todavía rodeaban el palacio, mudo e indiferente como si nada hubiera visto.

---

(1) Partimos y el coche se detuvo en casa de don Manuel Aristides, que, como usted recordará, estaba en la calle de la Moneda al lado del sitio destinado a la Imprenta Nacional y que hace esquina en la calle Amunátegui. Allí nos bajamos y devolvimos el carruaje a la Moneda. Cuando el coche se alejó lo suficiente, emprendimos la marcha. Yo iba adelante; cuatro o cinco pasos detrás de mí, el Presidente con don Manuel Aristides y cerrando la marcha, tomamos por la calle de Amunátegui y al llegar a la de Agustinas, apresuré el paso para esperarlos con la puerta de la Legación abierta. Como es natural, yo estaba un poco nervioso; llegué y golpeé repetidas veces. Golpeaba todavía cuando llega el Presidente, cuya marcha durante todo el trayecto fué la por él acostumbrada, y golpeándome el hombro me dijo con natural bondad; «sujete sus nervios, Luis, ¿no oye los pasos de Uriburu que viene a abrir?»

.....  
«En el dintel de la puerta dije a Uriburu: le dejamos aquí el depósito más precioso que podemos confiarle». El me contestó: «No tengan Uds. cuidado, sabré guardarlo».—(Carta del señor Vergara, a Julio Bañados Espinoza y que éste insertó en su *Historia de la Revolución*).





## «ASI ES LA VIDA!»..

Al abrirse con sigilo la puerta de la Legación argentina, el caído y su amparador se estrechan la mano en medio de la obscuridad.

El Presidente se despide colectivamente de los amigos que lo habían acompañado hasta el sitio, extranjero por una ficción legal, en que había de morir sólo y sin más auxilio que el de su espíritu superior.

—Adiós. . . Espero que luego he de ver a cada uno de ustedes en el sitio que le corresponde.

Sus últimos y nobles amigos salen en silencio y luego sus pasos resuenan a la distancia.

Se alejan con los ojos humedecidos y las gargantas oprimidas: son los últimos restos de la administración y la política del caído. De ésta y aquélla, no quedaba ya más que un hombre, alto y pálido, erigido en medio de la obscuridad de un asilo que no tardaría en convertirse en tumba.

En los mejores días de su administración, discutiendo las cuestiones limítrofes, había dicho en forma neta y sin ambages al señor Uriburu, su amparador en la hora angustiosa de la caída:

«No olvide, señor Ministro, que la aspiración concreta a salidas argentinas al Pacífico, sería el inmediato **casus belli!**»

¡Qué contraste entre esa actitud y la escena de la llegada a la Legación del señor Uriburu!

El Plenipotenciario que años antes recibiera esa notificación perentoria, marcha sigilosamente con una luz en la mano a dejar en su pobre refugio al que venía saliendo del Capitolio hacia la roca, símbolo eterno de las volubilidades de los hombres y la suerte.

Al volver a sus habitaciones, el señor Uriburu encuentra a su esposa abrazada con otra gran dama, que tuvo en seguida la rara nobleza del silencio: la señora Linares, esposa del Presidente del Comité revolucionario de Santiago.

Observando desde un dormitorio a obscuras, han escuchado la despedida de Balmaceda, adivinando en medio de las sombras la alta silueta del caído.

—«¡Lo hemos visto!»...

—Es Balmaceda,—responde Uriburu, quien toma un crucifijo y lo pone entre las manos de ambas damas: —Júrenme que no divulgarán este secreto...

Días después, el señor Walker Martínez va a agradecer al Representante argentino el generoso asilo que ha prestado a su esposa. Como es natural, quisiera conocer la Legación en que atravesaron los suyos momentos de tanta inquietud.

No hay inconveniente, es claro, y el ex-Presidente del Comité revolucionario pasa conversando con el señor Uriburu ante la puerta, tras la cual pudo oír el Presidente esa voz de lucha, con la cual chocó

tantas veces la suya en días de tormenta parlamentaria.

¿Ignoraba el señor Walker quién había tras esa puerta cerrada?

Sin duda que no. Lanzó uno de sus característicos «así es la vida!»... y guardó un silencio que enaltece su caballerosidad de luchador y de adversario.







## GRAN MUERTE

Instantes después de llegar a la Legación argentina, el Presidente queda solo, mientras los suyos y sus amigos se apresuran a ocultarse, aguardando la vorágine que se aproxima junto con la luz del nuevo día.

A la distancia, bañados por el resplandor ilusioante de la luna, hay dos campos de batalla: uno, en las márgenes de un río que lleva hasta los caídos el rumor infinito de sus aguas; el otro, sobre el cerrillaje estéril en que hallaron la muerte los dos generales balmacedistas: Barbosa y Alzérreca.

El primero, era aquel viejo de ojos vivaces y larga barba cortada al centro por una franja blanca; el segundo, era aquel hermoso tipo de hombre y de guerrero que se destaca jineteando y con el sable en alto en todas las grandes cargas de la última guerra exterior.

Ya no cruza el pecho del caído la insignia del poder y como para ratificárselo una y otra vez, con un toque que parece de funeral, la campana metropolitana esparce una señal pavorosa sobre la ciudad aún dormida.

La cordillera lejana, que comienza a proyectarse vagamente, tiende un enorme cendal blanco sobre el horizonte.

Se aproxima la alborada; resuenan las primeras aclamaciones a la victoria y en seguida la capital, vestida de rojo, empieza a estremecerse de ira y de entusiasmo. En ese instante, tocan a gloria! ¡a gloria! todas las campanas y empieza un día de luz diáfana.

La multitud, sobre la cual ondean los trapos rojos, azota las calles, se estrella y ruge, pidiendo víctimas que colgar o destrozar.

Himnos, vítores, banderas y campanas, formando la apoteosis de la ira, lo estremecen todo. Es el fin de un régimen y el comienzo de otro.

Ceden puertas, arrancadas de cuajo por la chusma que cree que ha sonado la hora de un completo desquiciamiento social; crujen los muros, arañados por la plebe, y los hogares, aún tibios, empiezan a ser violados y desmenuzados.

Pasando de su pieza a otra desocupada y que da a la calle, el caído puede ver, mirando a través de los resquicios manchados con el barro y la baba de la canalla, las reliquias de su propio hogar.

¿Así cumplía el general su palabra de caballero y de soldado, empeñada cuando aceptó la guarda de la vida y los intereses de todos, en especial de los vencidos?

La idea de la muerte llega entonces a hacer al caído compañía obsesionante: no quedaba más camino que morir y «llegar hasta el fin», como él mismo había dicho un año antes a los que después de

un meetin turbulento habían ido a hablarle de dimisión.

La ciudad convulsionada se revolvió reclamándolo para despedazarlo y el grito fatídico de la derrota convertida en amenaza de muerte y descuartizamiento, se estrella sacudiendo la ventana que da a su asilo en tinieblas.

Ya entrada la noche del 29 de Agosto, el señor Uriburu golpea suavemente la puerta de su asilado.

El Presidente pregunta por su madre y los suyos: ¿Qué suerte han corrido? . . . Se deja al pueblo en libertad para hacer creer en un estallido popular . . . El general ha olvidado su deber y sus promesas (1).

Después de aquel día de horror y de venganza, empiezan a sucederse las jornadas monótonamente trágicas para el caído y sus partidarios.

El partido victorioso se pregunta con avidez «¿dónde está Balmaceda?», y a medida que el tiempo transcurre, esta situación se agrava, acercando la escena que había de dar su carácter definitivo al gran drama al cual faltaba aún la catástrofe final.

La ciudad permanece embanderada y los vencedores se ostentan sonriendo en los retratos, orlados con los colores nacionales, que coronan todas las puertas.

En las noches, suelen oirse disparos hechos por los soldados ebrios que cantan o monologan tambaleándose entre las sombras y de cuando en cuando,

---

(1) Conversaciones con el señor García Sagastume, con quien fué el autor, en 1902 y 1903, amigo y colega diplomático en el Brasil. Después de la muerte del Presidente, el señor García tuvo ocasión de escuchar a su jefe, el señor Uriburu, muchos rasgos del mayor interés histórico sobre el asilo de Balmaceda en la Legación argentina.

las fiestas, los himnos, las odas y los discursos interrumpen su copiosísimo curso para cerrar con premura puertas y ventanas... ¿Qué ocurre? Poca cosa! Algún cuerpo del ejército revolucionario que sale sublevado a exigir en crudo y sin más tardanzas lo que se le había prometido... Basta de peroratas, que la tropa revolucionaria no entiende ni difiere: quiere plata contante y sonante. ¿Entendido?

Quiso, pues, la suerte que en más de un momento temblaran juntos vencidos y vencedores ante aquella tropa irregular con la cual no podría constituirse una salvaguardia estable: era gente de armas tomar, «**pampinos**» capaces de todo, inclusive, como acababa de probarlo, de pasar los ríos con el agua al pecho, el Manlicher en alto y el cuchillo corvo, insignia felina de la raza, entre los dientes.

Los pocos viandantes que se arriesgan a permanecer detrás de los árboles de la Alameda, ven un día, después de las doce, un espectáculo novísimo y revelador: un marino, montado en el primer caballo que encuentra a mano, al salir precipitadamente de la Moneda, corre por el centro del paseo al encuentro de un regimiento que avanza disparando al aire: es el Presidente de la Junta de Gobierno, cuyo arrojo salva a la ciudad de una hecatombe.

Las odas, las fiestas y los discursos llenos de banderitas como los pavos de día de santo criollo, prosiguen sin interrupción después de este susto mayúsculo.

A su vez, el drama silencioso que se desarrollaba

en una pieza de la Legación argentina, se hace más y más intenso.

«El Ferrocarril», redactado a la sazón por el señor Roger, enfervorizado con el triunfo, pide la supresión por muchos años de los derechos políticos de los vencidos y «Condorito», que usaba a la sazón gorra blanca y cinta roja y que, siempre humanitario y colectivista, ha traído consigo del norte toda una familia, ordena a sus promotores fiscales—era Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Junta de Gobierno—el proceso en masa de todos los partidarios del régimen caído.

El general Baquedano,—quien visita a don Eusebio Lillo en los primeros días de Septiembre para decirle que el 29 de Agosto había perdido la cabeza—habla al señor Barros Luco a fin de que se eviten los vejámenes en caso de que el Presidente tenga que entregarse (1).

En esos días, más o menos, el señor Lillo ve al representante argentino, a quien encuentra muy alarmado. ¿Empezaba a pesar en el señor Uriburu la idea perturbadora de las graves complicaciones diplomáticas que tendría un asalto a su Legación?

El Presidente adivinó la honda inquietud que torturaba a su amparador y es evidente que trataron ambos de la manera de desenlazar aquella situación cada vez más grave porque el misterio de su asilo empezaba a ser el secreto a voces (2).

---

(1) Relación verbal del señor Lillo al autor.

(2) «La exacerbación de mis enemigos, es capaz si se descubre mi residencia, dice en su carta, fechada el día mismo del suicidio, al señor Uriburu, de extremidades que evitaré aún con el mayor sacrificio que pueda hacer un hombre de ánimo entero.»

El gobierno de hecho existente en esos momentos, sabía el nombre de los asilados en cada Legación y no podía creer que sólo en la de la Argentina, la más cercana de la Moneda, no hubiera ninguno.

La Junta presumía, pues, el asilo del Presidente aún antes de que el señor Uriburu tratara con ella acerca de la forma en que debía efectuarse, el 19 de Septiembre, la entrega del caído (1).

El 16 en la noche, según todas las probabilidades, resuelto al sacrificio, da comienzo a su Testamento Político, documento fundamental en el cual lega

---

En la carta a sus hermanos, José María, Elías, Rafael y Daniel, fechada el 18 de Septiembre, dice:

«No puedo prolongar más tiempo el asilo que tan bondadosamente me han dado mis generosos amparadores, sin comprometerlos. Ya se habla del hogar en donde estoy y puede llegar un momento en que mis enemigos lancen pobladas o partidas del ejército revolucionario que hagan una tragedia con daño irreparable de los que me han servido con tan generosa y buena voluntad».

(1) En carta a Lillo, fechada igualmente el 18 de Septiembre, es aún más terminante: «No puedo prolongar mi asilo. Corro riesgo de comprometer a mi generoso y distinguido amparador».

En su nota a la Junta de Gobierno, fecha 19 de Septiembre, el señor Uriburu dice:

.....  
«En los días siguientes (a la llegada del Presidente a la Legación argentina) me significó el propósito de poner término al asilo, presentándose a la disposición de la Excma. Junta para ser juzgado conforme a la Constitución y a las leyes. A fin de prevenir cualquier conflicto personal, se había convenido en que después de informar yo a la Excma. Junta de Gobierno y aceptando ella el procedimiento, le conduciría yo en carruaje a un lugar de detención, pudiendo acompañarme de los señores Concha y Toro y Walker Martínez (don Carlos), evitando así el llamar la atención y que pudieran producirse atropellos o conflictos. Por mi parte, yo me proponía, llegado el momento, dirigirme a la Junta y solicitar de ella, haciendo las gestiones más eficaces, que fuera posible, que en el caso de condenación en el juicio que hubiera de abrirse, la vida del señor Balmaceda fuera salvada por el ejercicio de la alta atribución de la conmutación de la pena que la Constitución ha conferido a la autoridad suprema de la República. Cuando creía que la solución adoptada tendría lugar muy próximamente, fuí sorprendido en la mañana de hoy por la detonación de un tiro de revolver».

a la Patria y sus amigos la suprema expresión de sus anhelos de ciudadano y de su experiencia de estadista.

Para escribirlo, se eleva sobre las pasiones implacables que lo cercan y se concentra en el porvenir nacional.

En medio del claro oscuro de su pobre pieza de asilado, su figura se agiganta, iluminada ya por la luz del infinito y del misterio en que va a penetrar.

Es el instante solemne que funda una doctrina política que no es la ocasión de averiguar si ha sido o no abandonada en los mismos momentos en que los acontecimientos daban toda la razón al que en 1891 sostuvo con las armas en la mano las facultades del Ejecutivo, facultades que no pueden pasar íntegramente a otro Poder, sin que se produzca el relajamiento general de la vida pública.

Serenado por la cercanía de la muerte, el caído no tiene en ese documento memorable quejas ni asperezas: su alma avanzaba ya en una zona de luz en la cual se borraban los detalles de lo circundante, diafanizándose los del futuro.

Terminado su «Testamento Político», ratificación heroica de la doctrina a que se acogió durante el conflicto institucional que acababa de dirimirse en los campos de batalla, se despide de los suyos, de su madre, de su esposa, de sus hermanos, de su amparador, del señor Arrieta, y del señor Lillo, a quien confía la publicación de su Estatuto político.

A lo lejos suenan las descargas de las ejecuciones, mitad misterio, mitad asesinato y en las cárceles hay cinco mil o más detenidos con algunos de los cuales,

como con el coronel Carvallo Orrego, se hará después el siniestro simulacro nocturno de los fusilamientos con descargas a fogueo.

De las cárceles y los hogares arrasados, se levantan multitud de voces pidiendo el destierro o la muerte antes que semejante vida.

El Presidente no ignora nada de eso y su pieza, con tamaño de celda, está llena con los diarios que emplean un lenguaje regocijado para hablar del triunfo y uno calcinante para acusar al partido aventado por el desastre.

Lo obsede la idea de que su eliminación mitigará un tanto la cruzada de la persecución y apresura la redacción de sus postreros adioses.

Mientras se despide del país y de los suyos, resuenan las dianas del aniversario cívico en que el patriota insigne cumplía su mandato constitucional.

El arte no ha interpretado hasta ahora sino de una manera muy pobre como inspiración y aún como ejecución, el momento de infinito dolor en que la frente nobilísima del caído se inclinó sobre las manos mientras los labios murmuraban: hace un año, hace dos, hace tres, hace cuatro, en este mismo día... Ah!... la vida!

Entonces, en aquellos días, eran para él, que quiso hacer un país grande y actual por su estructura, las aclamaciones delirantes como aquella tarde en que regresaba de la revista militar contento, lleno de fe y teniendo a su lado al autor del Himno, que resonaba por todas partes, en medio de la perspectiva radiante.

Nunca ha sido fácil la reproducción plástica de

una cabeza que piensa y sufre, acercándose al infinito. . . El corazón golpea con fuerza y las pupilas inmóviles se agrandan ante la proximidad anondante del misterio.

Nada de detalles: una cabeza—nada más—circundada de sombras que dejan ver la frente y los ojos, fijos ante la visión del más allá. . . Arriba, un lampazo de luz, de sangre o de crepúsculo, y abajo, una mano que escribe, inspirada por aquella frente alta y luminosa.

Así realizaría yo la perpetuación artística de ese gran instante trágico.

Ignoro si así vió a Balmaceda el señor Uriburu aquella noche, henchida de rumores de fiesta y que era la última del drama que llegaba a su fin.

Al regresar del teatro, el Representante argentino, cuyas inquietudes se habían disipado al fin porque creía cosa resuelta la traslación del Presidente «a un lugar de detención», encuentra a su asilado más afectuoso que nunca.

Un momento después, el señor Uriburu se retira a dormir, tranquilo y satisfecho de la solución que se ha encontrado al engorroso problema de su asilado.

Al salir, el Presidente le toma ambas manos, reiterándole sus agradecimientos.

Sobre el velador hay algo que parece una carta, aunque no puede distinguirse bien.

El señor Uriburu se aleja y la casa queda en la más completa quietud, aún cuando resuenan pasos en medio del silencio: son los del caído, paseándose al borde mismo del infinito a que va a arrojarse.

Espera la mañana para rubricar con su sangre el drama pavoroso de la guerra civil.

Para qué interrumpir en plena noche con el estrépito de una cabeza que cae ensangrentada sobre las páginas de la historia, el sueño de los que duermen! Postrera gentileza de gran señor!

Es necesario esperar; seguir paseándose al borde del abismo, mientras clarea la mañana.

Entre tanto, arregla y pone en orden todos los detalles para que, sacados sus despojos y lavada la sangre del sacrificio, el cuarto con dimensiones de celda, quede tal como estaba la noche en que entró a él veinte días antes.

Hay indicios de que cuando empieza a amanecer, pasa a la pieza, contigua a la de su asilo, para mirar por última vez la ciudad cruel, que duerme y que iba a ser despertada por este sacrificio digno de la Roma consular.

En ese instante y a esa hora, el gran caído debe haber parecido una sombra acercándose de nuevo a la vida antes de abandonarla.

Clarea la luz tras la montaña que salvó un día lejano, en 1879, para ir a defender en un momento difícil el interés nacional amenazado.

A muy poca distancia, alcanza a divisar uno que otro detalle de la Moneda, sobre cuyo portón se mece la bandera, amada sobre todas las cosas.

El caído murmura un monólogo de monosílabos y palabras sueltas, que si no es dable rehacer, en cambio es posible imaginar.

Nadie sabe lo que dijo en ese diálogo hipotético

con la vida que se iba y el misterio que empezaba; pero es evidente que quien quiera, adversario o amigo, que hubiera oído a esa hora, en ese sitio y en ese instante moral, aquella voz imperiosa y cálida, se habría sentido turbado o amedrentado ante esa voluntad potentísima, próxima a extinguirse.

Al reentrar al cuarto de su asilo, se encuentra de nuevo cara a cara con la muerte. Sin embargo, queda un momento de vida: quiere morir en pleno día.

Por fin, el reloj marca la hora. . . Empuña el arma con mano de combatiente, suena el último disparo de la contienda y queda convertida en un despojo que es un símbolo la figura central del gran drama de la Revolución.

El sostenedor de que el Ejecutivo es un poder constitucional que no puede abdicar sus funciones sin poner en grave riesgo todo el organismo nacional, ha cumplido su palabra: ha llegado hasta el fin; están rotas las líneas frontales de aquel cráneo todo cerebro y la sangre, primero copiosa y gota a gota después, se escapa dando apariencias y frialdad de mármol a la fisonomía inmóvil.

Una enorme mancha que empieza a coagularse, corona las sienas: es la herida, es la muerte que toma la forma escarlata de las flores del bosque aborigen.

En el muro, hay un rasguño más, hecho por el proyectil que acaba de despedazar aquella cabeza romana.







## LOS VETERANOS

A fines de 1891, empezó a aparecer un tipo nuevo en la ciudad, bajo cuya alegría nerviosa perduraba aún el drama sombrío de la guerra civil que dentro de un mismo país había convertido a unos en vencedores orgullosos y a otros en vencidos que no estaban conformes con el fallo de la suerte.

Ese tipo peculiar, que hasta ahora sólo ha sido anotado de una manera esquemática, pero vigorosa y penetrante, en una novela de René Brickles, tomó un nombre colectivo que englobaba todo el pasado militar del país: el antiguo Ejército.

Derrotado en las batallas y borrado en seguida en masa del escalafón, aparecía al obscurecer, desparado por los barrios más apartados, como en plena dispersión de la derrota.

Primero, salieron aquéllos que por la modestia de sus grados, subtenientes, tenientes, capitanes, no eran perseguidos por las nuevas autoridades.

Mostraban su desgracia con altivez de buen humor y el pueblo empezaba a oírlos y rodearlos por-

que muchos habían ascendido desde soldados hasta el día en que la Revolución los arrojó a empellones.

Una gran parte, había peleado en la última guerra exterior y ni la desgracia ni la miseria les hacía perder su tranco arrogante, como si todavía marcharan espada en mano, al frente de su compañía en día de gran parada.

Habían tomado cierto airecillo de conspiradores y la mayoría volvía a dejarse crecer la perilla francesa y los bigotes con puntas de lezna.

Avanzaban poco a poco, aislados o de a dos, hacia el centro de la ciudad, faro del régimen triunfante, y solía vérselos en las esquinas, echado al ojo el sombrero de paño suelto, y mirando irónicamente de soslayo a los oficiales del nuevo ejército a los cuales calificaban de intrusos, puesto que no habían hecho la guerra del Pacífico.

Eran santiaguinos viejos, como diría el pobre «Conchalí»; había algo de antaño en un buen número de ellos y como si nada hubiera pasado, se sentaban en la Alameda donde se hacían servir, con la parsimonia económica impuesta por los acontecimientos, taza tras taza del refresco popular.

Como no queriendo ver más la antigua Comandancia, en que a cada instante parecía que iba a destacarse Barbosa, camino de la Moneda y seguido de los grandes bigotes del comandante Porras, se sentaban mirando hacia el centro del paseo y de tiempo en tiempo, arrojaban con filosofía y por encima del hombro el cuezco de los «huesillos»... último e inofensivo disparo!

Caía el proyectil en medio de la acequia—buen a puntería!—sonaba el agua, respondía el fondo y un momento después, un nuevo cuezco, ascendiendo balísticamente, repetía el apacible bombardeo.

Luego, como quien dice a retaguardia, de la gente más o menos menuda de la guerreada institución, fueron mostrando la nariz, mayores, comandantes y hasta coroneles.

Más entrados en años, naturalmente que los subalternos, ostentaban pera mayúscula y bigotes grises y eran oídos como oráculos por los oficiales más jóvenes y de mostachos más negros y erguidos.

Entre ellos, seguían llamándose «mi mayor», «mi comandante», o «mi coronel», y empezaban a reunirse cotidianamente en un **restaurant** de la Galería de San Carlos, situado frente a la antigua casa de don Pedro Montt.

El que algo había logrado escapar, era de cajón que invitara al que tenía menos a «hacer carreta» en lenguaje de cuartel, y entre copa y copa y como un estimulante, se hablaba de las batallas recientes y también de las otras, de las grandes, de aquéllas tras las cuales esperaba Lima con sus leyendas, sus andaluzas y sus mulatas.

De las derrotas de la guerra civil, le echaban la culpa a «los pasados»; se reían de la estrategia de Körner; relataba cada cual lo que había hecho en 1891 y más de alguno, después de soplar la ceniza de las mesas, empezaba a hacer el diseño topográfico de los últimos encuentros; por aquí atacó «el gallo» Canto con su brigada; por acá José Ignacio

López con el «Constitución», y allá montó Barbosa, diciendo «voy a buscar la bala que me ha de matar».

Al salir algo alumbrados por las copas y los relatos, se erguían tomando el paso; pero, apagada la charla, volvía a aparecer en aquellas fisonomías fogueadas la intensa melancolía de la carrera y la vida perdidas.

Bebían para desechar penas.

Los asediaban la miseria y los corchetes, que los seguían de lejos hasta que desaparecían en el cuartucho de alguna calleja lejana.

Pobres veteranos!

No se necesitaba gran perspicacia para descubrirlos.

Cada una de las prendas que llevaban pegada al pellejo, estaba marcada y contra marcada por la antigua profesión: en las botas, se ostentaban sin tapar los portillos dejados por los espolines; los pantalones bombachos mostraban patente el sitio de que había sido arrancada precipitadamente la franja roja o verde; las levitas, despojadas de los botones con escudos, cañones, cornetas, sables o granadas, según el arma, ostentaban ahora una abotonadura de hueso negro, bien diversa a la que antes dejaba todos los días brillante como si fuera de oro, el asistente.

Todavía, a la altura del corazón, era fácil notar dos manchas más oscuras que el resto del paño, que empezaba a ponerse verdoso: marcaban, perfectamente visible, el sitio de que había sido necesario arrancar, acaso con lágrimas en los ojos, las pequeñas cintas que indicaban las dos campañas

de la última guerra, muy mal hecha según los profesores contratados para que la rehagan desde su gabinete; pero que terminó a la napoleónica: con la entrada triunfal a la capital enemiga.

¡Pobres veteranos!

Un día, uno de ellos llega más alegre que de costumbre al **restaurant** de la Galería de San Carlos. Es un viejo muy baqueteado y que venía peleando desde Arauco. Sabe de «malones», asaltos y «chivateos».

Está de buen humor y golpea las manos con estrépito. Quiere que todos beban con él. Claro! ¿No es el aniversario del día en que entró a Lima como segundo jefe de un regimiento que había tenido un cuarenta por ciento o más de bajas?

Tan de contrabando era entonces el dinero entre los veteranos del «antiguo ejército», que corría riesgo de hacerse sospechoso de traición el que lo mostraba sin explicar su origen.

El coronel seguía pidiendo copas y comistrajos. Estaba excitado.

—Nos amolamos—decía. —Qué le hemos de hacer; pero no por eso vamos a dejar de celebrar la entrada a Lima...

El Coronel metió la mano al pantalón y sacó un puñado de billetes entre los cuales campeaba un boleto de empeño.

Al verlo, se le humedecieron los ojos.

—¿Ven, niños? Esto es para la celebración.

Quería conmemorar la entrada a Lima y había llevado el mismo a la agencia de extramuro todo lo

que había logrado escapar: medallas, espada, charreteras y faja de seda.

Al pedirle su nombre el miserable prendero, el aludido contestó irguiéndose tras el mesón:

—Coronel... etc.

Se reía a carcajadas, dando gritos:

—Todavía queda con qué entrar de nuevo a Lima...

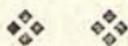
Y desabotonándose, mostró un trapo de seda enrollado al cuerpo bajo la levita: era una de las banderolas de su regimiento con la cual había escapado después del desastre de Placilla.

Se irguió congestionado, vociferando y levantando en alto el trapo glorioso:

—Esto es para entrar a las capitales enemigas, y no a la Moneda!

Empezó a llorar.

Estaba ebrio y poco después se quedó dormido, juntando en su sueño y en su mano bronceada, el boleto de agencia con la bandera de su regimiento.





## UNA CONSPIRACION

A mediados de 1892, los caídos, militares y civiles, contra los cuales ninguna medida legal podía tomarse porque nada delictuoso habían cometido, brotaban de todas partes, inquietando al gobierno del Almirante Montt.

Se habían reabierto los tribunales y en cuanto a alguno de ellos se le ponía la mano encima, presentaba la respectiva «ave en el cuerpo», como solían llamar al «habeas corpus».

Estaban fuera del país casi todos los jefes civiles del balmacedismo; pero don Claudio Vicuña se había establecido en Buenos Aires con un gran estado mayor de amigos, todos los cuales miraban ávidamente hacia Chile; querían volver, unirse, trabajar, reconstituir el partido y vestir de nuevo aunque fuera pobremente los hogares despojados.

En cada país extranjero había balmacedistas que vivían con lo que les enviaban los suyos o luchando mano a mano con las perrerías de la suerte.

Una tarde en París, don Adolfo Ibáñez, creyéndose bien lejos de sus compatriotas, tomó colocación en las gradas de la columna de Vendome para comerse

tranquilamente un pequeño melón—recuerdo diminuto de los que allá por Navidad produce año a año la parte mas soleada de nuestra tierra.

Al fin solo! Había padecido tanto! Cuando Mr. Egan, por ejemplo, comunicó a sus alojados que en vista de órdenes que acababa de recibir de su gobierno, debía poner término al asilo que había proporcionado a un grupo numeroso de balmacedistas, don Adolfo dijo al Coronel Pinto Agüero: está bien, saldré, me tomarán, me pegarán en los huesos y me moriré de dolor...

Pues bien, saboreaba el señor Ibáñez su pequeño melón del proscrito, cuando aparece Bañados Espinoza:

—Don Adolfo!

—Es posible, don Julio, que ni aún a esta distancia se vea uno libre de compatriotas—responde el señor Ibáñez, partiendo hacia los Campos Elíseos con su melón a cuestas.

**Si non e vero**... En todo caso, como me lo contaron lo cuento y prosigo.

A pesar de la dispersión total, posterior al desastre, a Santiago continuaban llegando balmacedistas de todos los puntos donde habían huído y empezaba a no ser raro que a ellos se juntaran nuevos prosélitos atraídos por el sacrificio de Balmaceda.

El más característico de esos prosélitos, era Alejandro Echeverría, colombiano, poeta, periodista revolucionario y hombre de armas tomar.

Desempeñaba las funciones de gerente de la Equitativa, en Lima, cuando Manuel, mi hermano, llegó al Perú, en 1891, con la misión de hacerle soltar al

gobierno del tarapaqueño Morales Bermúdez, los vapores de la Sud-Americana, internados en las dársenas del Callao con motivo de la Revolución.

Manuel y el colombiano intimaron efusivamente. Simpatizó éste con el balmacedismo y cuando Balmaceda puso un fin catoniano a sus días, Echeverría publicó en los diarios de Lima un soneto, airado y militante, que fué un santo y seña para los vencidos y un manotón en la cara para los vencedores:

«Por fuerza de traición y de cohecho,  
No de valor civil ni de bravura,  
Desciende el magistrado de la altura,  
Donde del pueblo le exaltó el derecho  
Y abandonado en el turbión deshecho  
De vil venganza que su fin augura,  
En un sublime instante de locura  
Con mano firme se desgarrá el pecho.  
¡Oh, ilustre mártir! Si contraria suerte  
Quiso ceder el triunfo a tu adversario  
Para oprobio de un pueblo audaz y fuerte,  
Tú también ¡oh, suicida temerario!  
Tú también has vencido con tu muerte  
Como Cristo en la cumbre del Calvario!»

La gran empresa de que el vate bogotano era empleado superior, estimó que no estaba dentro de sus intereses servirse de poetas, por cálidos e inspirados que éstos fueran, que de manera tan resonante se inscribían en los registros de un partido caído. En consecuencia, la susodicha empresa puso término a sus relaciones con Echeverría y éste a su vez, en

lugar de quedarse con las manos en los bolsillos en la ciudad de los virreyes, puso proa a Chile.

A buen árbol se arribaba!

Su soneto, grito de protesta y aún de guerra de un partido que no se resignaba con su suerte, corría a la sazón de boca en boca y cuando el poeta llegó a Santiago, fué rodeado y festejado con fervor por el balmacedismo.

Se le dió un banquete en la punta del cerro, y aunque los tiempos no estaban para caprichetes, se le obsequió un rico bastón, más apropiado para mandarlo a «aprender idiomas extranjeros» que para dar con él en alguna cabeza constitucional.

Revolucionario de profesión, e hijo de una tierra romántica en la cual había escapado a Dios y misericordia del banquillo político, Echeverría traía junto con sus gafas de oro, la inquietud sentimental de la revuelta: amaba entrañablemente las revoluciones.

Era alto y algo rígido, de pelo blanco sobre facciones varonilmente hermosas y en sus ojos oscuros y penetrantes palpitaba la atracción de la aventura.

Era, exactamente, el tipo del español venido en tiempos de la Conquista, tras el romance y el romancero.

En Lima, ciudad de tapadas y monasterios vi-reynales,—no dirá que nó Ricardo Palma,—había tenido no se qué tragines donjuanescos con una doña Inés, desmayada de amor, aunque blanca de cuerpo y alma, a la cual le decía, hecho un trovador que canta a los pies de los muros centenarios:

«Del convento en el misterio  
Se me finge tu hermosura  
Flor que agota su frescura  
Perfumando un cementerio».

Usaba sólo violetas azules en el ojal; pero no eran estos aditamentos perfumados los que mejor le venían: su alta silueta se habría visto, seguramente, mejor embozada en la capa de campana, suspendida de soslayo por su espadón de lances y contiendas; su cabeza blanca y su mirar lejano, requerían la ancha sombra de los chambergos cuya pluma caía sobre el hombro, acariciando el rojo doblez de la capa, y sus ojos negros, a veces torvos, más que los lentes de oro, pedían redondas antiparras de asta o carey, a lo don Francisco de Quevedo y Villegas.

Era la imagen de la inquietud y la protesta, y como venido de una tierra en que la imaginación es hija inflamada del sol, y la tierra sin tiempo para enfriarse, no comprendía la «resignación del vencimiento», como decía en su español castizo y hasta arcaico a las veces.

No creo que fuera de él sino de las circunstancias la iniciativa; pero el hecho es que, liado por estrecha camaradería con los militares caídos, empezó a hablarse sordamente de una conspiración veneciana...

Había ambiente—el descontento, mezclado de desesperación—para cualquier proyecto de la fantasía trágica; no faltaba ni podía faltar gente dispuesta a cualquier cosa—¡lo había perdido todo!—y los caídos se repetían como una esperanza muy

próxima, la frase enigmática, subrayada por una sonrisa amenazante: «esto no puede durar».

Circulaban por miles pequeños retratos de Balmaceda con el soneto de Echeverría al pie; aparecían hojas sueltas y hasta periodiquitos del partido caído y la tumba del Presidente suicida se cubría materialmente de flores, firmas y frases que equivalían a juramentos solemnes, formulados ante la solemnidad de la muerte.

Aquella efervescencia no presentaba ninguno de los caracteres de una verdadera agitación política—no habían alcanzado aún una organización partidarista los numerosos elementos afectados por el triunfo de la Revolución: se trataba de algo mucho peor: de la desesperación que, subiendo de punto, impulsaba inevitablemente a la conspiración, puñal o bomba en mano.

El viejo coronel aquél, que celebraba la entrada a Lima, era un símbolo de la situación y no tenía ya más charreteras ni medallas que enviar al monte de piedad: quería trabajar, pero no tenía con qué y tanto había recortado la tijera de «sus chiquillas» la parte inferior de los pantalones sin franja, que éstos le iban llegando impávidamente a las canillas, convirtiendo por consiguiente, en una penosa caricatura al pobre veterano.

Un día, mientras peroraba en el café de la Galería de San Carlos, el piojo fatídico de la miseria apareció cruzando triunfalmente, camino de la pera o los mostachos, el mismo sitio, a la altura del corazón, en que se habían ostentado las medallas de gloria, trabajadas en oro de la mejor ley.

El coronel, es decir, el antiguo ejército, apretando los puños, repetía, pues: «esto no puede durar» . . .

Echeverría, el conspirador-poeta, repetía lo mismo con su voz de conciliábulo nocturno: «hay que hacer algo . . . y luego».

Empezó a sentirse por todas partes la misteriosa inquietud que se produce cuando son muchos los que piensan simultáneamente algo que callan.

Pero ¿con qué medios podía conspirarse?

Una noche, Alejandro Echeverría llega, bien pasadas las diez, a ver a Manuel, mi hermano.

Hablan casi en secreto.

No resisto la tentación y me acerco a escuchar con los botines en la mano.

El conspirador habla muy quedo, pero como su voz de bajo, un poco afónico, no podía descender indefinidamente, lo oigo todo: se trama algo gordo . . . Grupos armados de puñal, revólver y bomba caerían simultáneamente sobre los cuarteles . . . Se había constituido un comité, en relación con los chilenos de Buenos Aires, presidido por el Coronel Fuentes, don Luis Antonio Vergara, Blanlot Holley y Jorge Figueroa.

Manuel, el más pacífico de los hombres, artista del cual no se habría hecho fácilmente un conspirador, inmóvil ante su escritorio sin cajones y recién rescatado del saqueo, se quedó en silencio.

—Bien . . . que tengan buena suerte, porque de otra manera nos cuelgan a todos.

—O hacen con nosotros charquicán—replicó Echeverría.

No necesito dejar constancia de que mi sueño no fué tranquilo aquella noche.

Días después, otro hermano mayor que yo, Javier, estrellado años después por una bestia a medio amansar, me dijo, mirándome de frente—se gastaba unos puños formidables y era audaz y de buen humor:

—¿Eres capaz de guardarte un secreto más grande que tu cabeza?

—¡Ya lo creo!

—¿Lo juras?

—Lo juro...

—Ahora oye, y si dices una palabra, te achicharro: va a venir algo gordo, en que estoy metido hasta los topes... Es bueno que lo sepas, por si me tuestan.

—¿Y mi madre?

—No sabe nada.

—Y yo, ¿no podría tomar parte?

Se sonrió, ligeramente ofendido como si creyera aminorada con mi oferta la magnitud de la empresa en que se preparaba a entrar:

—No... Esto es sólo para gente de barba.

Y empezó a largar la hebra: lo sabía todo con pelos y señales: con platita venida de Buenos Aires y que aquí entregaba don Emiliano Figueroa, el comité había dispuesto las cosas perfectamente para darle una sorpresa a los «constitucionales»...

Me pareció del caso decir algo de hombre sesudo y previsor:

—¿Y si nos cuelgan a todos?

—Bien colgados—dijo, echándose viento con el sombrero.—El comité—continuó—se entiende sólo

con el coronel Fuentes, que está escondido y cuyo segundo es Blanlot Holley. Están designados los jefes de grupo y cada uno de éstos ha buscado buena gente del antiguo ejército. El grupo principal está mandado por el mismo coronel, quien se presentará de uniforme y con la bandera del regimiento el día del asalto: . . . Va a atacar la artillería y ahí voy yo . . . Soy ayudante de Echeverría, que es un hombre como pocos.

Escuchaba mudo de admiración y miraba a mi hermano como a un ser extraordinario. Sin embargo, me atreví a preguntarle si nunca había oído hablar de «Lo Cañas» . . .

—«Lo Cañas»? . . . Esto es otra cosa, y por último, ya verán . . .

—¿Y cuándo será el atracón?

—Eso no puede decirse a cualquier pelagato.

Me trataba evidentemente sin grandes miramientos protocolares; pero como era preferible saberlo todo, a hacer hincapié en cuestiones de simple cortesía, decidí no preguntarle si ese «pelagato» era yo.

Siguió hablando y paseándose.

—Hay un pelotón para cada cuartel; pero el más grande es el que se va a dejar caer sobre la Artillería. Un grupo lo manda Pedro Fierro, otro el comandante Donoso . . . Y así, ¿entiendes?

Instintivamente, yo reporteaba de lo lindo al conspirador:

—Y el coronel, ¿dónde pára? . . .

—Entiendo que está escondido en casa de una señora parienta de don Luis Vergara, por lo menos

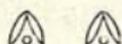
allá ha llevado su uniforme con medallas y todo el amigo Santander, pariente de don Luis. Y aquí viene lo más grave—agregó, tomándome según su significativa costumbre, de las solapas—mañana voy a traer aquí las armas...

—¿Qué armas?

—Las mías: cuchillo, comprado en San Pedro; revolver comprado en una agencia y bombas fabricadas por Quimper, ingeniero balmacedista.

—¿Y en qué caja de fondos piensas guardarlas? Meditó profundamente.

—Es verdad... Las meteré debajo de una teja. Y así lo hizo, en efecto.





## 11 DE DICIEMBRE DE 1891

Día de sol espléndido con el cual anticipaba su llegada la Pascua cercana.

A pesar de todo, me sentía humillado con que no se me hubiera dicho nada oficialmente... ¡A mí, que había visto a Balmaceda «hasta el último», y que el 22 de Agosto del año anterior, pasaba por todo el centro con el rifle al hombro!

¿Sería cierto por lo demás, que ese día a las siete y media iba a reencenderse, cuerpo a cuerpo y cuchillo en mano la contienda que parecía terminada, por lo menos, como lucha armada?

Después de almuerzo, nueva visita misteriosa de Echeverría, quien partió en seguida acompañado de Javier, lo que quería decir que era exacto lo que había oído y lo que me habían dicho.

Manuel los acompañó hasta la escala, donde les estrechó la mano:

—¡Buena suerte!

—Hasta más tarde—dijo el Barrabás de Echeverría.

—Hasta luego—repitió Javier, ya desde abajo y mirando emocionado para arriba.

Después de las cinco, Manuel, con quien no había entrado, en razón de la diferencia de años, en la afectuosa camaradería que nos unió más tarde, me llamó para decirme que lo acompañara a salir.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué?... ¿Has oído algo?

—Nada; pero me parece que se prepara cualquier cosa.

—Puede ser.

Salimos; nos cruzamos con una patrulla de policía; atravesamos la Alameda y llegamos a la Moneda, donde entramos y salimos sin que nadie nos dijera ni chus ni mus.

—Están desprevenidos—dijo Manuel, creyendo que yo sabía lo que se preparaba.

¡Qué impresión de cosa lejana me hizo volver a entrar a la Moneda, a la cual no me acercaba desde aquella noche amenazante del 28 de Agosto del año anterior!

Caminaba sobresaltado como el día del desastre y al alejarnos y mirar hacia atrás, vi que el soldado de la puerta nos seguía con ojos de centinela... Hasta creí que iba a gritarnos «¡alto!».

—Doblemos.

Y doblamos por Morandé hacia la Alameda, bastante concurrida a esa hora.

Al pasar frente a la Comandancia a cargo del general Novoa, notamos gran movimiento de ordenanzas que partían y llegaban casi a escape.

Me dieron mala espina esas carreras; pero me callé como era de mi deber para que no se me des-

cubriera el susto **aconconado** que empezaba a metérseme al cuerpo.

Sentía—la verdad ha de decirse—una nerviosidad mayor que la del 28 de Agosto del año anterior, no porque temiera que se me pasara por las armas, sino porque en una de éstas, bien podía ganarme una zurra de azotes.

Corría el tiempo y corrían los minutos... ¿Correrían también las piernas a su debido turno?

En ese momento, remató su caballo en la puerta de la Comandancia un oficial que se desmontó a escape.

Por el paseo, abochornado con el calor del día, pasó un buen señor dando el brazo a su esposa—muy próxima a dotar al país de un nuevo habitante—y escoltando una tribu de vástagos, de diversas edades y tamaños, provistos de arcós, globos y cornetas de lata... Habría aquella marcha de navidad familiar, el mayorcito, cuyo sombrero a la marinera ostentaba una cinta negra con letras doradas que decía «Viva la Escuadra!»... Se trataba de una familia netamente constitucional, cuyo distinguido progenitor avanzaba sin premura y fumando un puro de la fábrica de nuestro correligionario, don Agustín Verdugo, a instalarse cerca del «tabladillo», para gozar del fresco y la retreta.

Envidié la tranquilidad—ya que no la señora—de aquel fiel cumplidor de sus deberes conyugales y, más inquieto cada vez con la agitación que se notaba en la Comandancia de Armas, pregunté a mi hermano si no iban a dar alguna señal.

—Entiendo que sí...

Declaro sin ambages que sentía un deseo cada vez más explícito de mandarme mudar de la Alameda, como que faltaban sólo cuatro o cinco minutos para que los acontecimientos tomaran de nuevo otro curso y se interrumpiera la retirada del respetable padre de familia que agotaba cerca del «tabladillo» su gran puro Verdugo.

—Entiendo—agregó Manuel—que van a hacer una señal luminosa desde el Santa Lucía.

Luego faltaron cuatro minutos, luego tres, luego dos, luego uno... La hora!

Miramos hacia el Cerro! Nada!... Andarían mal los relojes de que habían sido provistos los jefes de grupo! Esperamos; pero ni por ésas...

Aumentaban, en cambio, las corridas de a caballo frente a la Comandancia y en ese instante, precisamente, desembocó a todo galope por la calle de Teatinos un grueso piquete de caballería.

—Me parece prudente volver a casa—dijo Manuel.

—Las represalias van a ser tremendas—le dije para robustecer aún más su determinación de regresar cuanto antes.

Volvimos con la tranquilidad flemática que suele simular la gente asustada.

Llegamos a nuestro domicilio, situado en la calle de Gálvez, y en el cual se hospitalizaban las mesas con dos patas y las cómodas sin ningún cajón que con el auxilio de la policía de seguridad habíamos logrado rescatar algún tiempo después del saqueo de nuestra casa.

Un momento después, llegaba apresuradamente Javier; cerraba la puerta y procedía a depositar

en su cómoda de verano, es decir, bajo las tejas, todo su arsenal de guerra a muerte y sin cuartel.

—Nos volvimos a embromar—dijo después, echándose atrás el sombrero, con característico desenfado.

Cerró un ojo y echó una puchada de humo.

—¿Qué ha pasado?

—Hay que hablar despacio porque las paredes tienen oídos... ¡Qué había de pasar! Que pillaron a todo un grupo, y como el éxito estaba en la sorpresa, se mandó suspender el golpe... Hay una porción de presos: Pedro Fierro, un hijo del doctor Bahamondes, teniente del Buin que estaba con nosotros, y muchísimos más.

—¿Y el coronel?

—El coronel Fuentes alcanzó a tener reunido todo su grupo, unos doscientos hombres, a unas cuantas cuadras de la artillería. El y Blanlot eran partidarios de que el golpe se diera no más; pero al fin decidieron acatar la orden... Nos volvimos a embromar y a esta hora debe estar decretado el estado de sitio.

Hablaba como un veterano de las conspiraciones, y habiendo dejado en un rincón su grueso bastón, descabezaba a uñetazos un nuevo cigarrillo de papel amarillo.

Así terminó—amén del proceso de que fué fiscal Miguel Angel Padilla, entonces comandante, única conspiración que con elementos y dirección superior, organizó el partido caído.

Fué un vasto complot, engendrado por las persecuciones, que estuvo a punto de estallar.

Ha quedado en silencio hasta hoy, lo que no quie-

re decir que no contara hasta con uniformes militares—confeccionados en la fábrica del amigo Sotta Frost, que hoy vive en Bruselas, comuna de Ixelles.

Se tenía gente designada para asegurar desde el primer momento a cada personaje importante de la Revolución hecha gobierno, y si hubiera estallado, habría sido una nueva y formidable hecatombe.





## CONSPIRACION DE ABRIL DE 1893

El elemento netamente militar del balmacedismo, no se conformó con el fracaso que dejó relatado y continuó conspirando por su cuenta y riesgo; pero ya sin el concurso de todos los elementos que, dejando o no dejando huellas, habían tomado parte en el complot de Diciembre de 1892.

En Abril del año entrante, es decir, en 1893, abortó otra de aquellas conspiraciones, obra de la temeridad y la desesperación, y que, por consiguiente, no tenían ninguna expectativa de éxito.

Subsistía la idea del asalto en grupos a los cuarteles y comisarías, pero había desaparecido el factor sorpresa; estaban prevenidos noche y día en los cuerpos de la guarnición y era notorio que el gobierno deseaba hacer «una escarmienta», según el decir de uno de los hijos que Mr. Egan había dejado en Chile.

El objetivo principal, como cuando el primer complot—único en que hubo una organización directiva,—continuaba siendo la artillería; pero tan poco dispuesto a dejarse tomar de sorpresa estaba ese cuartel-fortaleza, que para defenderlo mejor,

habían colocado ametralladoras de doce o más bocas—muchas bocas para conspiradores tan poco armados—en lo alto de los muros, al lado de los centinelas.

La policía secreta, muy difundida a la sazón, seguía los pasos de cada uno de aquellos paisanos peculiares que aún no perdían el tranco militar y en cuyos pantalones, como ya he indicado, se destacaba a la legua el sitio donde había estado en tiempos de entonces la franja verde o roja.

El 9 de Abril, día en que debía estallar después de almuerzo, como quien dice de sobre-mesa, otro de aquellos motines fraguados a escape, la policía se echó encima, en la misma puerta del Correo, de un antiguo y apuesto militar balmacedista, el capitán Briceño, el cual ignoraba hasta ese momento que nuevamente se había decidido suspender el golpe.

Al salir del Correo, suena un tiro de revolver, cae al suelo mortalmente herido el policial que había detenido al capitán y éste corre oblicuamente hacia la esquina de la plaza con la calle del Estado.

Detenido y maltratado, todas las sospechas recaen sobre Briceño, quien es atado y conducido preso. Al huir, vota su revólver.

La policía encuentra otra de estas armas con un tiro menos: ¿era de Briceño o la del que realmente había hecho blanco en el policial? El capitán niega obstinadamente: «no he disparado», dice una y otra vez ante el juez; pero hay personas que declaran haberlo visto hacer fuego.

Momentos después se exparcía la noticia de que en la plaza principal de la ciudad había muertos y

heridos y se renuevan las carreras de los soldados de caballería que parten a toda rienda de la Comandancia General de Armas.

De la casa de Julio Prado, sale a ver lo que ocurre nuestro amigo, Carlos Marín Vicuña, poeta, tenorio y abogado.

Al pasar frente a la Comandancia, alguien lo reconoce y lo hace detener por un soldado, de maneras un tanto bruscas...

Un momento después, le remachan una gruesa barra de grillos sobre los elegantes calcetines de seda color episcopal.

—Hay que escarmentar de una vez a estos bribones—le dice, metiéndole los puños en la cara, un comandante que debía nombrar, pero que no nombro porque ya está pagando, o trampeando, en el otro mundo todas las cuentas que dejó en éste.

—No puedo defenderme—advierde el poeta encadenado...

De nuevo menudean las prisiones y los balmacedistas que logran escapar, se meten debajo de las tejas o debajo de la tierra.

El proceso contra Briceño marcha apresuradamente a su fin, que también sería, según todas las apariencias, el del procesado, quien seguía sosteniendo que no había sido él quien disparó con buen ojo y mala suerte, contra el guardián González.

Pronunciado el fallo, éste condena a muerte al inculpado y ambas Cortes confirman sucesivamente la sentencia.

También la confirma, a su vez, el Consejo de Estado y Briceño, que espera valerosamente su suerte,

es trasladado a deshoras de la noche, a la una de la madrugada, a la Penitenciaría, donde debe tener lugar la ejecución capital.

Yo releía entonces **El último día de un condenado a muerte**; soñé con Briceño, marchando bizarramente al patíbulo y escribí el único anónimo—valga en este caso la intención para que sea condenada una falta tan cobarde—que he mandado en mi vida: una carta al Presidente de la República, firmada «uno de tantos», y en la cual se advertía al Almirante Montt que se apresurara a indultar al capitán condenado a muerte, si no quería caer cuando menos lo pensara. . . Horas después de ingresar a la Penitenciaría, Briceño era puesto en capilla, mientras las señoras, los estudiantes, el país entero pedían infructuosamente el indulto del sentenciado.

En el lejano y siniestro edificio manchado con la sangre de innumerables ejecuciones, proseguían los preparativos para rematar a bala la vida de uno de aquellos oficiales que en plena juventud habían corrido alegremente a defender al país.

Se había reabierto la celda de los condenados a la pena capital; sobre una pequeña mesa cubierta con un lienzo blanco, entre dos cirios cuya luz tiembla a intervalos para quedar luego inmovilizada por el terror a la muerte o a lo invisible, alza un Santo Cristo su cuerpo desnudo y su cabeza ensangrentada: lo ha colocado sobre la pequeña mesa negra, el viejo capellán de la Penitenciaría, quien después de arrodillarse con las manos puestas ante su Señor de la agonía, abraza con los ojos llenos de lágrimas al sentenciado.

En la puerta de la celda hay un centinela de vista y dentro, en una silla de paja, está sentado un hombre joven, de facciones correctas, pelo que empieza a encanecer, perilla militar y mirada imperiosa que revela un carácter.

De tiempo en tiempo suenan las rejas... ¿Será el indulto que llega? Alertean los centinelas, y el que se pasea frente a la celda con el rifle de la ejecución al hombro, echa la vista sobre el condenado, que no puede conciliar el sueño.

La ciudad entera, salvo las excepciones de la maldad o la venganza, piensa en el condenado a muerte.

Cuando llega el nuevo día, el benévolo señor Parraguez, administrador de ese establecimiento lúgubre y repugnante a la vez, visita al sentenciado, diciéndole que no debe perder la esperanza porque llueven sobre el Presidente de la República las solicitudes de indulto.

El padre Tapia, mercedario, viene a ayudar en su misión de misericordia al viejo capellán de la Penitenciaría.

—No hay que perder la esperanza, hijo—le dice a Briceño.

—Gracias, padre. Estoy resignado; pero no soy yo el que ha muerto al policial.

En la tarde de ese día, Briceño se despide de su esposa, de una hijita de tres años y de una hermana.

Al separarse—para siempre—y articular la palabra doliente—adiós—se siente desfallecer.

Los pasos de los suyos se pierden entre ruido de rejas, más acostumbrados a cerrarse y tragar que fr anquear el paso hacia la libertad y la vida.

El capellán viejito—pocas cosas más hermosas que un verdadero sacerdote—entra de nuevo a confortar al sentenciado: quisiera salvarlo; lo desespera su impotencia y deshace una y otra vez entre sus manos, olor a hostia y a incienso, las lágrimas que asoman a sus ojos llenos de bondad.

Cuando llega la noche, el centinela no quita su vista estúpidamente indiferente del sentenciado, quien medita mirando al suelo, a la tierra en que va caer ensangrentado: comprende la grandeza misteriosa de la muerte; la espera con serenidad extraña a ostentaciones teatrales; pero lo asedia una y otra vez la pesadumbre desgarrante de los suyos.

De tiempo en tiempo, interrumpe la magestad de aquel sitio y aquel momento, el grito, mezcla de miedo y de amenaza, que dan los centinelas como si vieran acercarse alguna sombra o algún fuego fatuo.

La parte interior del edificio trágico está casi a oscuras, menos la celda en cuyas paredes agranda su sombra temblorosa el Cristo de los agonizantes.

Muy lejos, suena una campana: es en la ciudad. . . Da una hora o llama a la primera misa: empieza a amanecer y llega el nuevo día, el último, puesto que la sentencia debe cumplirse a la mañana siguiente.

La ciudad, adivinando el drama silencioso de aquella vida que va extinguiéndose—última y tardía palpación del drama de la Revolución—quiere salvar a Briceño; se mueven en este sentido todos los gremios, todos los círculos sociales y los telegra-

mas se amontonan formando una pequeña montaña blanca sobre la mesa del Presidente de la República.

Las señoras de Santiago reiteran una y otra vez su pedido: basta de sangre. . . ¡Hay suficiente con la de 1891!

A medio día, llega a la Moneda un cablegrama en que las grandes damas de la sociedad argentina unen su voz dulce y piadosa a la de las señoras chilenas.

En la tarde, por fin, se hace público que el Presidente ha citado al Consejo de Estado, el cual, reunido después de las ocho de la noche, acuerda el indulto.

La ciudad respira, la noticia se exparce como un alivio, y el Secretario del Consejo comunica telefónicamente a la Penitenciaría la grata noticia que el padre Tapia, y el administrador, el bondadoso señor Parraguez, llevan a la celda en que acaban de cambiar velas al Cristo de los agonizantes:

—¡Briceño, su indulto! . . .

El capitán vuelve a la vida; pero al día siguiente, a las siete, se presenta a reclamársela el señor Verdejo, secretario de un Juzgado del crimen: va a cumplir la sentencia de cuya suspensión no tiene noticia oficial. . . .

¡Pobre señor Verdejo! Era el tipo del carcelero de novela por entregas. . . Era chiquito y seco. Tenía ojos que perforaban con la mirada y estaba provisto de grandes bigotes, que al llegar a los carrillos, se agrandan cómicamente al juntarse con las patillas.

¡Cómo! ¡No le entregaban de una vez al sentenciado para amarrarlo a un palo negro y encajarle

ocho balas, más una—la de «gracia» Jamás le había pasado semejante percance en su larga carrera!

—¡Hay indulto, señor Verdejo!—le decía entre afligido y sonriente el administrador.

—¿Indulto?... ¿Y la transcripción?... Aquí estoy para cumplir la ley y venga el sentenciado.

Estaba en su elemento y se tiraba los bigotes, hechos a medias con las patillas.

El caso era nuevo y grave—vivir para ver!—; otra vez oscilaba Briceño entre la vida y la muerte y el capellán viejecito pensó en encender de nuevo los cirios temblorosos del Cristo de los agonizantes.

—¡Van a ser las ocho!—repetía el señor Verdejo. Faltan cinco minutos y no espero más... Venga el reo... La ley es la ley.

Miraba husmeando hacia la celda, en la cual hundía los ojos que perforaban.

¡Indultar sin comunicárselo a él!... ¡Dónde se había visto!

Para calmar de algún modo a aquel bacilisco judicial, se llamó a la Moneda y se llamó también al Director, «Cigarrillo Montaner», quien se negó terminantemente a entregar a Briceño mientras no llegaran noticias definitivas de palacio, donde acababa de despacharse a revienta cinchas un propio.

Despertado el Amirante Montt, saltó de su lecho y transcribió él mismo el acuerdo que la noche antes había tomado el Consejo de Estado.

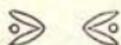
Además, hizo decir por teléfono que iba en marcha dicha transcripción.

Respiró Briceño, pero, en cambio, se compungió el secretario aquél, que no se conformaba con que

una sentencia de muerte pudiera quedar sin cumplir.

—La ley es ley—repetía, guardando sus fúnebres papelotes.

Y la vida, ¿qué es, señor Verdejo?—deben haber preguntado al celoso funcionario, cuando, a su vez, le llegó el turno de presentarse con sus bigotes de costumbre en la eternidad, a dar cumplimiento a la ley . . . del destino.



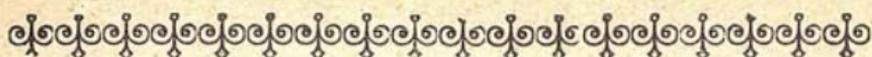


Segunda Parte

---

Croniqueur de "La Ley"





## PRIMER PSEUDONIMO Y PRIMERA CRÓNICA

No sé cómo—lo que no es raro porque algunos años van corridos, como corre el tiempo: moliendo poco a poco al ginete,—no sé cómo, el hecho es que en 1893, recibí una carta del gerente de **El Sur**, de Concepción, en que se me pedían cuatro correspondencias epistolares por mes.

La noticia produjo cierta sorpresa sensacional en el círculo que por aquel entonces se reunía a diario en el escritorio de Gustavo Valledor.

Decidí dedicar mi primera crónica a Blanco, el artista ya viejo y achacoso.

Expedicioné sobre el barrio en que tenía su taller, y, naturalmente, di con él: bordearía entonces los sesenta años; caminaba un poco inclinado y estaba casi calvo; pero sobre el estrago de los años, reaparecía a cada instante la llama calcinante de la pasión.

No creo que Blanco fuera un artista completo; pero representaba, eso sí, una vida dedicada por entero al arte.

Débil de cuerpo y como si su fuerza interna o aní-

mica fuera mucho mayor que la materia, vibraba al hablar y sus ojos negros que un mal misterioso parecía dilatar hacia el infinito, se inflamaban evocando el pasado, sus obras, sus viajes, sus polémicas, sus proyectos. ¡Y cómo había luchado en sus tiempos, cincel y pluma en mano!

Era eso: un luchador, un militante, un movilizador de fuerzas y sentimientos. Era más: una prueba del vigor y de la inspiración superior de la raza.

Lo hallé en su taller desierto, donde divagaba en silencio, sin querer apartarse del todo de la blanca muchedumbre de modelos clásicos que lo rodeaba, evocándole los días y los sueños de juventud, cuando el buen maestro François.

—Aquí estoy y aquí he de morir, si Dios quiere,— decía con altivez de combatiente que no pierde la esperanza de reemprender de nuevo la refriega.

Yo adivinaba ya el interés doloroso de las vidas aferradas hasta la muerte a un sólo ideal y comprendía cuánto habría soñado, rodeado de dioses que no son los de hoy, sino los de una época de plena belleza, el artista de mirada tenaz y doliente a la vez, que estiraba sus manos descarnadas sobre las desnudeces heladas de sus modelos griegos.

Ahí seguía llameando a intervalos la fe exaltada de una verdadera vocación y sentía ante el artista enfermo, el respeto que deben inspirar los sitios en que el hombre, grande o pequeño, vencedor o encadenado, brega y lucha por elevarse, extendiendo las manos hacia el ideal, sea mármol, doctrina, cuadro, libro, poema, sinfonía o greda oscura en que fijar el primer esbozo creador de la fantasía.

El taller lleno de dioses que agrandaban en los muros sus sombras gloriosas y el artista atormentado por el mal horrendo que sin lesionar sus facultades imaginativas, le impedía dar forma material a ninguna idea, me interesaron profundamente y sólo ahora comprendo todo el drama intensísimo de ese cerebro torturado que podía concebir, pero que ya no podía ejecutar lo que concebía.

Indiqué entonces en un mal artículo lo que sólo mucho después me pareció un símbolo de la lucha sin fin entre los sueños y la realidad.

Con sorpresa de que no lograba reponerme, vi reproducido mi artículo para «El Sur», que es donde primero apareció el pseudónimo **A. de Géry**, en «El Ferrocarril», en cuya célebre sección de «Remitidos» cabía todo, desde las disertaciones electorales o económicas de don Luis Urzúa, hasta el panegírico de algún digestivo prodigioso y recién importado.

No comprendí—por qué no confesarlo—aquel tema vastísimo: los sueños de un artista, escapándose de las manos crispadas que querían interpretarlo; pero una ráfaga de esperanza me llenó en cambio, la cara con el polvo de oro del primer éxito.

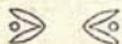
Al sentir en el bolsillo el producto, muy leve, de aquellas primeras correspondencias, me creí alguien; compré no sé qué clavel andaluz para el ojal, y me pareció cosa fácil tomarme la vida y la capital con unas cuantas crónicas: me encontraba capaz de todo y dispuesto a todo. ¿A cuántos les ha pasado lo mismo?

Menos mal cuando tienen algunas condiciones o la fe estrepitosa de **A. de Géry**...

Empecé a leer y releer cuanto libro iba llegando a la mesa de Manuel, que entonces redactaba con Moisés Vargas, padre de Moisés 2.º, el diario balmacedista.

Con la nariz en alto, husmeando la vida, y con los brazos puestos en jarra, miré con impavidez la capital, el porvenir, todo.

¿Y por qué no, después de aquella croniquilla, reproducida por el docto «Ferrocaril», y que guardé como una inestimable credencial en una cartera que no era la de Roschild, precisamente?





## REDACTOR DE SESIONES Y SEMANAS

En Octubre de 1894, a raíz de un choque armado que cambió por completo mi estética nasal, y después de la consiguiente refacción, sumariamente tratada por el doctor Pimentel, se me informó que iba a proveerse por medio de un certamen el puesto de redactor de sesiones de «La Ley», órgano del partido radical, aparecido meses antes y cuyos acordes elevadísimos constituían una novedad periodística y política.

El choque que tan perdurables consecuencias... helénicas había tenido, estaba muy fresco, lo que no me fué difícil constatar ante un espejo... del portal. Más, ¿era posible que un simple aumento en el relieve y aún en el volumen de una sección fisonómica, visible, es cierto, pero fácilmente pintable o decorable, me impidiera concurrir al certamen de «La Ley»? ¡De ninguna manera!

Me presenté a la imprenta, pedí audiencia—iba de prisa—y esperé un momento.

Salía en ese instante, sudoroso, balanceándose, y con una corbata negra que pugnaba por remontarse a una oreja, un personaje con aspecto de le-

chero y cuyos zapatos crugían de una manera francamente estrepitosa...

—¿Quién es?—pregunté, como si ya fuera de la casa.

—Don Tránsito Rodríguez, el cajero—me respondió Ugarte, el futuro alcalde.

—Mi tocayo—comenté, explorándome con ambas manos la nariz.

—Que pase ese señor que necesita hablar conmigo—dijo una voz intensa y suave, en que no habría sido difícil descubrir la pasión velada por la ironía.

Aparenté que me sonaba y en seguida empecé a darme con el pañuelo alrededor del bigote, como cuando uno está algo acatarrado...

—¿Qué le ha pasado en la nariz?—me dijo Palazuelos.—Algún choque con un tranvía?

—Un pequeño accidente...

—Que más parece incidente.

—Ambas cosas...

Me preguntó mi nombre y mis intenciones.

—Ah! sí!—dijo, al oír el primero—usted es hermano de don Manuel, el dictatorial!

—Así es; pero, en cambio, yo soy radical como un diablo.

—Si no lo es, lo será.

Tal grado de cordialidad alcanzaban nuestras recientes relaciones, que dí por hecha mi entrada a «La Ley».

Palazuelos—Director omnímodo—quería una reseña que no sólo fuera la relación taquigráfica de cada sesión parlamentaria.

Al día siguiente de esta entrevista, me instalé en

las tribunas de la prensa de la Cámara de Diputados con el lápiz en una mano y la nariz en la otra.

Mientras llegaba la hora—se trataba de una gran sesión en que Mac-Iver, jefe del gabinete a la sazón, contestaría una interpelación política sobre el apoyo que por primera vez prestaban los balmacedistas al gobierno—empecé a dibujar en la baranda mi último mono de muchacho. ¡Que no lo hubiera hecho!

—Ahí no se hacen garabatos—me dijo un señor gordo, chico, y de narices algo accidentadas.

No tenía el gusto de conocerlo, y según supe después, era el señor Cerda, distinguido jefe de la redacción de sesiones.

¡Váyase al diablo!—le contesté, **carrement**, firmando mi dibujo con el pseudónimo que había empleado en mis artículos del «Sur».

Y empezó la sesión de la cual redacté una reseña en que trataba de hacer en unos cuantos rasgos el retrato de algunos honorables diputados, y después de mirar con altivez de vencedor a los otros concurrentes al certamen, salí con mis papeles para la imprenta. Les di durante el camino una última mano y entré triunfalmente a la pieza de Palazuelos.

—¿La sesión? . . . ¿Y cómo ha estado, o más bien dicho, cómo le ha salido?

—La sesión y Mac-Iver han estado espléndidos. En cuanto a mi reseña, usted dirá.

Pasé a esperar un momento a la pieza de Custodio Espejo, segundo redactor del diario, y en ese instante entró un mampato que me pareció caballito de ajedrez: era el pobre Cabrera Guerra. Usaba bigote resueltamente mefistofélico y en su abultado

mentón de troglodita había algo de cabrío o de faunescos. Un momento después, asomó fugazmente Gargari su cara futurista. Alcancé a percibir su silueta y para entrar de una vez en relaciones con Espejo, dije con **sans façon** de persona que piensa en alta voz:

—Aquí, por lo visto, lo que a unos les falta de nariz a otros les sobra.

—¡Rodríguez!—gritaban en ese instante desde la puerta de Palazuelos.

Iba a conocer el resultado del certamen; se iba a decidir mi porvenir y temblé ante la idea de no quedarme en aquella casa de puerta y pared roja.

—El nuevo redactor de sesiones—dijo Palazuelos presentándome a Robinet, con quien nos trenzamos acto continuo a hablar de Rubén Darío, Pedro Balmaceda y Manuel Rodríguez Mendoza.

Se me proveyó en seguida de tarjetas de entrada al Congreso y aunque sentía unos deseos inequívocos de preguntar por la cuantía de mis ingresos mensuales y proceder a presentar, en forma de anticipo, mis credenciales a don Tránsito—quien balanceaba de nuevo frente a la verde caja de fondos su silueta de olla de Talagante—no toqué el punto por no alarmar tan de zopetón a la empresa. . .

Salí, pasé a la acera de enfrente, a fin de mirar mejor la sede de mis futuras operaciones y al ver la pared color ascua, dije: «de aquí somos».

Proseguí andando, completamente seguro de que todo me pertenecía—inclusive la caja de don Tránsito—y de que el horizonte estaba tan cerca que no

había más que meter los dedos en él como en una figura de dulce de membrillo.

¡Días de esperanza a fardo cerrado, que nada compensa después y en los cuales, al dar el primer paso, ya se cree haber llegado al final!

Desde ese instante, se apoderó de mí el error en que estuve durante muchos años, de que sólo tienen talento los que escriben y empecé a mirar como a bодоques a las demás gentes.

Avancé triunfalmente con mi nariz que apaleada y todo, husmeaba la vida, acercándose ansiosamente a ella.

A poco andar, me topé con una librería—la de Baldrich—que me atrajo con sus libros y sus revistas.

«L'Illustration», exhibiendo sus estampas policromas, mostraba la reproducción de un cuadro de cuyo nombre no me acuerdo: los años han borrado el título, pero no el asunto. . . Tendido bajo los árboles lumonisos, en medio del paisaje, un hombre joven, poeta, artista o lo que sea, ve aparecer vagamente, flotando en medio de la perspectiva y la visión, una ronda de mujeres intangibles que sonríen desparramando flores sobre las márgenes del ensueño.

Al frente abría su vieja puerta colonial el restaurant Gage, que me pareció aceptablemente parecido a las tabernas **montmartrescas** de que hablaban las crónicas de Gómez Carrillo y las estampas expuestas en la vidriera del «godo Baldrich».

Me asomé al patio, estilo español, que había visto

desfilan tantas veces a Rubén Darío, a Alberto Blest, a Irarrázaval.

Tocaba un trío de mandolinistas, uno de ellos con un mandil negro, colocado a modo de telón de bocas sobre un ojo...

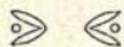
Al centro del patio, había una pequeña fuente y en ésta una rana, escapada de las fábulas de Iriarte para hacer vida bohemia, que si aún no había aprendido a beber y preparar copas, ya aprendería.

En una pieza cercana, se oían carcajadas de mujer.

### **Cabinet particulier!**

Se abrió una puerta y apareció una muchacha pálida, fina, con línea de **affiche**, primorosamente vestida.

Me quedé deslumbrado: era la Margarita Gautier de aquellos días y tenía el capricho delicioso de usar un nombre de obispo.





## OFENSIVA DE PRIMAVERA...

Continuaba escribiendo mis sesiones de «La Ley», y llovían—aún cuando todavía no llegaba el invierno—las protestas y los reclamos: qué manera era esa de hacer reseñas parlamentarias!...

Intercalaba en dichas reseñas una serie de rasgos, anécdotas y retratos a pluma, lo que constituía un escándalo nunca visto respecto a los métodos consagrados e inamovibles: los del «Ferrocarril», en el cual lo único rojo era la pared exterior y la nariz de farol de coche de posta del pobre «papá Hempel».

Pero, ¿«La Ley» no era una protesta rotunda e integral contra esa clase de periodismo de corbata de raso, levita negra y lustrosa y bastón de barba de ballena, ya que no de elefante blanco?

Intuitivamente, yo sentía la necesidad de innovar y tanto innové, en efecto, en mi sección, en mis costumbres y en mis emolumentos, que Palazuelos me dijo varias veces, que marcara el paso...

Por lo demás, prefiriendo instalarme en un taller de pintor o quedarme charlando y discutiendo en cualquier parte, no me presentaba con la frecuencia

que hubiera sido de desear a hacer mis pintorescas reseñas parlamentarias y como el tema, el elenco, el local, el acta y todo eran más o menos lo mismo, menos, naturalmente, el Ministerio que empezaba a cambiar con cualquier pretexto, nada más sencillo que tomar en las noches la reseña de «La Libertad Electoral», que aparecía a las ocho: alargándola, reduciéndola o embutiéndole uno que otro chascarrito, hacía rápidamente mi sesión para el día siguiente y acto continuo me marchaba tan campante a disfrutar del programa nocturno.

Nada más cómodo; pero quiso la suerte que un día—Martes 13—apareciera en «La Unión» de Valparaíso un parrafito delator, que decía, más o menos:

«La Ley» de hoy publica una extensa reseña de la sesión de ayer y, sin embargo, a su redactor parlamentario no se le divisaron las narices en la Cámara».

Pasé el chisme, pero no la alusión—pensé, tomando un temperamento radical.

—¿Ha visto el parrafito que le dedica «La Unión»? —me preguntó Palazuelos.

—Por cierto. . .

—¿Y cómo va a arreglar eso?

—Tomando la ofensiva. . . de primavera.

Don Juan, es decir, Palazuelos, estiró la mano al «gringo» Puelma, que entraba en ese instante.

Pedí a **Custodio** Espejo que me **custodiara** hasta el Congreso, y esperé en el magestuoso vestíbulo de la honorable Cámara la llegada del delator—un señor Solano,—al cual me había propuesto dar un rato de **solaz**, ya que se llamaba **Solano**,

y hacía versos: en efecto, quería rimarle un par de palos.

—Es usted el bien informado corresponsal de «La Unión» en Santiago?—le pregunté al verlo llegar.

—A sus órdenes.

—Pues bien, cancélese de una vez de su espíritu informativo—le dije, y antes que alcanzara a movilizarse, le afirmé unos cuantos bastonazos.

¡Y cómo es de chico el mundo!

Muchos años después, tuve ocasión de conocer en uno de los países latino-americanos, donde por razones de presupuesto y de ítem numerado he tenido que abotonarme la casaca de Secretario o de «Encargado de negocios», como me decía un colega brasileiro, a la respetable y numerosa familia del pobre Solano.

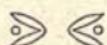
Me preguntaron, naturalmente, si había tenido relaciones con él. . .

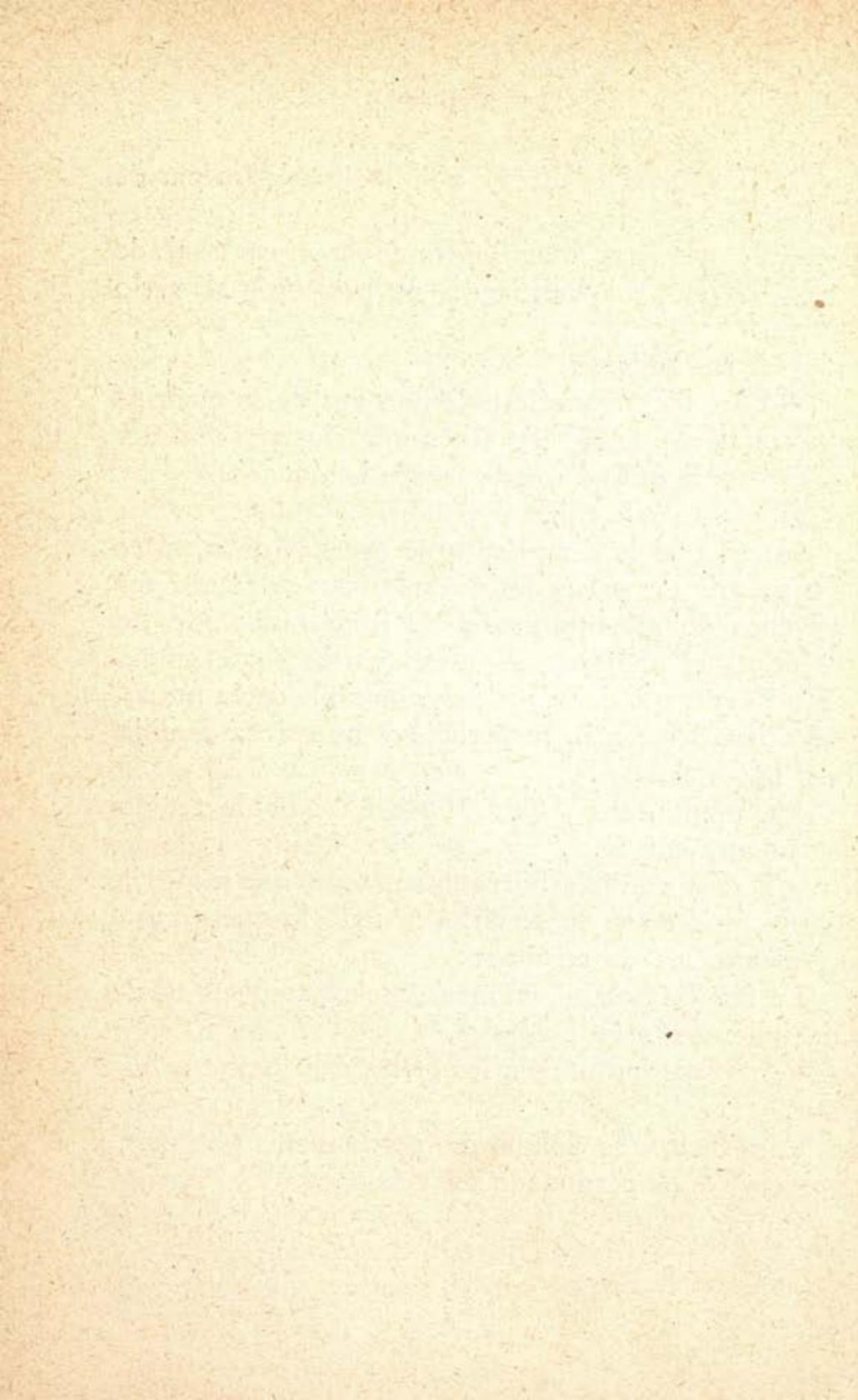
—¡Y muy cordiales! Créanme ustedes que lo quería tanto, que traté de servirlo en todo lo que estaba al alcance. . . de mi mano.

La familia Solano, en masa, me expresó sus agradecimientos más cordiales.

Perdonaos los unos a los otros, dijo Nuestro Señor.

Pues bien, que Solano me perdone mis porrazos, como yo le he perdonado sus chismes.







## A. DE GERY.—ECOS E IMPRESIONES

Además de su significación intrínseca, los bastonazos a Solano tenían una intrínseca, psicológica y casi subconsciente, como diríamos en estos tiempos emersonianos, que han visto todo lo que hay que ver: al Kaiser por un lado y a Lenine y los bolcheviques por el otro: estaba de mal humor y descontento en el diario, o más bien dicho, quería que me hicieran revistero y hablar de libros, teatros, artistas. . . De cuanto Dios creó, en una palabra. ¿O me iba a quedar indefinidamente mirando las cabezas, más o menos, depiladas de los honorables senadores y las más o menos pobladas de cabellos de los honorables diputados? Basta de reseñas.

¿La ciudad entera no me tentaba con sus bastidores, sus luces y sus sombras?

¿No tenía ya acceso a los talleres de los pintores, a los camarines de los teatros y a otros establecimientos? ¡Qué más!

Estaba en plena vida y en plenos veinte años. En efecto, ¿no había asistido a varias comidas íntimas, celebradas con personal confidencial y con

representación conspicua del eterno femenino y del eterno masculino?

Mi impresión cuando Ramón Eyzaguirre me presentó a la primera bailarina de mi vida y mis recuerdos, había sido imborrable al contemplar en todo su realismo zoliano unas pantorrilas venenosamente forradas en malla de seda color carne.

Quería pintar y reseñar todo eso; necesitaba contar «ecos e impresiones», en una palabra.

—Escríbalos—me dijo Palazuelos, a quien no le pareció mal la idea;—pero trate de no recibir cierta clase de visitas en la imprenta después de la media noche.

Me lancé a buscar un pseudónimo; me miré al espejo y me hallé feo; pero bizarramente insolente. ¿Pseudónimo?

Era necesario buscarlo bien.

Convoqué a una reunión de placer a todas mis lecturas; evoqué emocionado las melenas de Murger; pero yo no usaba melena sino **chaquet**, y bien hecho, aunque insoluto en cuanto a financiación, y disoluto en cuanto a índole y costumbres.

Se necesitaba un pseudónimo capaz de conmover a la calle de Huérfanos, el **restaurant** Gage y, sobre todo, el «Olimpo», sito en la calle de la Merced y del cual era empresario León Bruck, que en paz descansa.

Pedí la inspiración parisiense de una copa de ajeno; soñaba a la sazón con un prólogo de Rubén Darío, lo que me parecía tan enorme como escaparme a la gloria pescado de las alas de un ángel

enviado **ad-hoc** con el objeto de conducirme gratis a mi destino.

De Darío conservaba el recuerdo impresionante de su «Azul...» y de su nariz color guindas al jugo.

—No encuentro lo que necesito—le dije a Manuel, mi hermano carnal e intelectual.

Observaba con ironía afectuosa mis primeros pasos en la vida y en la prensa.

—¿Necesitas algo?

—Un pseudónimo...

Y le hablé de una vez de los proyectos que en forma frenética iban acumulando mi inexperiencia y mi fantasía.

Sus charlas y sus recuerdos eran para mí verdaderos cursos durante los cuales me asimilaba con voracidad datos, rasgos y siluetas sobre la vida, los hombres y la realidad.

Me habló de «**Petit chose**», de Alfonso Daudet.

—¿Poquita cosa?... Ironías tenemos!

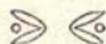
—Entonces acepta el padrinazgo del inimitable secretario del duque de Morny. Ese P. de Géry, de «**Le Nabab**», es el mismísimo Daudet joven, y recién llegado de provincia a París.

Y como ya había usado ese mismo disfraz elegante en mis correspondencias para el «El Sur», me pareció que indudablemente había hallado lo que buscaba.

Me quedé, pues, con **A. de Géry** y en su inolvidable compañía di comienzo a mi sección en el diario y en la vida.

Y pensar que van corridos veinticinco años... de indiscreciones, durante los cuales he tratado de

vivir mi vida, sin saltarme períodos o espacios que cuando no se han conocido o permanecen de incógnitos, dejan la curiosidad, la amargura o la tristeza de lo que empezó en la monotonía de un bautizo de parroquia y terminó con el funeral con pequeño retrato en los diarios, pequeño artículo, pequeña corona, pequeño y pequeña huella...





## NOVELLI

Volverse hacia aquellos días, es como reencender en la memoria todas las luces de una Pascua a la antigua . . .

Aquella noche me esperaba una presentación inolvidable: iba a ser llevado al camarín de Novelli, el trágico italiano.

Había seguido todas sus creaciones desde mi luneta del Municipal y me sentía obsesionado por su Hamlet, delirando en medio de la noche; preguntando desde el fondo tenebroso de su introspección analítica: «quién es aquí el loco»? o asociando a su filosofía tóxica el cráneo que pasa de sus manos a las del sepulturero, antes de rodar de nuevo a la fosa en que ha de transformarse en polvo, que germina o se exparce sin perecer jamás.

Un gran actor, ser multiforme capaz de reproducir, material y moralmente, otras figuras y otros caracteres, me parecía y me sigue pareciendo algo que se acerca al misterio y que penetra en las sombras sin las cuales no hay ni vida, ni cuadro, ni arte, ni sueño eterno.

Aún hoy, cuando miro el retrato de Novelli, que asoma sobre mis libros su perfil de romano de los tiempos augustos, me parece ver de nuevo sus largos dedos de garfio, explorando aquel cráneo, lleno de tierra húmeda para que en él germinen los yerbajos que en primavera han de llenar de florecillas las órbitas vacías.

Acaso por no haber llegado hacia el norte de Santiago ni hasta el sitio en que campean los frutillares, tentando a los sapos que observan desde el pantano el fulgor de las estrellas, me parecía estar en algún sitio prominente de la celebridad al ocupar mi butaca del Municipal. . . Falsificando ingenuamente la vida loca y asimilando las cosas de un París de oídas a la ciudad de entonces, el hecho es que mis «**Ecós e Impresiones**» de «La Ley» estaban metiendo un barullo de los diablos por su desenfado y su **tupé**.

En ellas injertaba de cuánto hay: siluetas de mundo y escenas de. . . «Olimpo», y, para remate, y disfrazadas con nombres de comedia, opereta o cablegrama en boga, perfilaba a escape y con cierta soltura en materia de dibujo a pluma, cuanta figura me parecía interesante, fuera de donde fuera y la hallara donde la hallara.

Ese desenfado, esa tendencia a exhibir lo que hasta entonces nadie había tocado en los periódicos, tenía un inconveniente que para un «petit chose» de veinte años se convertía en ventaja, pero en ventaja peligrosa y difícil de sostener: llamaba descaradamente la atención hacia el recién llegado a la prensa.

Al ocupar mi butaca, ostentando un clavel adquirido en los criaderos del «Laucha», oí más de una vez que decían: «ese es **Géry**», lo que hacía fluctuar tiernamente mi vanidad entre la emoción y el agradecimiento.

Al terminar el tercer acto de la tragedia dada por Novelli la noche en que iba a ser presentado a él, me encaminé a bastidores en compañía del pobre Carlos Bombal, que fué uno de esos hombres a los cuales en vez de los consabidos ochenta o cien mil pesos de la herencia santiaguina, le faltó un par de millones para haber sido un excelente discípulo del «**Conde de Camors**» y otras novelas de Octavio Feuillet.

En el tránsito de la sala al camarín, se había agregado Enrique del Campo, que entonces me parecía la **reprise** del marqués de Savadel, de las «**Pequeñeces**», del buen padre Coloma.

Novelli daba el «Nerón». **Seratta d'honore**. Estaba resuelto a llamarlo César Augusto de la escena al saludarlo.

En el día había estado revisando el Nerón superrabundante de Castelar, y pasaba por mi cabeza una cantidad de cosas que desgraciadamente no parecía discreto encajar en la próxima entrevista.

¿Me atrevería a repetir la frase de Tácito? **Post breve silentium, repetita convivi lactitia...**

Imposible, porque si lograba pegársela a Nerón, no sería fácil acallar las carcajadas de Enrique del Campo. En consecuencia, me decidí a hablar en español. Era lo mejor.

En la puerta del camarín montaban la guardia

dos pretorianos auténticos con las pantorrillas napolitanas al aire; provistos de cascos con carrilleras sobre las mandíbulas tallarinescas y armados de lanza de palo dorado, como todos los palos de teatro, aunque sean para dar con ellos por la cabeza.

Ante aparato tan impresionante, desaparecieron definitivamente mis intentos de repetir mal frases que otros sobaron y sudaron bien antes de lanzar en son de parto fácil.

Y como suele ser la mejor pregunta la que no va preparada, le dije a Enrique del Campo, si no vendría el finado Séneca a echarnos fuera del camarín de Nerón.

—Por aquí no anda más que Petronio—me contestó el pobre Enrique, quien hacía a la sazón una vida muy comentada por la maledicencia y muy saboreada por él..

Presentó Carlos Bombal con ademán fastuoso:

—**A. de Géry, croniqueur** de «La Ley»...

—Se parece algo a un hijo mío...

Me sentí halagado.

—¿En qué?

—En la nariz quebrada—dijo Nerón, alargándome una de esas manos espectrales que producen escalofríos cuando se proyectan sobre los muros iluminados por la luna o por alguna luz que tiembla. Manos shakespereanas.

El camarín olía a gas, y cosméticos, rememorando a todos los personajes empomados, empecucados y transformados por la guardarropía y el peluquero, que desde ahí se habían encaminado hacia las candilejas.

Su Majestad me puso la mano sobre el hombro:  
—Muy joven...

Me recordó luego que le habían llamado la atención sobre un artículo en que yo decía a propósito del monólogo de Hamlet, que no se piensa en alta voz.

—Es cierto—ratifiqué sin declarar que la observación no era mía sino del «ciudadano Aguiet», quien aparecía pasada la una de la mañana, sonriéndose y con el sombrero echado atrás, en la pieza del lleno de «La Ley». Ah! qué tiempos!

Se citó luego para un almuerzo en **petit comité** que se había organizado en la Quinta Normal. Seríamos sólo Novelli, Alfredo Valenzuela Puelma, Enrique del Campo, Carlos y Martín Bombal y... el infrascrito.

En ese instante se perfiló otro centurión en la puerta del camarín imperial.

—Majestad, va a empezar el cuarto acto...

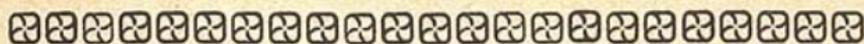
—El de la muerte.

—¡Qué artista va a perder el mundo!—dije, inclinándome ante Nerón de pie.

—Bien, hasta mañana—dijo Novelli, estrechándome afectuosamente las manos.

Al día siguiente, almorzamos juntos; tomó apuntes Valenzuela Puelma para una cabeza que debe conservarse en el palacio del actor en Venecia; declamó Enrique del Campo como en pleno romanticismo español y se le enviaron orquídeas a la bellísima compañera del gran trágico, quien decía contemplando el paisaje que le parecía estar en la Humbría o la Toscana.





## DOÑA VICTORIA

Robinet, miembro de todas las juntas centrales; diputado, Director de la Sociedad de Instrucción Primaria, Consejero de «La Ley» y del Cuerpo de Bomberos, Agente de seguros y de la «Royal», orador, interruptor y director de escuelas profesionales; amigo fraternal de periodistas, poetas, forasteros y pintores; vividor y luchador, joven de cuarenta y cinco años, llamado «el cadete», por don Ambrosio Montt y «la china», por todos los que lo quisieron y admiraron, me dijo un día que el Domingo próximo a las doce nos esperaba la viuda de Vicuña Mackenna.

Me quedé espantado de los máximos honores que merecía mi pobre celebridad de revistero incipiente, hecha de insolencia y de tupé, como queda dicho y confesado, para alivio de todos los que siguen mostrándome los dientes a lo largo del fatigoso camino...

No tenía el honor de conocer a la gran dama y me la figuraba como una especie de Princesa Matilde.

¿Se me llevaría donde ella en calidad de pájaro raro?

—Tienen un ingenio muy picante todos los Subercaseaux—me dijo un colega que no estaba incluido en la invitación.

—Mejor, porque con los tontos no se alcanza a llegar ni al camino de Cintura. . .

El día de la visita, me puse mis polainas más nuevas y me encaminé a buscar a Robinet, que vivía con su madre—una viejecita encantadora—en una casa con patio a la española y naranjo en que al medio día celebraban una **kermesse** coral y gastronómica las abejas que el sol hacía ver como doradas gotas de miel, oscilando entre los azahares.

Llegamos en coche de posta con caballos overos, auriga criollísimo con balde, debajo de las piernas, sombrero de pita, rebenque de dos varas de largo y vocabulario que, francamente, no tenía nada de académico.

Permítaseme dejar constancia de otras particularidades en mi carácter de sobreviviente de la viabilidad urbana de aquellos tiempos: la puerta del coche—démosle este nombre—era amarilla y la caja rosilla, es decir, más o menos negra; para subir, habría venido bien una escalera de tijera y una vez adentro y cuando overos, auriga, viajantes y carromato desaparecían entre nubes de polvo caliente, era prudente y hasta necesario que un pasajero se afirmara en el otro para capear juntos y a una el balanceo y los encontronazos.

—A la izquierda, pared roja—gritaba Robinet, picando con su caña de la India las sólidas costillas del cochero, que más que tal parecía arriero, y que

azotaba a más y mejor, creyendo que íbamos para las brevas.

Descendimos sanos y salvos.

Los árboles, al filtrar la luz, envolvían todo el parque y el **chateau** en luz valorizada de verde.

De la antigua residencia del escritor insigne—que tuvo en cantidad casi genial lo que hace una falta más patente a toda la raza: la imaginación—sólo se conservaba intacto el parque. La casa había sido totalmente reconstruída.

Los árboles, asociados a la labor del historiador artista, parecían lamentarse, simulando con sus ramas la sombra del que dió un soplo de vida y de pasión a las tradiciones y fantasías que la mayoría de nuestros eruditos han convertido en un desfile de maniqués envarados que dejan escapar la estopa lamentable del relleno a través de las mordeduras del tiempo y la polilla.

La viuda del hombre ilustre, me acogió con sencillez deliciosa.

Me dijo que era amiga de **A. de Géry** desde que éste había dado comienzo a sus crónicas «tan francesas» . . .

—Como que nunca me he alejado del centro de Santiago—interrumpí.—Es éste mi viaje más largo y más agradable, por cierto.

Me pareció oportuno declararme conmovido al hallarme en el mismo sitio en que Vicuña Mackenna había vivido sólo para escribir y fantasear con su imaginación, transformadora, en constante choque festivo con nuestra lentitud colonial.

—Venga—me dijo doña Victoria, cuyo caracterís-

tico pelo blanco evocaba las pelucas empolvadas del siglo XVIII.

Me llevó a una pequeña construcción que se divisaba a pocos pasos: era la casita donde acostumbraba recluirse el hombre ilustre que intentó reconstruir nuestra historia de archivo y nuestra capital de Capitanía general. Convirtió a la primera en el pasado seductor en que reaparecen la Colonia con sus gobernadores, tercios y rezadores, y reanimó con colorido deslumbrante la Emancipación con sus héroes que cargan sable en mano contra los tercios del Rey; las convulsiones civiles, ahogadas bajo la capa española de Portales; la Expedición restauradora con Bulnes a la cabeza; la guerra de 1879 con sus voluntarios de veinte años que se hundían en el mar color esmeralda viviendo a la Patria o que quedaban formando un montón de despojos calcinados, cubierto con la bandera en el cacerío siniestro de la Concepción.

Quiso convertir a la capital colonial en algo hermoso y sano, y no teniendo medios para hacerlo, hizo del peñón indígena que marcaba monótonamente el centro de la ciudad, un jardín suspendido en el cual agrupó todos los recuerdos y evocaciones que pudo reunir o improvisar su mano mágica y febril.

La casita, llena de libros y papeles, estaba cerrada y guardaba en silencio las ideas y proyectos que la muerte dejó a medio esbozar.

En las paredes podían leerse anotaciones ininteligibles que aquel cerebro condenado a no poder descansar quería seguramente, retener antes que

sobre una idea apareciera otra y otra en la misteriosa elaboración de los que viven para crear, sin alcanzar a dar forma definitiva a todo lo que pasa por su imaginación atormentada. Entre los que tienen y los que no tienen imaginación, hay esta diferencia insalvable: aquellos van de una a otra cosa, elaborando ideas; estos pugnan porfiadamente porque parezca talento o creación, lo que no es ni lo uno ni lo otro.

A la vuelta de la breve peregrinación al santuario de aquella residencia, ya habían llegado todos los invitados, menos «Tatín», que tardaba en regresar de sus tormentosos parlamentos matinales, con todas las muchachas bonitas de su tiempo, y la «Que-neca», hoy la señora de Viel, llegaba también en ese instante con la pollera a la rodilla y escoltada por un pintoresco estado mayor de gatos grises, ojos dorados y cola levantada, y perros de nariz corta y rabo de alfeñique, que se deslizaban olfateando con familiaridad las pantorrillas de los circunstantes.

Los almuerzos de doña Victoria constituían entonces una credencial y en ellos parecía reaparecer el espíritu chispeante del ilustre desaparecido, cuya sombra erraba entre los papeles de la casita tapiada por las rosas y sobre la cual colgaban como pañolón de seda antigua, los ramos amatistas de las glicinas.

Asistía al almuerzo de ese día, un grupo de secretarios de Legación, el puesto más agradable en diplomacia, siempre, es claro, que el Ministro no sea un animal, como suele acontecer.

Un diplomático me parecía entonces un ser casi extraordinario; me seducían las barbas de rabino

de Matías Errázuriz y las de árabe joven de García Mansilla, discípulo de François Copée, que era músico y dramaturgo, que había estado en todas partes, en Oriente, en Occidente, y que entonces se aburría en Chile.

A través de los ventanales se divisaban el parque y la casita de puertas cerradas en que la enredadera de la pluma colgaba como en un cuadro de Juan Francisco González sus racimos de color y de perfume.

Tras la vidriera que separa el corredor del **fou-moire**, se destacaba el mármol de una bacante que se acercaba a los labios sedientos una copa de vino griego.

Me parecía no estar en Santiago, y, en efecto, durante el almuerzo se había hablado de todo menos de política, de matrimonios, de trapos y la vida local se reducía a pasar intencionadamente subrayada por la ironía.

—Y usted, ¿por dónde presentará ahora su candidatura?—preguntó Errázuriz a uno de los presentes.

—Por Llanquihue...

—¡Vaya!... Siempre por las partes húmedas! «Tatín», decidido a hacerse pintor y novelista, hablaba de ejecutar... un retrato y escribir una novela a su prima Inés, dueña de una de esas hermosuras que no se van jamás.

—¡Este niño!—decía doña Victoria, celebrando todas las ocurrencias de Benjamín, que era el ser más afectuoso en la intimidad de su hogar.

García Mansilla hablaba de Copée, tomándose

la barba con un gesto cuyo parecido escénico me pareció encontrar muchos años después en Le Bary; pero, desgraciadamente, lo interrumpieron los gatos con ojos más aviesos que **baudelereanos** y los cuales, penetrando al comedor, hacían en ese momento escandalosos ruidos de tejado y pleno mes de Agosto.

Quiso mi buena suerte que se repitieran aquellos almuerzos, que de nuevo agradezco desde el fondo de estas indiscreciones, y en los cuales fuí conociendo a todas las figuras interesantes de aquel tiempo: recuerdo, destacándose en primer término, a don Eusebio Lillo, que hablaba a voces preconizando su admiración clamorosa e inextinguible por la mujer y la juventud.

Coronado de pámpanos y rosas, el viejo poeta, contumaz de la belleza, habría corrido de nuevo en los bosques perfumados tras la lira de Orfeo y las flechas de Diana. Sin duda!

Era uno de los tipos más acentuados de las generaciones venidas casi inmediatamente después de la Independencia. Fué pobre y bohemio en los días remotos en que nuestros escritores imitaban a los poetas y a los filósofos franceses de 1848, en aquel Santiago de casas chatas, puertas de convento y rejas de cobre cuyos barrotes terminaban en forma de lanza para espantar al diablo o amarrar ramos dorados de palma bendita.

En aquellos días o aquellas noches, don Eusebio, mocetón ávido de vida, hacía versos, perfumados de **lamartinianismo**, a las violetas y a los jazmines que embalsamaban los caserones de corredor enla-

drillado, patio con cuatro naranjos de mucha cosecha y tejados morunos en que en invierno lloraba la lluvia y se estrellaba el viento de travesía.

Lillo fué entonces una especie de Rouget de l'Isle, y anduvo metido en los igualitarismos del iluminado Bilbao, y en las revoluciones contra Montt y Varas, que con la mano metida bajo la solapa de sus levitas negras escudriñaban por todas partes, buscando motineros y revoltosos, a los cuales acogotar o amarrar corto.

Años después, y con los bolsillos bien planchados, el poeta se fué a buscar la piedra filosofal en los elevados contornos del Illimani y el fabuloso cerro de Potosí.

La fortuna tendió sobre él sus alas doradas y cuando regresó a su «rincón feliz del Edén», descubrieron en él una serie de facultades en que nadie había reparado antes y lo hicieron miembro académico de no sé qué docta corporación.

Miró de alto abajo al recibir aquel título; tosió y dijo fuerte, irguiendo la cabeza en que empezaba a caer nieve tempranera, que nunca heló ni el corazón ni el cerebro: «No necesito ahora lo que habría agradecido más cuando no tenía medio»...

¡Bizarría, bien de él y bien de poeta!

Años después, cuando los viejos clarines tocaban «su Himno», —el de la guerra y la victoria—corrió al norte y el día de los combates en el mar azul le fué dado escuchar bajo la bandera, ondeante entre nubes de humo, la Canción que había escrito siendo joven, casi niño, a la luz de un velón.

—He vivido horas que valen por una existencia

—me decía después, ya viejo en años y mozo, siempre mozo, en cuanto a espontaneidad.

Andando los años, el 28 de Agosto de 1891, sus brazos siempre vigorosos y dispuestos a estrechar o combatir, abrazan con efusión al Presidente que se encaminaba del Capitolio, hacia el asilo con la serenidad impresionante de la alta tragedia.

—Quiero verlo y conocerlo más—me dijo don Eusebio, la primera vez que me encontró donde doña Victoria. —Vaya a verme y le mostraré cuadros, libros, flores y... recuerdos. Vivo allá lejos, cerca de una mata de jazmín, que todavía florece, y que guarda para el día que me vaya para siempre, sus últimas flores.

En resumen, conocí donde la señora Subercaseaux a casi todas las figuras de bulto de aquel entonces y de ellas conservo las cartas, los retratos, los libros y hasta los versos que se agitan a mi alrededor, mientras me acerco a mi vez a la época en que es más lo que se recuerda que lo que se espera; mucho más lo que se ha visto que lo que queda por ver y más lo que se ha sentido que lo que resta por sentir.

Volví—de más está decirlo—muchas veces donde la viuda del escritor insigne y siempre la encontré ocupada en algo simpático: pidiendo indultos o poniendo toda la distinción de su hogar en silencio al servicio de algo benéfico.

Mandaba o llevaba ella misma dos o tres veces por semana montañas de violetas con que cubrir los restos del escritor potente y originalísimo, cuyo recuerdo obsesionante era su tema predilecto: ha vivido contemplando una tumba que se hizo bien en colo-

car en alto, mirando la ciudad que la imaginación alada de Vicuña Mackenna intentó convertir en una resurrección artística de la Colonia y en un avance audaz hacia el porvenir.

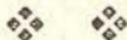
En sus pláticas de los domingos, la señora Subercaseaux reunía a todos los extranjeros ilustres que venían a Chile y le agradaba—¡curioso contraste!—juntar a los que empezaban su camino, animados de un optimismo insolente y juvenil, con los que habían «llegado», no siempre con la alegría estruendosa de Lillo, cuya fisonomía se mantenía joven, desafiando con intemperancia a los años, que a veces tienen influencia más decisiva sobre el reumatismo y la gota que sobre el espíritu.

Doña Victoria creía que siempre se vería rodeada de los árboles familiares, cuya sombra se agitaba musicalmente buscando en los caminos desiertos del parque al escritor fastuoso... No fué así y quiso la mala suerte que también se viera alejada de las flores que abrían sólo para ir a llenar con sus colores y su frescura la pequeña ermita de piedra que corona la cima del **Huelén**—nombre que **huele** a araucarias, y que es más hermoso y evocador que el de Santa Lucía, que es napolitano y suena a barcarola.

Ignoraba doña Victoria que había Bancos, escrituras, notarías, que viven esperando la hora de caer sobre los que les hacen la ofensa de ignorarlos o despreciarlos y un día el parque cerró sus puertas, terminaron las amables reuniones de gente de talento, o por lo menos joven, y la casita llena de anotacio-

nes y envuelta en el chal amatista de las glicinas, se ocultó más en la espesura.

Al recuerdo del delicioso autor de la «Historia de Santiago», se agregó entonces otro: el de la gran dama de pelo blanco y encajes negros que recibía a todos los extranjeros ilustres; que cortaba flores para las tumbas y que acogía, afectuosa y benévola, a los que se presentaban en la vida y en las letras sin más valores materiales que sus polainas y su pluma...







## CARTAS SIN SOBRE NI ESTAMPILLAS

De la pared roja de «La Ley» empezaban a salir chispas . . .

Tras la puerta, también roja, de la imprenta, pasadas las dos de la tarde, se divisaba la cabellera blanca y la fisonomía irónica de Palazuelos, quien mientras no montaba en cólera, lo que era raro por fortuna, no decía nada en serio, o, más bien dicho, hacía broma de todo lo serio.

Palazuelos venía del viejo cenáculo radical: los Gallo—¡y lo fueron!—el patriarca de sombrero chambergó y el poeta, don Guillermo, cuya cabeza de medalla más hermosa que sus versos, evocaba la de los artistas del Renacimiento.

Don Juan era, pues, un radical inflexible y conformó sus actos y su vida a sus doctrinas, capaces de quebrarse, pero no de doblarse.

Rechazaba con indignación desdeñosa, por ejemplo, el largo proceso de la reintegración del ser a la tierra por medio de la descomposición operada por el gusano encargado de la misión implacable, pero en la cual hay algo de grande y misterioso, de convertir en un cuajarón nauseabundo el cerebro en

que nació la idea, hermosa o repugnante, o el corazón en que se inflamó el sentimiento, que es ala, fuego, fantasía, espectro o mancha roja.

En nombre de la higiene y el afecto a la vez, don Juan rechazaba ese proceso que intenta igualar dentro de cuatro tablas negras, santiguadas por la cruz de la tapa, lo alto y lo bajo, lo noble y lo depravado, la nieve y el barro, lo que fué flor y lo que fué llaga: muerto uno de los suyos, aquel hombre a quien se atribuía la fría insensibilidad de los que concentran en vez de exteriorizar, no se encontró con fuerzas para entregar a la tierra el cuerpo de su hijo, al cual quería con toda la intensidad de un temperamento en que se juntaban la violencia, la tenacidad, el afecto: lo hizo quemar.

Consumada esta operación, guardó las cenizas en un vaso de bronce que siempre estaba cerca de él, invitándolo a inclinar en la meditación su fisonomía pálida en que zumbaba la ironía.

«La Ley» era Palazuelos: ataque a fondo, recio y sin cuartel; pero con algo ondeante y vistoso en el casco de los luchadores: recomendaba la forma elegante y ligera: «**suaviter in modo, fortiter in re**», como rezaba la intencionada síntesis latina de las «Cartas abiertas» que solían aparecer dominicalmente en el «diario rojo».

En la tarde, cuando de vuelta del Congreso, se llenaba de charlas, cuentos y actualidades la salita en que culminaba como una divisa de combate la cabellera blanca de don Juan, se hablaba de todo, sin ahondar ni disecar: Palazuelos era implacable con las disertaciones demasiado minuciosas...

Una de esas tardes, dijo don Juan que sería muy oportuno dirigir algunas «cartas abiertas».

Don Manuel Vicuña aprobó calurosamente la idea:

—Sí, señor, y han de ser bien abiertas. . .

—Según a quien vayan dirigidas.

—Sean para quien sean. . .

Don Manuel, bizarro contemporáneo de don Juan, no entendía de bromas: tenía más de sesenta años y estaba de novio.

—Podríamos empezar con alguno de los de la casa —propuso don Juan, dirigiendo a Robinet este alfiler de cabeza negra. . .

—Muy bien—dijo el «gringo Puelma», rojo como un pimentón en plena madurez, y que usaba una claridad terrorífica en sus diversas clasificaciones humanas, sociales, políticas y patológicas.

Aceptada la idea en principio, don Juan explayó su propósito: la carta, sería carta, tendría forma y tono de tal y en ningún caso de discurso parlamentario ni editorial del «Ferrocarril». Sobre todo, estaría llena. . .

—De buenas intenciones. . .

—Desde luego. . . De buenas intenciones y de anécdotas, recuerdos y chascarros sobre el personaje al cual vaya dirigida.

No se gastaría pólvora en gallinazos y, evidentemente, no se malgastaría tiempo, tinta, ingenio y papel, dirigiéndose a pichiruches.

—Podríamos empezar con Aníbal Zañartu, por ejemplo—dijo don Juan.

—Sí, señor,—aprobó don Manuel.

—¡Muy bien!—exclamó «el gringo», midiendo la piedad con sus pasos que entonces eran de parada.

—Aníbal tiene pocas aguantaderas—advirtió alguien que combatía a su modo la idea, peligrosa para la seguridad personal, de las cartas en proyecto. Además, cuenta con los «Galos!».

—No importa... Están listos los instrumentos y como se trata de cantar claro, pero no de herir...

Creía don Juan, como bien se ve, que se podía cantar... sin herir los oídos.

El querido director abrió un cajón en cuyo fondo no muy profundo, se veían, una encima de la otra, como ataúdes en miniatura, hasta dos cajas forradas en papel negro y en cuya parte superior campeaban estampadas las iniciales del célebre fabricante de instrumentos de precisión para mandar al otro mundo sin pagar gastos de pasaje: S. W., es decir, **míster** Smith Wesson...

En seguida abrió el bloc, como quien levanta la tapa del órgano, y rogó a los circunstantes que no se fueran sin escribir una anécdota, cualquier cosa, cualquier recuerdo sobre el destinatario de la próxima epístola, que sería «bien abierta», según la fórmula postal de don Manuel Vicuña.

—Queda abierto el buzón,—dijo don Juan, y, en efecto, aquella especie de registro retrospectivo quedó a la disposición del público, es decir, de los contertulios vespertinos.

Cuando la recopilación tomaba caracteres de enciclopedia, pasaba al redactor, que era a la sazón don Jorge Huneeus Gana, nada menos, el cual completaba y condimentaba admirablemente las «Car-

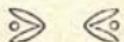
tas» . . . bien abiertas de los Domingos. Colaboraron además, en dichas piezas, dignas, lo que es bastante decir de «Severo Perpena», Suárez Mujica, persona de toda la confianza de Palazuelos, Fuenzalida Grandón y Custodio Espejo—«Oliverio Bertín».

No necesito dejar constancia de que aquellas curiosas epístolas hicieron las delicias del público, que agotaba las ediciones más altas de aquel entonces, siete, ocho o nueve mil ejemplares, alumbrados por una máquina de cuatro o cinco caballos—pasteros—que crugía y se lamentaba, no por nueva precisamente, sino por vieja y rezongona, y que echaba los diarios, extendidos y palpitantes, en brazos de Felipe —no de Felipe II, sino de Felipe el prensista,—y de Calderón,—no de la Barca, sino el compaginador.

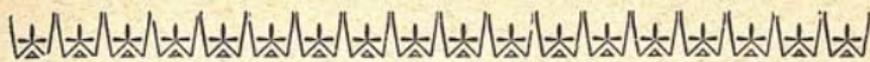
Fué enorme el éxito de aquellas cartas sin sobre ni estampillas; las puertas del diario permanecían abiertas de par en par hasta las doce de la noche el día que aparecían y don Juan solía decir sonriéndose a alguno de sus contertulios vespertinos:

—¿Qué tal te vendría la próxima?

Conste, de paso, que cuando «La Ley» de entonces prometía algo, el obsequiado podía contar con que se le cumpliría el ofrecimiento, aunque a Palazuelos le cayeran encima piedras con pico.







## DON FEDERICO

Estando en el Huique el señor Errázuriz Echaurren, dijo un día a su distinguida esposa:

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Que me han dado ganas de ser Presidente...

—¿De qué, Federico?

—¡De la República! ¡De qué había de ser!

El señor Errázuriz no tenía gran vida pública, pero poseía gran cantidad de dinero; era un espíritu travieso; conocía a todas las personas con derecho a voto que viven entre los Andes y el Pacífico y entre el desierto por el norte y la tierra de los chilotes por el sur.

—¿Qué más?

Hijo de un hombre eminente, quería proseguir sin gran trabajo la historia de un apellido en que el talento ha llegado a constituir una aristocracia y, como queda dicho, dijo, mirando las «pataguas» del Huique en que hallaban los zorzales habitación muy higiénica y barata: a ser Presidente tocan... ¿Por qué no?...

Costaría algo sonante la aventura, sin duda, ¿pero para qué estaban todos esos sembrados y pastales si no era para invertir en electores siquiera una parte de su producto?

Vino a Santiago, acompañado del simpático «macaco» Ruiz y las puertas, eternamente cerradas, de la casa de la Alameda, esquina de Gálvez, abrieron paso a una tertulia política a que empezó a concurrir una cantidad de gente que llevaba una linterna en la mano destinada a buscar un hombre adecuado para cerrarle el paso a una candidatura proclamada y empavezada de rojo por «La Ley», sostenida por el grueso de las «carabinas recortadas», como llamaba don Federico a los doctrinarios; por los radicales en masa, menos uno que otro cadete sublevado, y por los balmacedistas, majestuosamente presididos a la sazón por don Enrique Salvador Sanfuentes.

A la tertulia de don Federico concurría el grueso de los conservadores; una fracción de balmacedistas bizarramente presididos por don Angel Custodio Vicuña; liberales surtidos, es decir, grandes y chicos, y unos dos o tres radicales, encabezados por Carlos Luis Hübner, que ya condimentaba el sabroso «Lunch» que ofrecía muy luego en «El Diario» a los regocijados partidarios de la naciente candidatura.

El grupo empezaba a aumentar de una manera alarmante: un día se desmontó a la puerta del señor Errázuriz don Julio Zegers, que por sí solo representaba una división de vanguardia: alegre, juvenil, haciendo sonar el látigo en la elegante polaina inglesa, venía a tomar parte en la «campaña

errazurista»... Ya se le daba este nombre, lo que no era poco conseguir.

Otro día entró don Ramón Barros, que nunca gastó gran diligencia en pescar la banda—tan seguro estaba de pescarla cualquier día—pero que creyó esta vez que la codiciada insignia lo esperaba balanceándose en la punta del Cerro, sitio más elevado que cómodo, escogido como sede de la «convención amplia».

Otro día entró don Gonzalo Bulnes, quien redactaría después y ya en plena campaña, proclamas estentóreas «A la vieja Arauco».

Hablaba en alta voz Palacios Zapata, que tenía prisa en llegar cuanto antes a Palacio; tartamudeaba el ingenio delicioso de Vicente Grez; Galo y Alfredo Irrarázaval metían gran estruendo, preparando diarios y desfiles a pleno aire, y correteaban Mac-Clure y Víctor Echaurren, a caza de antigüedades, como que ambos eran coleccionistas.

Un día sonó una noticia de mucho bulto para aquella campaña que empezaba, si no partiendo por el eje, por lo menos disgregando a los partidos que aún no llegaban a engrosar con toda su gente las filas de la coalición: después de larga conferencia de don Federico con don Pedro, celebrada en el Vaticano de la Galería de San Carlos, era un hecho que los montinos concurrían a la «convención amplia» con levita, corbatón y sombrero de pelo—moda 1851.

Navarrete,—muerto cuando tanto se podía esperar aún de su talento—intelligentísimo, trabajador, pichón de sociólogo, economista y poeta como pocos en esta tierra en que, por fortuna, no abundan

mucho, despachaba en un ¡ay Jesús! centenares de cartas en que don Federico le golpeaba postalmente el hombro a sus amigos de provincia, con los cuales, naturalmente, mandaba recuerdos al vecino, saludos al cura, encargos al sacristán, memorias al subdelegado, homenajes de alta consideración al Gobernador y una buena palmada en la espalda o más abajo a su comadre tan querida, la señora del respetable propietario de la hijuela más próxima. . .

¡El señor Errázuriz entendía bien este ramo de la psicología nacional!

Abajo, en el ángulo izquierdo de cada carta, solía escribir él mismo según los casos: «su casa, Alameda», etc.

Don Federico—hay que reconocérselo—tenía el talento de la cartita: pasó un año despachando correspondencia a «buenos amigos» con el chaleco abierto en el cual campeaba la cadena con medallón acolchonado con pelo de la primera consorte, muerta al dar a luz el primer par de mellicitos.

—«Me escribe el mismo don Federico—exclamaban estos simpáticos destinatarios, y después de leer varias veces la epístola de Navarrete, le decían a la tercera señora:

—«Encájala por ai para contestarla a güelta de correo».

Hay que repetirlo: don Federico tenía el talento «ampio» como su convención, de la cartita lejana, que después es conservada como hueso de santo entre los recuerdos de la familia rural.

Todo iba bien, y el señor Errázuriz para hacerse el encontradizo con la gente se solía pasear al paso

por la Alameda y al toparse con don Julio, por ejemplo, decían ambos que no había más candidato que don Ramón, quien seguía mirándose la punta de la nariz con sus ojos de criollo ladino y, por consiguiente, no muy seguros de que la tierra sea redonda.

—La leche está cocida—decía Enrique del Campo, recientemente nombrado ayudante de **campo** de don Federico. . .

—Sólo falta echarle el «mote»—agregaba con fruición el «macaco» Ruiz Valledor.

En efecto, era un hecho la candidatura de aquel hombre bueno para nada porque lo era para todo y que no hizo otra cosa mala en su vida, que tener la ocurrencia peregrina de distraer su hastío y su salud vacilante, improvisándose Presidente de la República, puesto y sitio en que se aburriría en grande por más que se entretuviera poniendo, en colaboración con Vicente Grez, «motes» gráficos a todos sus ministros: Lord Akinson al corto de narices; huevo nidalero al político macuco que nunca fallaba en la tarea de formar Ministerio. . .







## DUELOS Y QUEBRANTOS

Una Convención muy amplia, como sitio y concurrencia, acababa de proclamar candidato a la presidencia de la República al señor Errázuriz Echaurren y don Ramón Barros, que había subido al Cerro creyendo que ahí lo proclamarían a él, bajó tal como había ascendido, mas, eso así, una de esas votaciones que son como salva con pólvora en día de aniversario que empieza a olvidarse.

El país, máxime la capital, se llenó de clubs políticos en que después de los discursos habituales y para no perder la costumbre, los adversarios no se iban a sus casas sino a las manos.

La campaña empezaba con ardor efusivo y menudeaban los desfiles con letreros, dísticos, bastones en alto, escolta de policiales bien montados y epílogo de cachetadas al aire libre.

Un día, al volver el señor Errázuriz de su primera gira, los elementos aliancistas lo esperan con una ruidosa contra manifestación.

Vibran los pitos, yerguen los garrotes su imponente cachiporra, suenan las cabezas y el carruaje en que

sube el candidato, parte a escape con las linternas apagadas.

Los manifestantes chocan a gusto en el **ring**, también muy amplio de la Alameda; unos corren y otros cargan y se viva rabiosamente a Reyes por un lado y a Errázuriz por otro.

La policía corretea sable en mano por el medio del paseo; ruedan algunos sombreros desgraciados que no quieren compartir los riesgos que corre el elevado sitio en que se ostentaban y estalla en medio de las sombras el lampazo sanguinolento de varios tiros.

Son a bala—me dice un coronel «dictatorial», quien tiene razón para conocer esa clase de molestias porque en Chorrillos le metieron un tiro que le entró bajo el ojo izquierdo—el cual quedó desde entonces, hasta la manifestación contra Errázuriz, un poco asustado—y le salió por el pescuezo el cual, a su vez, le quedó un poco torcido.

Nos colocamos dando el flanco derecho a un álamo—entonces había álamos, «cuncunas», y manifestaciones en la Alameda que por algo se llamaba y sigue llamándose de las Delicias—y vimos perfectamente desde nuestro observatorio vegetal a tres individuos que después de hacer fuego y vivar a Errázuriz daban media vuelta para repetir la maniobra unos cuantos pasos más allá.

—Son veteranos, pero se baten en retirada—dijo el Coronel.

En efecto, los tres basiliscos se retiraban en buen orden y haciendo fuego de pelotón; pero conste, por si el dato pudiera ser útil a la historia universal, que

ni el coronel ni yo nos sentimos tentados a abandonar el álamo mientras esa retirada no terminara del todo.

Me parecía haber recibido mi bautismo de fuego.

Cuando llegamos, avanzando prudentemente a la altura de la calle de Gálvez, hicieron varios disparos desde el interior de la casa del señor Errázuriz, en vista, seguramente de que los elementos reyistas empezaban a hacerse preponderantes.

—Son de carabina,—volvió a dictaminar pericialmente el coronel.

Como se ve, y para que se vea mejor entro en estas minucias, la campaña empezaba en forma que no dejaba nada que desear, y cuando apareció el órgano errazurizta, todo quedó listo para una animada campaña electoral: se llamó «El Diario», ese órgano, llegó a encararse mano a mano con «La Ley», y en él empezaron a campear plumas famosas Vicuña, don Angel Custodio; Bulnes, Galo y Alfredo Irrarrázaval, Hübner.

Los primeros, solían colaborar con artículos de fondo y atacaban a **diario** «los Galos»—entiendo que fué el señor König, don Abraham, quien los bautizó con este nombre feliz, prematuramente truncado por la muerte—con un ingenio que en vez de las armas de grueso calibre, prefería, generalmente, las que zumban y traspasan como una culebrilla brillante y juguetona en que no alcanza a agarrarse la sangre.

Se oían desde lejos las carcajadas exténtóreas de Galo y con rapidez inimitable improvisaba Alfredo, con el sombrero echado atrás y clavel al hojal, alfi-

leres, instantáneas, editoriales, marcando todo eso con el sello personalísimo de un talento y de un temperamento muy chileno y muy francés a la vez.

Al pie del retrato de un partidario muy sesudo y circunspecto del señor Reyes, escribió este dístico, que ahora recuerdo a modo de ejemplo:

«Con este ente  
triumfa Vicente...»

Al dar cuenta de un desfile reyista, decía que el honorable diputado por San Fernando tomaría colocación en el espacio comprendido entre las calles de Teatinos y Morandé. Se trataba del simpático gordo Jaramillo, querido de todos por su bondad, su buen sentido y su contagioso buen humor.

«El Diario» dejaba caer una lluvia de alfileres y veteranos y reclutas de «La Ley» comprendieron que surgía un enemigo formidable y cuando empezó a aparecer la sección que Carlos Luis Hübner suscribía con un pseudónimo quirúrgico—«Acido Fénico»—Palazuelos me preguntó si quería replicar...

Dejando a un lado la política y apreciando sólo el valor literario de los artículos del otro bando, yo celebraba como nadie el **humour**—más que gracia—de Hübner; los espadaños con rayos y centellas de los «Galos»; los períodos vibrantes de Bulnes y la prosa sonora de Blanlot; pero como a los veinte años y aunque se encoja el pellejo, no se desprecia la ocasión de aparecer como un mosquetero con el florete y la nariz en alto, le respondí a Palazuelos

que estaba absolutamente listo. Ya verían si yo, querendón y todo de mi epidermis, a la cual le he exigido un máximum de rendimiento, me andaba con chicas.

Tomé la pluma y escribí un título gordo, lleno y llamativo: «**El plato del día**».

Hecho el artículo, firmé «Fray Candil», aunque rabiara el bilioso Bonafoux.

Como «La Ley» salía en la mañana y «El Diario» en la tarde, Hübner alcanzó a contestar ese mismo día, invitando al jovencito Rodríguez Cuyo «a no meterse con la gente de barba». . . Me hallaba chico para él; me trataba como a peneca y manifestaba deseos de tirarme las orejas.

Embestí de nuevo, dando disciplinazos por donde caía y entonces «Acido fénico» llenó su frasco hasta el gollete y me tiró a la cara con su temible antiséptico.

Sentí el escozor, con lo que queda dicho que mi respuesta fué con rebenque mojado. . .

Tantas veces se me dijo entonces que mi contra réplica fué excesiva que—aún cuando antes y después del encuentro por venir sentí por Hübner una admiración de que he tratado de no ser pródigo,—debo recordar aquí que, en broma o en serio, el hecho es que él empleó en su artículo más de una palabra absolutamente inaceptable.

Debí limitarme a sacarlo de la curiosidad malévola en que parecía estar sobre mi procedencia social, darle algunos breves y modestos datos de parroquia y decirle que mi padre se llamaba don Javier Rodríguez Vargas y doña Olegaria Mendoza Valenzuela,

mi madre; que mi abuela paterna, que no era tuerta ni fea como sus nietos, se llamaba doña Mercedes Vargas Bascuñán (1); que siendo muy niño, mi padre fué mandado por su familia a estudiar en una escuela Naval de Barcelona; que peleó en el combate de Casma en un buque mandado por su hermano paterno, don Manuel Díaz Vargas, viejo lobo de mar

---

(1) Nunca me he preocupado de estas paparruchas, porque creo que, como decía Renán, sólo se es aristócrata por el desprecio de lo bajo y lo vil; pero ya que Hübner y quién sabe cuantos más me creyeron un fenómeno de generación espontánea, me puse a trasegar papeles viejos, muy viejos.

Un día, me dijo el señor Amunátegui Solar, don Domingo, que, entre otros documentos heredados de su ilustre padre, él había tenido en su poder una carta autógrafa en que Carlos II, Rey de España, recomendaba al Gobernador de Chile, Don Marco García Ravanal, quien no alcanzó a hacerse cargo del gobierno que le había confiado Su Majestad, la persona del capitán de caballos don Agustín de Vargas, primer español de este apellido venido a nuestro país.

El señor Amunátegui Solar obsequió dicho documento, muy interesante para los descendientes del susodicho don Agustín, que han sido tomados como productos de generación espontánea, a don Joaquín Santa Cruz y Vargas, quien lo obsequió a su vez a Moisés Vargas Molina, quien, a su turno, me decía en carta de 9 de Enero de 1919:

«Querido amigo: El documento que tengo aquí en mi estudio, consiste  
« en una nota oficial, firmada por Carlos II en 1680, en la que recomienda  
« al Gobernador de Chile, al Capitán don Agustín de Vargas. Este fué nom-  
« brado Capitán de caballos por don Francisco de Meneses con quien vino  
« desde España y fué después Corregidor de Santiago. Recibió como enco-  
« mienda el territorio situado al oeste de Talagante hasta el mar y su hijo  
« don Gonzalo de Vargas cedió el terreno para que se edificara Melipilla,  
« cuya calle principal lleva todavía el nombre de la familia. El último punto  
« que recuerda esta propiedad raíz de los Vargas, es la hacienda de «Lo  
« Vargas», al oriente de Melipilla. No hay que confundir nuestra familia  
« en que están los Santa Cruz y Vargas, los Vargas Larraín, Vargas Iñiguez,  
« Vargas Bello, con la rama de otros Vargas. La nobleza de los Vargas, si  
« es que hubo alguna, arranca del hecho de que no lo hubiera recomendado  
« el Rey ni le hubiera agregado el «Don», si no hubiera sido noble, siendo  
« que aún gobernadores hubo y miembros también del ejército y de la Real  
« Audiencia que no llevaban antepuesta esa partícula. No hay ningún título  
« de Castilla ni escudo de armas de por medio. En su testamento, que tam-  
« bién tengo original, don Agustín declara ser natural de la Villa de Madrid.  
« Su madre era doña Polonia de Sotomayor. En el libro de Cuadra sobre  
« familias coloniales, (Sociedad Chilena de Historia y Geografía) hay tam-

a quien encargó Portales la captura de Freire (2); que fué el primer gobernador, laborioso y apacible, que tuvo un lugarejo pintoresco, Limache, hoy ciudad; y en el cual eran los míos terratenientes de un

« bién datos. Si usted va a hacer algunos comentarios en su libro, conven-  
« dría que tomara también varias familias a la vez para no singularizar  
« la nuestra. Juan Luis Espejo, hijo de don Juan Nepomuceno, podría darle  
« en breves minutos interesantísimas informaciones. El lunes o martes pró-  
« mo le enviaré, después de almuerzo, los documentos originales con un jo-  
« ven empleado en mi estudio, rogándole que no los preste a nadie. Si alguien  
« quiere verlos podría ir a su casa. Si yo alcanzo a darme tiempo, los llevaré  
« personalmente».

I

«Pedro de Madrid y Catalina Martínez, madrileños, fueron padres de  
« Juan Bautista Ventura, hermano éste de Francisco Martínez, que sigue. (\*)

II

«Francisco Martínez, nacido en 1514, hijo de Catalina Martínez y pro-  
« bablemente de Pedro de Madrid, pues en aquella época era costumbre  
« que los hermanos usaran diversos apellidos, se asoció en el Perú con don  
« Pedro de Valdivia para emprender la conquista de Chile. Vino a este país  
« en 1543, fué vecino encomendero de Santiago y tuvo por repartimiento  
« los indios de Colina. Fué factor y contador real y sirvió cargos consegibles  
« en diversas ocasiones; murió en 1573. Más datos en «Los Conquistado-  
« res», tomo V, págs. 68 y 69».

III

«El capitán Gonzalo Martínez de Vergara, hijo del precedente y de  
« doña Mariana Pico de Plata, Cacica de Chacabuco, nació en 1570 y testó  
« en Santiago ante Manuel de Toro Mazote el 15 de Junio de 1644.

«Casó con doña Teresa de Ahumada, hija del capitán Juan de Córdoba  
« y de doña Gerónima de Ahumada, ambos mestizos, hijos respectivamente  
« del conquistador Alonso de Córdoba y del capitán Agustín de Ahumada,  
« gobernador provisto de Tucumán y hermano de Santa Teresa de Jesús.  
« Datos de Córdoba y Ahumada en «Los Conquistadores de Chile», tomo I,  
« pág. 109, y tomo III, pág. 76».

IV

«Doña Juana Martínez de Vergara y Ahumada casó con el capitán  
« Francisco de la Rivilla y Vargas, y ambos fueron padres de...

V

... «Doña Francisca de la Rivilla, casada en 1673 con don Agustín de  
« Vargas, de Madrid, hijo legítimo de don Pedro de Vargas y de doña Po-  
« lonia de Sotomayor».

(\*) Estos datos, a su vez, han sido proporcionados al autor por Don Tomás Thayer Ojeda.

pedazo de suelo, perfumado y frutal, que después compró el «manco Villarino», es decir, de don Joaquín Villarino; y que la familia de mi madre, quien vive y cuyos pasos resuenan muy cerca de mí mien-

«Don Agustín fué Alcalde ordinario de Santiago y por ese motivo adquirió derecho al uso del tratamiento o título de Maestre de Campo. No tengo más noticias particulares de su vida. Su familia vinculada por sus hijos a las de Jofré de Loaysa, Roco de Carvajal, Ramírez Toro Mazote, y León Elguea, constituye uno de los troncos de la alta sociedad de esta capital. Trata de ella Cuadra Gormaz en sus «Doscientas familias coloniales de Santiago», págs. 144 y 147.

«De los hijos de don Agustín de Vargas, dejaron descendencia:

#### VI

«Don Pedro Nolasco, casado con doña Manuela Jofré Loaysa;  
«Don Miguel, casado con doña Teresa Roco de Carvajal y Covarrubias;  
«Don Gonzalo, con doña Josefa León y Elguea;  
«Doña Bartolina, con don Pedro Ramírez y Toro Mazote».

#### VII

«Don Gonzalo de Vargas y de la Rivilla casó con doña María Josefa de León y Elguea, hija legítima del capitán don Juan de León y de doña Juana de Elguea. La escritura de dote y arras, que ascendieron a pesos 3.798, se extendió ante el escribano Gaspar Valdés el 6 de Diciembre de 1708. Archivo de Escribanos, vol. 421, fs. 30 a 33.

«Doña María Josefa otorgó poder para testar a favor de su marido en la estancia de Pangué el 9 de Diciembre de 1730, ante su confesor, fray Nicolás Freytes y testigos. Don Gonzalo cumplió su mandato, extendiendo el testamento de su mujer ante el escribano José Alvarez de Henestroza el 12 de Julio de 1731. Escribanos, vol. 530, fs. 383 a 385.

«Fueron sus hijos legítimos:

«Don Antonio de Vargas,

«Don Juan,

«Don Sebastián, presbítero,

«Don Gonzalo, que sigue,

«Don Francisco, casado con doña Luisa Cuevas y Oyarzún,

«Doña Francisca, monja clarisa.

«Las particiones de los bienes de don Gonzalo y de su esposa, se hallan en el volumen 559, págs. 123 a 153, vuelta, del Archivo de Escribanos. «año 1748».

#### VIII

«Don Gonzalo de Vargas y León, radicado en Melipilla, casó con doña Josefa de Gamboa y Corvalán, hija legítima de don Basileo de Gamboa y

tras escribo estas líneas, viene del campo, pero de campo propio y con nombre muy criollo.

También debí decirle para que no siguiera creyendo que yo venía de Cuyo, que es provincia de la otra banda y no de ésta, que muerto el jefe de la fa-

« Zúñiga y de doña Petronila Corvalán y Fuentes Pavón. Conozco los siguientes hijos:

« Don Tomás de Vargas,

« Don Juan de Dios, que sigue,

« Doña Gertrudis, casada con don Antonio de Covarrubias;

« Doña Ignacia, casada con don Diego Gallardo e Hidalgo.

« La partida de bienes de los Vargas y Gamboa se halla en uno de los protocolos notariales de Melipilla».

## IX

« Juan de Dios Vargas casó en 1789, en Melipilla, o San José de Logroño, como antes se llamaba, con doña Mercedes Bascuñán, hija legítima de don Manuel Bascuñán y Meneses y de doña Agustina de Sotomayor y Serrano».

La partida de matrimonio, cuya ortografía es el primor de los primores dice así:

« Enrique Salinas, Cura y Vicario de la Parroquia de Melipilla, certifica que a fojas 197 del libro dos de matrimonios se encuentra una partida del tenor siguiente: En esta parroq. de Sn. Jphf de Logroño en beinte uno de Febrero de mil cetecientos ochenta y nueve años dispensado el Sor. Dor. Jph. Ani. Martínez de Aldunate, Provisor y Vicario Capit. en Sede Vacante la Proclamas y no resultando ympto. casó segun ordn. de N. S. m. 1. con mi licencia el pe. Mro. Fr. Jphf. Zumaran ordn. de Redepores a Dn. Juan de Dios Vargas Esta Docta. hij leg de Dn. Gonzalo Vargas, y D.<sup>a</sup> Josefa Gamboa con Dña. Mercedes Bascuñán esta Doct.<sup>a</sup> hij leg. de Dn. Manuel Bascuñán y D.<sup>a</sup> Agustina Zotomayor siendo test. Man. Bascuñán y Andres Nuñez de qe. doy fé». Hay una rúbrica. Es copia fiel del original citado. Melipilla, Marzo, 10 de mil novecientos diecinueve. (Sello parroquial). Enrique Salinas G., Cura y Vicario».

Del matrimonio de don Juan de Dios Vargas y doña Mercedes Bascuñán nació doña Mercedes Vargas Bascuñán, mi abuela, quien estrechó, según la partida que se copia a continuación, los sagrados vínculos matrimoniales con don Rafael Rodríguez Soto y Aguilar, abuelo del mentado «**A. de Géry**»:

« **Copia.**—Parroquia de Santa Ana, en Santiago de Chile.—El Cura Rector certifica que a fojas 153 del libro número cinco de Matrimonios se encuentra una partida del tenor siguiente: En esta ciudad de Santiago de Chile, en primero de Septiembre de mil ochocientos veintiún años, dispensadas las tres moniciones que el Derecho dispone por el señor Go-

milia, mi madre arrendó lo que era inmueble y enajenó lo que era mueble y chafalonía, para venirse a Santiago con camas y petacas a educar a sus hijos, uno de los cuales, Manuel, fué un hombre cultísimo,

---

« bernador del Obispado, Doctor José Antonio Errázuriz, y no resultando  
« impedimento, casé según orden de Nuestra Señora Santa Madre Iglesia  
« a Rafael Rodríguez, natural de la ciudad de Concepción, hijo legítimo de  
« don Rafael y de doña María Soto y Aguilar, con doña Mercedes Vargas,  
« natural de esta ciudad, hija legítima de don Juan de Dios Vargas y doña  
« Mercedes Antonia Bascuñán. Testigos don José Mría. Rodríguez y don  
« Erciliano Alvarez de que doy fé. Fr. Domingo Herrera», etc., etc.»

Lo transcrito y lo que podría seguir transcribiendo, habría bastado, si no me equivoco, para probar a «Acido Fénico», es decir a Hubner. que estaba equivocado al creerme de generación espontánea o algo parecido.

(2) Discurriose entonces una estratagema—que se ha atribuído al Ministro Portales y que en realidad guarda consonancia con la concepción rápida y vivaz de que estaba dotado—y que fué enviar a Chiloé la misma fragata (la «Monteagudo») suficientemente armada para cojer de sorpresa a los expedicionarios. El 13 de Agosto en efecto salía de Valparaíso la «Monteagudo» al mando del inteligente comandante don Manuel Díaz con una tripulación bien provista y con una compañía de línea mandada por don Fronnando Cuitiño.

.....

«Mientras los partidarios de la revolución se entregaban a la más loca alegría en la ciudad, el comandante de la «Monteagudo», con el disfraz que el mismo buque le proporcionaba, se imponía del estado de la plaza y preparaba las cosas para un asalto. Del «Orbegoso» fué despachado un práctico que se presentó delante de la fragata y después de mandar algunas maniobras que se ejecutaron puntualmente, subió a bordo, donde por sus indicaciones se disparó un cañonazo para evitar que la fragata fuese ofendida por la fortaleza de Agui, que tenía diez cañones montados y cien hombres de guarnición. La señal fué dada al grito de ¡Viva Freire! que la tripulación dió sin vacilar. Muy cerca de aquella fortaleza se encontraba ya la fragata cuando fué arrebatada por la corriente y puesta en la necesidad de buscar abrigo en la caleta de un islote que próximo al puerto se encuentra. Vino la noche; el cielo estaba sereno y alumbraba una hermosa luna. Como a las doce se hacían los últimos aprestos en las embarcaciones menores de la «Monteagudo» para asaltar las fortalezas y los buques de los revolucionarios, cuando llegó un emisario del general Freire con una carta de felicitación para el coronel Puga, a quien suponía sano y salvo a bordo. El emisario fué detenido y las embarcaciones partieron a su destino. Dos botes tripulados por doce marineros y doce soldados a las órdenes de los oficiales Espejo y Bustos y el piloto, fueron destinados para abordar los buques y una lancha en que se embarcó el comandante Cuitiño con cuarenta y dos hombres de

unas veces misántropo y otras ironista y siempre buenísimo a pesar de sus nervios.

Otro, el menor, el **cadet**, andando el tiempo, se había acercado con gran ímpetu, literario y periodístico, a los diarios y, a la sazón, escribía en «La

tropa y los oficiales Hinojosa y Díaz y un empleado entusiasta y amigo de empresas arriesgadas, llamado don Rafael Rodríguez, se dirigió a tomar la fortaleza de Agui. La empresa se realizó con extraña felicidad. Los jefes y oficiales del «Orbegoso» y de la «Elisa» estaban en tierra celebrando todavía el arribo de la «Monteagudo», y los escasos tripulantes de aquellos dos buques fueron sorprendidos y rendidos con facilidad. No fué menos feliz la empresa de Cuitiño el cual se aproximó al castillo de Agui hasta ponerse al habla con sus guardianes a quienes hizo creer que hablaba con el coronel Puga. Loáiza, que estaba allí, hizo bajar a la playa algunos soldados para que ayudasen a varar la lancha y protegiesen el desembarco de los recién venidos. Cuitiño y los suyos llegaron al recinto del castillo y, rodeando a la desprevenida guarnición, la obligaron a rendirse. A las tres y media de la mañana todo estaba concluído. Eran las últimas horas del festín en la ciudad, y algunos velaban todavía. A la luz de la luna, vióse entonces que el «Orbegoso» y la «Elisa» eran sacadas del fondeadero y que la «Monteagudo» estaba allí como en actitud de proteger la retirada. Junto con esto, se difundió el rumor de que la fortaleza de Agui había sido tomada por sorpresa. El rayo cayó en el corazón de los revolucionarios. Williams y el capitán Dueñas corrieron a la batería del muelle e hicieron fuego a los buques que se retiraban, dando algunos balazos, aunque sin gran daño al «Orbegoso» y la «Elisa», y echando a pique dos embarcaciones menores. El comandante Díaz puso los buques en lugar seguro y quedó en expectativa de los sucesos de tierra».

«En la noche del 29 (año 1836) fueron a la «Monteagudo» Williams y Henson, y contando el primero con que el comandante Díaz ignorase, como ignoraba en efecto, quienes habían hecho fuego con la batería del muelle, le instó para que atacase la ciudad y la tomase a viva fuerza. El comandante se guardó bien de aceptar la proposición, no viendo en ella sino un ardid empleado para dividir sus fuerzas y proteger la evasión del general Freire en un buque ballenero francés que había en el puerto. Los hechos consumados autorizaban a esperar que la tropa que existía en el pueblo reaccionara de un momento a otro. En efecto, la misma noche del 29 de Agosto, un batallón de doscientos veinticinco milicianos, que estaba acuartelado, se amotinó y salió de su cuartel echando vivas al gobierno y al general Prieto y fué a situarse en el alto de Bellavista, en donde entregó las armas y equipo a dos comisionados de la municipalidad, dispersándose en seguida. Al siguiente día, la tropa de línea volvió a la subordinación del gobierno de la República. La municipalidad llamó a Carvallo que dejó su retiro y asumió de nuevo el mando de la provincia».

Ley», firmando unas veces «**A. de Géry**» y otras «**Fray Candil**», según como cayeran las pesas...

En vez de decirle algo de eso, me largué a buscarlo a la Plaza de ... Armas, donde se iba todas las tardes a saborear, sentado en un banco y en amable plática con sus amigos y admiradores, su artículo fresco.

Dicho y hecho: ahí estaba Hübner con Agustín Viollier, el «godo» Lamas y el «caco» Correa, si mis recuerdos, que cualquier día se enturbian o se acortan—los años, decía Blanco Cuartín, alargan unas cosas y encogen otras—si mis recuerdos no me engañan, lo que no tardarán mucho en empezar a hacer.

El diálogo fué corto y áspero: exigí que esa misma noche y sin intervención de padrinos, retirara o explicara Hübner los conceptos hirientes de su artículo.

En vez de esa explicación, recibí una carta, que conservo, y que se limitaba a decirme que me dejara de seguir molestando...

¡Como si uno no entrara a molestarse a campañas como aquélla!

En vista de que la gestión personal y verbal no había tenido resultado alguno, me encerré en mi cuarto de «La Ley», y llevado, más que por la ofensa, por la excitación del momento, estampé—es la palabra—un artículo que resultaba desproporcionado con relación a las ofensas que el señor Hübner me infería en su último «Lunch».

Me sentí aliviado después de escribir aquel brulote y con el corazón y el hipocondrio muy ligeros,

di comienzo a mi itinerario nocturno: tenía veinte años y ganas de tener un duelo a cualquier costa . .

A esa edad—la sentencia es de Rochefort—no se desprecia la ocasión de un lance y no sería yo, que acababa de ser despectivamente llamado «el jovencito Rodríguez Cuyo», quien no recogiera el guante, manchado con ácido fénico o tinta cáustica, que acababa de arrojármelo.

Esperé todo el día siguiente y en la tarde nos fuimos a comer, en comité alegremente confidencial, con el «chico Grez», hijo, errazurista, circunstancia que no impidió que aquel ágape, más campestre que urbano, fuera muy agradable.

De regreso a la imprenta, me encontré con una carta, que copio, como curiosidad y hasta como modelo para los aficionados:

«Santiago, 19 de Marzo de 1896.—Señor don Emilio Rodríguez M.—Muy señor nuestro: Hemos recibido encargo de don Carlos Luis Hübner para pedir explicaciones por un artículo publicado en «La Ley» de hoy y que ha sido escrito por usted, según nos lo ha manifestado el director del diario. Esta noche hemos estado a buscar a usted y como no lo hemos encontrado, querríamos agradecerle la benevolencia de reunirnos mañana viernes a las 9½ A. M. en el Club de la Unión. Dado caso de que usted no pueda asistir a esa hora, le estimaremos nos conteste al local citado, indicándonos la hora en que podríamos reunirnos con usted o con las personas que usted designe. Somos de usted A. A. y S. S.—José Domingo Amunátegui Rivera.—Luis Izquierdo».

Contesté diciendo que por haber llegado a deshoras a la imprenta, no había alcanzado a designar las personas que me habían de representar, lo que iba a hacer con el mayor placer.

Y me fuí a dormir pensando que nunca pasó nada en estos lances; pero al apagar la luz y quedar a oscuras, empecé a colegir que a veces suele pasar y que se dan casos...

Al día siguiente, expedí un decreto supremo, nombrando padrinos a Alejandro Fuenzalida Grandón y a Carlos Aldunate Bascuñán y a las cuatro de la tarde quedaban arregladas las condiciones del encuentro, sin más novedad que el cambio de Amunátegui Rivera, por Alfredo Irarrázaval que hizo Hübner.

Las condiciones, que copio del acta, fueron las siguientes y conste que no le concedo a todo esto sino un mero interés de anécdota juvenil:

«1.º El encuentro tendrá lugar mañana a las diez, en el lugar que los padrinos designen a su tiempo».

«2.º El arma elegida es el revólver Smith y Wesson, calibre del 38, o sea calibre medio».

«3.º La distancia será quince pasos».

«4.º Se cambiarán dos disparos a la voz de orden de los padrinos a menos que en el primero haya corrido sangre».

Está bien, dijo don Juan Agustín Palazuelos, al conocer las susodichas condiciones.

—¿A esto es lo que llaman apuntar sin ponerse de espalda?—pregunté a mis padrinos.

—A esto mismo—contestó Carlos Aldunate, glorioso sobreviviente del asalto al Morro de Arica.

Se dan casos—pensé, dejándome coger por la prudente inquietud de la noche antes, al soplar la luz para quedarme en vela.

Al día siguiente a las diez, padrinos y apadrinados, se reunían matinalmente en el patio de «Papá Gage», que era bien conocido para los primeros y los segundos.

Alfredo Irarrázaval, el célebre autor de los «Guitarrazos», a quien no conocía hasta ese instante, actuaba de pantalón claro y flor roja al ojal. Me observó con interés y miré a mi vez con simpatía. Hübner y sus padrinos se situaron a un lado y yo con los míos a otro.

Asistían en calidad de cirujanos, y hasta ese momento, era esto lo único de mal agüero, Corvalán Melgarejo y Marcial González.

Poco después de las diez dábamos a un carruaje—asignémosle este nombre por decoro municipal—de aquellos de trompa y faroles rojos, una dirección que yo oía por primera vez: «Lo Bezanilla».

—¿Dónde es eso?

—En una quinta donde hay emparrados y frutillares.

Carlos Aldunate hizo una broma digna de Marat:

—Al que quede estirado, se le agarra de los calamorros y se le tira para el Cementerio.

—Claro—le dije a fin de que no creyera que me comía el miedo—para qué se volvería al centro con el finado!

Estaba Alfredo Irarrázaval midiendo los pasos

debajo de uno de los emparrados sobre horcones, cuando llegó un comisionado de la policía secreta, quien dijo que tenía orden del Intendente para impedir el duelo.

—Hé aquí un policial caído del cielo—pensé; pero como frecuentemente suele aparentarse por fuera algo diverso a lo que pasa por dentro, dije fuerte que eso significaba un atropello a la propiedad privada.

Uno de los policiales se quedó mirando y hasta creo que intentó explorarse la parte interior de las narices.

Un momento después y para mayor sosiego de ambos adversarios, el Intendente de la provincia, señor Bravo, declaraba por teléfono que la intervención de la autoridad se debía, no a un denuncia, sino a las investigaciones de la sección de pesquisas.

Nos cambiamos con Hübner una mirada de beligerantes en territorio neutral y empecé a internarme en «Lo Bezanilla», en busca de fruta fresca, madura y gratis... Los duraznos ofrecían al sol su mejilla más sonrosada y sensual; cantaban los zorzales algo agreste y matinal y los racimos estiraban hacia la tierra sus granos transparentes, por un lado de oro y por otro de esmeralda, como el bordado de las casullas.

Los padrinos iban a reunirse de nuevo en ese momento y me saltó entonces una ocurrencia que me complazco en recordar como una prueba de que nunca sentí por Hübner odiosidad alguna: pedí, en efecto, a mis representantes que dejaran constancia

escrita de que se había atribuído a ciertas expresiones de mi artículo un alcance que no correspondía al que yo les había querido dar y que hacía esta declaración, siempre que en nada alterara lo ya convenido respecto del lance.

Hice bien al obrar así, porque la única intención del artículo que provocó el duelo, fué que hiriera exclusivamente a Hübner.

El acta levantada al respecto dice así:

«Los representantes del señor Rodríguez Mendoza expusieron que su apadrinado creía de su deber expresar que en el artículo de diario que ha dado origen al proyectado duelo, se habían usado expresiones a las cuales él como caballero declara no haber querido dar el alcance que algunos han creído ver. Hace el señor Rodríguez esta declaración, en la inteligencia de que ella no modifica las condiciones del duelo».

«En vista de la imposibilidad, agrega dicha acta, de llevar a efecto el encuentro, los testigos que firman acordaron verificarlo fuera del país.—Santiago, 21 de Marzo de 1896.—Luis Izquierdo, Carlos Aldunate, Alfredo Irarrázaval, Alejandro Fuenzalida G.».

Tomamos en la tarde el expreso a Valparaíso y tan pintoresco se iba haciendo todo aquello, que concurrió a la partida una dama hermosísima, ya muerta, que no nombraré para no meterme en algún duelo con difuntos y que, evidentemente, no iba por verme a mí o al doctor Corvalán Melgarejo... Era alta, rubia, elegantísima, venía de París y tras

los impertinentes con que miraba, fulguraban unos ojos de gata fina.

Positivamente, como se ve, hay cosas mucho más agradables que andar en duelos y quebrantos.

Partió el tren y su primera bocanada de humo borró de golpe esa silueta de novela d'annunziana o de drama a lo Henry Bataille.

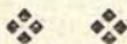
En Llay-Llay, lugarejo que huele a chirimoyas y bizcochuelos, tomamos el tren para los Andes, donde pernoctamos, en el mismo hotel y en piezas contiguas con Hübner.

—Compadre, no me ha dejado dormir con sus ronquidos—le decía al día siguiente Alfredo Irarrázaval.

No oí yo tales ronquidos, y creo que tampoco le fué dado disfrutar de ellos a nuestro actual representante en el Brasil.

¿Tienen algún interés estas anécdotas, cuyos testimonios documentales empiezan a otoñar?

Tal vez no; pero son la vida, la realidad, la plena vibración juvenil de quienes han actuado largamente en la prensa. ¿Cómo? Lo dirán otros, los que vengan mucho después y cuando ya no ocupemos hueco...





## A LA UNA, A LAS DOS, A LAS TRES...

Observaba, afirmado en la puerta del hotelito, el pueblo que empezaba su apacible vida provinciana—consistente en levantarse, comer, dormir siesta, volver a comer, esperar los trenes en la estación y volver a acostarse después de estirar un poco las piernas, cuando alguien me dijo:

—«Permiso»...

Era Hübner que iba a alguna diligencia matinal.

Las campanas parroquiales despertaban sin gran alborozo, en su palomar con ganas de parecer torre, —¡siempre las pretensiones!

Como había tiempo de sobra antes de tomar el tren a Salto del Soldado, llegué hasta la plaza y no tardé en divisar a un señor sentado en uno de los bancos del paseo.

¡Qué hora para tomar el fresco!

Sería, tal vez, algún trasnochador o algún aficionado a respirar primero que nadie el aire de la mañana.

Caminé por el interior de la plaza sin que me viera. Parecía profundamente abstraído,

Afirmaba los codos en las rodillas.

Su respiración era cavernosa. Se ahogaba.

¡Algún enfermo!

Me acerqué más. Monologaba:

«Buen dar, Señor, que me vaya a morir!».

Sentí ese miedo que acerca al misterio y reconocí en esa voz, escapada de un ataúd a medio cerrar, la verdadera muerte, la que no usa ni testigos ni hace la farsa de un valor que no existe, puesto que éste no es algo permanente sino esporádico.

Me alejé asustado, obsesionado por esa voz de vencido, que sigue pidiendo gracia.

Confundidos con las flores porque acaso lo son, cantaban los pájaros dando a la atmósfera las palpitaciones regocijadas y solemnes de una vida que no es la comedia, risible o penosa—una de dos—de los hombres.

Se extendían tras los árboles los tintes sonrosados de esa hora en que el día es todavía algo indeciso y mientras seguía hacia el hotel, me parecía escuchar una y otra vez la voz cavernosa de aquel enfermo anónimo que gemía aferrándose a la cruz coronada de espinas de la vida.

Por primera vez durante aquel duelo de bohemia y de aventura,—no lo recuerdo por otra cosa—me sentí de mal humor y perseguido por ese grito en que había dolor, humildad y hasta un poco de esperanza:

«Buen dar, Señor!»...

En fin, adelante con los faroles—pensé colándome al trencito que no tardó en deslizarse como un juguete de niños al pie de la montaña que se agigan-

taba bajo el cielo en que se había quedado prendida una estrella que aún no absorbía del todo la luz del sol.

Avanzábamos hacia la altura hasta la cual teníamos el desplante de llevar nuestras vanidades, nuestras pequeñeces y nuestro afán de presentarnos en una actitud teatral.

Aquel escenario resultaba demasiado grande para los que intentaban presentarse como enemigos irreconciliables que a nada temían, siendo que en realidad temían a todo... ¿No habría sido mejor llegar al final de este episodio electoral en la quinta aquélla, llena de emparrados agujereados por la luz que trasparentea los racimos y de higueras entre cuyas hojas, que bien podrían servir para reemplazar a la de parra, se asoleaban los zorzales picoteando los higos de Cleopatra?

Estoy cierto que si no hubiera sido por temor a la risotada santiaguina, Hübner y yo habríamos dicho: está bueno, volvamos y que «el jovencito Rodríguez Cuyo» siga por un lado y «Carlos Luis» por otro, ya que, si ancha es Castilla, aún más ancho es el mundo. ¡Hay lugar para todos! No lo olviden los que tratan de enterrar prematuramente a los que van delante...

Carvalho, creyendo que mis nervios empezaban a aflojarse como elástico de zapato, tuvo una frase digna de la hora suprema:

—Géry lleva en esta ocasión la bandera de la Alianza... ¡Qué gallo!

—Lo que llevo, Ramón Liborio, es un deseo bastante explícito de volverme para atrás.

Y volví a la psicología experimental:

—¿No cree, colega, que un duelo es casi siempre más vanidad que odio?

—Lo importante, ché, es batirse por principios—replicó Carvallo, irguiendo su cabeza de girondino desmelenado por el viento de la montaña.

—¿Y por qué me llama «ché»?

—Por si tenemos que pasar a la otra banda. . .

—Lo que Dios no ha de querer.

Silbó el trencito de Navidad, haciendo ruido de pito tocado desde el «paraíso» de un gran teatro, y empezó la marcha en busca de un sitio adecuado para romperse la crisma.

De repente, me acordé de nuevo de la voz ahogada de aquel pobre señor que agonizaba al aire libre, rodeado de árboles, nidos, cantos de ave y luz de amanecer: «Buen dar, Señor»! . . .

Y al ponernos en marcha cordillera adentro, también me pareció sentir la voz de mi madre el día del madrugón para ir a la quinta de Bezanilla:

—«¿En qué trajines andas, basilisco?».

Oprimí debajo del brazo la caja negra con los dos revolvers Smith Wesson.

—Aquí estaría bueno—dijo en ese instante Irrázaval, que marchaba de descubierta. Eso sí,—agregó—que los padrinos no tendrían donde ponerse.

El camino era angosto en esa parte y el río corría al fondo muy enojado y a estrellones.

Estábamos en plena cordillera y la grandeza amenazante del sitio contrastaba, evidentemente, con la gresca periodística que ahí había llevado a toda

esa gente joven, alegre y dispuesta a pedirle y darle todo a la vida, que recién empezaba para ellos y, sobre todo, para mí que tenía por delante muchos años a cuya cuenta girar sin tasa ni medida.

Como para que resaltara más nuestra pequeñez y nuestros espavientos, la cordillera parecía una decoración de poema bárbaro en ese instante: resplandecían las cumbres, ignorantes de lo que pasaba a sus pies, en el camino que parece una raya hecha con el dedo entre las hondonadas, y en el cual, padrinos y apadrinados, buscaban concienzudamente un sitio pintoresco y cómodo en que descargar armas cuyo estampido parecería ¡y esto! el chillido de algún pájaro ciruelero, asustado de haberse remontado a esas alturas.

La verdad es que para haber estado bien en carácter respecto del sitio, habría sido necesario batiarse con traje de templario o, por lo menos, de trovador, vestimenta que con sus respectivas barbas de crin o de lana de primera, tal vez habríamos podido hallar en la guardarropía del Municipal y que, a fin de no ser usada durante el trayecto, habría podido ser llevada en calidad de equipaje de mano hasta el magnífico sitio del encuentro.

En la cumbre del Juncal se quebraba la luz, como si en su cima hubiera caído pulverizado durante la noche un diamante colosal que empezaba a derretirse formando cascadas en forma de **aigrette**.

Los padrinos habían encontrado por fin el sitio en que desenfundar «los pedritos» y como en ciertas situaciones toman las ideas la forma majadera del

estribillo, recordé de nuevo y con evidente inoportunidad el sentencioso refrán de que «se dan casos»...

Viniendo de la otra banda, pasaba en ese momento un arriero que de Sancho tenía, por lo menos, la panza y el borrico, las alforjas y la montura de villano. Miró como si llevara tierra, sueño y otras cosas en los ojos y paró su macho el cual juzgó prudente no perder la oportunidad... de caracterizar la paradilla.

Como se ve, nunca faltan espectadores, es decir, galería, sin la cual es muy probable que hubiera menos teatro, menos actores, menos disfraces y menos trastrueque de papeles.

Contaba ya los pasos Alfredo Irarrázaval y el viajero con panza de Sancho y ojos de «roto» ladino echó la pierna sobre el cogote de su macho cariblanco, el cual pestañeó con paciencia.

A la altura del recio espinazo del arriero, asomó un promontorio que bien podía ser la cacha, en forma de lengua de loro, de «la cuchilla».

Se echó el sombrero al ojo para capear la resolana y pensó, evidentemente:

«A ver en qué andan estos futres»...

Se marcó mi sitio con un pedazo de pala vieja, que tal vez había servido para enterrar algo y como la cosa no me pareció adecuada como símbolo, la disparé lejos.

A quince pasos, muy pálido y muy tranquilo, estaba Hübner mascando enérgicamente la punta de su cigarrillo Maryland.

Nos miramos con una indiferencia correcta; se subió el cuello y se sumió los puños para no pre-

sentar blanco, y, por no ser menos, me apresuré a hacer lo mismo.

Cargó y pasó los **revolvers** Carlos Aldunate y un momento después resonaron espaciadas las tres voces:

—«Una... dos... tres...»

Sonaron dos tiros que no sé a dónde fueron a parar y confieso que por mi parte traté de hacer blanco, ya que ignoraba las intenciones de mi vecino del frente.

Se cargaron otra vez «los pedritos», operación que siempre resulta larga, y para decir de nuevo: «una... dos... tres...» tomó la palabra, Carlos Aldunate.

Hübner se llevó apresuradamente una mano al pescuezo y corrió el doctor Marcial González, quien dijo que una bala acababa de rozar el cuello teutónico (1) de mi adversario.

No me habría gustado herir ni que mi hirieran y bastaba esa rozadura, casual, evidentemente, porque no era entonces nada vaqueano para «hacer el punto».

Habiendo retirado Hübner, aunque no en la forma ni el momento en que yo lo había exigido, lo que en su artículo juzgué injurioso, dije antes de empezar la contra marcha, que retiraba las expresiones ofensivas para mi adversario.

Retiradas y todo, el hecho es que no nos volvimos a saludar ni hablar en el resto de los días.

Respetándonos y acaso estimándonos en silen-

---

(1) Hübner era hijo de alemán, el distinguido doctor de este nombre.

cio, siguió cada cual su camino sin mirarse: ni a él ni a mí nos gustaba reñir como mujerzuelas.

Creo, pues, que con azares y todo—éste no tuvo más que rasmillones—el duelo es necesario, aunque más no sea para aumentar el mutuo respeto que la gente debe guardarse y se guarda en las sociedades más cultas (1).

---

(1) He aquí la parte pertinente del acta:

«Hoy ha tenido lugar en nuestra presencia en la forma convenida, el encuentro acordado entre los señores Hübner y Rodríguez Mendoza.

«La suerte favoreció al señor Hübner con la elección del sitio y el señor Carlos Aldunate fué sorteado para dirigir el duelo.

«Al segundo disparo, la bala rozó superficialmente la piel del señor Hübner en la parte superior y lateral del cuello, más o menos al nivel del ángulo de la mandíbula inferior.

«Se han hecho dos ejemplares de la presente acta a veintidós de Marzo de 1896.—Luis Izquierdo.—Carlos Aldunate.—Alfredo Irrarázaval.—Ramón L. Carvallo».





## EL GRAN ELECTOR...

Tocaba—es la palabra—tocaba a su fin la campaña entre Reyes y Errázuriz, y el primero se negaba a escribir cartas enderezadas a obtener concursos maleantes, que a su modo de ver no podían obtenerse sin contraer compromisos inconvenientes para el futuro.

Se jugaba una presidencia, que, por lo demás, no había buscado con semejantes intransigencias que, como en 1891, de nuevo acentuaban el raro valor de quedarse sólo y confundido con la multitud del llano.

No era un candidato apropiado para los hábitos políticos que empezaban ni para el competidor, tenaz, festivo y sin grandes miramientos que la más pintoresca de las coaliciones le había puesto al frente, sonriéndose, con las manos en los bolsillos repletos y diciendo del puritano de su adversario:

—«¡Las cosas de don Vicente!»...

Por lo demás, se contaran como se contaran los electores de cada candidato, resultaba empate, y como los parientes que tenía en el Parlamento el

señor Errázuriz se hallaban absolutamente dispuestos a no eliminarse llegado el caso, se empezó a propagar la voz de que la Alianza estaba resuelta a dejar sin **quorum** la reunión del Congreso pleno.

¡Cuestión considerable!

Se aseguraba y no sin razón que los partidarios del señor Reyes se retirarían del Congreso en el mismo instante en que «los parientes»—tal era la frase en boga—empezaran a votar a favor de su consanguíneo.

¿Qué sucedería en tal evento?

He ahí el más grave de los conflictos constitucionales: sin **quorum** legal, no podría haber elección; sin ésta tampoco podría haber nuevo Presidente, y sin nuevo Presidente, el Almirante Montt no tendría a quién entregarle la banda, como no fuera a Moya o al portero de la Moneda.

Pero como todo tiene remedio menos la muerte en este valle de lágrimas y otras cosas más sólidas, acababa de llegar a Santiago un par de electores disponibles y a uno de los cuales daremos aquí el nombre, que por lo demás conviene a ambos, de gran elector. . . Casualmente, ni uno ni otro habían decidido en forma definitiva a cuál de los dos candidatos darían su precioso sufragio. . .

El gran elector era más sólido de cuerpo que de principios; usaba levita de entierro; su cara abultada fluctuaba entre la de sabio y de doctor homeópata; su bigote chinesco era tupido en los puntos en que se desplomaba verticalmente sobre las comisuras y despoblado al centro, barrido por el huracán de los resoplidos oratorios; sonreían sus labios

con impavidez de Gil Blas o por lo menos de persona curada de espantos; campeaba más abajo, con airoso de veterano... electoral, una pera ni muy negra ni muy tupida y que tal vez no aguantaba muchos tirones; sus ojos de Quico y Caco bailaban con cierta picardía inquisitiva y sobre aquel conjunto, no desprovisto de cierto empaque tribunicio, empezaba a ralea la cabellera, dejando adivinar una osatura de camaleón ya maduro y muy fogueado.

Era toda la corrupción política, que empezaba a hacerse desvergonzada, la que llegaba con él, trayendo en una mano el voto y en la otra la maleta con caja de hule y fuelle de tripe viejo: venía a usufructuar de las ventajas económicas de la oferta y la demanda; iba a actuar de personaje decisivo; iba a salir de nuevo a la superficie agitada y turbia y observaba atentamente con sus ojillos ávidos de persona urgida. Lo veo y advierto, lo que me parece innecesario, que no siento por él, todo lo contrario, odiosidad de ninguna especie, puesto que el personaje, amoral como psicología, era meramente festivo como persona; pero las consecuencias de su voto, al alejar del poder a un ciudadano como Reyes, lo hacen mercedamente acreedor a esta disección sumaria.

Yo leía entonces esa creación, enorme hasta lo monstruoso, que se llama «La Comedia Humana», e intentaba interpretarla buscando en nuestro ambiente la reedición efectiva de sus personajes.

El genio de Balzac consiste en haber fijado para siempre y primero que nadie la muchedumbre de

personajes de toda procedencia y pelaje que iba a producir una democracia mal aplicada y mal preparada, y por esto, muchos de sus héroes son universales. Y con cuánta razón!

Me largué, pues, a buscar el tipo, digamos matriz, a que en la humanidad balzaquiana correspondía el gran elector; pero la verdad es que no encontré nada similar, acaso porque mi hombre tenía derecho a un perfil propio, perfil de moneda de vellón, ya que no de medalla del Renacimiento....

En 1891, había tronado contra la Revolución, pidiendo la confiscación de los bienes de los revolucionarios cuya fortuna, según él, debía caer en irremediable comiso.

Pasó entonces por un hombre implacable y alguien lo llamó el fiero Dantón de su ínsula.

Recuerdo—un poco vagamente, eso sí,—haberlo visto y oído durante aquel año fatídico. Fué un día en que concurrió al Ministerio de Guerra a pedir el exterminio inmediato y a uña de los revolucionarios: decía que no se debía dar ni pedir cuartel y que, para asustarlo a él, era necesario darle con el sable y no con la vaina. . .

Me pareció que amenazaba y, a pesar de mi modestia de dictatorial supernumerario, me retiré y no volví a divisarlo hasta que con motivo del empate, llegó a tomarse la capital. . . Sí, venía a decidir la contienda; estaba disponible y como tenía conocidos en todas partes, repetía con sorna que él era liberal de buena cepa. Pase la parte vegetal de la comparación; pero no la moral o de principios.

Ahora bien, yendo al fondo de la cuestión, como

él decía, ¿era político y discreto repudiarlo **in-lí-mine**, lo que equivalía a arrojarlo a velas apagadas al otro bando, donde decidiría la lucha con su voto emporcado?

¿No era del caso armarse de filosofía y de paciencia—dos cosas que por desgracia suelen no juntarse—y atraer de algún modo al gran elector?

Se dijo entonces, aunque el hecho no me consta, que el susodicho personaje había sido mandado saludar especialmente por el candidato de la Coalición, y si, como es probable, así pasaron las cosas, es evidente que, convencido y con razón del rol que le deparaban las circunstancias, debe haberse extrañado de que el señor Reyes no se apresurara a hacer lo mismo.

Hé aquí, pues, un mortal armado de poder bastante para hacer un Presidente de la República, debe haber pensado, tanteando con los dedos en punta y vueltos para arriba, como para recibir algo, su pera de veterano... electoral.

Los acontecimientos—son éstos los que hacen a los hombres y no los hombres a los acontecimientos,—lo convertirían en árbitro, en gran elector y con levita y todo podía sentarse en el fiel de la balanza antes de pasar a ocupar uno de los platillos, que oscilaban por igual en ese instante... Su laudo, es decir, su voto, sería absoluto y definitivo, pesárale a quien le pesara.

Empezaba a recibir visitas y atenciones de toda especie y se decía que los Concha Subercaseaux, mundanos, traviosos y a los cuales todo se les celebraba por ser quienes eran, se habían apoderado

a firme del gran elector... Le habían enviado sus carruajes más abiertos y en una comida perfumada, suntuosa, llena de flores y trufas blancas, le habían llenado de **champagne** el agua-manil, que el invitado no había tardado en llevarse hasta los labios y el bigote chino.

Doña Victoria Subercaseaux, partidaria entusiasta del señor Reyes, comprendiendo el alarmante significado de esas atenciones, comisionó sin tardanza a todos los amigos de «Tatín» para que le llevaran al mentado gran elector a fin de zabullirlo una y otra vez en la pequeña laguna de aquella residencia señorial, si no se comprometía a dar su maldito voto a don Vicente.

Una de esas noches, el gran elector apareció en un palco del Municipal, destacando su imponente estructura física al frente de un montón de tul, vagamente dorado, del cual surgía un seno muy albo; un cuello finísimo, asegurado con **collier de chien**, y una fisonomía de marfil iluminada por ojos magníficamente brillantes e irónicos.

¿Qué daban?

«¿La Fuerza... del Destino?»

¿Qué partitura entusiasmaría más al gran elector?

Tal vez la ópera romántica y melódica, con tenores botudos, que cruzan trinando la escena con el espadín de empuñadura calada en una mano y la izquierda crispada sobre el corazón, fiel hasta la muerte al amor y la lealtad.

Había, naturalmente, gran **ballet** en el dramón lírico de aquella noche, y al desparramarse por la

escena fulgurante la guirnalda de bailarinas de **toutou**, Daniel murmuró una frase cálida al oído un poco tarde del gran elector, el cual sonrió con la castidad de Fausto cuando Mefistófeles—quien decía que hay que extraviarse alguna vez para reconocer el buen camino—hace surgir al conjuro de sus dedos ganchudos, terminados en garra, la figura rubia y cándida de la pobre Margarita.

Ah! positivamente, ahí se estaba mejor que en la ínsula lejana!

Cogió los anteojos, que tomó por la parte más ancha; miró y vió muy lejos aquella masa luminosa, trémula, semi-vestida y semi-desnuda, con que lo tentaban traidoramente la fantasía y la realidad.

¿Había llegado el momento psicológico?...

¿El Dantón sonoro iba a caricaturar a Fausto?

Daniel, alegre y elegante como una figura pintada por Boldini, con su azalea sobre la solapa opaca del frac de Poole, pegó su silla a la del gran elector, en el momento en que la estrella del **ballet** miraba hacia el palco, ondulando, ofreciéndose, con la cabeza caída sobre el pecho jadeante, desparramando flores rojas que quedaban como salpicaduras de sangre entre la luz dorada de las candilejas.

¡Ciertamente, cuánto mejor se estaba ahí que en la ínsula lejana!

¿Y qué hacían entre tanto los partidarios del señor Reyes?

Las circunstancias no podían ser más graves y había llegado a ser un misterio a voces que si la

Alianza intentaba retirarse del Congreso Pleno, era muy probable que la fuerza pública se lo impidiera.

Flotaba en la atmósfera caldeada, penetrando a todas partes, ese algo, mezcla de inquietud, de rabia o de arranque, que forma rápidamente una sensibilidad especialísima—hiperestesia, en término de clínica nerviosa—caracterizada por una vibración constante.

¿Se iba a alterar de nuevo la paz pública cuando aún no se asimilaba la tierra los pobres huesos de los que se despedazaron en Concón y La Placilla?

El Ejército, salido íntegramente de la Revolución, respetaría sin la menor duda la elección constitucional del señor Reyes, quien habría tratado de reanudar y proseguir aquellos días de la República en que hay más de un personaje y de una escena digna de Plutarco; pero, aunque sin decirlo en forma explícita, prefería ver en la primera magistratura del país a alguien que hubiera tomado parte activa en la contienda: no se comprendía aún lo bastante que en 1890 y 1891 se fué muy lejos en el sentido de desposeer al Ejecutivo de facultades para gobernar.

El Comité de la Alianza, compuesto por don Enrique Salvador Sanfuentes, don Enrique Mac-Iver y don Eduardo Matte, sesionaba activamente, y hubo en él, según entiendo, unanimidad en no dar paso alguno cerca del gran elector: que votara de acuerdo con sus ideas, si las tenía. ¿No se llamaba modestamente liberal de buena cepa?

Don Emiliano Figueroa, que ya poseía el don envidiable, y que no sólo no excluye la sagacidad, sino

que la ayuda, de captarse simpatías en todas partes, se pasó la mano por la cabeza:

—Sólo el cucharón sabe lo que hay en el fondo de la olla—pensó, y visitó al candidato liberal, a quien dijo que conocía bastante al gran elector.

Por fortuna o por desgracia,—me inclino a creer lo segundo,—el señor Reyes no tenía nada que hacer saber al gran elector, al cual no conocía ni quería conocer.

¿Procedió bien?

¿Procedió mal?

Procedió bien como hombre, como entidad individual inflexible; de nuevo, como en los días trágicos de 1891, tenía el valor, forjado a fuerza de lealtad a la ley moral y también a un amable escepticismo por los honores y las vanidades de quedarse momentáneamente solo.

¿Procedió, asimismo, bien dentro de la relatividad que suele atribuirse a la moralidad política? Y aquí es del caso preguntar, si fué alguna vez un político el señor Reyes.

La pregunta resuelve el problema planteado: político era el señor Errázuriz, y el señor Reyes, estadista y hombre de doctrinas que lo alejaban en absoluto de todas las agilidades acrobáticas. Admiraba más a Wáshington que a Talleyrand.

Había vivido una existencia entera para confirmar en el momento más culminante de su carrera, esta gran síntesis: la honradez es algo integral que no puede subdividirse en la del hombre y la del político.

Prefería quedarse silenciosamente con las «Máxi-

mas» de Marco Aurelio. Como éste, no buscaba más apoyo ni más voto que el de su conciencia, único sufragio que con la paz moral da el poder de ascender a las alturas.

Un día vi pasar al señor Errázuriz con banda, entre armas presentadas y músicas marciales. Parecía decaído y triste.

—Su bueno le ha costado—dijo una mujer del pueblo, anticipándose al fallo histórico.

Poco después, visité al señor Reyes.

Hojeaba un libro, y para llegar hasta su gabinete a través de las colgaduras, el sol tenía que transparentar, haciéndolo nítido, el mármol de un busto de Wáshington, que se animaba como si la luz de la tarde tuviera el poder de volverlo fugazmente a la vida.

—¿Qué lee, señor?

—Un libro viejo: las «Máximas» de Marco Aurelio.





## BOHEMIOS, POETAS Y CAMARADAS

«La Ley» continuó como si tal cosa, su ruda campaña contra el señor Errázuriz, el cual aún no entraba definitivamente a la Moneda.

No era gente de apenarse fácilmente la que remaba, mostrando los bíceps, en el barco rojo.

¡Llevaba esa barca la juventud, lo que es mucho llevar! «La Ley» fué el diario radical por excelencia y bien podía, sin necesidad de sacarse la famosa cotona roja, haberse puesto a escribir en ella el propio Garibaldi.

Era a la sazón uno de los tipos más fieles y característicos del diario, el pobre Cabrera Guerra.

Afectuoso descubridor de poetas, olfateaba con sus narices de caballito de ajedrez, buscando notas resonantes para sus gacetillas, que más de una vez elevaron prodigiosamente la circulación del diario.

Tiene sin duda alguna un sitio peculiar en el movimiento literario de aquel entonces.

Murió de una patadita—de aquellas de taco y vola-pie, que se dignó aplicarle la propia Venus Afrodita en su cabeza de fauno regocijado y reciamente armada de mandíbulas de troglodita. . .

Era chiquito, amampatado, entrometido a veces y bondadoso en todo momento.

Estaba lleno de talento y de alegría; pero lo traicionaban sus levitas domingueras, las cuales constituían la cómica desesperación de «Carlos Luis».

Todo lo celebraba y de todo se reía—inclusive de él—y no recuerdo haberlo visto sino de buen humor, traginando para arriba y para abajo con sobretodo, o sobre nada, puesto sobre los hombros; corbata muy frondosa, traspasada por una perla en forma de pera madura, y seguido de una partida de poetas, estudiantes de Patología o las Pandectas, que hormigueaban aún al margen de la vida..

Vivía en una casa de pensión en cuyo sombrío exterior algo había de Balzac y algo más de Blest Gana en su pululante interior.

Sus bienes, la platita de sus gacetillas; sus corbatas sevillanas y sus perlas en forma de chirimoya quillotana, eran mostrencos y más de una vez vi su revuelto lecho de poeta modernista y de bohemio fraternal, lleno de revistas y tabaco desparramado, restos que había que cazar a uña para no perder ni una jiña después de la improvisada torcedura...

Lo quise y mucho, a pesar de no ser muy querendón de machos, por su talento y por su bondad para soportar mis pesadeces y para aplaudir lo que no valía la pena de un desengaño o de una segunda lectura.

Era una especie de «mamita» a la antigua de toda aquella tribu volandera y medio salmantina—a pesar de su traza criolla—y que en las noches de invierno, mientras soplaba el viento y canturrea-

ban sus mercancías de rescoldo, los vendedores nocturnos, atronaba todo el barrio, cercano a los extramuros, con las impenitentes carcajadas con que prolongaba la vida que empezaba.

Cuando los conflictos con don Tránsito o, más bien dicho con la caja, mitad tesoro mitad mina broceada, llegaban a términos casi bélicos, era necesario buscar sin demora el prudente arbitraje de Cabrera Guerra, quien no tardaba en salir con un laudo, es decir, con un billete entre los dedos.

¡Qué tiempos en que aún no empezaban las sombras que van pasando poco a poco de la espalda a la frente como en las figuras que avanzan por un camino soleado!

Una noche, ya tarde, necesité de los buenos oficios de Cabrera Guerra y me largué a buscarlo. Quería verlo, además, porque su optimismo y su bondad eran como una taza de dorada manzanilla cuando el estómago no anda bien: tiene, como todo, sus pesadumbres y contratiempos la vida de diario y Cabrera sabía curarlas como un San Expedito ancho, bajo, enamorado, bohemio y con los dientes de avanzada.

Llovía a torrentes y en toda la cuadra de aquella calleja en que Diógenes, Venus o cualquiera otra persona de tiempos alumbrados a mano, habría necesitado varias linternas para no romperse lo más visible, no había más que una luz que pestañeaba con gesto de «rascado» con ganas de dormirse de una vez.

Sin embargo, luz, lluvia y sombras temblorosas,

tenían el encanto de lo tenebroso cuando se está de buen humor.

—Abrid en nombre de... «la ley»—dije.

Demoraban en forma inequívocamente sospechosa y hasta creo haber oído risotas y puertazos.

—¿Quién va?—preguntó Cabrera, como en las novelas de cromos, capa y espada...

Conste de paso que había espada de por medio—la de los sablazos a don Tránsito, el intransigente, y a la caja, la cerrada a macha martillo.

—¿Quién va? repitió Cabrera.

—¡El santo oficio!

—Adelante, hermano.

Al fin de cuentas, y, sobre todo, a fin de mes, la puerta se abrió de par en par, como que era de una sola hoja.

—¡Salud!

—Y pesetas...

—Como que vengo a verte, querido fauno, para algo más financiero que sentimental o, más bien dicho, para algo que no podrá llegar a lo segundo sin lo primero.

—Comprendo hermano.

Estaba solo, lo que era rarísimo, en su pintoresca covacha inundada de policromías de «L'Illustration».

Me pareció que faltaban algunos trastos:

—¿Y el diván, más o menos oriental?...

—¿Piensas arrastrar con él?

Empezamos a parlamentar seriamente, hasta llegar a esta declaración de **ultimatum**: o don Trán-

sito suelta unos cuantos pesos o me fugo con la caja verdi-negra, después de retorcerle el pescuezo.

—Hazlo a dos manos, porque lo tiene muy grueso y usa cuello y manzana escurridizas.

—Se hará, como se pide.

A esa altura de la entrevista, tomé nota de que Cabrera, deseando ser descubierto, miraba frecuentemente hacia el armario, comprado en la tienda de don Manuel María Santiago.

—¿Que hay ahí?

—Una levita... con un ropero.

¡La de los domingos y fiestas de guardar!

Volvió a mirar.

—Déjate de mirotazos: estoy resuelto a no sorprenderte ningún secreto.

En ese instante estalló toda la orquesta del barrio: el gato a dos tintas, blanco y negro, en los tejados; los hilos de agua en las tejas,—musgosas, naturalmente;—el viento de travesía en el moginete remojado; el policial y su pito en la esquina; un tortillero cuya voz habría estremecido de emoción a Pérez Rosales y todos sus «**Recuerdos del pasado**»; y en la misma puerta y bajo el alero, un organillo que lloriqueaba la **Traviata**... Sólo faltaba Puccini para orquestar aquel **aquejarre** de calle atravesada.

¡A esa hora, en ese barrio y con esa noche de fosa común y carretón de los muertos!

Me incorporé conmovido en una especie de diván cuyos resortes delatores parecían decir: no puedo más...

Procedí a rastrear; llegué al ropero, comprado

o algo parecido donde don Manuel María Santiago, y olí con pericia de persona ya largamente experimentada.

—He aquí el cuerpo del delito o el delito del cuerpo... ¡Abre!

Abrió y, en efecto, en el ropero, cuya procedencia queda indicada, no había levitas sino polleras.

Sonó una campana en ese instante—la más seráfica y cercana, invitándonos a la oración y al reposo.

—Hora de duendes.

—¡Hora de cenar!

La conquista, es decir, la dama del ropero, hacía el más alto honor estético a mi distinguido colega y así procedí a declararlo explícitamente; pero era necesario cenar y mi amigo, el fauno benéfico, empezó a preparar concienzudamente la movilización hacia el París, sitio que tenía entonces fama—bien injusta por cierto—de ser algo pernicioso para la juventud que se levantaba... tarde.

Con lo dicho queda explicado y circunstanciado que Cabrera era un bohemio de nación, adorado y con cuanta razón, por toda su **troupe** en la cual formaba cojeando, pero sin quedarse atrás, Bórquez Solar, llegado de Los Angeles: llamaba palacio de invierno a su pieza, sita debajo de la escalera de la casa de pensión, y se enroló con cama, petacas y toda clase de bagajes, en la escuela de Verlaine, Darío y Cía.

Un día, Cabrera Guerra se apareció en la imprenta con el poeta González, que, a no haber tenido un ojo mirando hacia una luna a medio llenar, habría sido un aceptable Víctor Hugo—Víctor Hugo

latinoamericano, se entiende, y en nada inferior al Andrade de los argentinos.

Era silencioso, de voz muy cascada, vestía de negro, apagaba un cigarrillo de papel—tan amarillo que se confundía con las extremidades de sus dedos—para encender otro, y llevaba en una mano—lo que no impide que fuera el más pacífico de los hombres—una chueca de afirmarse, apalear o trancar puertas. En la otra, llevaba un libro, gordo y muy manoseado: la «Filosofía», de Janet.

«La Ley», mediante las gestiones de Cabrera se entiende, empezó a pagarle sus versos, que causaron un justificado estupor porque en ellos había mucho «estro», según la frase de don Guillermo Matta.

El cojo Bórquez aplaudía a rabiar, formando una zalagarda que no lograba sacar de su búdica somnolencia al poeta, sin Ofelia, pero algo Hamlet.

Cuando apareció «El Monje», nos inclinamos todos: se trataba de un poeta que se agigantaba como una sombra de claustro gótico al penetrar en lo delirante, clamoroso, romántico, es decir, al penetrar en lo netamente español.

Lo ovacionamos; se rascó la barba recia y abrupta y después, golpeando el suelo con su chueca de garrotear imbéciles, dijo con voz áspera, que parecía saltar bruscamente de una cumbre a otra del ensueño interno: «quiero beber»...

Años después, al morir, dijo con los ojos dilatados ante el misterio y ante la toca blanca de la monja que se inclinaba con las manos puestas sobre él: «quiero descansar».

Otro día, Cabrera se apareció con unas cuarti-

llas, que tuve en mis manos, llenas de una letra muy correcta y menudita.

Las traía de muy lejos, de la Escuela de Artes y Oficios, donde su autor juvenil era inspector: eran las primeras estrofas llenas de encanto de un poeta de veinte años cuyo talento ya nadie discutió desde ese momento (1).

Pero no sólo fué un descubridor de poetas, como pudieran creerlo o la maldad o la ironía, el pobre Cabrera Guerra: fué poeta él mismo y fué, además, el rey de los cronistas, rey chiquito y risueño, como los del reino subterráqueo, en tiempo en que la gaceta aún no excluía el ingenio ni las descripciones de arte, a propósito de las escenas, trágicas o risibles, que va esparciendo y borrando la vida diaria.

---

(1) Diego Dublé Urrutia.





## IPSO FACTO INCURRENDA...

Tan continuo era el chaparrón anticonservador de «La Ley» que empezó a decirse que Su Señoría Ilustrísima se preparaba a darle a dos manos con el santo báculo.

El golpe tendría que ser muy recio para ser eficaz, porque Palazuelos tenía fama de disponer de una cabeza tan dura que con ellaabría de par en par la puerta mejor trancada.

Bueno, hasta ser un camarada de todos nosotros, se convertía en fiera auténtica cuando montaba en cólera: lo transformaba, agrandándolo, la ira, la cual daba un color mortecino a su fisonomía, como para que en ésta se encedieran más sus ojos amenazantes.

En esos momentos sacudía su encierro el corazón y se adivinaba el hígado contraído, secretando el líquido acre y verde que agranda y hace implacable la pasión de dominar, luchar o llevarse por delante cualquier obstáculo.

No era, pues, cuestión de poca monta provocar la ira aragonesa de Palazuelos y para nadie era un misterio su pleito sobre deslindes de campo: querían, cuando era campesino, dejarlo en seco, así

como entonces querían cortarle la circulación a aquel diario de nombre breve y penetrante.

Se instaló, cuando el pleito de aguas, en el mismo sitio de la disputa, ordenó secamente: «páre» y como no fuera escuchado, cedió la palabra a su revólver. . .

Otra vez, y en vista de que el motor de «La Ley» se empacaba a cada instante, lo que constituía una grave falta del contrato celebrado con el establecimiento del lado, después de tumbar de un puntapie el tabique de tablas sobrepuestas que separaba la imprenta de la Litografía, llegó hasta el dormitorio del contratista, que dormía en ese instante, lo abrió de un empujón; alcanzó a verse a la luz del fósforo una cabellera rubia y Palazuelos dijo con voz que no era un grito sino una orden, imperiosa y definitiva:

«Tiene veinte minutos para hacer andar el motor. . . ya lo sabe!».

Y el empujado motor se largó a caminar mucho antes de cumplirse el **ultimátum**.

No era un misterio el carácter de don Juan, así es que se dudaba y con razón de que Monseñor Casanova, persona cultísima y para remate, viejo amigo de Palazuelos, se atreviera a declarar la guerra al diario radical y a su piloto.

Pero «La Ley» continuaba publicando la historia de Papas, difícilmente canonizables, y, lo que era aún más actual, fiscalizando por medio de «Fray Francisco» y sus corresponsales en provincia, todas las diligencias y correteos de curas y sotacuras.

Es oportuno advertir que el clero no hacía enton-

ces, como empieza a hacer actualmente, la obra de alcance social a que lo lanzó el genio de León XIII, a fin de que la organización moderna no lo encontrara alejado del pueblo y su sufragio político.

Aún no existían, si no me equivoco, ni la Universidad Católica ni rectores tan versados como el señor Rücker o el señor Vives Solar en materia de justicia y bienestar popular y el cura de campo, por el cual he tenido siempre una debilidad nacional, sobre todo cuando camorrea con el sabio farmacéutico de la localidad, era y continúa siendo en un buen número de casos, un predicador campechano y comedor infatigable: oblíguesele a no meterse en política y a ampliar hacia lo práctico sus ocupaciones y quedará una persona, una persona simpática y un candidato perpetuo a los cólicos **miserere**, por mal nombre apendicitis, que en época de brevas peladas y melones escritos, recorren todos los huertos, viviendas y parroquias de nuestro estupendo valle central.

La propaganda era entonces más primitiva y en los campos se echaba mano con frecuencia del lazo doblado en los ejercicios espirituales.

Monseñor Casanova, muy artista y muy vaticanesco, como digo, tenía el buen gusto de no ser un fanático intratable; pero el hecho es que ya no podía más con «La Ley» y su «Nueva Historia documentada de los Papas»...

En efecto, una noche como a las diez, Gargari, repórter a la sazón y después costumbrista a lo Ta-boada, entró resoplando por sus narices, aéreas, según unos y de escopeta de dos cañones, según otros.

Tenía el buen gusto clásico de llamarse Miguel Angel. Habló un lenguaje de juicio final:

«Traigo una noticia grave...»

Creyendo que se trataba de alguna nueva hazaña del corvo o de la carabina recortada, resolví no preguntar nada a mi afarolado informante.

Viendo que no le hacía caso, preguntó por don Juan.

—No ha de tardar.

En ese instante entró Prado Martínez con las patillas desplegadas en forma de alas de angelito asustado.

Se tiraba los puños y avanzaba la mandíbula inferior como para morder un pedazo de mitra.

Todavía entró Cabrera Guerra abanicándose con una mano y apeinetándose con la otra el pelo de sus sienes palpitantes de persona que viene de trotar duro:

—Muy bien, Monseñor...

—Muy bien—repetía Prado Martínez, sacudiendo por el revés su barba de ministro balcánico.

—Y al fin, ¿de qué se trata?—pregunté, asumiendo mis funciones de llenador **ad-interim**, en reemplazo del propietario, manco como Cervantes, que acababa de tener una gresca definitiva con Palazuelos.

—¡La excomunió!... ¡Los avisos en peligro!—gritó Prado Martínez, anhelante como en los días en que hablaba el Patriarca en la Asamblea.

No comprendí bien.

Reiteraban Cabrera su estribillo sobre Monseñor y Prado Martínez sus hondas alarmas sobre la

circulación y los avisos, cuando entró tranquilamente don Juan, que ya sabía de lo que se trataba.

—Vea—dijo—y tan amigos como somos con Monseñor Casanova!... Tendremos de menos, eso sí, el aviso de la Casa Pra; pero confío que el de la **Fosfatine Fallieres** ha de continuar haciéndole la digestión a los de cuarta página.

Se abanicaba con un ejemplar de «El Porvenir», que acababa de coger.

—¿Y qué remedio tiene eso?—pregunté.

—¿El Porvenir?»

—La excomuni6n.

—Varios... Desde luego, no hacerle mucho caso, y si los avisos empiezan a desaparecer, publicar la lista completa de deudores y deudoras morosas. En seguida, «Géry» le hará un reportaje a Monseñor... Sería muy de actualidad.

Comprendí que se trataba de un éxito periodístico ultra-yanqui y prometí estudiar a fondo la cuesti6n.

—De qué clase de excomuni6n se trata, porque, si no me equivoco, hay de varias jerarquías.

—Esta es de primera: ipso facto...

—¿**Incurrenda?**

—**Incurrenda.**







## CHARLA CON GÓNGORA Y ENTREVISTA CON MONSEÑOR

Un reportaje hecho al Prelado que con tanta razón acababa de lanzar sus anatemas al diario radical, me pareció el más grande de los sucesos periodísticos y el plan para realizar tan temerario proyecto, estaba maduro al día siguiente.

Sin pérdida de tiempo, mandé hacer unas tarjetas que decían: «E. R. Mendoza, corresponsal de «El Diario» de Buenos Aires», y dejé pasar algunos días.

No mentía en lo de corresponsal del «Diario»: lo era y como las letras iniciales constituían una simple abreviatura de mi nombre y apellidos, quedé tranquilo en cuanto a este detalle de la empresa.

Con todo, era peligroso que me reconocieran en el momento de pedir audiencia y que familiares y sacristanes las emprendieran a puño limpio o ceroteado conmigo, caso en que estos celosos funcionarios harían de la reciente excomunión algo **ipso facto** y yo, algo... **in correnda**.

Me inquietaba—por qué no he de decirlo—«Román, Secretario», pero como quien no se arriesga

ni pasa el río ni entra a la Curia, un día me presenté bien almorzado en demanda de Monseñor.

En la puerta, frente al patio lleno de flores, asoleaba su reuma el señor Góngora, notario arzobispal, que decía a todas las muchachas que pasaban que tenía todo listo para casarlas.

Después del saqueo de nuestra casa en 1891, habíamos sido vecinos con el venerable señor Góngora, quien vivía en la calle de Gálvez y que, incuestionablemente, tenía algo de archivo episcopal: muy reumático, andaba al pasito y se balanceaba al caminar, apuntalándose en su bastón.

Me reconoció al punto, lo que no me pareció de buen agüero:

—¿Viene a que lo casemos?

—**Pas encore.**

Se movía circularmente en su fondeadero, como para seguirme con la vista.

Al llegar a las antesalas arzobispales, la aventura me impresionó en una forma efectiva, es decir, tuve ganas de volverme, como cuando andábamos traгинando con Hübner en la cordillera.

¿Me habrían reconocido?

Los pasos con acompañamiento de crujideras que llegaban hasta mí, ¿serían los de «Román, Secretario»?

Y como una espera prolongada en esa situación sería francamente imprudente, empecé a pasearme para que vinieran a prenderme o a introducirme de una vez—una de dos.

Flotaba olor a incienso, a cera bendita y quemada, a casulla con bordados de oro...

Recordé que siendo niño, había ayudado a misa; que había cantado en el coro con voz de sapo nuevo; que me gustaba encaramarme a ver repicar a Valerio, el sacristán; que había perseguido las palomas que viven entre las campanas y el cielo azul, rojo o dorado en que vuelan circularmente cuando se pone el sol tras la torre, amiga de todos.

Sonó una puerta. . .

«Román, Secretario», pensé esforzándome por aparecer tranquilo.

No era el señor Román sino un cleriguito buen mozo y comedido, cuyo nombre siento no recordar.

Le pasé mi tarjeta que pegó a sus antiparras de prósbita y como leyó casi en alta voz, pude juzgar acústicamente del efecto que hacía mi nombre en tal sitio y disfrazado de esa guisa: «E. R. Mendoza».

—¿Del «Diario» de Buenos Aires?—preguntó el cleriguito, encartuchando las puntas agresivas de aquella tarjeta falaz. —¿El señor es argentino? . . . Casi no se le conoce en el acento.

—Así me dicen todos. . . Será porque he vivido bastante tiempo en la Argentina.

—¿En Mendoza?

El sentía esa curiosidad peculiar que experimenta el chileno por el extranjero y el clérigo por el seglar:

—Su Señoría Ilustrísima ha vuelto prendado de Buenos Aires, y aún cuando está muy ocupado en este momento, vamos a hacer lo posible por que lo reciba. . . Tendrá mucho gusto Monseñor.

Todo iba bien hasta ese momento; pero el peligro de «Román, Secretario» no me daba tregua y con-

tinuaba pesando sobre mí como el sable—¡por qué había de ser espada!—de Damocles.

—¡Que pase!—dijo el cleriguito, abriendo con una mano la puerta y teniendo con la otra el bonete de cinco picos y borla al centro.

—Adelante—dijo Monseñor, extendiendo la mano a cuya esposa deslumbradora acerqué mis labios pecadores. Siéntate y ponte cómodo—agregó tu-teándome como si fuera a confesarme.

—«El Diario» de Buenos Aires—empecé—del cual soy corresponsal en Chile, me ha honrado con la misión de que visite a Su Señoría Ilustrísima con el objeto de presentarle sus respetos y de recoger algunas impresiones de su viaje, tan provechoso para la paz de ambos países y del cual guardamos los argentinos muy gratos recuerdos.

(Que me perdonen los colegas de ultra-cordillera!)

—¡Ah, sí!... La gran Buenos Aires!—respondió Monseñor.

Empezó a preguntarme por la gente que allá había conocido, lo cual, como se comprenderá, ponía seriamente a prueba mi invectiva...

Mientras se limitaron sus preguntas al General Roca y a don Bartolo, era fácil salir del paso; pero la cuestión se hizo más ardua cuando el interrogatorio empezó a extenderse al general Garmendia, a doña Teodolinda Alvear de Lezica, a Monseñor Terrero y todo el río de la Plata.

Se mostraba encantado con la Argentina: ¡Buenos Aires, gran ciudad! No la visitaba desde su regreso de Roma. ¡Y cómo se había transformado en tan poco tiempo! Los mandatarios, el clero, la so-

ciudad, todos habían sido tan gentiles con él, que me encargó que manifestara en mi diario, a cuyo propietario, el señor Lainez y señora, enviaba un saludo muy especial, su inagotable agradecimiento.

—¿Ves aquel libro rojo que tiene encima mis armas episcopales? Pues, ahí guardo todo lo bueno que de mí digeron ustedes.

... Los argentinos son muy amables; sus mandatarios son hombres superiores; sus prelados unos santos; su sociedad, distinguida como ninguna y no hay que olvidar a don Bartolo, historiador superior a don Diego, que es come clérigos... Repítelo tal como lo oyes. Dí también que la paz está asegurada. No nos desgarraremos los unos a los otros. No, no... Fuí a eso, a predicar la **pax multa**... **Bella matribus detestata**.

—¿Y Monseñor Jara?—me permití preguntar.

Se atribuía cierta rivalidad oratoria a ambos prelados y me pareció que algo enturbiaba momentáneamente la fisonomía, mezcla de distinción y de bondad, de S. S. Ilustrísima.

—¡Ah!—dijo—mucho predicó Jara por allá y aunque no siempre me fué dado oírlo porque teníamos que repartirnos para asistir a todas las fiestas, me aseguran que fué muy celebrado y así debe haber sido no más, porque ustedes son muy gentiles con los chilenos. Tengo aquí a los argentinos—continuó, poniéndose su mano de cardenal sobre la cruz fulgurante que campeaba sobre su pecho y la seda violácea. —¡Qué locura, indigna de hermanos y de nuestros padres, habría sido la guerra!

Evoqué a mi vez a San Martín y O'Higgins, dándose en Maipo un abrazo de padre y señor mío; pero

Monseñor era demasiado artista para incurrir en la vulgaridad de acotar su charla con efemérides ya muy conocidas, así es que reentró con gentileza de gran señor a Buenos Aires, que lo encantaba, y a aquella sociedad que se había inclinado a besar su anillo, que no era el de Pedro el Pescador, sino una esmeralda estupenda, una joya de cardenal en tiempos de esplendor pontificio.

¿Y qué decir del pectoral que derramaba sobre la sotana con vivos rojos el destello encendido de los rubíes encargados de la sagrada misión de rememorar la divina sangre?

Monseñor amaba las joyas, no por su deleznable valor material; los viejos encajes saturados de incienso; las custodias refulgentes, encendidas por la luz desmayada de los **vitraux**; los tabernáculos dorados; los báculos florecidos de gemas; los solios ante los cuales baten los oficiantes cubiertos de oro los incensarios de plata calada y cincelada.

Su figura aristocrática, no se parecía en nada a los siniestros inquisidores pintados por el Greco, ni al Cardenal Niño de Guevara ni a Gaspar de Quiroga, y mejor que en Toledo o el Escorial, habría estado en los jardines del Vaticano a la hora del paseo vespertino, cuando el crepúsculo dora la sotana color nardo de los pontífices exangües.

—¡Qué hermosos cuadros tiene S. S. Ilustrísima! Se le iluminó la fisonomía:

—¿Eres aficionado?

—Algo, Monseñor!

—Ah! el arte es una inspiración divina... Aquélla es una magnífica copia del Dominiquino, ob-

sequio de Su Santidad. Y este sillón que ves aquí, perteneció al Cardenal Antonelli... Me gustan las flores y las antiguallas y la Colonia tiene para mí un gran encanto... Sin embargo, como este templo está a medio concluir desde antes de la Independencia, me preparo a transformarlo de una vez.

En efecto, poco después el admirador apasionado de la Colonia y sus deliciosas antiguallas, cometía el único gran pecado de su santa vida al mandar cubrir de yeso y cemento la piedra venerable y al hacer rematar todo aquello con el insolente tarro de «Ratampuro» o algo parecido, que con el nombre de cúpula yergue sobre el templo remozado sus escamas de lata.

—Sé que Monseñor es muy querido y respetado por todos sus feligreses—dije, haciendo esfuerzos por llevarlo donde más podía interesarme.

—No por todos, hijo mío. No por todos... Como que últimamente he tenido que tomar, bien a mi pesar por cierto, una medida muy seria.

—¿Su Señoría se refiere al diario rojo?

—Justamente, a «La Ley», a la cual he tenido que excomulgar.

—Bien excomulgada, Monseñor.

—¡Y qué otra cosa me quedaba que hacer para quitármela de encima! Es aquélla que está doblada bajo esa carpeta.

—Permítame, Monseñor... No leo ese diario.

—Me la trae todos los días Román, el Secretario... Palidecí.

—Porque es necesario—continuó Monseñor—que me imponga de lo que sigue diciendo como si

nada le hubiera pasado... Se mofa, dice que ha aumentado su circulación y no hace mucho vino una partida de radicales a quemar la excomunión aquí en la plaza frente a nuestro palacio episcopal. Por desgracia, la gente ya no cree como antes; pero no por esto me van a hacer creer que esos basiliscos han aumentado la circulación de su hoja... que no alcanza a ser de parra.

—¿Y el director del diario, Monseñor, el cual es un hombre de sociedad según mis informes, no ha tratado de que se le suspenda la excomunión?

—¡Qué va a pedirme nada! Es el orgullo mismo... Lo conozco desde que estaba así... Soy un poco mayor que él y lo quiero mucho; pero es de los de cabeza muy dura y se precia de no volver cuando promete algo. No hace mucho lo encontré por primera vez después de excomulgarle el diario... Yo, entraba—continuó Monseñor—a una visita, cuando salía Juan Agustín; me hice, naturalmente, que no lo había visto... Entonces él me dijo, que no me hiciera el que no lo veía... Le di la mano y le declaré que esos artículos y esos malvados folletines me habían obligado a excomulgarlo. Se rió, preguntándome si me interesaba la «Historia de los Papas» para publicar otra que tenía preparada y se despidió cariñosamente, diciendo que le había venido muy a tiempo la excomunión... ¡Pobre Juan Agustín! Lo he conocido desde que estaba así y siempre me acuerdo de él en mis oraciones. Así se lo digo cuando suelo encontrarlo y él me contesta: «que Dios se lo pague, Monseñor!» ¡Pobre Juan Agustín!

Para que todo saliera al pedir de boca en esta entrevista, que por modestia no llamaré célebre; pero que en todo caso me permitiré calificar de curiosa, sólo faltaba que llegara «Román, Secretario», pero como la **interview** se había prolongado más de lo prudente y protocolar, hube de retirarme sin tener ese agrado.

Reiteré, pues, a Monseñor mis personales agradecimientos y los del «Diario» de Buenos Aires, y besé de nuevo la esposa fulgurante del ilustre metropolitano, quien me bendijo al salir, reiterándome sus saludos para don Bartolo y el general Garmendia.

Volé escaleras abajo.

El notario arzobispal continuaba recibiendo en sus piernas de caminar al pasito, los rayos de sol que empezaban a escaparse muro arriba. Le toqué el hombro:

—Señor Góngora, ya obtuve la dispensa que buscaba...

El apacible notario episcopal volvió a virar para seguirme con la vista.

Al día siguiente, «La Ley» anunciaba con grandes letras la entrevista de uno de sus redactores con el señor Arzobispo y la edición quedaba agotada a primera hora.

No necesito agregar que de los tres mil o más artículos que he escrito en la prensa, ninguno tuvo el éxito de éste. Y se comprende: constituía una innovación periodística y un anticipo en materia de novedades, de uno o dos años a “La Tarde” de los Irarrázaval.

¡Qué dirían «El Ferrocarril» y sus clichés de medio siglo! No daba importancia alguna a tales procedimientos, sin comprender que empezaba la innovación contra sus prácticas, es decir, que empezaba a desmoronarse.

Por su parte, «El Porvenir» dijo que se trataba de una falta de respeto al prelado, afirmación de sacristán escandalizado y con poca inventiva.

No tenía yo interés alguno en molestar al señor Casanova, que era artista y gran señor y mi mayor preocupación al escribir aquel reportaje, era hacer algo digno de él, de sus gustos depurados, de sus copias del Dominiquino, de sus cruces de rubí, como si el sagrado oficiante acabara de sacarlas destilando sangre del cáliz de oro.

No era la parte tendenciosa o doctrinal de dicho **factum** periodístico lo que más me interesaba, sino la novedad y el arte con que era necesario ejecutarlo para que no resultara una simple chocarrería para con un hombre cultísimo, que no cometió más que dos—tal vez tres—faltas de gusto durante su suntuoso gobierno episcopal: transformar el templo noble y viejo en cosa remozada, nueva y pretensiosa; mostrarse inquieto con la oratoria **grosso modo** de Monseñor Jara y echar mano, olvidando los tiempos de impenitencia, de ironía que alcanzamos, de una arma ya arcaica que era mejor dejar donde estaba.

Algún tiempo después encontré al señor Casanova en casa de don Nemesio Vicuña Mackenna. Me reconoció.

—¿Acabas de llegar de la Argentina?—me preguntó.

Se sonrió con benevolencia de perdón.

—No, Monseñor; pero en cambio partiremos muy luego con «Tatín»...

—Otro basilisco... Que Dios guíe los pasos de ambos, que bien lo necesitan.

—Gracias, Monseñor.

No me dijo una sola palabra del reportaje. Era un gran señor vestido de arzobispo y aún me halaga la idea de que ni le disgustó ni le ofendió la forma en que redacté su entrevista con «E. R. Mendoza» del «Diario» de Buenos Aires.

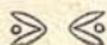
Años después, y antes de no se qué escapatoria mía al extranjero, lo encontré andando pausadamente, camino de su quinta, envuelta en la seda perfumada de sus rosales.

Lo acompañaba un familiar, que leía el Breviario y ambos personajes me hicieron una impresión de cosa apacible y melancólica.

Me quedé observándolo sin que me viera. Se apoyaba en el brazo de su acompañante.

Se ponía el sol en ese instante; tocaban a lo lejos las torres doradas por la luz crepuscular y la gran montaña se envolvía por completo en el manto amatista de los oficios de Semana Santa.

Monseñor se detuvo un instante, como si se fatigara al andar y su silueta elegante, pero ya inclinada hacia la tierra que a todos nos ha de comer, se destacó como algo noble y arcaico sobre el tajar musgoso que para contener los desbordes del río levantó la Colonia.







## ¡PRIMER LIBRO!

Alfredo Valenzuela Puelma

Consulté a Manuel la resolución trascendental: «Voy a publicar algo...».

—¿Un libro?

—Justamente...

Las preguntas que siguen, calculadas para volverme a la reflexión, no hicieron sino robustecer mi propósito:

—¿Tienes dinero?

—No faltará.

—¿Y la preparación necesaria?...

Como se ve, no era yo una celebridad ni dentro de mi casa, que era donde con más frecuencia se me señalaba el camino de la prudencia.

Ladró en ese instante un perrito color alfeñique y alzó por su parte el gato con inequívoca voluptuosidad estival la elegante ojiva de su lomo sedoso y flexible.

Expliqué mi proyecto: sería un volumen pequeño: unos ocho o diez cuentos prologados por Ru-

bén Darío e ilustrados por Valenzuela Puelma. ¡No era nada lo del ojo!

El libro se llamaría «Gotas de Absintio».

Manuel comprendió que no era fácil sacarme de las nubes y traerme de las orejas o de cualquiera otra parte hasta las márgenes del Mapocho y de la calle de Santiago en que vivíamos, disfrutando de sol a sol de la sonoridad del italiano del lado, cerrajero y cantor napolitano que pasaba batiendo en el yunque caldeado el hierro hecho ascua.

—No me gusta el título—respondió Manuel—pero absintio es correcto español aún cuando no lo parezca.

Muy poco después discutíamos cada palabra de la pequeña colección y, cosa curiosa, lo que aún ahora me agrada de ese primer revuelo literario, es lo menos trabajado y revisado, lo que más se acerca a la vida y más se aleja de la lentitud y el artificio: «**Tres bohemios**», «**El pequeño clow**».

Es interesante y hasta conmovedor leer, pasados los cuarenta, lo que se escribió a los veinte, al asomarse ávidamente al placer, el dolor, la ambición.

El primero de esos dos cuentos, está escrito con sorprendente sencillez y la vida del segundo, «**El pequeño clow**»,—es honda, real y permanente.

Para que hiciera la carátula vimos a Valenzuela Puelma, a quien defendía yo furiosamente en «La Ley», con motivo de su perpetua conflagración con Pedro Lira, artista meritísimo que dedicó toda su vida al arte.

Valenzuela vivía entonces frente a la iglesia de los Capuchinos, en cuyos claustros descubrió al hermano lego que le sirvió para su monje en éxtasis

y en el cual se mostraba en todo el vigor de su mentalidad penetrante, de su colorido delicioso, de su técnica consumada.

Valenzuela Puelma era un atado de nervios al descubierto.

Usaba chaqueta generalmente azul, pantalones, muy ajustados, a cuadros blancos y negros; sombrero de paño suelto y en la mano un bastón muy delgado y con un estoque de todos los diablos.

Estaba entonces en toda la potencia de su gran talento, que de cuando en cuando se crispaba queriendo convertirse en genio.

No le bastaba salir a la calle y marchar entre dos filas de casas de un piso y tejados que en invierno parecen sombrero echado sobre los ojos.

Tenía el mal de la Europa en que había vivido; de Madrid, cuya crítica le había hecho lealmente justicia; de París, donde había merecido artículos de Armand Silvestre, y donde había trotado en primavera, cuando empiezan a brotar los castaños la gloria de sus primeras hojas, con sus esplendorosos desnudos al hombro, camino de la Meca, es decir, del Salón anual.

Había saboreado la verdadera gloria y no la de **contre-façon**. Y a esa gloria calcinante, néctar o veneno, cuyo sabor no se va más de los labios contraídos, no le bastaba salir a la «calle de la Catedral abajo», haciendo zumbar airadamente su bastón en forma de látigo: se creía perseguido y tomaba por hostilidad la muy limitada permeabilidad artística del ambiente de aquel entonces.

Yo lo visitaba casi cotidianamente y nada dela-

taba aún en forma inequívoca su fin conmovedor en un manicomio de París y en seguida su descanso eterno en la modesta tumba que en la tierra augural de sus primeros triunfos adquirió para el pobre maestro la admiración y el respeto de Manuel Amunátegui, que antes que Cónsul, es hombre de talento y de corazón.

Sin embargo, llamaba ya la atención la inmovilidad en que solían quedarse sus ojos profundos fijos en la distancia indefinida de lo impreciso o lo irreal.

—¡Eh, Alfredo! ¿En qué piensa?..

Se paraba, me miraba cerrando un ojo, y, sin decir una palabra, me hacía señales para que lo siguiera, andando en puntillas. Sacaba una fotografía de gran tamaño de «Las hilanderas», de Velázquez y volvía a abstraerse ante aquel portento de luz, síntesis, realidad, color.

—Mire ese trozo—me decía.—¡Cómo está hecho!..

Señalaba la nuca viviente y sedosa de la figura de la derecha del primer plano y bajo cuya epidermis perlada circulan llameando la sangre y la vida.

Devoraba con los ojos el trozo estupendo; pasaba sobre él las manos temblorosas y, como si estuviera solo, sus pupilas se dilataban o sonreían reflejando los estremecimientos del espíritu atormentado por llegar hasta los límites en que el arte confina con el misterio.

Delirio o espasmo, el hecho es que en aquellos instantes parecía alejarse trágicamente de la realidad: no sabía admirar; quería crear.

Me daba miedo.

Tranquilizándose, sonreía de nuevo forzadamente, deslizando su mano tan fría y cuidada por esa nuca sonrosada y sedosa que, obedeciendo a la incitación del artista, parecía que iba a echarse atrás, mostrando la cara iluminada por la risa irónica, los labios húmedos y palpitantes, los senos erectos culminados en flor de estío.

—¡Mire eso!...—volvía a repetir y en seguida, la mano febril se clavaba en la elegante patilla a lo Rubens.

Evidentemente, intentaba llegar a algo semejante, y si no era un genio, por lo menos, quería desprenderse violentamente de aquello, técnica, lección, copia o transposición, a que es relativamente fácil llegar y que basta, por lo demás, para conquistar el sufragio gregario del mayor número.

Sentía la perpetua inquietud del avance; no quería detenerse y por avanzar demasiado, se extravió al fin en ese inmenso misterio en que el hombre, desesperado de la vida, de su limitación o de sus pequeñeces, agranda la visión hasta las deformaciones delirantes o la achica hasta la pequeñez irrisoria de los bobos y los bufones velazqueanos.

No quería imitar y ante aquellos ojos penetrantes en que ardía la sonrisa, la desesperanza o la ira, pasaba ya la idea fatal de llegar a ser algo enorme. Tenía el mal devorante de la ambición alada.

Ahora bien, ¿se concretó en un gran conjunto de obras esa neurastenia del tormento?

No. Valenzuela dejó sólo grandes trozos aislados que hay que juzgar como fragmentos dispersos de una inquietud superior: en una palabra, no desa-

rolló normalmente sus facultades ni se empeñó como el gran paisajista (1) en la tarea, incorporada al suelo, a la raza y a su índole étnica, de fijar la expresión de grandiosidad solemne del medio físico en que vivimos.

No tenía nada de esencialmente nacional y mucho, en cambio, de contradictorio y complejo, y no sería posible, por consiguiente, que se le comprendiera en forma amplia, total, definitiva y sin oposición alguna.

Habría sido mejor que naciera y viviera en otro ambiente para no correr el riesgo trágico de extrañarse entre lo que se le pedía aquí, en su medio, y lo que él habría intentado en otro superior.

Fuera de su ambiente intelectual, era un talento que tenía que desviarse fatalmente hacia la senda trágica de la locura.

¡Pobre Valenzuela Puelma!

Hoy ya no encontrarían su tumba enyerbajada, ni la «Perla del Mercader», ni la «Náyade», ni «la mujer de las cerezas», que alguna vez, por lo menos un día de radiosa primavera, debían rodear su busto de mármol, perdido en algún parque profundo y silencioso.

En esos días, cuando andaba en busca de carátula para mi primera insolencia encuadernada, después de mostrarme aquella nuca rubia en que él hubiera ocultado sus ojos para llorar, y en que de buena gana hubiera sumergido yo mis manos ávidas de bestia joven, seguía al pequeño salón en que no faltaba una que otra tela valiosa: una Virgen, que

---

(1) Valenzuela Llanos.

él creía del «divino Morales», y un Cristo que surgía de las sombras flagelado y macerado por el inconcebible error de querer redimir a los hombres, sin hacer antes de nuevo su cuerpo y su alma. . .

Valenzuela era gran músico y después de aquellos encontronazos con lo irreal o lo imposible, sus manos temblaban, confundiéndose con el teclado, y mientras se empeñaba en ejecutar algo alegre o banal, yo adivinaba que muy adentro y muy cerca de su corazón jadeante, la fatalidad o el destino preludiaban ya la marcha fúnebre de Chopín.

Días después, leíamos juntos algunos cuentos de «Gotas de Absintio».

Estábamos solos en su casa y al sentarme en la salita en que lloraba a lágrima viva la divina dolorosa de Morales, y en que el Cristo de Zurbañán, sacando la cabeza y los brazos del fondo lívido, parecía que iba a abrazarnos mortalmente a los dos—al artista por atormentado y a mí por confiado y audaz—Valenzuela atenuó la luz y cerró la puerta.

Sentí la cercanía de la locura que empezaba a rondar cada vez más cerca del querido artista.

Hacía frío, y por la ventana entreabierta, filtraba el sol su luz hecha con las últimas hojas de otoño. ¡Tiempo y edad en que se es poeta aunque nunca se haya hecho un verso! . . .

Me pidió que leyera lentamente como si habláramos en voz baja. Cuando terminé la lectura en que el **clow** niño dice, dejando caer la cabeza sobre su vestidura funambulesca: «Quería ser artista!» . . . Valenzuela repitió insistentemente el melancólico estribillo,

—A este cuento—me dijo—le vamos a poner música.

¿Empezaba la locura?

—No, maestro, lo único que quiero es honrar todo esto con una sepia, una tinta china, cualquiera cosa suya, bien suya.

Repetía otra de las frases del libro, leído en dos horas o poco más: —«Entonces era la mañana y ahora es la tarde»...

—Debo confesar—advertí—que esa frase está saturada de Poe.

—No importa... Haré la carátula luego y la música después.

Hizo, en efecto, el primer esbozo—unos cardos, con más espinas que flor, que se alargaban oblicuamente de un extremo a otro de la página liminar e ignoro hasta hoy si también escribió la música del «Pequeño clow».

La campana de los Capuchinos—no es un recurso retórico esta anotación: en efecto, estaba al frente de la casa de Valenzuela dicha campana—balbuceó la oración de sus toques crepusculares. El barrio solitario se embozó en la capa española de la bruma y las tejas coloniales empezaron el secreto misterioso de la llovizna.

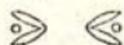
Crepúsculo de invierno.

—Vamos juntos—dijo Alfredo, envolviéndose también en una especie de capa bajo la cual asomaba el paraguas como el extremo sin punta de la vieja espada castellana de poemas, romances y querellas.

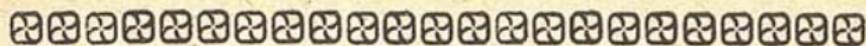
Anduvo muchas cuadras sin hablar y, finalmente,

como si en vez de estar en Santiago hubiéramos estado en el **quartier latin**, comimos en un **restaurant** muy apetitoso en que tocaba mandolín un «godo» tuerto y con cara de muerto resucitado.

«¡Oh, juventud, bello tesoro, que te vas para no volver»!...







## PROLOGO DE RUBEN DARIO Y TEXTO DE A. DE GERY

Escribí a Darío, que era entonces Cónsul General de Colombia en Buenos Aires, y con el cual había empezado a cartearme—manía deshonestista de que, afortunadamente, no tardé en arrepentirme y curarme—casi desde que aparecí montado en la máquina neumática de «La Ley».

Suele ser más o menos reproductivo el mantenimiento de una copiosa correspondencia con los escritores de ultra-mar o de ultra-cordillera; pero conste que la mía con Rubén no empezó sino en vista de que lo conocía desde que en nuestra casa se quedaba con los ojos cerrados y formando ojiva con las manos—de marqués, como él decía con impudor de mulato—mientras se enfriaba la taza de té escoltada por un plato de vieja porcelana china, tan lleno de galletas, de agua, que éstas casi no dejaban ver las figuras pintadas con tinta negra y oro apelonado.

Profesaba por aquel entonces la admiración más fervorosa—una admiración mucho anterior al conocimiento directo de las fuentes de donde provenía

tanto prodigio—por el innovador de «Azul»... y sus sorprendentes importaciones de modernismo recién maculado en París.

Rubén me parecía entonces un genio espontáneo: hoy continúo creyendo que Darío tenía garra de león y que al transponer por primera vez lo francés novísimo al español, empacado o impasible, inició una transformación literaria que siempre disonará algo con la grandiosidad escorialesca de aquel país de catedrales, y hierros machacados a martillo, pero que en parte fué oportuna porque era el momento de sacar a las letras castellanas de moldes ya muy viejos y de estéticas muy limitadas y repetidas, sobre todo en materia poética.

Escribí, pues, a Darío, pidiéndole que me mandara en forma de encomienda postal un prólogo para los cuentos en que el pincel de Valenzuela Puelma había pintado un puñado de esas flores, coronadas de espinas, que hacia el fin del verano se van, absorbidas por el sol dorado y la brisa perfumada, lo que las hace, seguramente, imaginarse que vuelan con alas propias...

Ignoraba entonces—era un niño que me creía hombre, lo que constituye la mejor prueba de que aún era aquello y no esto—que no son los prólogos los que hacen un libro ni un escritor: cuando no existe, con la efectividad de algo indiscutible, lo primero, no hay prefacio—¡qué esperanza!—capaz de improvisar lo segundo.

Darío me contestó una carta escrita en papel del antiguo Ateneo de Buenos Aires, en que mezcla recuerdos, agravios y hasta confesiones.

Dicha carta, era la ansiada palabra del maestro benévolo que recibe con los brazos abiertos a un discípulo a quien ha tenido sobre sus rodillas, mientras tomaba té con galletas de agua, acarreadas, como queda dicho, en un magnífico plato chino, obsequio de **A. de Gilvert**.

Dice así el original de esa epístola, que constituye un documento literario y que guardo con afecto, en todo equivalente al que ella revela para Manuel— que fué quien hizo comprender paternalmente a Darío la diferencia estética que existe entre una olla de Talagante y una Tanagra,—para Manuel y para mí:

«**Confidencial** (violo esta reserva de cancillería porque no hay nada que no borre o no reviva,—una de dos,—un cuarto de siglo).—Ateneo.—Buenos Aires, Avenida de Mayo, N.º 291.—Mi querido Emilio: Sus cartas y sus cuentos, todo está en mi poder. Le he recordado perfectamente y he exclamado como la vieja de la dolora: «¡Santo Dios! Y éste es aquél!». Y me he regocijado al ver que el talento que tenía usted de niño se desenvuelve en una bella y brillante juventud. No sé nada de Manuel, hace largo tiempo. Le escribí hará tres o cuatro meses, sin dirección. Supongo no habrá llegado a su poder mi carta. El recuerdo de su casa, me es siempre uno de los más gratos de mi vida. Pues, en lo desagradable de mi memoria chilena, la figura de Manuel y algunos dos más, son las únicas que miro con tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación. Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso

país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida. Pero hablemos de usted y no de mí. De usted que ha salido escritor, y lo que es peor, ¡oh, desgraciado! con talento. Ha hecho usted muy bien en escribirme y en enviarme sus ensayos. En lo que no ha hecho usted bien es en referirse a mi modesta categoría oficial (1) con un tono absolutamente caupolicanesco; usted que demuestra tener una buena alma de artista y un bravo temperamento de hombre al mismo tiempo. Escribiré, pues,—y me refiero a su libro en proyecto—el prólogo que me pide, a pesar que me he negado a escribir esa clase de presentaciones o estudios, o lo que sea—porque el género está muy desacreditado. A mi queridísimo Gómez Carrillo, no pude complacerle. Lo único que he hecho a ese respecto, son unos versos para un libro de Salvador Rueda, el año 92. El suyo se lo ofrezco. Mas, es preciso que sepa que el prólogo es lo último que se escribe e imprime en una obra. Cuando ésta está impresa, se le envía al prologista. Y hay razón, pues leer en pruebas, claro es que es mejor que leer manuscritos a veces infernales. De todos modos, cuente usted con el prólogo. Lo que he leído de usted, me ha agrado mucho, a pesar de sus naturales defectos: **pastiche**, calco, etc., en la forma; pesimismo y bohemia en el fondo. Pero es efecto de sus primeros entusiasmos. Hay que imitar siempre al comienzo;

---

(1) Alude a una carta, dirigida a Matías Errázuriz, entonces Secretario de nuestra Legación en Buenos Aires, en que yo allanaba completamente a Darío su fuero de ciudadano consular de las letras, cancelándole el respectivo exequatur, a causa de haberse demorado mucho en contestar una carta mía.

hay que ser hijo de alguien, pues no se nace sin padres, como puede afirmarlo la Pallisse el perilustre. En cuanto a sus desengaños, sus torturas cerebrales y su continua tendencia a idealizar el tipo **fané** del bohemio, es el mismo viejo mal del Olimpo, el maldito «mal del siglo», agravado con la educación estética y psicológica de usted, y con el horrible medio—horrible para los artistas—en que vive. Lamenté, mi querido Emilio, las desgracias de la patria chilena y las de mis amigos en particular. Yo tenía y tengo amigos en ambos bandos; pero el recuerdo de Pedro tenía que dar a mis simpatías una senda de parcialidad. La carrera de Manuel la he seguido por los diarios y me alegraré el día en que pueda verlo en el alto puesto a que indefectiblemente debe llegar por su talento y por su carácter. Es un luchador. ¡Quién lo diría hablando con él de sueños y de arte! No he recibido el artículo a que usted se refiere sobre mí y los que tienen a bien llamarse mis discípulos de América. Mas, no es raro, pues usted no se ha acordado de decir en la administración del diario que me lo envíen. Mis ideas respecto al movimiento literario que hoy se nota y que, ciertamente, tiene por base el zarandeado «Azul»... (¡Quién lo hubiera creído!... ¿Se acuerda?) las conoce usted, si ha leído los números de la **Revista de América** que le remití en días pasados. Por eso y por no poder alargar tanto cuanto quisiera esta carta, no le hablo más sobre algunos puntos de la suya. He leído sus críticas o mejor dicho, sus impresiones de «La Ley». Buenas! ¡pero lea usted! ¡lea usted! y así será usted mucho, créame usted. No im-

porta que el público no entienda; en asuntos de arte nunca debe escribirse para el público. El pobre Valdés Vergara, no me suprimía mis crónicas de «El Heraldo» porque escribía demasiado bien para Valparaíso?... Otro punto: ni los que usted llama graciosamente **partiquines**, ni Obligado ni Oyuela, ni grandes ni chicos que en América han escrito sobre Decadentismo, saben jota del asunto. Todo lo confunden porque todo lo ignoran, puesto que no están en el movimiento. Y sobre todo, porque no se han dedicado al asunto, como debieran hacerlo. Otro: el Claudio de sus cuentos no ha **vivido** eso que usted dice. Ese Claudio ha sido amigo de Garcín el del catapultante pájaro azul de mis veinte años... los mismos que usted debe tener ahora. Luego, recuerde usted lo que dice Poe, recordado tan linda y tristemente en un cuento de Julián del Casal... ¿No ha leído a Poe su Claudio? Yo creo que lo ha leído demasiado. La parte de socialismo artístico no me desagrade porque es la reacción contra la opresión de la vida moderna. Pero no olvida usted, y hace bien, que el arte es esencialmente aristocrático».

---

«Adelante, mi querido Emilio. En la revista que usted me envió—«El Año Literario»—veo que no está usted solo. Hay por ahí unos dos compañeros suyos que con usted forman una trinidad de esperanza para el pensamiento futuro de ese país. Porque me imagino que no han de contentarse los chilenos

con destrozarse a sí mismos y comerse a los vecinos. Coman, coman, pero piensen y tengan poetas y artistas. Un día me dijo Menéndez Pelayo «que Chile no había tenido nunca un **Poeta**» en el sentido justo (aquí hay una palabra inentiligible, que así puede decir puro como **justo**: he optado por esta última significación). «Y Vicuña Mackenna?—le dije... «aunque en prosa...» Me lo concedió sonriéndose».

---

«Que tenga Chile, «por la razón o la fuerza», poetas, mi amigo Emilio».

---

«Diga a Manuel, mi deseo de verle. Tal vez no sería difícil que yo hiciera un corto viaje. Que me salude muy afectuosamente a Julio Bañados. Mis mejores deseos para su familia.—Trabaje; luche; crezca.—Su amigo, DARÍO.—Buenos Aires, 10 de Febrero de 1895».

Mostré la carta transcrita a Manuel y mientras llegaba el prólogo, yo masticaba sin tragar del todo la frase olímpica, rebosada en un poco de afecto... **ad-hoc**: lea, lea, trabaje, luche... Seguí el consejo.

En ese momento, es decir, en 1895, Rubén era ya, si no me equivoco, ciudadano de la Avenida de Mayo y la calle Florida, y me parecía verlo con sus ojos de signo ortográfico y sus bigotes chinescos, inclinándose de paso para echar en los postes de

fierro hueco y pintado de rojo que en Buenos Aires sirven de buzón, una carta multada para este lado tan a trás mano de la cordillera... Darío debió a este país y a los amigos que en él encontró, algo más que «su inclinación en la lucha de la vida»: le debió todo—inclusive el dolor fecundo de una vida errante—lo que su prodigioso temperamento iba a convertir en admirable renovación artística.

Es aquí donde vió por primera vez—y ya se sabe lo que esto vale como sugestión,—mujeres, mármoles, cuadros, elegancia, vida de mundo.

Las «flores del mal»; las aguas fuertes de Felicién Rops, nada de lo que, como en pleno bajo imperio, fatiga y pervierte sin saciar; nada de eso columbraban aún los ojos de escarabajo sagrado del que más tarde habría de comprender hondamente el arte de fines del siglo pasado y el cual buscaba todo aquello, material o moral, que pudiera acercar la sensación a lo inédito y que llegaba con Verlaine a los límites extremos de la sensibilidad.

Fué aquí, al pie de la Venus, mutilada como la Gioconda de D'Annunzio, que presidía las charlas de «La Epoca», donde encontró los primeros libros del modernismo francés, que él no tardaría en acumular sobre la base de sus conocimientos clásicos.

Las «penas y agravios» de que habla en el prólogo de «**Abrojos**», mezcla intensísima de Heine y Campoamor, eran la vida que empezaba para él, entretejiendo con espinas las hojas de laurel que principiaban a apuntar en su cabeza portentosamente asimiladora.

Exactamente: era la vida que empezaba para él

en un ambiente que significaba el comienzo de la admirable palingenesis que culminó después, cuando **les garçons de París** le destilaban en pleno **boulevard** y sobre un terrón de azúcar el ajenjo que en Santiago tomaba en una calabaza consuetudinaria, oriunda de Managua o Matagalpa.

¡Cómo para no sentir penas ni agravios era un economista tan previsor que no bien le ponía la mano encima a los menguados anticipos de Cartagena, ya daba comienzo a las peregrinaciones nebulosas a que solía poner término Ortiz, el portero de «La Epoca», cuando tenía la suerte de encontrar al poeta de la calabaza consuetudinaria, desvariando en medio de un círculo humoso de hembras y machos a lo Goya y Lucientes! . . .

Es aquí donde la vida empezó a sentarle encima sus manos potentes, moldeadoras, a veces frías con frialdad de cuchillo, a veces ardientes con ardor de crisol.

Discutió con Manuel lo que debían ser los «**Abrojos**»—que costó **A. de Gilbert**, es decir, Pedro Balmaceda Toro;—el abrojo, hecho estrofa, tendría algo de la humorada y algo de la saeta: en una palabra, «la risa en los labios y el llanto en los ojos»:

«Cuando la vió pasar el pobre mozo  
Y oyó que le dijeron: es tu amada!  
Lanzó una carcajada,  
Pidió una copa y se bajó el embozo».

En estas parecidas divagaciones y reminiscencias andaba yo, cuando llegó el famoso prólogo, que no me gustó. ¡Qué me iba a gustar!

Dí un golpe sobre la mesa, se volcó el tintero y cayeron al suelo la pluma y las alas: no era eso lo que esperaba mi vanidad de párvulo enloquecido con el olor a tinta de imprenta!

Escrito para algo mío, fuera lo que fuera, flor, feto o cardo borriquero, el hecho es que en dicho prólogo hablaba Rubén más de él que de mis cuentos.

¡Y yo no había previsto nada de eso!...

El auditorio habitual de la pieza del «lleno», me vió erguirme en actitud detonante sobre un montón de recortes y diarios de provincia:

—Señores, a la canasta con el prólogo y al diablo con Darío!... No necesito que nadie me apuntale!

Con todo, bien en el fondo—allá en el concho del **yo profundo**, me halagaba salir de la puerta roja de «La Ley» llevando sobre las alas de lata aboyada un libro con prólogo de Darío: prólogo de Rubén y texto de **A. de Géry**...

Antes de sentarme ante mi auditorio socarrón de la pieza del «lleno»,—bastante vacía de muebles, por lo demás,—había decidido lo contrario de lo que acababa de anticipar tan temerariamente: publicaría el prólogo. ¿Y cómo no lo iba a publicar al fin de cuentas, es decir de cuentos, si ya estaba anunciado por mí en todas las formas de la auto-**réclame** más clamorosa?

Salí en busca de Rafael Jover, propietario de la mejor imprenta de entonces: usaba grandes bigotes y era buenísimo y picado de peste, lo que no impidió—tan complaciente me pareció—que más que Rafael Jover, catalán, me pareciera Rafael de Urbino, genio o algo parecido.

Perdone el señor Jover que era bajo, fortacho y capaz de echarse al hombro una Marinoni.

—Ya don Carlos me había hablado de usted— me dijo paternalmente el editor.

—¿Don Carlos Robinet?

—Justo.

Convinimos el precio del cual sólo vió la mitad, y esto, si no me engaña el recuerdo, que siempre es tan fragil en materia de contabilidad, y, sobre todo, de contabilidad llevada de memoria.

Acordamos con Jover—que en paz descanse—copiar las mejores ediciones, entonces tan en boga en París, de Dentu,—«Collection Nelumbo»—o de Borel,—«Collection Lotus Alba».

Hubo, eso sí, que sacrificar la carátula de Valenzuela Puelma y los cardos aquéllos hechos con tinta china en un pedazo de papel marquilla, anduvieron rodando de mano en mano—todas de los más profanas—hasta que fueron a parar en las de la futura **madame** Perelló, la cual también conoció el prólogo antes de ser publicado y la cual, además, preguntó asombrada por qué Rubén me llamaba Marcelo en su prólogo. Madame Perelló, es decir, la señorita Lucero antes de partir a ultramar, tomada de la cintura por el barítono de marras, aludía al traqueteado latinazgo en que me decía solemnemente el poeta al darme el espaldarazo: «**Tu Marcellus eris**» . . .

Ah! qué tiempos aquéllos! ¡Qué tiempos y qué Luceros!

Durante varios días, no soñé con otra cosa que con el futuro libro y como era natural, creía que

todo el mundo, inclusive don Jorge Montt y don Ramón Barros, estaban muy preocupados del magno acontecimiento.

Como todos los que han publicado algo poco antes de los veinte años, estaba seguro de que la gente decía, dándose en el codo:

—**A. de Géry**, autor de un libro prologado por Darío...

Probablemente, era algo muy distinto a lo que yo me imaginaba lo que decía la gente.

Con la debida oportunidad, hice diligencias—primera gestión diplomática!—con Mr. Tallandier, propietario del Casino del Portal, a fin de que me permitiera pegar en el espejo que adornaba el desaparecido salón de su establecimiento, el anuncio de mi libro.

Mr. Tallandier era un pastelero digno de noche buena y de los cuentos de Daudet y, para más señales, tenía una muchacha apetitosa como los pasteles frescos y espolvoreados de azúcar refinada. Se sonrió Mr. Tallandier, bien entendido.

—**Un grand affiche sur la glace... Bien, Mr. de Géry!**

Se dió un golpecito en la nuca y el casquete negro que usaba de diario, se tumbó balanceando sobre las cejas la borla de seda.

Dejó caer un chaparrón de azúcar en polvo sobre los pasteles multicolores y me dijo que el **affiche** de «**Gotas de absintio**» podría permanecer pegado «**sur la glace**» todo el tiempo que yo quisiera.

El salón de Mr. Tallandier reunía entonces a la hora del aperitivo a todo el **demi-monde**—con

perdón del autor de la célebre comedia;—pero dicho sea en honor de Dumas, hijo, y de la verdad de que en todo momento deben hacer gala los anales y las indiscreciones: las hostilidades estallaron, no una sino innumerables veces en aquel ya desaparecido salón y tan poco filarmónicas solían tornarse las actitudes de algunos asistentes enardecidos por el monstruo de los celos, que más de una vez se vió a Desdémona tomada del moño por Otello.

Campeó, pues, a la hora del aperitivo el primer anuncio del «libro próximo», y más de uno de los **habitúes**, Benjamín Vicuña, Carlos Viel, Pedro y Ramón Rivas, Víctor Grez, Santiago Vicuña, a esas amables reuniones, dijo al leerlo, que ahí no era costumbre tomar nada... por **gotas**.

Poco después, el libro aparecía al fin.

¡Qué impresión—única en la vida!—al divisar lo perdido tras los grandes vidrios a que se acerca tanta cara malévola, inteligente, socarrona, tonta, fea o bonita!

—¿Absintio?...

—¿Y qué es eso?

—Algo fabricado o falsificado...—oí que decía alguien, que ahora vive en París.

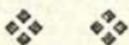
Era la primera espina de cardo borriquero que me saltaba a la cara, a los ojos.

Qué poco duraban, pues, las ilusiones surgidas durante los días que habían precedido a la aparición.!

Sentí ímpetus de investir en son de desagravio y como homenaje al pobre libraco que se erguía con inconsciencia de adolescente tras los vidrios, expuestos a recibir el barro que saltaba de la calle.

No tardaron, por lo demás, en disiparse por completo las ilusiones candorosas, dejando el montón espinudo de «penas y agravios», base de la vida, que será siempre una mezcla indeleble de alegrías y dolores, como que son éstos la salsa con que nos devoramos aquéllas.

Sin embargo, antes de correr muchos días, ya estaba pergeñando otro engendro.





## MATTA PEREZ

Entre capítulo y capítulo de estas crónicas, quiero esbozar la silueta, ya medio borrada, de un personaje que tuvo en Santiago su momento de notoriedad de mundo y de celebridad criminal.

Parecía un héroe de película policial y era joven, elegantón y audaz. ¡Vamos! Una especie de Rastignac bajo cuya aparente tranquilidad quemaba noche y día el deseo de andar ligero, luego y tomarse todo sin dejar nada en la vida.

Era una especie de galán joven, a lo André Brulé.

Acababa de batirse con bizarría en las batallas de la Revolución; había disparado sus cañones sobre los soldados de Balmaceda y era popular un retrato de mosquetero constitucional en que aparecía con gorra blanca, patilla de árabe y cinta roja en su brazo de vengador de las instituciones ultrajadas...

Además, era **sportmen**, y todo lo que fuera elegante; montaba, guiaba, bailaba, se abonaba a los sillones de orquesta del Municipal; jugaba como un demonio, pero tranquilamente en las carreras; daba y organizaba comidas y figuraba entre los vividores de cartel, es decir consagrados.

¿De dónde venía?

¿A dónde iba?

Misterios del arribismo que aspira a la **supreme de volaille** de la vida!

Era una de esas existencias que pueden encerrarse entre interrogativos, seguidos de largas filas de suspensivos... finales.

Un día me lo señalaron; otro me lo presentaron, y ambas veces me pareció el perfecto personaje de **feuilleton** a lo Jorge Ohnet.

Los que lo conocían íntimamente, decían que era hombre de armas tomar... Por mi parte, creo que era de tomar todo, inclusive el mal trago que él mismo se preparó para librarse del amor humilde, que olía a pueblo y acaso a sinceridad, de la pobre víctima con nombre de novela por entregas, nombre que chocaría un poco una vez escrito en una de esas cruces de campo santo, enterradas en forma no muy geométrica y en cuyos brazos de palo suelen pararse a cantar los pájaros.

Pero no anticipemos la historia—démosle este nombre ennoblecedor y justiciero—la breve historia de los acontecimientos, al final de los cuales y en calidad de estribillo o moraleja repetirán, si no me equivoco, tanto el lector como el autor: es cierto, no hay enemigo chico, como que el mismo león, no sabiendo qué medida coercitiva tomar con una pulga atareada que en el momento de salir del arca de Noé se le había metido debajo de la cola, optó por decirle: «no rempuje...»

---

Estaba fresca la Revolución, es decir, coloreaba aún, sin secarse del todo, la sangre derramada en las márgenes—verdes como todas las márgenes del Aconcagua y en el cerrillaje pelado como todos los cerrillajes—del Alto del Puerto.

Los balmacedistas eran correteados a garrote en alto y puño cerrado.

Tal era el ambiente, o más bien dicho, tales eran los procedimientos, cuando regresó de Europa el general Körner, que empezaba a encajar en nuestros arsenales cuanto cañón añadido, cuanto sable poco firme y cuanta torre blindada y por consiguiente inamovible, encontró en Alemania.

Como es de uso y costumbre, para mayor satisfacción de los importadores de líquidos con apellido extranjero, se le ofreció un gran banquete en el Municipal: se levantó el piso del teatro a fin de dejarlo como una prolongación del escenario; se limpiaron los globos de las lámparas, que entonces eran de gas, y se barrió el piso para espantar las pulgas que durante la temporada lírica suelen tomarse por asalto las piernas del espectador en el preciso momento en que canta desesperado tenor: «madre infelice, corro... a rascarte»—según lo que creyó oír un tardo de orejas.

La noche del banquete, llegó a tomar los datos del caso, Videla, después munícipe, como dicen en el altiplano, y entonces repórter muy listo de «La República»—aún no salía «La Nueva República», de la cual fué Director Jorge Figueroa y redactores Moisés Vargas, padre de Moisés 2.º, y Manuel Rodríguez Mendoza.

Al ver al futuro munícipe, Matta Pérez se avallanzó sobre él, lo tomó por el pescuecete, como decía don Marcial; lo trompeó de lo lindo; lo sacó a paso de polca y una vez en la puerta, lo remitió bien asegurado a la comisaría más cercana, acusado de atentar contra la seguridad pública con su presencia de dictatorial insubordinado...

Fueron inútiles, como se comprende, las protestas del atropellado repórter. ¡Gajes del oficio! Ofrenda suprema a una doctrina cuyos adeptos eran tratados entonces como los cristianos en tiempos de Nerón!

Paciencia y para otra vez, barajar mejor o no exponerse tan temerariamente yendo a olfatear banquetes ajenos.

Pasaron los días, los meses y los años y «La República», quemada por entretención una tarde de 1892, convertida, a su vez, en «La Nueva República», se había instalado en la calle de Nataniel en los bajos de la casa de Vicente Grez, autor de «Ráfagas» o «Rafaguilas», como parodió oportunamente aquel Barrabás de Juan Rafael Allende.

Todo iba viento en popa y los balmacedistas acababan de elegir veintitantos diputados.

Ya no era tan fácil, por consiguiente, mandarlos a la comisaría más cercana con parte y ojos cerrados a puño.

Las cosas habían cambiado; luego cambiarían más y Videla menudeaba sus parrafitos de crónica en «La Nueva República».

Pues bien, pasaba un día por una calle con nombre de Santa de muy vieja prosapia: Santa Mónica, madre tiernísima de San Agustín, quien ocasionaba

a la bondadosa señora los más grandes soponcios en la época de su alegre juventud y quien repetía más tarde, ya sabio, maduro y obispo, que era preferible ser hombre de pocos libros, consejo que en Chile ha sido tomado al pie de la letra entre otros por un personaje que me decía sonriéndose en otro tiempo, cuando me distinguía con su benevolencia: conozco gente que no ha hecho otra cosa que leer, pero ni por éstas. . .

Al enfrentar Videla, el día de sus andanzas por la calle con nombre de santa, [un chiribitil cualquiera, alguien le gritó: «Don Julio!».

Lo llamaba un portero del telégrafo, donde el futuro edil había sido empleado, hasta el momento de ser sacado, en 1891, en forma si no igual, bastante parecida a la que, echándose las de bastonero y maestro de ceremonias, empleó con él, años después, Matta Pérez.

Cuánto tiempo a que no se veían empleado cesante y portero todavía en funciones!

El diálogo empezó con la natural ternura retrospectiva:

—¿Y qué hace ahora, don Julio?

—Estoy de periodista, que llaman.

—¡De periodista! . . . ¿De los que escriben en los papeles?

—¡De los mismos!

—A propósito, por aquí cerca ocurrió algo raro la otra noche. . .

Y el antiguo portero relató al nuevo repórter que en noches pasadas «había salido la gringa gritando fuertazo, seguida por el caballero de patilla hasta aquí, que la visitaba» . . .

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Es que al otro día vino el carro de los muertos y el caballero de la patilla se llevó sólo su alma a la pobre «gringa».

—Con que así, ¿no?... ¿Y qué más?

El avisado Videla entró en sospechas ante eso del carro de los muertos:

—¿Vivía sola?

—Con la sirvienta... También dicen que tenía un hermano en el campo.

—¿Y cuál era la casa?

—Aquella, don Julio... Paré blanca y puerta café con número encima.

—¿Y el hermano no ha resollado?

—Parece que no, señor.

—Raro, ¿no es cierto?

Videla se despidió, diciendo que tenía muchísimo que hacer en el diario; dió un rodeo de zorro viejo y un momento después golpeaba insistentemente en la casita siniestra de «paré blanca, puerta café y número encima».

No querían abrir, y desde adentro gruñían:

—No puedo abrir porque el caballero se enoja.

—Soy hermano de la muerta y vengo llegando al saber la novedá.

Empezó a lamentarse y a llorar a moco tendido:

—Que no vaya a ver más a la pobre gringa!

Abrieron porque el dolor convence hasta cuando es simulado; entró Videla, gimió y preguntó por todo lo que tenía que preguntar.

Afirmaba lá cabeza contra la pared para ocultar su desesperación:

—Nos criamos juntos y la recuerdo ende chiquita. . .

Videla se mostró en esta ocasión un gran **detective**, es decir, un conocedor diestrísimo de la psicología popular.

—Y el caballero que la veía, no trajo un doctor siquiera?

—Trajo un porción de drogas no más.

Hasta ese momento, no preguntaba lo que más le interesaba, por no infundir sospechas. Hasta pensó irse y volver; pero no queriendo correr el riesgo de que no le abrieran por segunda vez, siguió preguntando, al descuido y con cuidado:

—¿Y la quería el caballero?

—Solían tener sus grescas; pero luego se amistaban de nuevo.

—Si siquiera supiera como se llamaba!

—Era de lo principal. . .

La sirvienta titubeaba, temiendo no pronunciar a las derechas:

—Se llamaba don Mata; pero la gringa lo mentaba más largo.

De nombre Matta y para más señales, patilla negra, pensó Videla. . . El del banquete a Körner!

No podía ser otro!

Y así empezó la divulgación del formidable drama que todos recuerdan—como si fuera ayer!

Videla lloró más copiosamente que nunca; se hizo que no había entendido y sólo un rato después volvió a preguntar:

—¿Cómo dice que mentaban al caballero?

—Mata.

—Primera vez que oigo ese nombre.

—Es de malas pulgas, bien buen mozo, eso sí, y con una patilla así de larga.

Videla se despidió llorando como había entrado; pero llevando entre sus manos de repórter insigne los hilos ensangrentados de un gran drama policial y social.

Impuso instantes después a los directores del diario de su descubrimiento; pero sólo se le autorizó para publicar un parrafito en que se adelantaba que la policía estaba sobre la pista de un crimen misterioso.

Una vez publicado ese rumor, Videla conferenció con el juez del crimen, amigo de colegio de Matta Pérez; pidió agentes, que le fueron concedidos, y exigió la autopsia del cadáver, en el cual aparecieron rastros de envenenamiento y violencia.

El drama público empezó entonces, incontenible y brutal, y mientras «La Nueva República», es decir Videla, continuaba acumulando pruebas abrumadoras, Matta Pérez, más tranquilo y elegante que nunca, con sus jazmines blancos en el ojal, desafiaba impávidamente al gran galeoto, como decía don José Echegaray.

Se negaba a admitir reportajes; pero un día fué el mismo Matta a conversar con el Director de «La Ley»: le gustaba, como se ve, ponerse en la boca del león.

Palazuelos lo recibió en su salita roja y sin más testigos que el señor Suárez Mujica y yo, que hice una aparición furtiva.

—No es reportaje, señor Matta—le dijo don Juan—así es que hableme con franqueza, que yo le pro-

meto guardar el secreto... La muchacha se había puesto majadera ¿no es verdad? y un día usted de cidió mandarla al infierno...

Matta Pérez se quedó impasible.

Era gran actor; hacía maravillosamente el papel de la frialdad resignada y no trataba de convencer a nadie ni de su inocencia ni de su dolor.

—¡Las cosas del señor Palazuelos!—dijo suspirando como suspira cualquier prójimo, más o menos preocupado con las majaderías de la vida, de los hombres, de los diarios y de don Juan A. Palazuelos.

—Si era la muchacha más buena del mundo!

—Pero lo tendría aburrido, como es natural!

Todo era inútil: el hombre no se movía de sus posiciones:

—Era muy nerviosa, le daban ataques y en una de éstas...

—Usted la tomó del pescuezo—interrumpió don Juan, ensombreciendo su fisonomía, que se revestía fácilmente con la lividez de la muerte.

—¡Las cosas del señor Palazuelos!

Me retiré, por mi parte, y recuerdo perfectamente que un momento después, vi salir a Matta Pérez con su paso y su corrección habitual: iba al Club a hacer **lunch** y un poco de charla. ¡Gran tipo!

Seguía, entre tanto, la ansiedad pública y Matta desapareció un buen día en la hora undécima, cuando comprendió que era inminente su detención.

Se llenaron de policías montadas todos los caminos que parten de Santiago y empezaron los allanamientos y las suposiciones novelescas.

Era demasiado tarde.

Se dijeron muchas cosas y se registraron muchas casas; pero, de cierto, no se supo más de aquel personaje balzaquiano.

Muchos años después, siendo yo Secretario de nuestra Legación en Bruselas, divisé en la concurrida terraza de un café del **boulevard** Anspach un señor que me pareció Matta Pérez.

Qué interesante habría sido hojear esa vida implacable y desgarrada!

Me senté un poco a su espalda y volvió hacia mí con tal rapidez su cara siempre morena, que parecía un poco afrentada sin su patilla de conquistador, que me quedé helado: fuera quien fuera aquel desconocido, había sentido que alguien miraba hacia su alma y su vida deshechas.

Me clavó con sus ojos negros y en seguida se quedó de nuevo inmóvil en su asiento.

El asustado era yo y si hubiera tenido la evidencia absoluta en ese instante de que en realidad se trataba del condenado en rebeldía, es bien probable que ni aún así me hubiera atrevido a acercarme a aquella existencia de muerto en vida.

¿Era él?

No sé; pero estoy cierto en todo caso que aquel sujeto del **boulevard** Anspach que, volviéndose para atrás me había mirado en el blanco de los ojos, era un perseguido por el misterio, por el remordimiento, por la mano que aprieta, como dicen las películas neoyorquinas.

Años después, decía yo en Buenos Aires, en medio del círculo de compatriotas que había oído en

silencio mi relato del encuentro en Bruselas con aquel personaje de ojos de puñal puesto de punta:

—Si el sujeto aquel no era el mismo Matta Pérez, estoy cierto que había muerto a alguien...

—Por lo menos.

—Y sabe usted—me preguntó aquel compatriota de fisonomía hebraica y patilla color ocre, que se ríe y desconfía de todo, pero sin acuchillar mortalmente a nadie—¿sabe usted cómo llegó aquí Matta Pérez?.. Cómodamente instalado en un baúl con el fondo picoteado para que por lo menos pudiera resollar como gallina.

Pestañeaba otro de los circunstantes, hombre de una penetración tan sorprendente, como ordenado y fiel en sus recuerdos.

—La Legación—dijo—había recibido orden de gestionar la extradición de Matta Pérez, si llegaba a encontrársele. Por mi parte, sabía que estaba en Buenos Aires; pero no lo había visto... Pues bien, un día llegó en coche a mi estudio. ¡Quién te vió y quien te vé! Se había afeitado y vestía de cualquier manera. Me dijo que lo perseguían de cerca y que, por consiguiente, corría peligro de que lo pillaran. Para no asumir la responsabilidad de salvar a sabiendas a un asesino, no le pregunté nada del asunto en que se hallaba envuelto. Se dejó caer en una silla; dijo que era más desgraciado que culpable y sin que yo le preguntara nada, declaró que alguna vez se sabría todo... Lo trasladé del hotelito en que paraba; lo saqué poco después de Buenos Aires y trabajó bastante tiempo en el campo hasta que llegó el momento de exportarlo para Europa.

—Y usted—me preguntó mi compatriota, abo-

gado muy diestro, que a pesar de que los ojos no le ayudan, descubrió hace algunos años una firma falsificada, lo que dió lugar a un pleito célebre—¿qué habría hecho en mi lugar?

—Me plantea, doctor, un problema que roza muchos principios morales; pero conste que en el episodio que acaba de relatar, es más frecuente que resuelva el sentimiento y no la justicia... Ahora bien, ¿constituye en algún caso un deber la delación? Sólo los jueces pueden perseguir por meras presunciones y el que delata prejuzga una culpabilidad que no conoce. Luego, doctorcito (solía llamarlo así) en el caso de conciencia que usted me plantea, mi actitud no habría podido ser otra que la de usted: salvar al caído, si era mi amigo; callarme, si no lo era y, en ningún caso, entregarlo.

Como al fin de todos los relatos, el humo azul de los cigarrillos se eleva lentamente, pugnando por formar signos extraños, que se deshacen cuando empiezan a ser descifrados.

Al salir a la calle, ardía ya ese ambiente tan peculiar del Buenos Aires nocturno, ambiente cargado de fuego, de luz y de los perfumes de pacotilla o de camarín, dejados al paso de la prostitución que revolotea con los ojos encendidos dentro del círculo negro formado por la pomada derretida por el calor y la transpiración.

Mientras esperábamos un auto, que nos llevara a Palermo o a cualquier parte, donde hubiera más aire, más silencio, menos bazares y menos sensualidad trashumante y sensual, pasaron dos policías, dando protocolarmente el centro a un pillete al cual le habían puesto esposas en sus manos femeniles

de hombre que no gusta de los trabajos rudos.

—¿Por qué lo llevan?

—Es un **malevo** (1)—contestó uno de los guardianes, hombre encanecido en el servicio de la moralidad pública.

Para proceder de acuerdo con nuestros principios y con el descarnado paladín de la quimera, debimos intervenir en favor del pillete encadenado por el grave delito social de haber intentado birlarse una de esas perlas de a peso el par. . .

No procedía, sin embargo, la mediación respecto de la cual tal vez no se habría mostrado muy benévolo el guardián con bigotes, que formaban sobre sus labios invisibles una recia bóveda capilar.

Seguimos a Palermo, lleno de silencio, de estrellas, de rosas, que, como si tuvieran miedo de la noche, sólo hacen sentir su perfume sin dejarse ver, escondidas entre la oscuridad y las espinas.

---

(1) Ratero.







## «DECADENTISMO», «PEÑITA» Y LOS «SABIOS CHINOS»...

Leía por aquel entonces ávidamente cuanta cosa venida de París se traducía al español,—sólo años después atrapé el francés necesario para encararme, con Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, a los cuales sigo leyendo, porque representan una sensibilidad suprema y febril que descubrió y fijó estados nuevos de la percepción.

El estudio de Gautier sobre el primero, fué para mí una verdadera iniciación en el modernismo, y sin más ni más, empecé a aludir confusamente en mis crónicas a una cantidad de cosas raras, sobre todo en aquel entonces: el cuervo de Poe, el **haschisch** y la Venus negra de Baudelaire, la cuerda siniestra de Gerardo de Nerval, los «Camafeos» y el chaleco rojo de Gautier; las manos de Imperia y las «sinfonías en blanco mayor» tan zarandeadas por los modernistas latinoamericanos:

«Son sain, neige moulée en globe  
Contre les camélias blancs  
Et le blanc satin de sa robe  
Soutient des combats insolents.»

El descarado desorden de aquellos días de bohemia encantadora, me hacía creerme de buena fe en París y en pleno «**quartier latin**», por más que siempre me agradaron mucho los guantes blancos y los buenos sastres—cuantas cosas ha hecho un pantalón bien cortado, decía Balzac.

✓ Todas las peculiaridades **monmartrescas**, profusamente divulgadas por Gómez Carrillo, eran inmediatamente asimiladas a Santiago: Gage era una especie de «**Moulin rouge**»; cierta damisela galante, deliciosamente bonita, por cierto, y para cuyo retrato alcanzó a tomar apuntes Valenzuela Puelma, era María Duplessis, es decir, Margarita Gautier, en cuya tumba en el cementerio de Montmartre, recogí muchos años después un ramo de violetas que pegué sobre una fotografía de Sarah Bernhardt, hecha por Reulinger, y que voló en no sé qué dispersión de mis cachivaches.

✓ Indiferente a las conflagraciones y a los simulacros de duelo, mis crónicas de entonces estaban llenas de alusiones; disponían de un elenco a firme de personajes a los cuales buscaba por lo general un papel y un nombre de guerra en el teatro de Dumas: **l'ami des femmes; Mr. Alphonse...**

A veces, había que buscar óleo y crisma en otra parte, en las novelas de Daudet, de cuyo portentoso «**Nabab**» extraje el pseudónimo **de Géry**; o en las «**Pequeñeces**»... del Padre Coloma, de donde saqué a fin de encajarlas en el cuadro santiaguino, dos siluetas, trazadas al agua fuerte por el célebre jesuíta: Currita Albornoz y el marqués de Sabadel.

Fué en mis crónicas de aquel entonces el personero de este último, el pobre Enrique cuya esplendidez física llegaba a lo insolente y el cual, siendo bueno para todo, no lo fué en definitiva para nada: equivocó su época y mejor que en las cenas de Gage, habría estado en las del duque de Orleans...

En todo ese trastrueque de cosas, personajes, escenas y lugares, no había más que un deseo, aún prematuro, de conocer ese París literario y galante que de una manera meramente imaginativa llena y con razón los mejores años de muchas vidas más fantásticas que prácticas.

A haber ido entonces a la gran ciudad, no sé francamente, con qué lengua me habría dado a entender.

¿Habría recurrido a las simplificaciones mímicas del simpático don Acario Cotapos, quien se daba a entender perfectamente representando de una manera gráfica lo que necesitaba?... Un día sintió urgencia imperiosa de tomar un laxante enérgico y como no le entendieran, apeló sin tardanza a sus representaciones mímicas con éxito tan completo esta vez, que el farmacéutico le dijo que hablaba «trés bien».

Don Acario dió las gracias, creyendo que le decían que hablaba **tres veces bien** el francés... Y todavía agregó: —Lo principal es hacerse entender, amigo.

Y vuelvo, después de esta reminiscencia póstuma en honor del señor Cotapos y sus recursos poligráficos, a mis crónicas de «**La Ley**».

La gente, sobre todo el círculo llamado de los sa-

bios chinos, el cual tenía su sede académica en la librería de don Carlos Baldrich, empezó a hacer ciertas manifestaciones de persona seria que pierde la paciencia.

No me tragaban entonces los sabios chinos—entre los cuales he contado después con excelentes y bondadosos amigos. Tenían una marcada predilección por la política y campeaba entre ellos Palacios a cuyo segundo apellido le saqué un día en una crónica parlamentaria de «La Ley» una cantidad verdaderamente imprudente de sinónimos.

Me juzgaban, evidentemente, un petulante y cuando yo solía hacer mis tardías apariciones en el «Club del Progreso», heredero más o menos medrado del de otros tiempos, se mandaban mudar sin más ni más porque no les agradaba perder el tiempo escuchando la apología de un decadentismo de contrabando y de Darío, su pontífice latinoamericano, el «indio errante», como lo llama Astorquiza, quien suele calentar sus tijeras en el propio cirio pascual.

Había gente de positiva valía intelectual en la picantería del «godo» Baldrich, y años después, al correr su carrera los años y al cambiar las ideas—que es lo primero que pasa de moda—intimé y me entendí cordialmente con más de uno de los «sabios chinos», denominación digna del patriarca—del de Fernay—cuya paternidad correspondía, si no me equivoco, a don Julio Zegers.

No aceptaban el modernismo o—una de dos—no me aceptaban a mí, que me consideraba, espontáneamente, su representante en prosa. El represen-

tante en verso, era Bórquez Solar, que apareció poco después y que entonces me enviaba desde lo Angeles sus cariñosas epístolas.

Comprendo ahora que los sabios de entonces no aceptaran el modernismo de segunda mano y en español; pero mi indignación, física e intelectual, no encontró límites urbanos suficientes en qué derramarse, cuando Nicolás Peña, hoy mi viejo amigo, se destacó del grupo de los contertulios de don Carlos Baldrich y las emprendió conmigo en «La Libertad Electoral». «Peñita», como le decían sus amigos, sabía y leía mucho y él, Fuenzalida Grandón, Hurtado y Arias y Manuel, mi hermano, creo que eran los únicos que seguían, más o menos, el movimiento literario, francés y español, de aquel tiempo sobre el cual ha caído ya la friolera de un cuarto de siglo.

Había otros, evidentemente,—los Orrego Luco, Barriga, Vicuña Cifuentes—que seguían el conjunto de la vida intelectual de aquel entonces; pero sólo hago memoria, como es natural, de los que yo conocía.

Peña—«Peñita»—venía a poner las cosas en su lugar y, empezando por mí, me interrogó sobre si leía directamente, es decir, en su misma lengua prodigiosa a Baudelaire, Verlaine y toda esa gente...

¡Qué esperanza!. .—pensé.

Van a zurrarte—me dijo Manuel, acariciando al perro y al gato que en amigable **entente** lo acompañaban perpetuamente debajo de su mesa, sobre la cual reposaban todos los diarios impresos, desde Gutenberg a hoy.

El peruano Hurtado y Arias, zocarrón, gran lector y gran busquilla, las emprendió a su vez conmigo en sus «Agridulces», mostacilla un poco a lo Mariano de Cavia; y para remate, en «El Constitucional», diario conservador, cuyo redactor político era Walker Martínez, empezaron a mostrar los dientes, más blancos que sus intenciones, unos cuantos perritos nuevos, que seguramente provenían de la última cría literaria de «Jacobo Edén», gran periodista, con algo de Larra y mucho de Veillot.

Manuel se reía a carcajadas, pasando su mano de artista sobre el lomo del gato, que, si mal no recuerdo, nunca fué acusado de ultraje manifiesto a las buenas costumbres.

—Te va a ser muy provechosa esta felpa porque estás muy petulante....

Me defendió hidalga y brillantemente «Oliverio Bertín», mi colega de «La Ley», y una noche en que, ya en plenas hostilidades, me encontré con «Peñita» en aquel célebre patio de Gage en que se cenaba al aire libre y en grata compañía, las operaciones tomaron en el acto carácter de acción de guerra... Clamaron las distinguidas damas que nos acompañaban—y no las nombro por no ofender su inmaculado pudor—tomando una parte más acústica que efectiva en aquella resonante conflagración y la rana que pasaba una existencia, no extraña a sobresaltos, bajo la mata de cala que campeaba al centro de la pequeña fuente, trascordada por el alboroto, saltó a observar, encandilándose, los acontecimientos de aquella noche toledana.

Después del combate, digno de los aborígenes

cada adversario cenó en pieza separada por tabique picoteado con alfileres de sombrero, al día siguiente, padrinos... No podían faltar!...

Busqué a Carlos Viel, hombre irreverente y descreído, si los hay, que, no creyendo en nada, menos podía creer en otros duelos que los de bolsillo.

Le dí instrucciones para que se hiciera acompañar de un mata-moros y antes de mucho, todo concluía con ágape seguido de cena y con cena seguida de *soirée* danzante...

Pero en forma tan contundente había sido combatida en mi humilde persona la escuela **décadentista**, que no quedé ni podía quedar tranquilo.

Todo lo contrario; ¿pero cómo convencer de una vez a las gentes de mi superioridad?... No dice el finado Epicteto que no hay más que una manera de parecer grande hombre: siéndolo?

Pues bien, pensé, esto no tiene más remedio que dar a luz... una obra.

Debo advertir—poniéndome los quevedos—a los jóvenes de ahora, que entonces no había editores y que publicar un libro y salir en la sección bibliográfica de «El Ferrocarril» no era cuestión fácil. Ni mucho menos.

—Los voy a aplastar con un libro—dijo en cierta ocasión Julio Bañados a sus amigos.

—Basta que tu... tu... tu... lo escribas..—replicó Vicente Grez, que estaba presente y que era tan listo como tartamudo.

¿Me dirían lo mismo?







## UNA CARTA DE GOMEZ CARRILLO

Tras una paliza—palizada, como dice un colega brasileiro—de Hurtado y Arias y unas frases con azúcar refinada de no se qué crítico de aquel entonces, recibí entre otras cartas del extranjero, una en que ya aparece la elegante frivolidad de Gómez Carrillo:

«París, 20 de Diciembre de 1895.—49, Rue de Rivoli.—Querido amigo: Acabo de recibir sus **Gotas de Absintio**. Mil gracias. Mil gracias por el recuerdo y mil gracias por el cuarto de hora de lectura agradable que me ha proporcionado. Yo, por ahora, leo muy rara vez libros en español y cuando por casualidad cae entre mis manos uno de esos enormes volúmenes **castizos** que se publican en Madrid, me muero de sueño al hojearlos. El de usted, al contrario, me ha despertado, haciéndome ver que todos mis camaradas del Nuevo Mundo no son **snoobs** del modernismo. Los cuadritos de usted podrán estar hechos de **chic**, pero en el fondo tienen vibraciones personales, que si no son producto de la observación, sí son hijas de un temperamento fuerte y agrio y esquisito. ¿Conoce usted el «**Gaspar**

**de la Nuit** de Luis Bertrand»? **Gotas de Absintio** se parece mucho a ese libro por la factura delicada y por la ligereza cruel de las fantasías que lo componen. Sólo que el maestro de Baudelaire, que hizo su obra a los cuarenta años de edad, se inspiró en las aguas fuertes de Rembrandt y de Collot, mientras que usted se inspira directamente de lo escrito. En su libro hay, a pesar de lo que nuestro querido Rubén llama **pastiche**, una nota enteramente nueva, que no corresponde al cuento parisiense ni a los **esquisses** de Banville, sino a algo más irónico y más lapidario, a los poemas en prosa de Baudelaire o a la noche y sus prestigios de Durand. Hoy todos hacemos trasposiciones de arte: Rubén hace acuarelas y esmaltes, Julián del Casal hacía grandes frescos imitados del Tiépolo y aguas fuertes como las de Gustave Moreau; usted comienza a hacer dibujos a la manera de Gavarni. Muchos dirán a usted que sus cuadros son vagos e indecisos. No importa, así como son valen mucho y son encantadores. Yo preparo ahora un librito que enviaré a usted pronto: «**La suprema voluptuosidad**». Será un folleto como el de usted, pero... inmoral. Salude en mi nombre a su hermano don Manuel y créame su amigo y compañero, q. b. s. m.—**ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO**».

No necesito decir que yo no conocía ni conozco más Gaspar que el autor del «Idilio» y el de aquellos Reyes Magos que tuvieron la feliz inspiración—eran otros tiempos y, además, deben haber sido poetas los tres—de ponerse a seguir a sol y a sombra la estrella de Belén.

Ni qué iba a conocer otro Bertrand que un mar-sellés de la vecindad, cantor como el cerrajero napolitano. Ya he dicho, si no me equivoco, que sólo años después atrapé el francés necesario para echar-me al cuerpo el ajeno literario de Baudelaire y para llegar hecho unas pascuas hasta el «Olimpia» y el «Bal Tabarín» de París.

Con todo, la carta de Gómez Carrillo me llenó de regocijo y la leí hasta hacer rabiarse a los que entonces me daban con el mocho del hacha: estaba aún lejano el convencimiento desesperante de que es muy poco o que no es nada la obra de arte que no revela un esfuerzo supremo hacia lo nuevo, como idea o como ambiente!

Pero, ¿es eso posible? Por mi parte, he tenido el atrevimiento de intentarlo encarnizada, dolorosamente en «**Cuesta Arriba**», «**Santa Colonia**», y, hasta cierto punto, en «**Vida Nueva**».

Me subleva la mera imitación y la mera facilidad porque ambas cosas se aprenden mediante la característica destreza del latinoamericano, que imita trajes, instituciones, escuelas, vicios y hasta gestos sin acercarse a la creación propia.

La América empezó hace más de un siglo las imitaciones que abarcan todas las gradaciones de lo mental y lo material y, aunque la afirmación parezca extraña, Rubén no es más que un continuador en lo literario de los caudillejos empenachados que se erguían hasta no hace mucho en medio de sus creaciones efímeras, mirando como Bonaparte cuya cabeza encerraba más genio en ebullición del que necesita el mundo, aunque este mundo sea el Viejo...

Sin llegar a lo esencial, la América imita un día el **boulevard** lleno de joyas y mujeres; otro a Inglaterra, otro a Alemania, que empezó hace más de cincuenta años a dar cabezadas de coloso, estrechado en todas las fronteras.

Resumen, después de un siglo: la fragilidad en materia institucional; el similor en materia literaria; la factoría en materia económica. . .

Y como al fin de los años o las cuentas, también se puede morir de cualquier cosa banal y sin vigor, —¿no hubo un señor que llegó hasta el último de sus días «haciendo», como se dice en jerga de teatro, el marqués, época Luis XV?—¿fallecerá la América, imitación crasa y constante?

Me lleva lejos esto de las **trasposiciones** de que me hablaba Gómez Carrillo en su carta amable, como su talento, y lejana, como los años que no se cansan de alejarse y de alejarnos de lo que sólo ayer nos seducía sin pensar acaso, porque la seducción desaparece cuando se empieza a pensar. . .

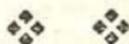
A su hora, trágica y fantástica a la vez, imitaron los caudillos criollos a Napoleón o a Murat, levantando el sable fulgurante en el instante solemne de la carga; después se imitó a Chateaubriand; a los filósofos de 1848; a Víctor Hugo, cuya trompa lírica resonó sobre los Andes espantando cóndores y pajarracos—menos a los poetastros—a Castelar con su prosa hipertrofiada de adjetivos y decorada con bigotes postizos. . . ¡A quién no se imitó!

Un día gris, de puro aburrido, la murria abúlica o melancólica de Darío dió con el francés ultra-moderno y los nombres de Baudelaire y de Verlaine

empezaron a difundirse bajo nuestras tejas coloniales.

Por nuestra parte—y es Chile de los más cautos en materia de imitaciones literarias—importamos cascos alemanes para cabezas oriundas de Mulchén y Canta-rana, y parlamentarismo a todo pasto para nuestra política en que ha solido no gobernar nadie porque gobiernan todos.

¡Cuántos sistemas, escuelas y disfraces exóticos!







## «INOCENCIO CONCHALI»

De «La Ley», radical, a «La Libertad Electoral», liberal, la distancia, longitudinal y política, era cuando más de una cuadra: bastaba doblar la esquina para trasladarse de la una a la otra.

La primera estaba en la calle de Huérfanos; la segunda, en la calle de la Bandera. Aquélla, enarbolaba la bandera radical; ésta la liberal; la primera, era dirigida por don Juan Agustín Palazuelos; la segunda, por don Eduardo Matte, hombre de talento, de doctrina y de partido, que hablaba con voz cálida, delatora inequívoca de un temperamento tenaz y combativo.

A raíz de una de esas molestias tan frecuentes en los diarios de pelea, me retiré de la primera, camino de la segunda, que, como digo, estaba a un paso del campamento periodístico en que a tambor batiente me inicié en la prensa.

No me fuí, por cierto, sin volver la vista hacia ese hogar peculiar en que se me había tratado con afecto; en que se aplaudieron mis comienzos con bondad alentadora y en que empecé a acercarme a la vida,

queriendo consumirla de golpe y porrazo, creyendo que era más corta y fácil de lo que en realidades.

Bohemia, cenas, libros, duelos, prólogos y carátulas; ágapes y machitones, proyectos hechos con fuegos de artificio; desplantes, altanerías y audacias; sangre joven y confianza plena... He ahí la síntesis—¡y cómo la recuerdo!—de mi primera estación en «La Ley». Conste que no quiero decir estada.

En medio de ese pedazo de placer e inquietud juvenil, Palazuelos se destaca inolvidablemente con su cabeza gris y su ceño recio e irónico al mismo tiempo.

Me demostró un afecto que se traducía en frases amables cuando se quejaba el cajero de mis emisiones fiduciarias, es decir de mis vales, o cuando iban a relatarle las cotidianas peloterías de **A. de Géry**.

—Yo fuí peor a sus años—decía, dejando correr alegremente mis días de verbena.

Al irme, le escribí, despidiéndome.

«La Ley»,—decía, entre otras cosas gratas, la contestación—recibirá siempre con cariño las producciones de **A. de Géry**, que ha nacido y crecido en sus columnas. Por razones correspondientes a las expresadas por usted, yo no olvidaré nunca las nobles reminiscencias que usted hace del principio de nuestras relaciones y lo recordará siempre con cariño sincero su amigo y S. S. *Juan. A. Palazuelos*».

A lo hecho, pecho, dice el refrán; pero conste que no podía pasar por «La Ley» sin sentirme invadido por los recuerdos.

Entré, pues, entristecido a «La Libertad Electoral», cuyo local no me gustó nada: al entrar un mesón,

luego un patio; a la izquierda, la pieza del señor Bianchi Tupper—«Gedeón»—que se batía tarde y mañana con «Jacobo Edén», polemista temible, gallo de estaca muy afilada; en el medio de un pasadizo, otra pieza, ocupada por «Peñita», cronista, y al lado un tabuco en que asomaban los lentes y la nariz macheteada del pobre Urizar, repórter.

Nada más.

¡Qué frío me pareció todo eso!

¿Y por qué había dejado, acaso, para probar un carácter de que carecía mi primer vivac?

En «La Libertad Electoral» habían escrito «Severo Perpena» y todas las plumas clásicas del liberalismo, pero en ese momento, los combates tenían la acompasada monotonía de los de esgrima pagada por mes.

El país estaba cansado y «Gedeón» no lo ignoraba.

Ahí no escribiría, pues, artículos destemplados ni haría nuevos reportajes al Arzobispo. Qué hacerle! Tenía que probar un carácter de que carecía!

Me encomendaron La Semana, y me pareció que no eran de ninguna manera calurosas las simpatías para el periodismo que yo había hecho en «La Ley»: nada de política, y, sobre todo, nada de floretazos ni desplantes.

Aquello me pareció como tener a una persona perpetuamente vestida de frac y sin poder salir para nada del salón de la casa.

Por lo demás, el señor Bianchi Tupper, era la bondad misma.

A poco andar, tropecé con el ídolo literario de «La Libertad Electoral»: «Inocencio Conchalí», escritor eminentemente nacional que se conquistaba, y

con razón, todos los sufragios y en cuyos artículos encontraba cada cual algo de las peculiaridades comunes a la raza, a Chile, a su historia, a sus guerras, sus andanzas, sus farras y sus chascarros.

En mis pañales, en cambio, quedaban muchas huellas del **decadentismo traducido** que yo me había empeñado en asimilar por la fuerza.

No tragaba entonces a «Conchalí», y en señal de muda protesta, creció en forma irrestricta mi admiración por Rubén, que acababa de hacer llegar a mis manos sus «**Prosas profanas**».

Una tarde atravesó el patio, húmedo aún en verano, un señor que llevaba chaqueta azul, pantalones a cuadritos, flor al ojal y bastón con una cabeza de pato en la cacha, de plata naturalmente.

Debe ser el empresario de la compañía lírica llegada anoche—pensé.

Era Riquelme.

Se parecía extraordinariamente a su hermano, el héroe—el del último disparo del último cañón,— y para más señales, muy vecina a sus narices, dotadas de ventanillas estilo balcón, se destacaba, cómodamente instalada, una verruga color rubí oscuro o color concho de vino, para ser más nacional y menos fastuoso en las comparaciones.

Se veía al hombre aplaudido, satisfecho, contento sin arrogancia y con un brillante tamaño en el dedo meñique de la mano con que acariciaba la brillante cabeza de pato de su bastón.

Metido en una piecita cercana a la de «Gedeón», lo observé a mansalva y con mirada... maximalista, porque «Conchalí» desbancaba con sólo presentarse

al implume recién escapado del nido caliente de «La Ley.»

—Caballeros—dijo al entrar.

Lo acogió el coro regocijado de sus admiradores. Temblé de ira.

Ahí estaban en ese momento, Eduardo Phillips y mi querido Nercaseaux y Morán con su sombrero al ojo, sus bigotes de laucha ahogada, su **chaquet** tan corto que no necesitaba ser levantado para que su propietario pudiera sentarse y bajo el brazo la Gramática que limpia, fija y da esplendor y hasta vahíos.

Años después, cuando comprendí toda la originalidad de «Conchalí» como intérprete de la más general y difundida de las fases del carácter nacional, fuimos buenos amigos y nadie celebró más que yo los chascarros que el veterano contaba **bajo su tienda** de solterón.

¡Y cuánto me alegro ahora no haber esperado, como es de uso y costumbre, que Riquelme ya no llenara hueco en la vida para hacerle toda la justicia a mi alcance!

Fué un poco el Santiago que se va; era algo peculiar del centro y la calle de Huérfanos, entre Estado y el Club de la Unión; y todos los hombres y todas las mujeres conocían a «Conchalí» el cual entraba en años, pero sin alterar en nada su carácter y sus costumbres de «santiaguino viejo», que seguía pareciendo empresario del Municipal y la **signorina Gaby**.

Lo veo patente en mis recuerdos y echo de menos en mi desteñida galería, dispersada con tanto trajín

de judío errante, su retrato con su verruga, su boca irónica, su bastón con cabeza de pato degollado y sus pantalones a cuadritos blancos y negros.

Pasaba lista diariamente de diez a doce en la calle de Huérfanos.

A medio día, es decir, al oír el cañonazo, se acercaba a la vidriera de Gage y cuando la insoportable tiranía de los médicos empezó a imponer mermas y regateos demasiado sensibles a su apetito de goloso contumaz, gruesas lágrimas—no era hombre de llorarlas de otro calibre hidráulico—rodaron por sus tostadas mejillas al avistar tanta cosa picante, inclusive los mariscos y el queso Rochefort.

Por lo mismo que era célibe empedernido, saludaba a las mujeres tirándose vereda abajo y junto con pasar éstas y su rastro evocador, se volvía, como movido por un resorte, para examinar pericialmente el sugestivo arranque de la pierna. Tenía ojo clínico y era gran catador.

Por aquel entonces, no conocía más que dos ciudades: Lima por el norte y Santiago por el sur.

Miento y me apresuro a declararlo: también conocía a Sucre, en el altiplano andino, donde siendo Secretario de nuestra Legación, en momentos muy inquietantes para la tranquilidad sudamericana, llegó a altas horas de la noche a tocar el aldabón de la casa del señor Baptista, Ministro de Relaciones Exteriores a la sazón.

—¿Quién es?—preguntaron tras la vieja puerta.

—Caballero,—contestó Riquelme—es el Secretario de la Legación de Chile que desea hablar con S. E. . .

A esas horas!

—Ha estallado la guerra—exclamó el señor Baptista, cogiendo apresuradamente sus pantalones.

Nada de eso: era «Inocencio Conchalí» que iba a pedir personalmente al Canciller que diera permiso para no asistir al día siguiente a su oficina al amigo y empleado boliviano que lo acompañaba.

La ocurrencia no podía ser más inequívocamente nacional; pero oficialmente no fué celebrada ni mucho menos por la Cancillería de Santiago.

Al volver a Chile, Riquelme ocupó tranquilamente y con gran regocijo de amigos y admiradores su puesto a firme de jefe de sección del Ministerio de Industria y reapareció tan campante entre Estado y el Club, saludando a las buenas mozas y echándoles en seguida el consabido mirotazo a la media de seda transparente.

El autor de «Bajo la tienda»; «Chascarrillos militares», «La misa de una», «El veinte de Abril» y «El incendio de la Compañía», tenía todas las simpatías y todas las prerrogativas porque era santiaguino como el tajamar o el cañonazo de las doce.

En el Perú había sido soldado y periodista y en seguida empresario de la **signorina** Gaby, a la cual conocí años después,—ya pasado el esplendor de su garguero y sus tobillos,—comiendo **maccarones** en Playa Ancha.

Como Jefe de sección y luego como sub-secretario—el empleado archivó al escritor—no dejó Riquelme de ser «Conchalí» y filió a todos los ministros que pasaban mensual o trimestralmente por esa cartera.

Un día llegó uno, el señor Gacitúa Brieba, hombre muy laborioso, que tenía la costumbre de despachar muchas notas diarias. Sin embargo, «Conchalí» se entendió con él perfectamente.

¿Cómo fué ese milagro?

He aquí la explicación dada por el mismo «Conchalí»: un huaso tenía un macho viejo del cual no lograba encontrar medio de deshacerse. Optó por limarle los dientes para dejárselos blancos y en cuanto venía un nuevo interesado, el propietario se apresuraba a mostrar el colmillo del animalito... Tanto se repitió la operación, que no bien veía un forastero, el macho ya acostumbrado a mostrar el colmillo, levantaba el mismo la jeta, a fin de que lo dejaran cuanto antes en paz.

—Imité la sabiduría del macho—decía «Conchalí»—y en cuanto aparecía el señor Gacitúa, le salía al encuentro con el alto de notas...

No había, como bien se ve, nada de hiriente en su gracia pintoresca que buscaba, sin forzar la nota, la comparación local y siempre fácil.

Sus relatos y sus chascarros,—que convertidos en narración completa de nuestra historia, habrían sido, como todas las obras que no son un simple trasvaciado de lo europeo, el lazo de unión de un pueblo,—constituyen un eco profundo y viviente de la raza.

Sus héroes—todos de buen humor e índole aventurera y guerrera—pintados con una sola anécdota o un solo rasgo, eran, indistintamente, los «futres» o los «niños», como llamaba paternalmente a los «rotos» que él mismo había visto cargando a la ba-

yoneta en los días de pelea o haciendo fechorías en los de jolgorios.

Nadie ha comprendido con más encanto que Riquelme la historia de este país y, de la guerra de 1879, dejó un tipo imperecedero, mezcla peculiar de soldado y ciudadano, que usaba kepis chato y pantalón bombacho y que marchaba llevando al hombro el rifle Comblain, armado de bayoneta, que resplandecía al sol inflamado del desierto.

«Conchalí» quería entrañablemente a los «niños», porque con ellos había vivido en el campamento, «bajo la tienda»; porque los había visto marchar enfurecidos sobre las trincheras enemigas y porque en seguida los había oído preguntar, ya en la ciudad de los Virreyes, si eso no más era Lima...

Uno de ellos, que venía peleando «esde Antofagasta», recién tomada la capital enemiga, se acerca a mirar un grupo de prisioneros. El hombre andaba franco y sin armas. Encendió un cigarrillo, se metió las manos a los bolsillos y después de reflexionar, se preguntó a si mismo.

—«Y con este naipe nos iban a ganar»?...

Otro, queriendo conocer bien a Lima, por si tardaba en volver, toma un coche y después de recorrer la ciudad, se aleja sin pagar ni dar las gracias.

A los gritos del cochero, que resultó ser napolitano, y que exigía el pago correspondiente a dos horas y pico de carruaje, el «roto» volvió paso a paso y después de filiar a su acreedor, le preguntó:

—De dónde sois voz?...

—De Napoli...

—«¿Y por eso estáis creyendo, gringo bruto, que

nosotros hemos venido aquí a pagar coche por horas?»?

Y nuestro compatriota, aficionado al carruaje gratis, siguió a paso redoblado porque ya se aproximaba el toque de «rancho».

El que así trasladaba de lo vivo a lo escrito, esa mezcla de picardía y buen humor—subsistente hasta en el momento en que el «roto» le dice a su contendor, al enterrarle el cuchillo: «cierre los ojos, pues, hermano»—que caracterizaba la vida popular chilena, debió escribir toda nuestra historia anecdótica; pero «Conchalí», flojo, despreocupado y charlador, prefirió diluir en conversaciones interminables lo que ahora sería una gran obra nacional.

Estaba inmunizado de toda influencia literaria extraña y estoy cierto que la poca afición que mostraba a salir del país, era debida en gran parte al deseo de conservar intacto su sentido, tan hondo y certero de lo nacional.

—¿Y cuándo es viaje a Europa?—le pregunté una vez.

—Hace cuatro o cinco años que no paso por la calle de San Isidro y voy a ir a Europa—me contestó.

Está todo «Conchalí», con su **sans façon** y su ironía, en esa respuesta.

Era santiaguino—santiaguino viejo—y eso le bastaba.

Conocía y saboreaba el pasado de cada rincón de la ciudad, que quiso que después de su muerte cubriera de flores todos sus balcones, y se apresuraba

a rectificar intencionadamente cualquier error en que incurrieran los que se atrevían a invadir su campo predilecto.

Relatando en «La Tarde» lo que fué en tiempos del finado Pedro de Valdivia y sus sucesores, lo que hoy es plazuela de Bello, aseguraba yo que ésta era entonces un pobrísimo peladero en que sólo ramoneaban unos cuantos borricos.

—No olvide, caballero, que aún no había aquí muchos burros—rectificó Riquelme.

—Convengamos entonces—repliqué—que posteriormente se han propagado con bastante rapidez.

¡Qué iba a querer separarse de la ciudad que así conocía y en la cual, indistintamente, le sonreían todas las caras!

Todo un barrio—la vieja Recoleta—en que vivía entre las flores de su quinta criolla, no era un poco de él?

Sin embargo, un día—se acercaba el momento en que la vida iba a exigir al solterón empedernido el pago total de las cuentas alegres de su existencia que lo había conocido todo, menos la melancolía o el dolor—Riquelme empezó a sentirse mal: llegaba el instante de pagar el coche del napolitano aquél. . .

Había vivido sin envejecer y, por lo mismo, los años llegaban de improviso a cobrar sus malditos créditos que habían alargado bastante los plazos para la fúnebre y postrera cancelación.

Su bastón con cabeza de pato cebado, ya no describía molinetes entre los dedos y de objeto cebado, elegante y peculiar, pasaba a la categoría de adita-

mento necesario para afirmarse, porque, si se observaba bien, los pies se empezaban a quedar para arrastrarse traidoramente en seguida. ¿Qué era ese malestar creciente que principiaba a sentir?

¡Qué había de ser! . . . S. M. la Muerte!

¿Y ese maldito hormigueo en las piernas? El anuncio fatídico del que producirá a su vez en medio de la tierra, calentada por el sol o calada por la lluvia, ese otro soberano implacable: S. M. el gusano . . .

«Conchalí» se sublevó por primera vez contra las cosas nativas y empezó a vociferar que los «doctores» de aquí no sabían jota de nada . . .

Iría a Europa el santiaguino viejo, que se lamentaba de no pasar con más frecuencia bajo los árboles de las calles apacibles, distantes del centro de la ciudad, apareció un día ya decrepito y claudicante en medio del espectáculo multiforme de París, en perpetuo y florido turbión de oro, joyas y mujeres.

Volvía el sol fecundo de la primavera y bajo el cielo azul, vagamente dorado, se envolvían los árboles en la seda verde de sus hojas que no cesan de temblar de placer o terror.

«Conchalí» se quedó embelesado: ¡había algo más en el mundo de lo que pensaba su arrogante intransigencia patriótica, cuando no aceptaba que en parte alguna pudiera haber nada mejor que lo de su tierra!

Ah! . . . ¿Pero podrían repetir los doctores impotentes de la ciudad prodigiosamente elegante y sensual, el milagro de Fausto, reatado a la vida con las trenzas de oro de Margarita? . . .

Fulguraban por todas partes las joyas; sobre el cuello tibio de Manón se engarzaban formando un dogal de serrallo todas las perlas del Oriente nacarado; palpitaba en las tabernas de moda la música incitante y soñadora de los tzínganos y las mujeres que en los **affiches** policromos dibujados por Chéret se abrazan a Pierrot, buscando sus labios color sangre, levantaban aquí y allá la zapatilla de raso, mostrando la media transparente y la enagua de seda.

Qué espectáculo para él, que había temblado como un provinciano al sentir, en su vecina pieza de hotel, el golpe de dos zapatitos femeninos al caer!

Sobre todo, qué inmensa apoteosis de la carne que se ofrece por todas partes, mostrando sus líneas vibrantes, coronadas de flores y joyas, en esa ciudad no sospechada por su nacionalismo integral!

¡Qué es esto caballeros!—decía «Conchalí» a los compatriotas, habituados hasta la indiferencia a esa vida que no admite voluntarios más allá de la cincuentena, período que no está demás, imitando a Sthendal, escribir en la pretina de los pantalones.

Vió de París lo que no requiere tiempo sino sentidos—los cinco,—y, como los que penetran a un ambiente desconocido que los toma de improviso, ahí quedó, sin valor para arrancar o seguir su melancólica peregrinación de enfermo.

En qué momento tan atrasado de su reloj de llave y cuerda, que no sabía repetir ciertas horas, se acercaba a ese cuadro desequilibrante! Cuando para no caer, necesitaba tomarse con fuerza de los brazos tibios que lo conducían alegre y apresuradamente a la muerte, empolvando el frac de ele-

gante y de mundano con que después de comer **en ville** se sumergía en la marea sonora de los **café-concerts!**

Medio desvanecido con ese olor penetrante a flores, a cantina, a **boudoir**, a escenario, le palpitaron las sienes, ya demasiado grises, y empezó a creerse cadete.

La carne se reencendía, galvanizada por aquel ambiente que se entra por todos los poros, entibiando los viejos huesos, y Riquelme, que a esas alturas ya no tenía nada de «Conchalí», volvió a ser. . . Inocencio. Unica y última ingenuidad de su vida!

Se creyó de nuevo joven en el momento en que entre él y las mujeres alegres que se reían salpicándole **champagne** burbujeante con sus dedos enortijados, se sentaba la muerte, expiándolo como un centinela de vista.

Los médicos, seg ún él, no sabían nada, eran unos farsantes que sólo servían para acortar o desvirtuar la vida, haciéndola más amarga.

Hay que curarse con los mismos pelos—decía recordando los dichos criollos en que era maestro y maestro inimitable, porque tenía de lo cómico un concepto personalísimo.

Y empezó a ahuyentar a la muerte con su ilusión penosa de que podía recomenzar de nuevo la vida.

Era un espectro, y su cara cetrina surgía como algo lívido de la pechera blanca, clavada con un punto negro—una perla—que, evidentemente, era. . . punto final.

Se aferraba a la vida y al placer con manos que

intentaban entibiarse en las sedas y en la carne; pero quieras que no, hubo que llevarlo apresuradamente a Suiza, para que muriera mirando montañas.

«Conchalí» no quería morir e intentaba incorporarse y protestar: qué sabían los médicos! Se repondría muy luego! Volvía hacia París sus ojos de moribundo.

Se aferraba y con razón a la vida, que había sido tan pródiga con él; pero no había remedio y al fin se fué en medio de aquellas montañas que deben haberle parecido pequeñas, comparadas con las de la tierra que amó tanto (1).

---

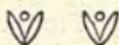
¿Qué costaría un busto o un bajo relieve cualquiera, hasta el cual pudieran llegar con las manos llenas de yerbas de nuestros campos, los héroes populares a que Daniel Riquelme dió una vida tan larga como la de la raza?

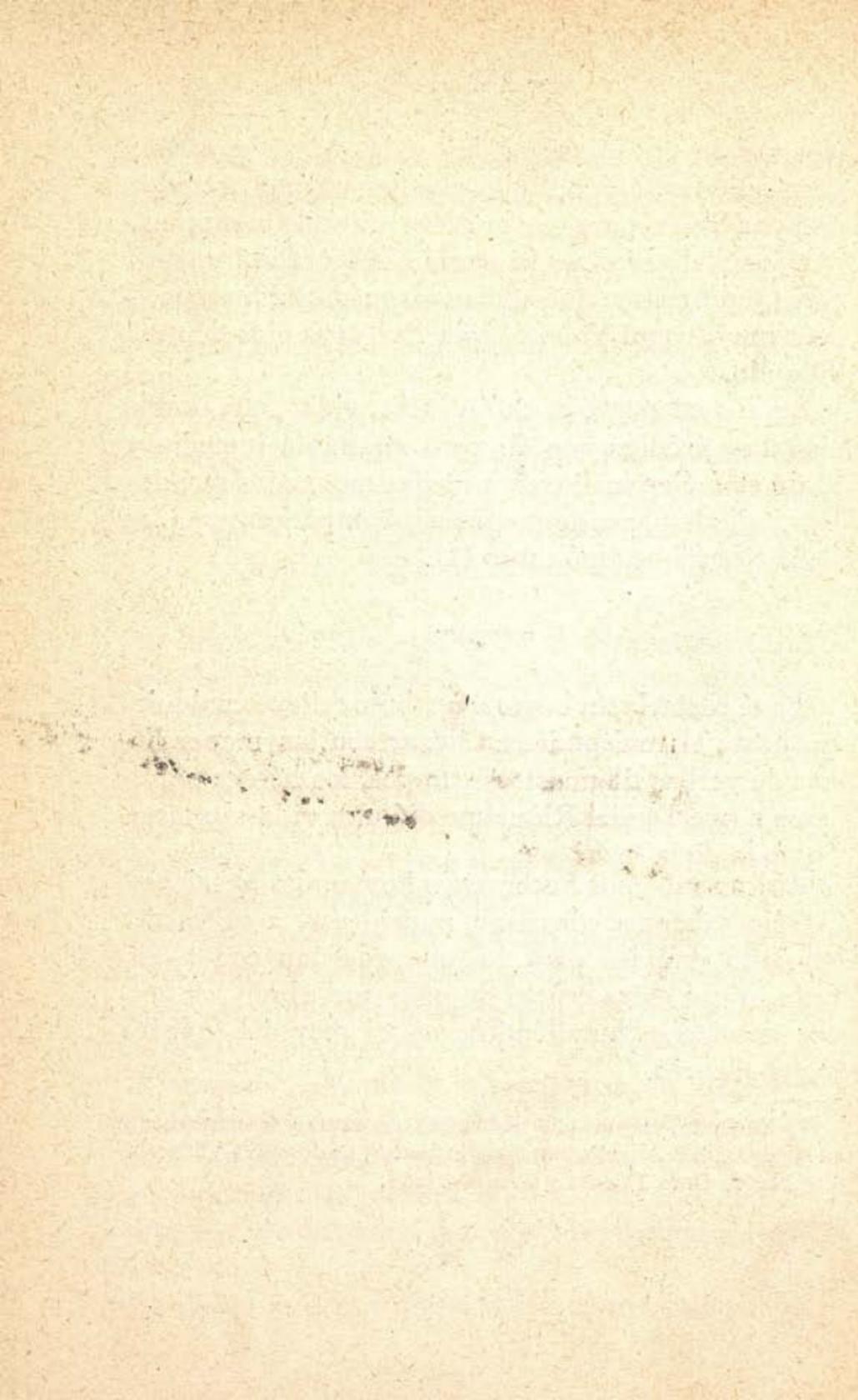
Ah! no sabemos hacer esos homenajes al talento!

Sólo sabemos construir pudrideros, a veces demasiado grandes para lo que guardan como reliquia, o pequeñas cruces de palo que abren los brazos desolados, hundiéndose en el mar del infinito y del silencio.

---

(1) Entiendo, según mis informes, que estuvo fraternalmente cerca de Daniel Riquelme en esos instantes, Carlos Silva Vildósola, hombre de Gran Talento y Gran Corazón.







## EL GENERAL CANTO, SU HIJO DATIVO Y EL INFRASCRITO...

Cuando entré por primera vez a «La Ley», conservaba patente la figura del Coronel Canto—quien siempre cantó claro—entrando a la capital al frente de las tropas revolucionarias.

Estaba entonces tan reciente la escena de la revolución, que todavía se sentían rastros de pólvora en la atmósfera!

El Coronel de entonces, usaba a la sazón gorra blanca, casaca de soldado y ancha cinta roja al brazo.

Era y continúa siendo una figura de valiente, cuya pera y cuyo bigote se saturaron de pólvora en todos los asaltos de la Araucanía y en todos los combates, a cancha libre o en la Sierra, de 1879.

Me tocó divisarlo mandando la revista militar del 18 de Septiembre de 1891.

Aún conservaba su color ocre, reseándose sobre la tierra y sus yerbas, la sangre de Concón y la Placilla, y Canto, sable en mano y con Körner a la izquierda, presenciaba frente a la Junta de Gobierno compuesta de los señores Montt, Barros Luco y Sil-

va Palma, el gran desfile de la victoria revolucionaria.

Seguro en los estribos y bien sentado sobre la silla, parecía vibrar en medio de las marchas y los redobles.

De tiempo en tiempo, se pescaba fugazmente la pera con la mano izquierda y hacía un saludo de caudillo vencedor a cada bandera que pasaba escoltada por los «niños» de cada regimiento de «nortinos».

Era un ídolo popular en esos días y bajo la nariz redonda, pero de buen olfato de Isidoro Errázuriz, Ministro de Relaciones Exteriores y Justicia de esa célebre Junta, estallaban a cada instante las aclamaciones de la multitud: ¡Viva Canto!

Era el pueblo vivando enardecido a su héroe del momento, y si por alguien fué momentáneamente popular la Revolución, fué por ese Coronel, peleador viejo, gallo de estaca, soldado de Arauco, de Lima y de la Sierra.

Lo miraba desde una esquina, sintiendo de cerca al pueblo que lo aclamaba, comentando su gesto y su parada marcial. Y como mi casa acababa de ser saqueada por los que sólo son capaces de despojar caídos, como Tenadier, el de los «Miserables», yo cerraba un ojo, diciendo para mi barriga: qué bien le pegaría un pildorazo desde aquí... Pero no tenía ímpetus para tanto, y, además, sólo llevaba en los bolsillos un cortaplumas con que sacar punta al lápiz y un atado de cigarrillos con que envolver en humo de «fuñingue» mis inofensivas ideas de revancha...

Nuevas aclamaciones, sonando a cuartelazo, magnificaban al célebre Coronel, quien, terminada la revista, se alejó airosamente, seguido de su estado mayor.

¿Sería Presidente?

Contaba con los soldados; pero no con «los futres»—otro calificativo de «Conchalí»!—que llenaban las filas del Ejército revolucionario.

Se decía ya que se miraban como el perro y el gato con Körner, quien, además de ser muy celebrado por el pueblo, contaba con toda la simpatía de los elementos sociales más elevados que tomaron las armas para combatir a Balmaceda.

Nada de eso ignoraba yo cuando entré por primera vez a «La Ley» y, casualmente, al volver a ésta, después de mi excursión periodística a «La Libertad Electoral», el nombre resonante del Coronel Canto—General desde fines de 1891—estaba a la orden del día.

«La Ley» lo acusaba de resistir los proyectos de Körner, quien mandó guardar o enterrar todo aquello que significaba la gloriosa tradición de un siglo en el Ejército de este país de campesinos, mineros y militares.

Acababa de llegar una **gruesa** de militares alemanes, contratados por el señor Bulnes, nuestro Ministro en Berlín, a quien dijo el detonante Emperador: «Me contento con que vuelva la mitad» . . .

Su Majestad quería hacer un ensayito al por menor de los **utensilios** manufacturados por sus fábricas, y como se hablaba de guerra con la Argentina, venían de Alemania torres blindadas, coloca-

bles no sé donde en un país montañoso como el nuestro; cañones atornillables al medio, como las boquillas, y sables que según decían los peritos, tenían la gracia de quebrarse al primer mandoble.

Nos alemanizábamos en razón directa de los encarguitos que partían periódicamente de Hamburgo y Bremen, e inversa de los progresos que hacía el parlamentarismo a la criolla y sin disolución de cámaras que nos hizo ingerir la Revolución.

Aparecieron los primeros capotes grises y los primeros capachos charolados y con el famoso punzón que acaba de ser mochado de raíz después de la guerra europea. . . Se intentaba la bufonada de coronar con semejante aditamento exótico la cara ancha y el cuerpo amampatado y araucanesco de nuestros compatriotas.

Bonito el morrioncito—dijo uno de los «niños», al ver el primer casco prusiano.

Canto, que había hecho muchas campañas con kepi francés y traje de diablo fuerte, no tragaba las reformas alemanas y dió comienzo a una serie de reuniones que «La Ley» y Cabrera Guerra, su eximio cronista, calificaron de «conspiración de las cafeteras».

Las relaciones del antiguo comandante del 2.º de línea con Körner eran tan tirantes a la sazón, que bien podían terminar en un duelo y el Presidente Errázuriz, cortando por lo sano o lo más delicado—según y cómo—llamó a calificar servicios al más notorio de los adversarios de la reforma militar prusiana. Desde ese día, la germanización del Ejército marchó sin resistencias; pero no sin que

antes sobreviniera el duelo casi trágico entre Canto y Boonen Rivera.

El encuentro tuvo lugar en la cordillera y hacía un frío de los demonios.

En el momento de enfrentarse, ambos adversarios se saludaron militarmente y como la bala fundida ahí mismo a fin de usarla antes de que se enfriara, no quería entrar en la pistola del general, éste le dijo al señor Hevia Riquelme: «Rempújela fuerte, don Anselmo» . . .

Es muy sabido lo demás y años después, estando en Tacna, me tocó tener en la mano ese proyectil, que quedó del grueso de un papel después de herir en la frente al Coronel Boonen.

Al conocerse en Santiago el desenlace del duelo, me acordé por mi parte del año 91 y de mi casa y, como si algo hubiera tenido que hacer el general con el saqueo, decidí cancelar de una vez esta cuenta atrasada con la Revolución, colocándole al que había sido su jefe militar, un artículo, calibre cuarenta y dos milímetros.

No tuvo otro origen ni otro alcance ese artículo furibundo: fué un violento resabio de una lucha que había despojado y perseguido a los míos y en el acto que la prensa puso una arma blanca en mis manos, procedí a esgrimirla, a cara descubierta y sin que hubiera nadie detrás de mí ni de mi espingarda.

El tiempo transcurrido desde entonces a hoy, explica sobradamente la espontaneidad de estas reminiscencias en frío y que deseaba hacer—lo declaro con agrado—porque si es verdad que ayer quise

herir a fondo al revolucionario, hoy me complazco en reconocer los prolongados servicios que el valeroso soldado de 1879 prestó al país.

Como era costumbre en «La Ley», después de cada artículo escrito con lápiz rojo o tinta del mismo color, me eché un revólver al bolsillo, y como si nada hubiera pasado, di comienzo a mi itinerario cotidiano: Huérfanos, Politeama, Gage, etc., etc. . .

Pasaban las horas y aún las semanas sin que nadie me dijera ni chus ni mus; pero un día me comunicaron que venía a todo escape del sur, donde estaba de guarnición, el Mayor don Dativo del Canto.

Como era de esperarse, no faltó quien me advirtiera circunstanciadamente que, comparado con el mayorcito, el general era un nene en materia de puntería. . .

Aunque tarde, como de costumbre, caí en la cuenta de que bien pude guardar **sine die** mi intempestivo brulote; pero, debiendo tomar las cosas como se presentaban, me resolví, en caso de duelo y haciendo de tripas corazón, a exigir condiciones de distancia que no dejaran a un solo lado todas las probabilidades de hacer blanco.

Supe que el mayor me buscaba afanosamente y, como de ordinario, después del teatro, me encaminé donde Gage, acompañado de Custodio Espejo, mi antiguo y querido colega de «La Ley».

Al encaminarme del primer patio a un comedor del segundo, divisé a del Canto y me fué dado disfrutar de paso del ruido cristalino que producían sus espolines de artillero.

Yo andaba casualmente sin revólver; pero Espejo

me pasó el suyo, el cual no tenía más inconveniente que una dislocación en la nuez, lo que era bastante para que, llegado el caso, hiciera fuego para todos lados como regadera que larga el agua.

No me hizo feliz la idea de un escándalo en un **restaurant**; pero ya no era tiempo de retirarse ante el enemigo y, como digo, seguimos hacia un **cabinet particulier** del segundo patio.

Sonaron de nuevo los espolines del mayor y un instante después éste golpeaba la puerta de la pieza en que yo había ocupado un ángulo estratégico.

—Adelante...

—Emilio Rodríguez... el mentado Géry?—preguntó.

—Creí que ya me conocía.

Sin más preámbulo y sin dejarme hablar, se desató en injurias de grueso calibre.

—Nos veremos—le dije y cuando se disponía a avanzar hacia mí, juzgué del caso, en vista de que el señor del Canto estaba armado, hacerle esta breve advertencia:

—Si me toca, en vez de una, le encajo cinco balas... La escena no fué esa noche más allá y al día siguiente, designé como padrinos a Luis Orrego Luco y a Custodio Espejo—testigo de lo ocurrido—los cuales me escribían un momento después:

«Santiago, Mayo 22 de 1897.—Estimado amigo:

En cumplimiento de la misión que usted se ha servido encomendarnos de pedir explicaciones de las injurias que le han sido inferidas por el mayor don Dativo del Canto, o bien una reparación por las armas a que usted tiene derecho, nos hemos

dirijido a ese caballero. El señor del Canto nos ha contestado que, dados los precedentes sentados últimamente en la materia, se cree en la obligación imprescindible de solicitar la venia de un tribunal militar de honor, y que, una vez obtenida, quedará a sus órdenes; en caso contrario, declinará el duelo. Esperando el resultado de estas gestiones, somos de usted servidores y amigos.—**Luis Orrego Luco.**—**Angel Custodio Espejo.**»

El tribunal, compuesto, según mis noticias, por el entonces Coronel Silva Renard y el Comandante Dávila Baeza, opinó que el señor del Canto debía nombrar sus padrinos.

No conocí el acta levantada por dicho tribunal; pero es evidente que resolvió la consulta en el sentido de que el Mayor del Canto debía nombrar sus testigos, puesto que, en efecto, éste los nombró de acuerdo con lo que había anticipado a los señores Orrego Luco y Espejo. Fueron el Coronel José Aníbal Frías y el Comandante Julio Argomedo y no estando autorizados ni para dar explicaciones ni para concertar un lance, aún ignoro para qué aceptaron el padrinazgo que se les ofrecía.

¿Por qué procedieron así? Porque—siempre según mis informes—el General se opuso terminantemente a que un miembro de su familia tuviera otro duelo después del que acababa de efectuarse entre él y el Coronel Boonen: sólo así se explica, por lo demás, el documento que va a continuación.

«Reunidos en Santiago de Chile—dice la respectiva acta, documento que conservo y que me parece del caso copiar—a veintidós de Mayo de

1897, los señores don José Aníbal Frías y don Julio Argomedo, como representantes del señor Dativo del Canto, y los señores don Angel Custodio Espejo y don Luis Orrego Luco a nombre del señor don Emilio Rodríguez Mendoza, después de cangeados los poderes respectivos, fueron aceptados unánimemente. Los representantes del señor Rodríguez Mendoza, de conformidad con sus instrucciones, expusieron que exigían plena satisfacción o reparación por las armas a causa de las injurias que a este caballero había inferido el Mayor don Dativo del Canto en la noche del 21 de Mayo. Los representantes del señor del Canto, con las suyas, expusieron que el origen de la actual cuestión era un artículo ofensivo publicado por el señor Rodríguez en el diario «La Ley», bajo el pseudónimo de **A. de Géry**, hace más o menos un mes, contra el señor General Canto. Se replicó a nombre del señor Rodríguez Mendoza que, habiendo transcurrido más de un mes y atendido a que las reglas usuales conceden veinticuatro horas para solicitar reparaciones, por ofensas recibidas, no era posible admitir este punto de partida y debía considerarse el hecho de las injurias dirigidas en el «Café Santiago» por el señor del Canto en contra del señor Rodríguez como una provocación a duelo. Los representantes del señor del Canto expusieron que su patrocinado al ofender al señor Rodríguez en la noche del 21 de Mayo, ha querido castigar los insultos dirigidos por la prensa al señor General del Canto. Los representantes del señor Rodríguez declararon que, pasado un mes de plazo de la pu-

blicación referida, no tenía derecho el Mayor del Canto para provocar al señor Rodríguez Mendoza. Se presume, de derecho, que un mes de plazo para retar a duelo, da tiempo suficiente para prepararse al que así obra, quedando el contrario en inferioridad de condiciones. Por lo tanto, el señor Rodríguez se encuentra en evidente desventaja ante un insulto premeditado por más de un mes. Además, no se puede para el que así procede, pretender ventajas de insultado. Los representantes del señor del Canto expusieron que éste sabía que su derecho se encontraba prescrito y que sólo quiso repeler la injuria hecha a su padre con otra injuria igual, estableciendo compensación, sin tener la intención de retarlo a duelo. Los representantes del señor Rodríguez replicaron que, aún cuando esa intención no existiera en el señor del Canto, el hecho de insultar al señor Rodríguez constituye por sí solo provocación a duelo. Por tanto, exigen amplia satisfacción o reparación por las armas. Expusieron los representantes del señor del Canto, que se deduce de la respuesta anterior, dada por ellos, que su apadrinado hallándose satisfecho con su actitud de anoche, no concede ningún género de satisfacción ni de reparación en vista de lo expresado por ellos en el párrafo tercero. Con lo expuesto se da por terminada esta acta, se hace por duplicado y se canjea.—**J. Aníbal Frías.**—**Luis Orrego Luco.**—**Angel Custodio Espejo.**—**Julio Argomedo.**

---

¡Cosas del tiempo que pasa!—como diría uno de mis testigos de entonces.

Años después—diez y siete, nada menos—en 1914, el General llegó un día a nuestra Legación en la Argentina de la cual era Secretario el que esto escribe.

Salí a encontrarlo:

—Bienvenido, General...

El veterano abrió sus brazos de valiente.

La vida es demasiado corta para guardar mucho tiempo las pequeñeces que el transcurrir de los días se encarga de reducir a sus verdaderas proporciones!

El General había tenido la nobleza de llegar hasta mi oficina. Luego, me correspondía a mí la tarea, siempre grata, de borrar con un poco de sentimiento, es decir, con lo mejor que hay en el hombre, aquel artículo, mezcla de juventud y pasión.

—Recuerda, General, aquella publicación mía sobre usted?...

—¡Ya lo creo! Como que siempre creí que se la había inspirado uno de mis compañeros del viejo Ejército.

Resonó la frase como algo glorioso que se va: el Viejo Ejército.

—¡Error! El único responsable de ese artículo, como de todos los que he escrito, soy yo... Tenemos ese parecido, General: no me gusta emboscarme ni que se embosquen tras de mí. Lo pensé y lo escribí. ¡Hay que hacerse cargo! Había visto saqueada nuestra casa y cortada la carrera del mayorcito, Manuel, que era el jefe de la familia!... Ya lo

sabe, General, y se lo declaro con placer: fué la pasión lo que inspiró aquel canto... contra Canto.

Nos estrechamos de nuevo la mano, platicamos largo y me contó en seguida su escapatoria de Tacna, cuando el Presidente Balmaceda le ordenó telegráficamente a Blest Gana que asegurara bien «a ese pájaro».

—¡Qué cosas podría contar usted, General, sobre la Revolución, desde la ocupación de Tarapacá hasta la marcha al sur!

—Ah, sí!

Siempre he creído ver en la influencia que los jefes de la Revolución concedieron a Körner la intención clarísima de contrapesar las simpatías de que el Coronel Canto disfrutaba entre las tropas revolucionarias.

Hay ahí un interesante capítulo inédito que, a su hora, explicará, mediante el concurso simultáneo de hechos aún no divulgados y de la psicología peculiar de cada actor, el ya lejano comienzo de la tendencia a ingertar la copia de las instituciones militares de Alemania en un régimen institucional—el parlamentarismo—que medio ha devorado la autoridad ejecutiva o central.

Seguía de avanzada explorando el campo:

—Será muy interesante—continué—saber lo que pasó en Iquique entre los corifeos del movimiento.

—¡Pierda cuidado! Tengo escritas mis memorias. ¡Por cierto! Ahí veremos! Recuerdo—agregó—sumiendo en el pasado los ojos vivaces sin maldad, recuerdo que viendo el giro que en un consejo tomaba cierta discusión, me apresuré a declarar que

mi espada estaba lista para pasar de parte a parte a la política en cuanto ésta asomara en Iquique!

Días después tuve el placer de sentar a mi mesa al General y cuando partió de regreso a Santiago, nos dimos un abrazo muy sincero, porque siento por mi parte una admiración sin restricciones de ninguna especie por todos los que hicieron la guerra de tipo napoleónico de 1879... ¿De tipo napoleónico?

Ni más ni menos.

Primero, una serie de batallas y, en seguida, toma a paso redoblado de la capital por el ejército vencedor, quien iza al fin su estrella y sus colores sobre la casa de Pizarro y los Virreyes.







## LOS DOS PERITOS (1)

La señora Subercaseaux de Vicuña Mackenna me dijo un día que fuera a conocer al Perito de la otra banda, señor Francisco de P. Moreno.

A las ocho en punto hacía su radiante aparición en el cuadro sobrio y distinguido de aquella residencia una especie de Venus de Milo, restituída a la gracia omnipotente de sus brazos espléndidos.

Anoté sin trepidar: con una dama así se gana cualquiera cuestión de límites... Si en vez de su respetable esposo, hubiera sido ella la encargada de la delimitación de las más altas cumbres, se queda con todo Chile, siempre que no saliera de éste.

Por desgracia para los suyos y su país, murió muy luego. Costaba trabajo creer que esa mujer hermosísima, tranquila y bondadosamente sonriente, fuera Belona, esposa de Marte, es decir, del Perito, muy perito, cuyas teorías geográficas significaban la guerra entre dos pueblos que no tienen

---

(1) Este capítulo, como todos los de este libro, fué escrito en 1919, mucho antes de la muerte del señor Moreno.

por qué chocar, puesto que no se divisa entre ellos ningún antagonismo irreductible. ¿Va la Argentina a establecerse a este lado de los Andes? ¿Va Chile a saltar sobre la otra vertiente de la cordillera?

Los problemas ficticios creados por semejante absurdo, se desvanecían por completo ante la gran dama que borraba con su hermosura y su señorío las «altas cumbres» que, como teoría delimitadora, sustentaba su distinguido esposo.

Encogido, esquivo, y con ese algo de fúnebre de todas las escoltas, aunque sean matrimoniales, marchaba, tras su esposa deslumbrante, el señor Moreno, y tras éste y con orquídeas para la señora Subercaseaux y castañas confitadas para la «Queneca» y su pandilla de gatos entrometidos, Clemente Onelli, en cuya silueta me entretendré más adelante: desempeñaba a la sazón las funciones de Secretario del grave Perito.

Debo anticipar que el actual Director del jardín de plantas de Buenos Aires, donde estudia y profundiza con amable ironía—digna en todo de la de Anatolio France—la psicología... zoológica de sus pensionistas, traídos a regaña dientes de todas partes del mundo, encontró aquí amistades que sabían borrar toda disidencia limítrofe en aras del buen deseo de no olvidarse de que la juventud y la alegría son, a su hora, una realidad fugaz y un «bello tesoro».

—¡Ah!—dijo el Perito con simpatía, comprobatoria de que una cosa era en sociedad y otra armado de sus mapas, sus teorías y sus intransigencias

geográficas—cómo no lo he de conocer si es el mismo basilisco de los reportajes...

Se refería a mí, que tenía el honor de perseguirlo a sol y a sombra, dormido y despierto, solo o en la imponente compañía de los plenipotenciarios argentinos.

En el cuadro casi trágico del litigio—casi trágico ya que por poco degenera en gresca auténtica—había por parte de la Argentina dos figuras eminentemente simpáticas: Onelli y Blancas, el Secretario de la Legación.

El segundo, solía escaparse en compañía que no era seguramente la más adecuada para inspirar una confianza ciega a su distinguida esposa.

Vivía por aquel entonces en el Oddó, al llegar a Huérfanos, y al verlo salir, la distinguida señora le decía desde un balcón:

—Oye, ché Blancas...

Blancas se hacía el sordo y al ver que camino de la liberación ya iba a desaparecer tras la esquina, la alarmada señora clamaba a toda boca:

—¡Blancas!

El Perito estuvo más contento y locuaz que de costumbre aquella noche.

—Hay que llevar a la Argentina a todos estos locos para que se dejen de hablar de guerra—decía doña Victoria.

—Vayan y verán... Acaban de exportarse doscientos millones oro de trigo. Vayan no más—replicaba el señor Moreno.

Era un espíritu hostil y combativo, contenido por su buena escuela social. Creía y sigue creyendo

que Chile piensa en conquistas y no abandonaba así no más las comparaciones, que cuando no molestan denotan una deplorable penuria dialéctica.

Además, parecía obsesionado con la teoría que un día hizo decir a Balmaceda que la pretensión argentina a puertos en el Pacífico entrañaba un inmediato **casus belli**.

Entró Matías Errázuriz hecho un lord y luego llegó el general Vergara, que se inclinó con gesto de Bayardo ante las damas.

Nosotros, la gente menuda, arrastrando premeditadamente a Onelli en la maniobra estratégica, pedimos permiso para retirarnos.

Dió el Perito una mirada de Nuncio apostólico a quien se le escapa el participante y dijo, rectificando la posición horizontal de los largueros de sus antiparras de aspecto astronómico:

—Mañana a las ocho, Onelli...

---

Se hablaba mucho durante aquellos días de que se agravaban más y más las disidencias de los dos peritos y no faltaba quien creyera que de tal disidencia podía brotar, destilando fuego y sangre, lo que todos los retóricos, a falta de impresiones directas sobre la materia, han dado en llamar «la **chispa** de la guerra».

¿Querían ambos pueblos estrellarse y combatir?

Era vital para Chile no disminuír ni en una fanega el tamaño de sus tierras, que si son ricas, no son extensas, y exigía su seguridad que el territo-

rio nacional no fuera perforado con la adquisición por parte de la Argentina de alguna salida propia a los senos en que se segrega y subdivide el Pacífico austral al penetrar en el Continente.

Pero el desarrollo sociológico, aún tan en sus comienzos, ¿daba caracteres de urgencia suprema a la delimitación definitiva del legado colonial?

No. Y es del caso reiterar que era más bien la vanidad la que inclinaba a medir sus fuerzas de adolescentes a estos dos pueblos que acaso podrían fusionar fácilmente sus intereses, formando un grande y solo organismo.

No existían razones para odiarse; pero ambos adversarios sentían la creciente altivez de su fuerza efectiva y su significación en el Continente.

Uno defendía lo que necesitaba y el otro lo que necesitará después: comunicaciones fáciles con este mar, ya que una tercera parte del territorio argentino está muy lejos del Atlántico y muy cerca del Pacífico. La necesidad de salidas propias ha engendrado siempre los más grandes problemas; pero en este caso no es difícil la solución, dando al tránsito las facilidades más amplias y liberales.

Las caras de nudo gordiano con que se miraban ambos Peritos, demostraba objetivamente que faltaba entonces la tranquilidad suficiente para plantear en el terreno de un avenimiento equitativo el largo litigio en el cual se reflejaron con exactitud las cualidades y defectos de ambos países, que antropológicamente son los más semejantes de la América española.

Más, en efecto, que un antagonismo claro y fun-

dado, la desconfianza latente entre argentinos y chilenos, arranca de su diferenciación psicológica.

Los primeros son optimistas y grandilocuentes.

No han temido a ningún problema y confiados en la capacidad y la adaptabilidad del organismo territorial, han tratado, a fuerza de ingerir elementos modernos, de transformar su estructura nacional, borrando, sobre todo en su parte externa, los atavismos pertinaces de la Colonia.

Sienten y ven todo lo que pasa en Europa.

Esa psicología se exterioriza por medio de un lenguaje peculiar que agranda o ilumina las realidades y las perspectivas; que no siente temores ni dudas; que flamea como una bandera desplegada en medio de la pampa infinita.

Los chilenos, por su parte, son prudentes y tenaces a la vez y desconfían mientras luchan y siguen luchando. ¡Les ha jugado tantas malas partidas la tierra, el tiempo o la mina!..

«He caminao mucho; pero no ei visto que la tierra sea reonda»—dice el campesino.

Sus labios, apretados por la rabia o distendidos por una ironía subida de color, tienen habitualmente la expresión de quien cata algo agridulce.

Le gusta «el trago», pero desconfía de él, del tiempo, de los hombres, del sol, de la lluvia, del compadre travieso y de la plata nueva... ¿Será buena?

No es fácil que asegure nada y a la inversa del argentino optimista que sonrío antes de ver la cosecha, el chileno mira el cielo cerrando un ojo y dice que el año parece que viene de malas.

¿Nuestra novela social ha hecho ya ese tipo peculiar, montañez, minero, campesino, busca-suerte o rueda-tierras, que uno encuentra en el altiplano, en la bodega de los transatlánticos, en las revoluciones de todo el Continente, en Méjico, Panamá, Guayaquil, Paita o el Callao?

Lo ha entrevisto, en parte, Blest Gana; lo han asimilado otros al mujik de los relatos a la Tourguenef; lo ha dibujado en detalle Díaz Garcés y convertido en soldado lo ha individualizado en forma neta y profundamente nacional el talento criollo de «Inocencio Conchalí»; pero el tipo sintético de toda la raza no está hecho.

Existe, y con rasgos inconfundibles, el chileno que suda cargando bultos en Panamá y que barretea como un cíclope anhelante en medio de las altura heladas y brumosas de la puna andina; pero ese tipo durísimo como estructura humana, alegre y triste, hospitalario u hostil, fraternal y penden-ciero, y a la vez aventurero y desconfiado, no, no está hecho.

Como decía hace un instante, nada más diverso que ese tipo tan genuinamente nuestro, del argentino de hoy, ciudadano o compadrito, en el cual la gran ciudad ha borrado todos los rasgos, cada vez más diluídos del pobre Martín Fierro, que, con su guitarra a la espalda, sigue a galope tendido hacia la leyenda. El chileno se achica, con maña, mientras el argentino se infla de insuperable optimismo.

El chileno dice «así parece»; el argentino, «así es».

Es la misma raza y el idioma; pero se adivina en la psicología del uno que la riqueza y el carácter reflejan la extensión dorada o tormentosa. En el otro hay algo de la montaña, la mina, el mar, el campo montuoso.

El uno es sembrador que no tarda mucho en ver el fruto, sea bueno o sea malo.

El otro, perfora sin término la tierra o la roca, buscando la «veta», que se acaba, que se esquivo, desaparece o se «aterra» después de mostrarse y por algo dice en sus cantos melancólicos que es mujer coqueta la fortuna.

El optimismo ilimitado del primero—¿no escribía Sarmiento su simbólico «Facundo» al eco de los azotes que al otro lado de la gran montaña aplicaba a sus víctimas la mazorca rosista?—choca a la prudencia habilidosa y zocarrona del otro.

La confianza orgullosa del uno apresuró la absorción, acelerada hasta lo audaz, que ha hecho la Argentina; el pesimismo, inclinado a exagerar lo malo, del otro, significó temor a los cambios y las innovaciones en los días de la organización institucional, y luego lentitud en el sentido de la transformación social y económica, basada en el bienestar del mayor número que caracteriza la organización de nuestros días.

Ahora bien, ¿no reflejó cada Perito el carácter de su pueblo? Y en caso de ser así, ¿no sería esa diferencia la causa inicial de las divergencias que entre ellos tendían a aumentar en vez de disminuir?

---

Los señores Barros Arana y Moreno iban a celebrar uno de esos días una nueva conferencia en la casa del primero, en San Bernardo, y partí oportunamente con el redactor de «La Ley», Justino Fagalde, encargado de informar al público acerca del curso que seguía la ardua discusión entre ambos Peritos.

Se paseaba don Diego con las manos a la espalda y gorra con algo de bicoca. De tiempo en tiempo, se paraba, miraba; se llevaba la cachimba a la boca y seguía andando.

Llegó Moreno; entró Bertrand y los tres personajes limítrofes se encerraron ipso-facto en la pieza, llena de mapas, libros y planos, de la conferencia.

Quedamos al lado afuera, naturalmente, y cuando Fagalde sintió la voz cascada de don Diego, se aproximó a la puerta: era un gran repórter.

Me dijo luego, acercando una mano a su cara congestionada:

—¡La cosa está que se arde!... ¡No hay acuerdo posible!

Como la mayoría de los chilenos, quería la guerra.

Me dijo que él sabía bien que existía un profundo antagonismo entre ambos Peritos, antagonismo derivado, por lo menos en parte, de que no ignoraba don Diego que él era una figura intelectual ante la cual habría sido más equitativo poner a Mitre o algo equivalente; y de que se jactaba Moreno de ser geógrafo y haber «pulsado» diestramente ríos, cumbres y valles.

Cuando la cordialidad, si alguna vez la hubo

entre ambos personajes, desapareció por completo, creció la hostilidad y se hicieron más agrias las discusiones y más difícil el avenimiento: la paz entre ambos pueblos empezó a correr los riesgos más graves; porque aspiraba la Argentina a algo que no necesitaba ni necesitaría y porque se aferraba Chile—y con razón—a las necesidades geográficas de su seguridad presente y futura.

¿Podía admitirse, en efecto, que nuestro territorio quedara agujereado con puertos extraños en su parte sur?—Jamás. En cambio, ¿arriesgaba la Argentina algo vital en el litigio?—Nada.

Durante todo el debate, los argentinos, impulsados por su optimismo habitual, miraban hacia el porvenir y los chilenos y su realismo, escaso de imaginación, sólo hacia el presente.

¿Sería posible que liquidara la equidad esa enorme diferencia?

Mi colega de «La Ley» volvió a confundir sus orejas de indiscreto con la puerta que se había tenido la prudencia inútil de cerrar a macha martillo, y digo inútil, porque en tiempos de pleitos y litigios, las paredes abren más que nunca los oídos...

Sin despegar por nada su oreja técnica, agitaba la mano izquierda llamándome.

Me acerqué con sobresalto... Saltaba mi corazón, dispuesto a desprenderse y caer sobre el alcantarillado de las tripas, y la cara, que no sé cómo llamar, porque no sería propio que yo mismo la denigrara, siendo la única que poseo,—¡feliz Jano que, por lo menos, disponía de dos!—se congestionó como la de Fagalde, que se llamaba Justino.

—Yo he recorrido varias veces esa región—dijo Moreno, como queriendo reiterar una vez más que su colega chileno no había salido de su gabinete de historiador.

—Por fortuna aquí está Bertrand, que entiende seriamente de esas cosas—replicó don Diego, levantando tempestuosamente la cabeza y sumergiendo el índice en la ceniza que cubría el fuego de su chamuscada cachimba.

Fagalde tenía razón positivamente y de la cordialidad entre ambos Peritos, si alguna vez existió, no quedaban ni raspaduras.







## «AL HOMBRO, AR...!»

—Caballeros—dije al volver a «La Ley»—pongo a don Diego, a Moreno y Fagalde por testigos de la verdad de mis afirmaciones: me consta que viene la guerra y, en consecuencia, voy a echarme un Mauser al hombro...

Días después, a las siete, me despedía del centro haciendo filosofía.

Llovía y los puestos de flores del portal, estaban llenos de violetas y crisantemos.

Me arrincono en el ángulo del «postino» que marcha hacia la estación, rengueando sobre las piedras embarradas.

Llego, pago, resonga el cochero: «así son todos estos futres», y de la calle paso a los andenes solitarios.

A la distancia, entre el frío y el olor a carbón de piedra, las linternas rojas de camineros y cambiadores, semejan gotas de sangre oscilando en medio de la bruma gris.

Las salas de espera empiezan a ser invadidas por los reclutas de capote azul: son los milicianos de San Bernardo que llegan en demanda del tren que debe conducirlos al cercano cuartel.

Parecen estudiantes vestidos de soldados. Por lo demás, hay de todas las edades y de todos los pelos.

Como ya he depositado mi equipaje en uno de los carros de tercera destinados a los voluntarios, espero tranquilo el momento de partir.

Llegan amigos y amigotes a quienes me cuesta reconocer en fuerza de la transformación que en detrimento de la estética han experimentado al improvisarse soldados.

Paso de una sala a otra y en todas partes me saludan, llamándome «Géry».

Escucha este cogollo que es para vos, me dice un miliciano:

«...El de las violetas dobles  
El de la corbata roja,  
El de las polainas blancas  
Y el ceñido pantalón»...

—¿Música de la «Revoltosa»?

—Justo—responde el de la tonada.

La máquina del convoy se estremecía de rato en rato. Tenía frío. Se envuelve en la bufanda negra del humo.

Va a partir.

Miro hacia la ciudad adorada de los veinte años y me siento santiaguino viejo, como **Inocencio Conchalí**.

Era la primera vez que daba un paso fuera de Santiago. ¡Y qué paso! De parada...

Menos indiferente y vaqueteado que hoy por el

ir y venir de los viajes y la vida, me levanté el cuello con melancolía de estudiante que se echa a la espalda el rollo.

—**Au revoir, messieurs... dames...**

El ruido de las voces de mando y el tropel de las botas dieron al traste con mi despedida fugaz.

—A formar!

—Cuarta, cuarta...

—La primera!

—La segunda!

—Firme!

—A discreción!

—Cubrirse!

—Numerarse por la derecha!

—Guardar la distancia!

—De a dos!

—A los carros!

El tren arranca dando un silbido estridente y empieza a internarse en la obscuridad cortada de través por la lluvia que comienza a caer con más fuerza.

Por aquel tiempo, yo vivía y moría entre los bastidores de los teatruchos de zarzuela, así es que cuando pensé que por primera vez, desde varios años atrás, dejaría de soplar me las cuatro tandas del «Olimpo», me sentí congestionado, como Fagalde.

Me quedo en la plataforma del vagón tragando frío y obscuridad.

¡De periodista insubordinado a recluta!...

Ahí veremos como resulta el cambio, bastante brusco como se ve.

Al echarme carro abajo en San Bernardo, pienso melancólicamente en que ya habría empezado la primera tanda.

No hay carruaje: no hay más que frío, lluvia, barro y obscuridad.

Pido un asistente para que lleve el equipaje:

—No conozco el camino ni he sido nunca cargador... Usted comprende!—le digo a un oficial.

—No tengo nada que comprender y media vuelta!—contesta a gritos.

—¿Quién es éste?—pregunto

—El «león de lo Chena».

—Bien se ve!

De hecho, están allanados todos los fueros de que yo me creía poseedor y no me queda más camino que seguir la columna con el colchón al hombro.

Del cuartel marchó a la cuadra: un corredor muy bien ventilado y desde el cual podía disfrutar plenamente del frío y la lluvia del mes de Junio.

Mi suerte está echada, por lo menos durante esta primera noche de campaña.

—Duras las motas!—dice alguien al sentir las piedras en las costillas.

A las cinco, diana, tocada a los milicianos y a las estrellas que aún no se sumergen titilando en la inmensidad.

Un momento después, todavía de paisano y formando en la retaguardia de la primera compañía, aguardo la llegada de los fondos con café.

Un momento después desaparecen hasta las últimas apariencias de mi estado civil y me sumerjo

en una casaca ancha y cogotuda; en unos pantalones de mucha pretina y unas botas de un tamaño impresionante.

Basta un uniforme para que empiecen a cambiar la vida y la mentalidad: ya no soy el mismo de un momento antes y al echar a un baúl que huele a alcanfor y hojas de romero, mi traje civil, noto que no me pertenezco y que ya son otros los que disponen de mi tiempo y mis acciones.

Lanzo hacia atrás una mirada de desertor y veo un cabo que me sigue de cerca.

—¿Qué quiere conmigo?—le pregunto.

—«Pa la cuadra»,—me responde.

Me manda; es mi superior... Mi libertad está abatida, obedezco y marchó escoltado por aquel tipo característico en que se resumían las tradiciones de 1879 y las nuevas asimilaciones prusianas: a modo de pera napoleónica, ostenta doce pelos, mas seis a cada lado de la boca... Total general, dos docenas de pelos de mechón de pavo. Se los conté, porque al fin y... al cabo, y sin que yo mismo pudiera impedirlo, aún reaparecía el dibujante a pluma bajo el uniforme de doble ancho y al cual había sido necesario, prescindiendo de los buchés que pudieran quedar, hacerle un par de alforzas en la pretina.

El cabo de las dos docenas de pelos y que nunca llegaría a tener patilla cerrada,—Cerde, de apellido,—tenía la misión de imbuírme a solas en los primeros rudimentos del arte militar y después de muchas horas de ejercicio, aprendí algo que es muy sabio en la vida; pero que a mí me parecía

superior a lo que podía asimilarme: marcar el paso... ¿Sin embargo, no se empeñan otros en no dejar señales de su paso, en marchar al paso, con paso de polka, con paso regular o con paso de trote?...

Al fin y al **cabo**... éste me dijo que no tardaría en hacer el paso de **parada** porque ya tenía la ídem.

Debo advertir que el cabo Cerda, al impacientarse, lo que podía descubrirse sin dificultad, gracias a que oportunamente empezaban a abrirse los pelos de su sedoso bigote, tartamudeaba un poco:

—Estos «futres» de Santiago son muy pa... pa-rados en el hilo; pero aquí tienen que... que entregarse no más.

Tenía un gran empeño en que yo aprendiera, lo que constituía un comienzo de acercamiento psicológico, y entre veterano y recluta empezó a brotar la simpatía que tratan de exteriorizar estos recuerdos.

En los momentos de descanso, el cabo solía hacerse el enconradizo conmigo.

Un día le ofrecí un cigarro.

—¿Qué es esto?

—Un **maryland**.

—«No jumo».

Me pareció que quería y no quería decirme algo.

—«¿Es cierto que usted escribe en los papeles?»

—Tan cierto, mi cabo, que ya lo tengo filiado para echarlo al diario.

—«¿Cómo es que lo mentan los demás futres?»

—**Géry**...

Empezó a ensayar su pronunciación francesa con éxito incalificable.

En fin, el hecho es que salí «muy Mauser» de las manos del cabo Cerda.

Fuí incorporado a la cuarta compañía y no tardé en ser brigadier y jefe de pieza en que cada cual dormía con su rifle y su mochila al lado.

Aquella nueva vida me iba tomando más y más; la ciudad cercana parecía estar muy lejos y empezaba a desear la guerra como un fin inevitable y necesario.

La disciplina engendra una psicología especial y el cuartel diferencia a los que lo ocupan de todo lo que hay fuera de él.

Por lo menos en el soldado y el subalterno, la existencia va reduciéndose a una serie de pequeños detalles, que al ocupar el lugar de otras preocupaciones, adquieren importancia de acontecimientos.

Nada más natural que salir, andar, comer, acostarse, despertar y volver a salir... Sin embargo, todo esto, a pesar de ser cotidianamente igual, adquiere una significación especial y una salida cualquiera es un suceso.

La vida se reduce a un orden de cosas invariables y a una insalvable gradación de jerarquías.

Resumen: varios meses de cuartel, ejercicio, guardias, marchas y simulacros de combate.

Me sentía soldado y al ser colocado de guardia y con el rifle al hombro, sentía toda la importancia de mi nuevo rol.

Un día, a las cuatro y media de la madrugada, sonó por última vez en el cuartel de San Bernardo el toque de diana.

—¡Nos vamos!—decía al amanecer el abollado instrumento del corneta Garín.

Se irguieron las dos docenas de pelos del Cabo Cerda: salíamos a campaña.

Montaron a caballo los comandantes de compañía y un momento después se leía la breve orden del día de Cabrera, hoy General:

«El enemigo ha invadido el territorio nacional por el valle de los Patos y el Regimiento de milicianos de San Bernardo ha recibido la orden de marcha inmediata.»

La vieja y noble exclamación estremeció en són de adiós todo el cuartel:

¡Viva Chile!

Con ficción y todo, y creyendo que ya estaba muy próxima la guerra, me sentí conmovido y a pesar de mi cortedad para muchas cosas y mi **sans façon** para otras, también grité levantando el Mauser ¡Viva Chile!

No me creí ni más ni menos hombre que nadie; pero en ese instante, vibraba junto con todo el regimiento juvenil. Sentía, en una palabra, la palpitación de nuestro suelo, nuestra raza y nuestra historia.

Los pelos del cabo Cerda parecían esta vez eriguídos en sus mandíbulas apretadas y brillaban sus ojos, en los cuales reaparecía llamando el aborígen.

En uno de los altos de la marcha y aún fresco el

cuadro tan nacional de la partida, apareció a todo galope y entre nubes de polvo, un General que servía activa y eficazmente a Chile, pero que no era chileno.

Formé sin gran entusiasmo esta vez, porque me habría gustado más ver salir al encuentro del Regimiento en són de guerra a algún viejo soldado de este país de soldados y cuando la tropa vivó a Körner, que siempre me pareció algo exótico en nuestras filas, guardé silencio, porque ya me disgustaba ese instructor solícito convertido de la noche a la mañana en cabeza visible de una germanización innecesaria, porque para defender el presente y el porvenir de estos valles y estos montes, basta con que todos aprendan desde la escuela a apuntar bien las armas, que debemos fabricar nosotros mismos para que la defensa no se convierta en miserable corretaje de comisiones y tanto por ciento.







## ANTE LA MUERTE

Cuánto camino hecho sin desayunarse pensando en la muerte, como recomienda la honda y sugere mantedumbre de la **Imitación!**

Seguía vida adentro, mirando con avidez todo lo que fuera audacia, ruido, materialidad.

Además, pensaba en alta voz, diciendo lo mío y lo ajeno antes de que esto y aquello alcanzaran a dar una vuelta circular por la cabeza, que ya empezaba a llenarse de papeles...

El éxito inmediato y la resonancia constante me parecían el único objeto de la vida y seguía marchando a fuerza de crónicas y bombas periodísticas: ignoraba que no debe ni puede escribirse sin pensar, amoldando las palabras a las ideas, y desconocía por completo la riqueza apaciguante del silencio que, huyendo de la superficie, penetra y ahonda en el misterio.

Estaba hecha una primera jornada y acaso por esto, me creía hombre sin haber dejado de ser niño.

No es raro, pues, que, buscando el éxito en la resonancia impertinente de los diarios, el ruido de

cuyas prensas cada vez más enormes no deja percibir a veces la respiración angustiosa o anhelante de los que se aferran a ellas como máquinas devoradoras y sin calor, por más que trasuden en medio de la faena y de la noche como un organismo fatigado.

Ayudaba esa inconciencia a base de fe ciega, el hecho de que todavía acampaba en los diarios un postrer contingente de bohemia—un día elegante y otro vandálica—antes que aquéllos se convirtieran en grandes empresas industriales.

¡Edad feliz en que se creía saberlo todo cuando no se sabe nada y haber sentido mucho cuando aún no se percibe ni el misterio que hay en cada cosa ni el toque de sombra que hay en cada figura o en cada sentimiento!

Sólo admiraba el éxito y la audacia, a la cual provoqué más de una vez, queriendo arrancarle en provecho propio, un poco de la fugacidad deslumbrante de su brillo.

Ignoraba el poder de la bondad, que, cuando es inteligente, puede más que el talento: éste provoca resistencias encarnizadas sin obtener, frecuentemente, más que discípulos inferiores; y aquélla consuela y atrae sin herir, con lo cual, sin embargo, no logra librarse de la traición, culpa suprema de la envidia.

Literariamente, me parecía insignificante la obra de los viejos y los maestros que construyeron el enorme monumento—al cual aún no llegan los canteros del futuro con los cinceles del arte—de la historia nacional desde el momento en que empe-

zaron a moldearse en las armaduras españolas los músculos de la raza surgida de la cruce de los conquistadores con los indios indomables, consagrados en medio de la selva ensangrentada con las magníficas estrofas de Don Alonso.

En ese monumento, netamente nacional, trabajó largamente una generación de laboriosos que consagró su vida entera a la investigación.

Como los obreros que trabajaban en las catedrales de la Edad Media, empezaban su labor siendo jóvenes y la terminaban siendo viejos. Uno de ellos, Barros Arana, hosco y rudo como la época cuyos materiales reunió y distribuyó, armónica y ordenadamente, se sintió conmovido al terminar su obra y dijo emocionado que su vida ya no tenía objeto una vez finalizada su Historia a la cual puso punto al llegar a la generación a que él pertenecía: lo detuvo el noble temor de no poder seguir siendo imparcial.

Otro de aquellos grandes laboriosos, Amunátegui, envuelto en la capa española, que, como dice el poeta, estuvo en Flandes y el Nuevo Mundo, se detiene de una manera especial en la Emancipación, y otro, Fray Crescente, vuelve a los comienzos de la Colonia para reconstruir a Pedro de Valdivia, el capitán extremeño cuya figura grave evoca la de Cervantes.

La investidura episcopal de fray Crescente no hace sino acercar aún más su figura exterior a la época, mezcla de fe y de rigor, en que gobernaba el absolutismo peninsular por medio de algún Car-

denal o de algún arzobispo teólogo y, sobre todo, perseguidor inmisericorde de moros y judaizantes.

Y prosigo.

A ser entonces mía la obra de nuestros investigadores, la habría dado íntegra y sin regateos por unas cuantas crónicas de París y el **boulevard**...

Minuciosa y dura, con algo de los retablos, pero sin la talla ni el bruñido de éstos, la obra de nuestros historiadores, tiene la más inequívoca precedencia española; participa frecuentemente de una noble austeridad y llega más de una vez a la solemnidad oratoria del español.

Prefería, como digo, las cosas de similar y aún estaba distante de los esfuerzos, llenos de rebeldía y de encarnizamiento, por llegar a temas que no sean una simple repetición sodomítica de lo europeo.

Aún no me atrevía a mirar el sol... con los ojos cerrados y estaba muy lejos, repito, del intento lacerante de intentar la concepción propia.

Es verdad que sentía cierto descontento cuyo origen no adivinaba y de cuya presencia se burlaba **A. de Géry**, quien creía poder sustituir el ingenio por las carcajadas.

¡Descontento! ¿De qué y por qué?

La casualidad o la suerte no me habían puesto delante de ningún espectáculo capaz de sacarme de lo cotidiano y lo vulgar.

De los cuadros y de todo no podía ver más que la luz cruda, que no es lo más sugerente. En una palabra, no sabía ver ni vivir, porque ¿qué es la vida sin las sombras que provoca y que la siguen,

y sin el dolor que estremece el espíritu, acercándolo al misterio?

---

Un día corrieron en tropel empleados y redactores hacia la pieza del Director: Palazuelos estaba tumbado, pero aún sonriente sobre el diván rojo de su piecita también roja.

—¡Santo Dios!—dije, olvidándome que estaba en «La Ley».

Cambió de súbito la expresión de las fisonomías, las cuales—por diversas que sean—se asemejan ante el dolor, acaso porque es éste uno de los pocos sentimientos capaces de acercar o igualar momentáneamente a los hombres.

La calle continuaba resonando con su extrépito habitual; pero cada voz y cada ruido, tomando una expresión que no tenía antes, decía en forma inequívoca «que había muerte en el aire».

Me había lanzado al medio de la hornalla de un diario de combate; había aplaudido para domar, mediante algunas dosis de bondad, por fuerza mi carácter lleno de altivez y de curiosidad y en ese instante me sentía tomado por una impresión nueva, que no conocía, que ignoraba, de que me creía brutalmente libre.

Hubiera llorado, repito, pero como no era propio que empezara a jimotoear a moco tendido uno de los redactores de un diario que a la sazón se defendía a dentelladas y puño limpio, me dejé caer abrumado, porque sentí por Palazuelos el afecto

indeleble con que se mira a los que nos aplauden y nos sonríen en el momento en que se saluda con las armas en la mano entrando a la larga lucha.

Muy adentro, resonaba el motor con ansiedad de aórtico que se ahoga y rodeaba al enfermo un círculo de caras alargadas que ante lo irremediable volvían lentamente a la expresión cotidiana.

Empezó a murmurarse a media voz el diagnóstico clínico con que el destino iba a tumbar al luchador: un derrame, es decir, una gota de sangre que se aventura a tientas en el dédalo misterioso del cerebro, lo que basta para hacer del cuerpo un pingajo, deformando hasta lo monstruoso los movimientos y las sensaciones.

Doblado sobre el sofá y con la cabeza afirmada en el respaldar, Palazuelos conservaba aún su expresión y sus facultades, pero su color era terroso; mostrábase refractaria al movimiento una pierna y empezaba a caer el párpado derecho sobre la pupila inmóvil y vidriosa, como si fuera el primer órgano del cuerpo derribado, tomado por la muerte.

Me pareció que el labio se desprendía, pasando de la ironía habitual a la mueca de horror, lo que no impedía que aún ante la implacable proximidad de la nada, Palazuelos continuara siendo el irreverente de siempre.

—No quiere obedecer—decía moviendo la pierna que caía con la pesadez abrumadora de lo inerte.

A cada movimiento de rebeldía ante lo fatal, aumentaba el derrame y más caían el párpado, el labio y la pierna, que el enfermo se empecinaba

por que volviera a adelantarse, como en los tiempos de marcha y vanguardia.

Sonrió al verme, como recordando los días en que irguió ante el cadete recién llegado a «La Ley» el penacho blanco de sus canas que ahora caían más y más sobre la pupila dilatada, inmóvil y traslúcida.

No se lograba que mantuviera quieta la pierna por donde ya tironeaba fuerte y feo la muerte.

—No obedece—decía con voz que empezaba a trepidar.

—El que no obedece es usted—replicaba el doctor Puelma.

Don Juan hizo un esfuerzo por sonreír, pero tampoco obedecieron los labios y mientras se dilataba una de las comisuras, permanecía la otra trágicamente rígida: era la muerte, avanzando con dificultad mientras el hilo de sangre seguía sumergiéndose en aquel cerebro vigoroso que no se había dado gran pena por disminuir la intensidad calcinante de ninguna pasión.

Se iba, pues, don Juan, cerrando con un cuadro de muerte un período de mi vida en plena confianza, en plena alegría.

Se echó a un lado como barco que se tumba antes de hundirse; cayó un poco más la cabeza sobre el pecho y empezaron los preparativos para conducirlo a su hogar consternado.

Pregonaban en la calle los diarios «con la crisis»; se detenían en la puerta roja los que ya sabían que se moría el fundador, cuya cabeza parecía hecha para ser pintada con la pincelada amplia

y vigorosa de Velásquez y del enorme montón de diarios y papeles que era aquella imprenta, emergía en demanda del aire y la luz el olor cáustico de la tinta de diario.

Me acerqué más, atraído por el espectáculo lamentable de ver caer al luchador: pugnaba la saliva por asomar sobre el labio caído y alguien acercó un pañuelo a la boca en que siempre anduvo la bondad trás la ironía.

Evoco este cuadro tal como lo sentí y lo vi y no quiero omitir ningún detalle porque deseo hacer ese realismo, tan español como tradición pictórica, que huele a vida, a músculos que se amoratan y ablandan camino del pudridero.

Se sentía mal olor, fetidez a muerte y a excrementos y arrastrando la pierna que se quedaba, no queriendo salir, y tomado por sus amigos, el luchador abandonó para siempre aquella trinchera roja.

Resonaban los pasos en el silencio y adentro bufaba el motor, ignorando que se llevaban al caído, al único capaz de rejuvenecerlo con su voluntad, a la vez recia y flexible y, sobre todo, tan absolutamente diversa a aquellos tiempos en que muchas cosas empezaban a reblandecerse y a exhalar el olor aquél de que hablaba Hamlet a Horacio, su amigo sin olfato.

Pardeaba el día y en la calle, llena de gente en atisbo lujurioso de aperitivos y mujeres, corría la voz:

—Don Juan se muere...

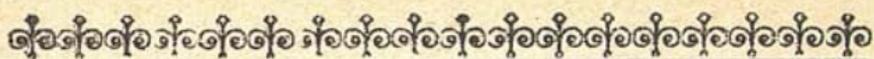
¿Sabían algo de él los que así hablaban?

—Nada. Sin embargo, sentían al nombrarlo la fuerza dominadora de una condición esencial que empezaba a faltar o fallar: el valor de dar su verdadero nombre a las cosas o los actos que deben comunicarse y combatirse.

FIN







## ÍNDICE

---

	Págs.
DEDICATORIA.....	5
PRIMERA PARTE.—Hace no sé cuántos años.	7
El viejo árbol.....	9
Los vencedores.....	17
La ciudad colonial... sin colonia.....	21
El Presidente Santa María y la dama de antaño.....	25
Una iglesia contemporánea de la Conquista.	27
Chocolate franciscano.....	29
El río que quiere volver a la Cañada.....	33
El puente de cal y canto.....	37
Transformación e iniciación literaria.....	41
Me traslado donde el Padre Soto en busca de conocimientos humanistas.....	45
Rubén Darío y su primer levitón santiaguino	49
Darío, su calabaza y sus innovaciones.....	55
Darío y las ánimas del Purgatorio.....	61
El equipaje de Darío.....	63
Balmaceda y la transformación que empe- zaba.....	67

La Antonina...baja, ancha y recia como puerta con golpeador de botita.....	71
La vuelta del Parque.....	75
1890.—Tormenta y tragedia próximas.....	79
«Nubes de tormenta» al alcance de la mano.	83
Sesiones memorables.....	87
El ambiente.....	97
El «Gil Blas», Maturana y la tarjeta verde cata.....	101
«Condorito».....	103
Los grandes ases.....	109
Postrimerías de 1890.....	117
Una visita y una respuesta.....	128
El 1.º de Enero en la Moneda.....	133
7 de Enero de 1891.....	143
La Moneda en la noche.....	151
El «Blanco» a pique.....	165
La firma del Presidente.....	169
La tragedia se acerca.—«Lo Cañas».....	175
«Que Alcérreca espere instrucciones.—Bal- maceda».....	187
La catástrofe.....	205
«Así es la vida!».....	221
Gran muerte.....	225
Los veteranos.....	238
Una conspiración.....	243
11 de Diciembre de 1891.....	253
Conspiración de Abril de 1893.....	259

	Págs.
SEGUNDA PARTE.—Croniqueur de «La Ley».	269
Primer pseudónimo y primera crónica.....	271
Redactor de Sesiones y Semanas.....	275
Ofensiva de Primavera.....	281
A. de Géry.—Ecos e Impresiones.....	285
Novelli.....	289
Doña Victoria.....	295
Cartas sin sobre ni estampillas.....	307
Don Federico.....	313
Duelos y quebrantos.....	319
A la una, a las dos, a las tres.....	337
El gran elector.....	345
Bohemios, poetas y camaradas.....	355
«Ipso facto incurrenda».....	363
Charla con Góngora y entrevista con Mon- señor.....	369
¡Primer libro!—Alfredo Valenzuela Puelma.	381
Prólogo de Rubén Darío y texto de A. de Géry.....	391
Matta Pérez.....	405
«Decadentismo», «Peñita» y los «Sabios Chinos».....	419
Una carta de Gómez Carrillo.....	427
«Inocencio Conchalí».....	433
El General Canto, su hijo Dativo y el in- frascrito.....	449
Los dos peritos.....	463
«Al hombro, ar. !».....	475
Ante la muerte.....	485



## DEL MISMO AUTOR:

---

- «Cuentos» (Prólogo de R. Darío).
- «Ultima Esperanza», ediciones en Santiago y Roma.
- «Ultimos días de la Administración Balma-  
ceda».
- «Carlos Dublé» (Episodio nacional).
- «1879» (Reminiscencias históricas).
- «La Cuestión del Norte» (Política exterior).
- «Vida Nueva», ediciones en Santiago y Madrid.
- «Días Romanos», edición en Barcelona.
- «Cuesta Arriba», edición en París.
- «Rumbos y Orientaciones».
- «Santa Colonia».
- «Una página de Historia Diplomática».
- «En Horas de Inquietud», edición en La Paz.

